

Ma. Victoria Lugo Ugalde



Vida de
JESUCRISTO

de los 10 a los 30 años

conforme a los libros “apócrifos”

11a
EDICIÓN

EDAMEX α futuro

LA CORONA DORADA

Vida de Jesús de de Nazareth
de los 10 a los 30 años conforme
a los libros llamados apócrifos

MA. VICTORIA LUGO UGALDE

LA RAZÓN DE ESTA OBRA

En la vida del hombre más importante que ha dado la humanidad -el Hombre-Luz, el Hombre-Dios - hay una laguna de casi 20 años.

A los 12 de edad Jesús acude por primera vez al templo de Jerusalén y discute con los doctores. A partir de ese hecho, sus biógrafos guardan silencio y lo hacen reaparecer súbitamente cuando ha cumplido los 30.

Los evangelios autorizados por la Iglesia presentan a Jesús niño y a Jesús hombre: nada dicen de su adolescencia ni de su juventud.

La inquietud por conocer este lapso en la vida de! ser sublime que fue Jesús de Nazareth, me llevó hace ya más de cinco lustros, a buscar y rebuscar en infinidad de libros de arqueología, de historia, de religión y, finalmente, en los Evangelios Apócrifos (llamados así porque la Iglesia no los considera suficientemente auténticos a pesar de que muchos fueron escritos por los propios discípulos de Jesús y otros por los discípulos de los discípulos) algo que pudiera iluminar ese periodo tan importante.

Con lentitud, agregando unos pocos renglones hoy, añadiendo otros cuantos mañana, fue tomando forma este libro que titule "La Corona Dorada", porque los innumerables episodios biográficos que descubrí forman en realidad una corona refulgente que enaltece la figura de Jesús.

En lo personal he querido ofrecer con esta obra una "Corona Dorada." de amor al ser sublime. Deseo que mis hermanos lo conozcan tal como fue y como es: el gran Taumaturgo, el Divino Sabio, el Redentor de la Humanidad. Si mi narración logra hacer brillar sobre su cabeza la corona dorada de su luz, de su verdad y de su grandeza, consideraré que mi obra y mi esfuerzo valieron la pena.

Ma. Victoria Lugo Ugalde

Mi gratitud a

T. Ángel Ugalde, por su estímulo para que continuara la investigación contenida en esta obra; a Luis Antonio Pinto H. y sus obreros, por su ayuda moral y material tan valiosa.

Dedico este libro a mis hijos Ana Elena y Ramón

INDICE

	Pág.
Introducción	7
1.- Jesús a los 10 años	12
2.- Nacimiento de Juan	15
3.- Viaje al monte Quarantana	20
4.- Las escrituras del Patriarca Aldís	25
5.- La Divinidad de Krisna	33
6.- El Niño Apóstol - Tres años en Nazareth	45
7.- Jesús a los 20 Años	54
8.- Los Escritos del Rey Salomón	66
9.- En el Valle de las Pirámides	75
10.- El Regreso a Palestina	87
11.- Estatutos para la Santa Alianza	106
12.- El Viaje a Galilea	109
13.- Camino a Tolemaida	114
14.- Jesús y sus amigos en Antioquía	123
15.- Judá y Esther	127
16.- Graduación en el Santuario del Moab	131
17.- Los Esponsales	135
18.- El Sabio Baltasar en Thipsa	137
19.- En Antioquía - Dos Aldeas Nueva	139
20.- El Scheiff Ilderín	146
21.- La Muerte de Baltasar	149
22.- El Huerto de las Palmas	151
23.- Jesús y Joselín en Nazareth	154
24.- De Nuevo en Jerusalén	156
25.- Muerte de José	162
26.- Hacia el Desierto de Judea	165

27.-	En la Sinagoga de Zorobabel	167
28.-	En la Sinagoga de Nehemías - La Historia de Moisés	170
29.-	Un Papiro de Salomón	176
30.-	Las Cartas de Egipto	179
31.-	En la Gruta de Jeremías	181
32.-	Bodas en la Casa de Ithamar	184
33.-	En la Fortaleza del Rey Jebuz	186
34.-	En el Monte Hor	191
35.-	El Secreto de Abud – Arish	204
36.-	De Nuevo en "Nazareth	207
37.-	En el Tiberiades	211
38.-	En Corazín	215
39.-	En Iturea	219
40.-	En Cesárea de Filipos	222
41.-	En el Monte Hermón	237
42.-	En Damasco	232
43.-	El Reino de Dios	239
44.-	Primera Reunión con los Apóstoles	247
	Bibliografía	254

INTRODUCCION

Myriam de Judá, se llamaba la "Llena de Gracia"; la elegida entre millares por el Eterno Amor para ser la madre del Verbo Encarnado, Salvador de la Humanidad.

Joaquín y Ana, sus padres, la habían recibido gozosos en su vejez; sabían que era un espíritu superior. Quince años experimentaron la dicha del amor que rodeaba a Myriam, al cabo de los cuales con diferencia de meses, volvieron al eterno seno del Padre.

Myriam, llevada por sus parientes al templo de Jerusalén, fue recibida por los sacerdotes Simeón y Eleazar, esenios y parientes de su recién muerto padre. Allí, entre las vírgenes de Sión, meditaba los grandes anuncios divinos en los Libros Santos. En los oficios sagrados, vestida con lino blanco, cantaba alabanzas y salmos con el gran fervor de que era capaz su virginal corazón y. presentaba en sacrificio su alma pura, dispuesta siempre a la divina voluntad.

La Envolvía el amor divino cuando oraba y hacía las tareas que le asignaban, más aún cuando meditando, elevaba su espíritu hasta contemplar al Creador en el límpido espejo de su alma.

Dos años después de su ingreso al Templo, se presentó José de Nazareth, de la familia real de David, a pedir a Myriam en matrimonio. Las ancianas que estaban al cuidado de Myriam oyeron que ella decía: "yo deseo ser siempre la esclava del Señor. . ."

En cuanto a eso no hay dificultad —dijo José—, porque mis parientes de Cafarnaúm cuentan que en al desierto de Judá viven hombres sólo dedicados a servir y alabar a El-Saddai, en la Hermandad de los Esenios. Deseo vivamente consagrarme al Señor como ellos, pero no puedo abandonar completamente a mis familiares.

Dijo Myriam: "Entonces, José, ¿es posible que siendo yo tu esposa según la Ley de Moisés, pueda ser únicamente del Señor?... Si tú quieres así..."

—Así es como quiero vivir también yo, Myriam —respondió

José—, cumpliendo la voluntad del Señor manifestada ahora en tu deseo.

Ante el sacerdote Simeón de Bethel, se unieron en matrimonio José de Nazareth y Myriam de Judá, según la Ley de Moisés. Días después marcharon a la casa de José en Nazareth.

Los excelsos Arcángeles de Dios llamados "Amadores", envolvieron a Myriam en velos castísimos y sutiles. Otros Arcángeles —llamados "Esposos Eternos" y "Creadores de las Formas", tejían velos a su alrededor con amor infinito.

La presencia de Myriam inundó de luz el hogar de José, el cual era frecuentemente visitado por sus familiares, quienes pronto se encariñaron con la hermosa Myriam de ojos claros como avellanas mojadas por el rocío y de rubios cabellos.

Ahí, incesante, preguntaba en oración ¿qué quieres de mí, Señor? Una mañana, mientras efectuaba su oración y el sol inundaba todo el paisaje, recibió ¡a visita de un ángel que la saludó con estas palabras:

—“Shalom, “Llena de Gracia”, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. El Altísimo te cubrirá con su Luz; por eso, el que de ti nacerá será llamado "Santo e Hijo de Dios".

—Unas pocas palabras bastaron para que comprendiera su misteriosa maternidad virginal y un gozo infinito inundó su alma. Alegre fue a visitar a su parienta Isabel a las montañas de Ainkarem, acompañada por José.

Pronto José tuvo que regresar a su trabajo y en sus meditaciones le fue dado comprender el misterio. Movidó por una voz interna, se encaminó a donde Isabel; en el camino una voz le decía: "le llamarás "Jesús" que quiere decir "Salvador". — Ahora comprendo —se decía—, la tranquilidad de Myriam... ¡Myriam es la madre del Mesías... y yo, su padre según nuestra ley!

En casa de Isabel, José tuvo noticia del nacimiento de Juan, hijo de Zacarías.

De regreso en Nazareth, Myriam fue acosada a preguntas, por lo que José ¡a llevó a Belén a casa de Elcana, esposo de Sara, tía de Myriam. Esenios ellos que comprendían la "voz del silencio", y nada preguntaron.

El momento del alumbramiento fue ahí, en casa de Elcana, la noche séptima del equinoccio de Invierno del año 747 de la fundación de Roma; del año 967 de iniciada la civilización Adámica; en la conjunción de Saturno, Júpiter y Marte, cuando los cielos se convirtieron en miel para los hombres: Había, parecido de nuevo el "Hombre-Luz" en cuerpo físico.

Después llegaron Alfeo, Josías y Eleazar con sus familias, atraídos por el celestial canto: "¡Gloria a Dios en lo más alto ele los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Myriam, sonriendo a todos, contemplaba a su Niño.

La noticia del Divino nacimiento llegó a los Santuarios Esenios y a! Gran Consejo de los Setenta Ancianos, guías de la Fraternidad Esenia, en las montañas de Moab, quienes dieron gracias a Dios cantando el Salmo 136: "¡Alabemos a Yahavé porque es bueno, porque es eterna su misericordia!"

Después, cuando se hallaban en profunda meditación, aparecióse ante ellos Moisés con sus dos rayos en la frente y nueve ángeles para presentarles a Jesús, el "Ungido", que envolverá en su Amor Misericordioso y salvador a todos cuantos le

reciban, le busquen y le amen. Luego, sin cortejo ni rayos, les dijo-, en el nombre del Niño:

—Soy Jesús, el Amador, que busca a sus amados.

—Soy el amigo sincero que busca a sus amigos ausentes por tanto tiempo.

—Soy la luz para los que caminan en tinieblas. Soy el agua para el sediento y el pan para el hambriento. ¡Soy la Paz! ... ¡Soy la Misericordia!... ¡Soy el perdón!

—Esenios seguidores de Moisés, prepárense para ayudar a Jesús a encontrarse a sí mismo para cumplir su misión redentora en esta humanidad.

Ante la amenaza del rito de la Circuncisión, Myriam y José, esenios del grado primero, ayudados por el sacerdote Esdras, del quinto grado, evitaron fuera profanada la vestidura física del Avatar divino por un rito sangriento.

Esdras, Elcana y Sara sólo cumplieron con las oraciones rituales en la Sinagoga de Belén, impusieron al niño el nombre de Jesús y anotaron en el libro la fecha del nacimiento y el nombre de los padres.

Los días corrieron rápidamente y al llegar el cuadragésimo del nacimiento del Niño, hubieron de cumplir el rito de la purificación de la madre y, segunda Ley de Moisés, presentar y consagrar a Jesús en el Templo de Jerusalén.

Y entonces fueron también ayudados por los sacerdotes Simeón de Bethel, Eleazar y otros; todos esenios, para ofrecer el Sacrificio acostumbrado.

Así, cumpliendo la Ley, el Hombre-Luz comenzaba a ser más conocido como Mesías y Salvador de la Humanidad.

Mientras, La Divina Sabiduría reunía a sus futuros colaboradores: los tres sabios que representaban a toda la humanidad: Melchor, procedente de las montañas de Parán; Gaspar, de Persia y Baltasar de las regiones del Indo. A ellos se unió Filón de Alejandría, que fue enviado a entrevistarse con la fraternidad Esenia, a informarse del tiempo del nacimiento del Mesías, el cual ya tenía más de diez meses, cuando fue adorado y regalado por los tres sabios.

Al principio de la primavera, cuando regresaban a Nazareth, fueron enterados por los Terapeutas de la amenaza de Herodes, quien temiendo a una profecía, había mandado matar a todo infante nacido en Belén menor de dos años. Inmediatamente la Fraternidad Esenia, avisó a todos los Santuarios para proteger la vida de Jesús.

Filón de Alejandría al enterarse, dejó a un lado sus negocios y corrió en busca de Jesús, el cual debía ser llevado a Tiro; pero una tempestad hizo que Filón, quien intentaba llevarlo a Alejandría, no pudiera alcanzar al Salvador quien ya tenía un año y diez meses.

Finalizaba el invierno cuando, junto con sus padres, viajó al santuario del Monte Hermón, en donde los 49 ancianos que ¡o habitaban esperaban al Verbo Encarnado,

en doble fila y con sirios encendidos, finalizando la hilera estaba Hilarión del Monte Nebo, quien durante los cuatro años que vivió después de Su llegada, fue Su primer maestro, siendo Abdías el segundo, en el año siete meses que restaba de su Divina estancia en el Santuario.

Herodes fue sucedido por Arquelao —José se enteró de la muerte de Herodes al regreso de su tercer viaje a Nazareth y la comunicó a los Esenios—, por lo que la Sagrada Familia regresó a Nazareth. Ante la mirada de sus padres, Jesús languidecía: le faltaba la compañía y el cariño de sus amigos Esenios. Angustiada, Myriam lo llevó a la Sinagoga donde fue atendido por el jefe del Templo llamado Felipe, hermano de Esdras y Esenio de tercer grado.

A los siete años, en un éxtasis místico en la Sinagoga de Nazareth, Jesús anunció que cuando él cumpliera doce años llegaría el profeta Samuel; a los ocho, Myriam, consternada por el profundo silencio en que se sumía por horas enteras el Salvador cuando se refugiaba en el huerto, le preguntó por su actitud: "antes de que el cuerpo se alimente —dijo el Niño—, debe alimentarse el alma".

Un día, sentado en un banco, el Niño quedó profundamente dormido ante la alarma de sus padres que, inmediatamente, lo llevaron a su cama; sufrió una depresión de dos días en los cuales Myriam le preguntaba repetidamente si se sentía enfermo. "Mamá, me siento muy cansado". Era la única respuesta que daba el Salvador.

Angustiados, Myriam y José pidieron consejo al anciano maestro Esenio que le servía de maestro, el cual recomendó lo llevaran al Santuario del Monte Carmelo, antigua morada de Elías, ahora habitada por cuarenta ancianos y treinta jóvenes: una semana después de su llegada al Santuario, el Niño jugaba tranquilamente con Mateo y Myrina, su hermana, hijos de un comerciante que los acompañó hasta el lugar.

¡Tierra, esposa mía, aquí estoy de nuevo para fecundarte, otra vez también con mi sangre! . . . por la explicación y meditación de los textos de Antulio, el Niño había comprendido su misión! "El padre celestial está en mí y yo en El y que todo cuanto me rodea es El, que me envuelve; que me hace reír, andar, orar... ¡Nunca más tendré miedo: mi Padre me rodea...!

Cierta vez desearon los terapeutas pasear al Niño por el mar para que se distrajera y lo llevaron a Tiro, en donde se les reunieron seis Esenios que habían huido por la persecución que Herodes desencadenara en su contra por proteger al Salvador. Los seis iban de regreso al Monte Carmelo en donde se celebraría una gran fiesta.

Al iniciarse la Gran Asamblea le fue conferido al Niño un pequeño, candelabro con siete brazos Símbolo de los siete grados alcanzados en la Hermandad Esenia. Los Esenios del séptimo grado pronunciaron con el candelabro en alto la Bendición

de Moisés. "¡El Señor te bendiga y te guarde!" "¡El Señor te muestre apacible su rostro y tenga misericordia de ti... vuelva el Señor su rostro hacia ti y te conceda la paz!"

Después de meditar los capítulos III y IV del Libro de! Profeta Malaquías; al día siguiente, se presentaron a Jesús los 145 Esenios que deseaban conocerlo; el Niño, en éxtasis, bendijo a todos.

Es necesaria esta introducción para seguir en orden la Vida de Jesús, de los diez a los treinta años.

1

JESUS A LOS 10 AÑOS

Días después de que Jesús cumplió diez años, los ancianos que le cuidaban decidieron que ya era tiempo de que el Niño regresara a Nazareth. De camino lo llevarían al Santuario del Monte Tabor, refugio de esenios perseguidos y lugar en, que reposaban los restos de los profetas Ezequiel, Elíseo y Jeremías.

Allí conoció a Pedro, pescador del Lago de Genezareth, mientras éste visitaba a sus padres, Simón y Ana, custodios de aquel Santuario.

— Eres nuevo aquí, ¿verdad? —preguntó Pedro y agregó—, ¿cuál es tu nombre Niño?

—Soy Jesús, hijo de José y Myriam, y estaré aquí sólo tres meses pues voy de camino a Nazareth, que es donde vivo. Pero, dime, cómo te llamas."

—Me llaman Simón, como a mi padre, pero mi nombre es Pedro; soy pescador y debo volver donde mi esposa Lidda, ella me espera en el Lago Genezareth. Quisiera quedarme un poco más a platicar contigo.

— Está bien, pero qué dirás por tu retraso -preguntó el Niño. —Que tuve que atender algunos negocios.

—Pero eso es mentira; el Octavo Mandamiento de la Ley de Moisés nos manda "No mentirás"... —Pedro, avergonzado, reconoció su error y agregó— ¡Qué lección me has dado! ¿Vino contigo tu mamá?, quisiera hacerle una pregunta.

—Sí, ahora mismo la traeré para que hables con ella —dijo mientras echaba a correr en pos de su madre a quien trajo minutos después.

—Perdone los caprichos de mi Niño—dijo Myriam—, me ha traído porque dice que usted quiere preguntarme algo...

—Sí señora —contestó Pedro—, su hijo me ha impresionado mucho... Me preguntaba si no sería el mismo profeta Elías reencarnado.

— Lo único que puedo decirle es que, a juicio de los ancianos, Jesús tiene una importante misión que cumplir...

Varios días después, Pedro se despidió de Jesús, quien volvió a preguntarle: ¿Qué explicación darás por tu tardanza?

— Diré que conocí a un niño que me ató a su corazón.

—Veo que me has entendido, Pedro —y dándole un beso, agregó—: en unos meses estaré en Nazareth y me gustaría saber si me irás a visitar; no tienes más que preguntar por la casa de José el carpintero.

— Desde luego que iré —dijo Pedro—, y a Guisa de despedida le besó las manos.

En el Santuario de Tabor había una gruta en la que se guardaban los papiros de los antiguos Kobdas del Nilo. Ahí mientras Haggeo leía la vida de Abel el príncipe al Niño, Jesús le preguntó: — ¿No te parece que debo quedarme más tiempo aquí? Me siento muy contento.

—No hijo—dijo Haggeo—, aún no es la hora. Espera a que cumplas los 15 años para que puedas entrar de lleno al estudio espiritual. . . Cuando pasen esos cinco años que faltan, yo mismo pediré a tu padre permiso para que regreses aquí.

—¿Y mi madre? —Preguntó Jesús—. Es más difícil que ella me dé el permiso. Ella y Ana, mi familiar, me quieren mucho y sufren cuando me alejo...

—Sólo te diré que Ana y tu madre sondas personas que más te comprenden.

—Fíjate, Haggeo, que Ana cree mucho en sus sueños y me ha dicho que en ellos ve a un hermoso príncipe que viene y va desde hace muchísimos años y que éste príncipe se esconde detrás de mí. ¿Qué significará eso?

Tiempo después el Niño oía a Haggeo leer la historia del príncipe Abel y Zurima. De pronto Jesús dijo:

— Haggeo, Ana se parece mucho a Zurima... tú me has enseñado que uno nace y renace y que en cada vida tenemos diferentes cuerpos. ¿No será Ana, Zurima?

— ¿No se te ocurre quién es el príncipe? —preguntó el maestro.

—Aunque ahora no soy príncipe -dijo el Niño—, me parece que Abel soy yo.

—Así-es —dijo Haggeo—, hacía ya dos meses que esperaba te identificaras en Abel...

—Pero yo me siento como cualquier niño...

— Eso es porque tu espíritu necesita más fuerza para cambiar el ambiente y no el ambiente a él . . . Eres muy estudioso e inteligente y creo que eso sucederá antes de que cumplas los 20 años.

Cierta vez, en la hora de meditación de los ancianos, por la noche mientras Jesús dormía, algunos maestros tuvieron la siguiente visión: "El cuerpo de Jesús dormido, desprendía una claridad rosada" y decía: "Amigos míos de todos los tiempos, la cadena de mis inmolaciones está por finalizar, mas no la de ustedes, que habrá de continuar por veinte siglos, tiempo que le falta a este planeta para completar su evolución; en ese lapso, sufrirán mucho por dar a conocer la

grandeza del Reino de Dios. En ésta última etapa conocerán los hombres el heroico apostolado de Juno y Numú, en Lemuria; la mansedumbre de Anfión y la sabiduría de Antulio, en la Atlántida; el amor tiernísimo de Abe, la siembra de Paz y de Justicia de Krishna; del renunciamiento de Buda y de la fortaleza de Moisés... Todo ha de resumirse en esta tarea de Jesús, el Cristo, que entonces dirá ante Dios y los hombres: "Hice cuanto fue posible hacer y el Padre me ha glorificado".

"Ahora, me ayudarán sólo a reconocermé "a mí mismo", porque cuando haya despertado permanecerán tranquilos escondidos en los santuarios, porque mi despertar será tan formidable que durará veinte siglos. Más cuídense de que la duda no penetre en sus corazones en las últimas décadas de esos veinte siglos, pues sería fatal si dudan de Mí como Salvador. Paz y Amor a todos ustedes que son míos hasta la eternidad".

Catorce días después de esta visión, Myriam supo que José los esperaba en Caná, para conducirlos a Nazareth. Hasta allá fueron acompañados por Haggeo y varios Esenios.

2

NACIMIENTO DE JUAN

A los 11 años Jesús, al igual que todos los demás niños hebreos, se ocupaba en ayudar a su padre en la carpintería hasta que cumplió 12 años, en que la Ley de Moisés obligaba a los infantes a asistir al Templo de Jerusalén.

La caravana que haría el viaje hasta Jerusalén estaba integrada por 46 personas, entre las que iban: Salomé, próxima a dar a luz, los padres de Jesús y dos terapeutas Esenios. Siguiendo por el camino de Siquem pasarían por los abandonados santuarios de Siló y Bethel, siendo el primero de ellos donde pasarían la primera noche.

El Niño estaba encantado en el antiguo Templo; su imaginación lo llevaba muy lejos y le hacía oír la voz de Yahavé cuando hablaba con Samuel. Exaltado pidió permiso para, junto con Joselín, ir a pasear en las cercanías de la añeja construcción. Apenas habían salido, cuando José reclamó la presencia de Jesús:

—Sabes Jesús, hijo mío, Dios nos ha bendecido con un compañero más: Salomé ha dado a luz un hermoso niño.

Ante la avalancha de preguntas que hacía Jesús, José no tuvo más remedio que llevarlo al improvisado resguardo en que estaba Salomé con la criatura.

— ¡Angelito de Dios! —decía Jesús mientras acariciaba al recién nacido— ¡mi corazón me decía que bajarías hoy a este antiguo templo!

Leyendo una vez el libro del Profeta Samuel, Jesús había pre-dicho que éste vendría, de nuevo al mundo y que su llegada sería precisamente en el Templo de Silo. Y así era, según reconvinieron todos: el hijo de Salomé era la reencarnación de Samuel, quien venía a ayudar al Niño en su Divina Misión.

Jesús cura a cuatro leprosos

Para la tercera jornada del viaje, decidieron descansar en una aldea llamada Ain-El-Harami.

Mientras cenaban, Jesús preguntaba con inquietud:

— ¿Cómo es el Templo de Jerusalén? ¿Cómo es la Ciudad?

— Es difícil decirte, pero mañana temprano la verás —le contestaba Myriam—, mientras tanto come que debemos dormir temprano para poder llegar al mediodía de mañana a la Ciudad Santa.

Sin embargo, Jesús por la emoción, no podía dormir y viendo que los Terapeutas se preparaban a salir a entregar unas cestillas de comida y unas ropas a un lugar cercano, les pidió lo dejaran acompañarles.

Iba Jesús en medio de los Esenios, cuando de improviso, vio salir de entre las piedras algunos bultos y asustado exclamó: ¡los muertos salen de sus sepulcros!

— No temas, son leprosos: tienen que vivir aquí alejados de la población, porque si aparecen en lugares habitados, corren el peligro de perecer apedreados. Ellos saben que sólo a nosotros se pueden acercar sin peligro.

Eran cuatro leprosos: tres jóvenes y un viejo, los cuales se acercaron a los Terapeutas. Jesús, sentado en un tronco, contemplaba entristecido la escena.

—Siento un gran deseo de ayudar a estos pobres —dijo el Niño.

—Si supieras cómo hacerlo ¿lo harías? —preguntó uno de los Terapeutas.

— Haría lo que todo buen esenio y cuando quiero hacerle el bien a alguien pienso con gran fuerza: ¡Que Yahavé ayude a este hermano!"

De pronto el Niño quedó en silencio, para después entrar en éxtasis. Al mismo tiempo, cayeron dormidos los cuatro enfermos. Acto seguido se apareció el doble astral de Jesús, en tan clara forma, que se le oyó decir -"Me preguntas cómo hago para salvar a estos hermanos —al tiempo que un torrente de luz bañaba a los enfermos—. ¡Que el fuego de Yahavé consuma todo el mal que hay en ellos!"

Al decir esto, de los cuerpos de los leprosos salió una especie de vapor, tras el cual se podían distinguir cuatro cuerpos como blancas estatuas. Los vítores de los Esenios no se hicieron esperar. — ¡Bendito sea! ¡Dios lo quiso!

—Báñenles y guarden silencio —interrumpió Jesús—, porque no es tiempo aún de que el Mesías se manifieste.

Poco después, la visión desapareció dejando a los Terapeutas dudando de lo que acababan de ver, pero al reparar en los cuerpos sanos, no les quedó duda. Grande fue el asombro de los jóvenes y del viejo, cuando al contacto con el agua, despertaron y se vieron curados. Uno de ellos, llorando de felicidad, abrazaba a los Terapeutas.

—Vámonos ya, no sea que los padres del Niño lo busquen —dijo uno de los Esenios. En efecto, cuando llegaron al campamento, Myriam se había levantado y buscaba a Jesús.

—Aquí está tu hijo Myriam, nos acompañó a llevar provisiones a unos enfermos.

Tal como estaba planeado, la caravana llegó a Jerusalén al día siguiente; la familia de Jesús junto con Zebedeo, su esposa Salomé y el recién nacido, el cual sería conocido con el tiempo como Juan el Apóstol, se acomodaron en la casa de

Lía, parienta de Myriam, quien a guisa de saludo ofreció ir al Templo para agradecer la llegada de los visitantes

—Tía —interrumpió el Niño—, ¿me dejarás acompañarte?

— Desde luego que sí.

Al día siguiente, al mirar las cúpulas del Templo, Jesús comentó: "Los santuarios Esenios, ocultos en la roca, pasan desapercibidos para la mayoría, pero los, ancianos que los habitan brillan como estrellas en la oscuridad".

Cuando entraron al Templo, Lía entregó dos bolsitas de lino a modo de ofrenda, a un joven Levita quien al descubrir al Niño lo acarició y los invitó a que se sentaran cerca del estrado en donde los doctores de la Ley y el Sumo Sacerdote decían los discursos.

Un doctor de la Ley expuso fogosamente el discurso "Terribles castigos del Señor a los infractores de su Ley", con lo que se entabló una polémica que no hubiera tenido fin, si no es por la intervención de Jesús.

—Veamos si este niño inspirado por Dios, consigue ponerlos de acuerdo —dijo José de Arimatea, atrayendo al centro del estrado a Jesús.

—¿Para qué me quieren? —Preguntó Jesús; a lo que el Sumo Sacerdote respondió—: Si has escuchado atentamente dinos ¿quién de nosotros tiene la verdad?

—Si tú que eres el Sumo Sacerdote no has podido ponerlos de acuerdo, entonces Yahavé hablará por mi boca: "No me conoce quien habla de mi cólera y mis castigos pues soy esencia; soy luz, vibración eterna. ¿Puede encolerizarse la esencia o la vibración? Yo no soy un hombre revestido de grosera materia. Ustedes no conocen al Padre" Celestial porque están llenos de miedo; no lo tomen a ofensa porque el Padre nunca ofende. A la Divina Sabiduría no la conocen más que los valientes, los que se enfrentan al Eterno Enigma, no como retadores, sino como hijos que quieren conocer al Padre. Encolerizarse es cambiar y es un gran error atribuir al Altísimo el cambio y la mutación".

"Y si la Ley Divina dice: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, tu alma y tus fuerzas y sobre todas las cosas", es porque quiere que lo amen y lo conozcan, porque nadie ama lo que no conoce.

El Niño dejó la sala sin que nadie lo detuviera, entre el silencio de la concurrencia. Cuando la asamblea salió de su asombro se escucharon varios comentarios: ¿Será este Niño el nuevo Mesías que esperamos? ¿O será Elías de quien está escrito que ha de venir a preparar sus caminos?

Esa misma tarde, mientras Jesús refería a su padre lo que había visto en el Templo, José de Arimatea y Nicodemus visitaron a José y le pidieron permiso para

que el Niño los acompañara a una reunión con algunos doctores de la Ley, a lo que el padre de Jesús accedió.

En la reunión Jesús fue presentado ante Nicolás de Damasco, Gamaliel, Judas de Gamala y otros, como, el Profeta Niño que podía manifestarles las palabras del Altísimo. Nicolás de Damasco tomó la palabra:

— Nuestros libros sagrados y profanos dicen que el Mesías prometido a nuestro pueblo ya ha llegado, pero por instrucción divina permanece oculto.

— Yo creo —interrumpió un asistente—, que es Moisés que vuelve a darnos a conocer una Ley Superior a la que nos dio en el Sinaí.

— "Aquí me tienen entre ustedes que desean la Divina Sabiduría —dijo en éxtasis el Niño—, si tienen puro y sencillo el corazón bajaré a ustedes con toda mi claridad. Aquellos que me busquen en espíritu y verdad, me encontrarán en todas las cosas. El Mesías que les mando es mi Palabra Eterna. ¡Yo soy la luz eterna y mi Mesías es un rayo de esa luz! ¡Yo soy el poder y mi Mesías es una vibración de ese poder, de esa energía amorosa que está por encima de todo!".

— "El ha surgido en Mí, vive en Mí, piensa y siente en Mí ahora y por toda la eternidad. La Ley de Moisés fue mi mensaje llevado por él, pero ahora está sepultado por una montaña de prescripciones y mandatos añadidos. De sus libros "santos", el Génesis ha sido modificado y han cargado de temores a las almas que no pueden poner de acuerdo su debilidad y su miseria".

— "Yo soy uno: El Infinito; y por Mí se mueven todos los mundos —continuó el Niño—. Si un día, por medio de Moisés, íes di el primero y principal mandamiento de amor a Mí, ahora por mi enviado no les daré una nueva Ley, sino aquella misma, llevada a las alturas supremas del amor. Mi justicia es inexorable, porque es la Ley Suprema de LAS CAUSAS Y LOS EFECTOS que rige, sin excepción, a todos los mundos del Universo".

Jesús terminó de hablar y se sentó exhausto. Todos los que lo oyeron quedaron pensativos. Después, Nicolás de Damasco propuso a los asistentes hacer un pacto de protección para el Niño, bajo la consigna de callar y esperar.

Segunda Visita de Jesús al Templo de Jerusalén

Al otro día, junto con su familia, ¿Jesús fue al Templo a celebrar el último día de la Pascua. Al entrar el Niño se sintió transportado por un fervor religioso alarmando a Myriam, que no sabía qué le ocurría a su vástago.

—¿Qué te sucede, hijo?

—Madre, déjame un momento solo con mis pensamientos, porque estoy escuchando a Dios que me dice: "Yo estoy en Ti y Tú en Mí porque somos una misma esencia " —y agregó—: "Madre te amo mucho, pero más amo a Dios".

Jesús esperaba encontrar en el Templo la presencia de Dios, pero para su sorpresa, vio un atroz degüello de corderos y atemorizadas palomas que llevaban al lugar del sacrificio en donde las esperaban sacerdotes manchados de sangre, misma que, en abundancia, corría hacia una piscina de mármol.

— ¡Madre! —Dijo el Niño aterrorizado—, ¡ésta no es la casa del Padre Celestial, porque El no se complace con ofrendas de sangre y de muerte! ¡Salgamos de aquí que me ahogo!

Como la madre se mostraba reticente, Jesús soltándose de su mano, corrió rumbona la nave opuesta a la del sacrificio, pero antes de llegar fue detenido por un levita.

— ¿A dónde vas tan de prisa que pareces fugitivo? —le preguntó.

— El vaho de sangre y de carnes quemadas me ahoga. ¡Por favor, sácame de aquí!

— ¡Calla niño, que pueden oírte! Ven, vamos a la sala de los incensarios.

Momentos después, cuando ya Jesús estaba en la sala llegaron dos sacerdotes, quienes después de oír sus temores, una vez terminado el servicio le ofrecieron buscar a sus padres.

En el pórtico de los extranjeros Myriam vio salir a Jesús acompañado por dos Esenios. Al verla, el Niño le suplicó que le permitiera quedarse con ellos' "El Templo de mi padre es lugar de oración —agregó—, no de ofrendas sangrientas y yo quiero quedarme a adorarlo en su templo".

— ¡Pero, hijo mío!... ¿Esto es lo que merezco?

— ¡No, Madre mía! Tú mereces todo mi amor, pero el Padre Celestial me llama a su servicio...

El Niño seguía insistiendo, pese a las súplicas de su madre, hasta que llegó José convenciéndolo para que regresara a casa.

3

VIAJE AL MONTE QUARANTANA

Días más tarde, una pequeña caravana se preparaba a emprender el viaje de nuevo. El destino era el Monte Quarantana y el Niño, quien iría solo en esa ocasión, estaba feliz.

Después de que Jesús se despidió de su familia, montó en un pequeño burro y junto con la caravana salió por la Puerta de Jaffa rumbo a Belén, 'donde habría de ser la primera parada y a la que, desde la mitad del camino, sé habían adelantado dos Esenios para preparar la llegada del Salvador.

A su llegada se encontró con Josías, Alfeo y Eleazar que ya esperaban a la caravana en la casa de Elkana y Sara en donde, a insistencia de Elkana, pasaron a la mesa.

Jesús se sentó en la cabecera, entre sus anfitriones y una vez que los demás ocuparon sus respectivas sillas, parándose Bendijo el pan. Tomando uno grande, lo repartió entre los diez comensales.

—¿Por qué el Niño parte el pan? —Preguntó uno de los comensales—, eso debe hacerlo el anfitrión.

— El Amado es quien reparte el pan entre sus amados y aquí me parece que el amado soy yo —dijo el Niño serenamente.

Apenas terminaba la comida cuando un sirviente avisó que el huerto estaba llenándose de tejedores, hombres y mujeres". Rápidamente Elkana ordenó que la multitud fuera pasada a un salón amplio a donde Jesús fue llevado.

Elkana les dijo: "que este humilde salón sea para todos nosotros como un Santuario al cual llega "Dios a visitarnos". Acto seguido, todos empezaron a cantar hosannas al Hijo de Dios: "Sembremos de flores la senda del Justo que trae a la Tierra la Verdad Salvadora.", mientras, algunas mujeres arrojaban flores al Niño. De pronto una de ellas se postró ante Jesús sacudida por los sollozos.

—Es Mariana —dijo un Terapeuta—, la última esposa de Herodes, En los días de la matanza de niños, huyó del palacio y desde entonces, la tenemos oculta en los Baños de Salomón. —Ella ha ayudado y sostenido a varias familias que huyeron en esa ocasión; es Esenia del segundo, grado y deseamos que reciba tu bendición.

Jesús se acercó a ella y con gran ternura le dijo: —Mariana, te doy mi bendición en nombre del Padre Celestial!

Después pasaron uno a uno los asistentes a postrarse ante el Niño y a pedirte consejo para sus problemas. Jesús, en éxtasis, aconsejaba a todos con su sabia

palabra y, a los enfermos tacándolos con sus manos, en el nombre de Yahavé, los curaba.

Terminada la hora de las confidencias, los Terapeutas se acercaron al Niño y viéndolo abstraído, le hablaron en voz baja.

—¿Por qué no me han despertado antes? —dijo Jesús, y saliendo de su éxtasis agregó: Estoy fatigado como si hubiera hecho un largo viaje.

Prosiguieron su camino hacia el desierto de Judá, llegando a la aldea de Engedi, entrada al Santuario del Monte Quarantana.

Ahí el Niño fue recibido por Bethsabé, mientras los Terapeutas iban a avisar a los ancianos del Templo.

Un poco más tarde, Jesús subía al Templo acompañado por los Terapeutas José de Arimatea y Nicodemus, cuando de improviso, salió a su encuentro un Esenio acompañado por un Niño de trece años llamado Juan, el cual después sería conocido como "El Bautista". Los dos niños se quedaron estupefactos al verse.

—¡Juan!

—Jesús!, Primo mío... soñé anoche tu llegada. ¡Ven que quiero mostrarte la gruta en que vive mi compañero, El Servidor!

Cuando llegaron a la gruta, Juan, que al decir de los ancianos Esenios con "El Espíritu de Elías", le señaló al Servidor quien ya venía, junto con otros Terapeutas al encuentro del Niño.

—¡Luz de Dios —dijo excitado el Servidor—, ¡al fin alumbras otra vez mi camino sobre la tierra!

Junto al Servidor, anciano venerable de rostro alegre, venían cinco Esenios más: Gedeón, Labán, Thair, Zacarías y Hussín. Este último, apenas acababa de saludar el Servidor a Jesús, se abrazó, al Niño, llorando.

—Te esperaba antes de partir, divino Niño.

—¿Te vas muy lejos? —preguntó Jesús.

—Al contrario, muy cerca, tanto que estaré contigo en el vientecillo de las tardes que ondulará tu cabello, vuelvo al Padre, quien ya me requiere.

Entonces, llegaron los demás ancianos a informarse acerca de Jesús. Como este era un trabajo delicado y largo, uno de los Terapeutas llevó a los niños a distraerse a otros lugares.

En la gruta, después de que dos secretarios Esenios escribieron lo acontecido, Hussín tomó su lira y cantó una composición suya llamada "Esperando al Amor". Al final de la ejecución todos lloraban sin reparar en la presencia de Jesús, quien víctima de la curiosidad había llegado.

—¿Por qué lloran con tal desconsuelo? He venido a traerles la alegría y la Paz y no es justo que lloren. Y tú, Hussín, —agregó en son de broma—, tienes la culpa por tus composiciones, a ver déjame leerlas. —Al ir las leyendo cayó en éxtasis diciéndole al autor:

—¡Bahindra, tenías que ser tú el que cantaras al amor en esta suprema evocación! —Luego se dirigió a los demás—. ¡Han esperado tanto el amor que ahora El les sale al encuentro; ruiseñores del Amor Divino suelten sus alas hasta el espacio infinito, que aún tienen tiempo de volver antes de que los hombres se den cuenta que ya no estoy en medio de ellos! ¡Tanto me esperaron que ahora yo los esperaré!

Cuando los ancianos se repusieron de la Divina impresión, El Servidor propuso efectuar un viaje con el Niño, al Santuario de Moab.

—Pero Moab está muy lejos —objetó José de Arimatea—, lo digo no por nosotros, sino por el Niño que debe estar cansado.

Tranquilo -repuso El Servidor—, tenemos un secreto para acortar la distancia. El Mar Muerto tiene un punto en donde su anchura es mínima. Ahí construimos un puente con madera ligera dividido en dos partes, una de las cuales guardamos nosotros y otra un sobrino mío en la otra ribera. De esa forma el camino es corto.

Esa noche, mientras Jesús dormía, los Esenios tendieron el puente y recibieron a los ancianos del Santuario de Moab, quienes avisados por un Terapeuta de la llegada del Niño, habían bajado de su rocosa morada a saludar al Avatar Divino. Los sesenta y nueve ancianos fueron recibidos por José de Arimatea y Nicodemus.

Al canto de los pájaros Jesús y Juan despertaron y luego de hacer sus oraciones matinales, salieron a la plazoleta en donde la noche anterior cenaron percatándose de la presencia de los ancianos.

Los dos se miraron extrañados, como preguntándose de dónde habrían venido tantos ancianos, entre los cuales se hallaban Nicodemus y José de Arimatea, a quienes el Niño se acercó preguntándoles:

—¿De dónde han venido tantos ancianos, si ayer sólo eran siete?

—El Padre Celestial los ha mandado para ti —le contestó Nicodemus.

Entre los que habían llegado, Jesús reconoció a varios de sus amigos del Monte Carmelo y fue tanto su entusiasmo que dijo a José y a Nicodemus que ellos podían regresar a Nazaret, pero que El, se quedaría con sus amigos,

—El Padre Celestial ha marcado todas tus horas —dijo uno de los ancianos del Monte Hermón, y por ahora no es el tiempo de que te unas a nosotros. Hasta que cumplas los 20 años; tus padres son los que deben cuidarte.

Jesús quedó en silencio unos minutos y luego le dijo a Juan.

— Bueno, soy apenas un niño y tengo que obedecer. Ven Juan, vamos a jugar en el establo, con los corderitos.

—Sabes Juan, he oído decir por ahí que tú y yo tenemos una importante misión que cumplir en este mundo por voluntad de Yahavé y que hemos vivido muchos siglos y muchas veces antes de ahora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó espantado Juan.

—Porque me lo han dicho los ancianos Esenios del Monte Carmelo. Según ellos, tú eres la reencarnación del Profeta Elías y yo soy Moisés quien ha vuelto para enseñar a los hombres la Ley del Amor Universal.

Por la tarde, los niños fueron al Santuario a orar, seguidos por José de Arimatea y Nicodemus quienes tenían la consigna del Servidor de anotar todo lo que sucediera sin que los niños lo notasen.

"Jesús y Juan se arrodillaron delante de las Tablas de la Ley de Moisés y mirándolas se quedaron muy quietos. De pronto, Jesús señaló el versículo que dice: "Amarás al Señor, Dios tuyo con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo", y dijo con voz vibrante y sonora: "Juan, tú y yo sólo hemos venido a hacer que se cumpla eso mandamiento en esta hora de la humanidad", y añadió al tiempo que una potente luz iluminaba los papiros: "En estas pocas escrituras se describe el origen de las cosas del mundo; en donde unas reglas muy simples enseñan al pueblo de Israel a vivir en Paz, con salud y alegría".

"Oh, Juan —continuó el Niño—, seremos sacrificados como corderos entre lobos por esta inconsciente humanidad que vive en el odio y el egoísmo, mas de nuestras sangres brotarán millares de plantas; los apóstoles del amor fraterno caerán también sacrificados y sus muertes como interminables cadenas, escribirán en la conciencia del Hombre "Ama a tu prójimo como a ti mismo", hasta que la humanidad cansada de padecer, abraza por fin esta ley inmortal y eterna que es en todos los mundos y en todas las humanidades".

—Jesús —dijo Juan entre sollozos—, tu palabra ha descubierto lo que sucederá y he visto tu sacrificio y nuestras sangres derramadas, ¿Cuándo sucederá, Jesús?, ¿cuándo?

—Cuando llegue mi hora final y sufra la más ignominiosa de las muertes.

—¡Me opondré —interrumpió Juan —, tú que eres santo entre los santos, vas a ser devorado por esa loba hambrienta que es la humanidad!" ¡No, Jesús, no!... Destruiré como el mar bronco a las barcas que la cruzan, ¡no lo permitiré!

—Nada de eso harás —objetó dulcemente el Niño—, porque serás sacrificado antes que yo y desde la Gloria verás mi holocausto como debe verlo una inteligencia evolucionada como la tuya y serás el primero en decirme "Entra a tu reino para siempre".

Al oír esto, Juan cayó desmayado al suelo, mientras Jesús salía de su éxtasis.

— ¡Juan, no te mueras Juan!" —decía desesperado el Niño. Al oír esto los Esenios salieron rápido de su escondite y transportaron a los niños a la gruta del Servidor, en donde Juan durmió por espacio de 15 horas.

A la mañana siguiente, los Esenios se reunieron en el lugar de las asambleas. Ahí cada quien expuso lo que había visto y oído cuando el Verbo Divino se había manifestado. Muchas fueron las opiniones que en torno a la gran miseria humana se dieron, pero al final de la junta determinaron que un gran cambio se estaba realizando en la personalidad de Jesús y que debían observarlos bien.

Poco después, uno de los ancianos se dirigió a Jesús preguntándole lo que había visto en sueños la noche de la divina Manifestación.

—He visto muchedumbres que sufren mucho —contestó tristemente Jesús—; hombres que atormentaban y maldecían a otros y luego los metían en calabozos oscuros y horribles; a niños y ancianos lanzados a los precipicios por inútiles; a hombres y mujeres jóvenes arrojados como alimento a las fieras que guardan las fortalezas de los poderosos o degollados en los altares de algunos dioses nefastos; a esclavos atados a sus cadenas; a la tierra que era como una navaja que me rodeaba y en todos sus rincones se veían iguales crímenes y yo gritaba con todas mis fuerzas: "No matarás" "Amarás a tu prójimo por ti mismo".. pero nadie me oía, Servidor... y la tierra se empapó de sangre.

—Bendigamos a Dios porque Jesús se ha dado cuenta de su gran misión en medio de nosotros —dijo el Servidor a los ancianos que se habían acercado mientras recostaba al aterrorizado Niño en su pecho—, Jesús, ahora comprenderás que la misión que te ha traído a la vida física te exige todo. Has venido como un médico a donde el dolor y la miseria llegan hasta el paroxismo.

Mas como el Niño seguía atemorizado, El Servidor continuó hablándole tiernamente hasta calmarlo:

Hijo mío, alrededor de ti está la fraternidad Esenia que es tu madre espiritual en esta hora y en ella encontrarás el alivio que tu alma busca. Serénate Niño mío, serénate.

Cuando el Niño se calmó, fue colocado junto con Juan, al pie de las Tablas de la Ley y ahí los ancianos oraron: ¡A ti Dios omnipotente, autor de todo cuanto existe, déjanos ver la grandeza de tus designios, seremos colaboradores de tu Mesías, en su tiempo de redención humana!... y hubo un gran silencio: Todos sabían ya que Jesús, era el Mesías esperado y que Juan era el gran Profeta Elías.

4

LAS ESCRITURAS DEL PATRIARCA ALDIS

Cuando el Verbo Encarnado regresó a su casa en Nazaret, toda su familia estaba reunida para recibirlo. Myriam por su parte, presentía un cambio en su hijo, pero calló su tristeza hasta el final de la cena cuando ya sólo quedaban en la mesa Jesús, el tío Jaime, Joselín y Ana a quienes refirió sus temores.

—Algunos piensan que eres el Salvador de Israel —dijo el tío Jaime al Niño, y han investigado a tu padre sobre ti pero él sólo contesta que estudias para ser un buen terapeuta.

—Y así es por el momento —enfaticó Jesús—, porque no sé qué será de mí más adelante, por ahora me dejo guiar por mis maestros. He aprendido que por mucho que los espíritus de buena voluntad hagan por la dicha del hombre, esto aún no es posible sino hasta que pasen muchos milenios más. Sucederá .cuando el Bien elimine al Mal, mas por hoy, el Mal es más grande y fuerte que el gigante Goliat.

—Mas una piedra arrojada por David lo derribó —dijo Joselín. -¡Es verdad! Dios hará surgir de entre rebaños de ovejas, el David del presente —añadió Jaime.

-Grandes fraternidades como ahora la Esenia hubo en otras épocas y en otros continentes: Flamanes, Lémures, Profetas Blancos, Atlantes, Kobdas del Nilo y Mendicantes de Benarés y muchos otros que se convirtieron en mártires del bien. Ellos, emisarios de Dios, han querido marcar a través de los años el camino divino.

La mayoría de los hombres no los han seguido, recuerdo como ejemplo, la historia de los Kobdas del Nilo que hicieron sentir brisas de libertad y paz en tres continentes... ¡Pero la Humanidad se enfurece contra quienes tuvieron el valor de sacrificarse por su felicidad!

—Podrás ver, madre, que a través de estos años he sufrido y seguiré sufriendo por la inconsciencia humana —finalizó el Hombre-Luz.

—Creo hijo que tu juventud te hace tomar las cosas con ardor y vehemencia excesivas. ¿Acaso eres tú el culpable de la dureza humana?

—¿Crees madre, que si tuvieras hijos que se precipitasen en insondables abismos, no padecerías por ellos?

—Claro —contestó Myriam—, pero serían mis hijos, parte de mí, y tú sufres por la mayoría de seres que ni siquiera te conocen. Recuerda que el Padre Celestial permite esos sufrimientos y no por eso ama menos a sus hijos.

—Eres hermosa madre y amándome tanto como me amas piensas sólo en verme feliz. Es bueno madre, mas el amor vence mientras no llega otro más fuerte

que el dolor y la muerte y no te olvides de la Ley: "Amarás a tu prójimo tanto como a ti mismo" y ¿no somos todos hijos del mismo Padre?

Myriam se retiró a descansar mientras Jesús, el tío Jaime y Joselín que tenían habitaciones contiguas; siguieron charlando.

Poco después en Jerusalén se conoció la llegada de Jesús a Nazaret y sus amigos José de Arimatea, Gamaliel, Nicodemus y Nicolás de Damasco llegaron a visitar al Niño en su casa; hecho que alegró sobremanera a Jesús, quien después de saludarlos, les entrego unos manuscritos.

—He tomado copias de fragmentos de pergaminos prehistóricos que creo no conocían.

—¿Y esas copias de qué tratan? -preguntó Nicolás de Damasco.

-Ponen en claro muchos relatos que las Escrituras Sagradas han tratado muy a la ligera. Por ejemplo, los versículos de Adán, Eva, Abel y Caín no consignan que no estaban solos en el Éufrates puesto que existían pueblos y ciudades antiquísimos, según lo demuestran sus ruinas. ¿Quién gobernó esos pueblos? ¿Qué fue de Adán y Eva? ¿Qué hizo Abel para que en las Escrituras lo llamaran "Justo Amado de Dios"?

— Estas copias explican todo lo que falta en nuestros Libros Sagrados —continuó Jesús—, sería un agravio a Moisés pensar que sus escritos fueran tan deficientes y mal hilvanados.

—Bien razones —díjole José de Arimatea asombrado por su perspicacia y buena lógica—, y te digo que desde hace años buscaba llenar los vacíos inmensos de nuestros Libros.

—Poco es lo que pude copiar, pero para mayor información pueden visitar el archivo del Santuario de Tabor.

—Ahora pequeño Maestro, explica a mis compañeros los manuscritos como tú los ves —dijo José de Arimatea—, mientras les pido a tus padres hospedaje para nosotros por unos días.

—Este relato —dijo el Niño tomando una copia —, el de Adán, Eva y su hijo Abel es parte de los ochenta rollos de papiros llamados: ESCRITURAS DEL PATRIARCA ALDÍS, que encontró un egipcio excavando en las viejas ruinas sobre las que se levantaría Alejandría. El egipcio buscaba mármol y al romper un trozo de muralla encontró una lápida en la cual estaba el cuerpo momificado del Patriarca Aldís y junto a su cabeza un voluminoso rollo de papiros envueltos en lino encerado y piel de foca.

—¿Y ese Aldís quién fue en aquella remota época? —preguntó Nicodemus.

—Fue el Padre del Adán de los libros hebreos y era natural de un país de Atlántida, llamado Otlana, el cual fue uno de los últimos en hundirse cuando la catástrofe de aquel continente. Los papiros refieren a salida de la flota de su país hacia el continente europeo. Aldís era centurión de los Lanceros del Rey y estaba casado con una doncella de la princesa Sophía, hija única del Soberano, quien amaba a un capitán de la escolta real aun cuando estaba prometida al heredero de Ática por la conveniencia de una Alianza de Fuerza entre los dos reinos.

—En el transcurso del viaje, Sophía decidió fugarse con Johevan, que así se llamaba el capitán, Milka su doncella y Aldís esposo de esta última. En una pequeña barca se internaron a Oriente y de isla en isla llegaron a la Costa Grande del Mediterráneo, lugar en donde Aldís y Johevan fueron apresados por los esclavistas que los llevaron a Neghada, dejando a Sophía y a Milka junto con sus recién nacidos hijos: Adamú, hijo de Aldís y Evana de sangre real, al garete.

La embarcación que llevaba a las mujeres y sus hijos pronto tocó tierra en lo que hoy se conoce como Fenicia —continuó Jesús—, en donde vivieron al amparo de una gruta donde hasta poco antes de su llegada, vivió y murió un anciano, el cual sin saberlo, heredó a los desterrados una pequeña manada de renos y sus siembras.

Pocos años después, Sophía y Milka murieron dejando solos a los pequeños Adamú y Evana que se sostuvieron de la recolección de frutos y de la pesca en la accidentada costa del mar. Fue precisamente ahí en donde encontraron, a Caín junto con su madre muerta- en una barca. La joven pareja de sólo trece años adoptó al huérfano. Tiempo después se les uniría Abel nacido de Eva. Esta fue la razón por la que se creyó que ambos eran hijos de Adán y Eva.

Años más tarde, Aldís liberado por los Kobdas de su esclavitud, encontró a la joven familia de Adán quien le contó al detalle lo sucedido —finalizó el Niño.

—El Patriarca Aldís —observó Nicodemus—, fue pues un testigo fiel de los acontecimientos, por lo que podemos decir que ésta es la verdadera historia.

—La evidencia es notoria —dijo José de Arimatea (a su regreso) —, y sobre todo una lógica tan natural que no deja lugar a dudas.

—Y aún hay más —continuó Jesús—, las inundaciones de los grandes continentes coinciden con la fecha en que el Patriarca Aldís señala el éxodo del Rey de Otlana.

—¡Oh Jesús, esto es maravilloso! ...La Fraternidad Esenia es poseedora de la verdad de los orígenes de esta civilización que hasta ahora, triste es decirlo, estaba basada en la infantil fábula de Adán hecho de barro y Eva sacada de una de sus costillas —dijo entusiasmado Nicolás de Damasco.

— Más aún —subrayó Nicodemus—, la lógica nunca hubiera podido arreglar los acontecimientos que sucedieron a éste cuando Caín, después de matar a Abel, huyó al país de Nod donde se casó, tuvo hijos y fundó un pueblo, ¿De dónde tuvo Caín mujer para casarse, si la única mujer del mundo era Eva, según el libro del Génesis?

—La verdadera historia debió perderse en el tiempo según concluyeron los ancianos esenios —anotó Jesús—, cuando Sumeria y Mesopotamia Norte fueron devastadas por los hielos polares, dejando inhabitadas muchas regiones, por lo que seguramente Adán y Eva se creyeron únicos habitantes del mundo y que posteriormente, los primeros cronistas engrandecieron los acontecimientos y crearon la leyenda.

—Pasado el preludeo —dijo José de Arimatea—, bien podemos pasar a la copia que nos has traído:

ESCRITURAS DEL PATRIARCA ALDIS, PAIRO 70-Muerte de Bohindra, Thidalá de la Gran Alianza y su reemplazo por Abel, el Hombre-Luz.

—Por la influencia de los hombres de la Toga Azul —comenzó el Niño—, una inmensa ola de justicia se extendía desde los países del Nilo hasta el Río Éufrates y sus afluentes al Oriente y al Norte hasta las faldas del Cáucaso. Había llegado pues a tres continentes la palabra de la Gran Alianza.

Una larga vida había permitido a Bohindra, organizador de la Gran Alianza, ver su obra de fraternidad entre los pueblos y las razas realizadas y a su bisnieto Abel, el Hombre Luz de la familia de Adamú y Evana, crecer como roble pleno de fuerza, de savia y genio.

¿Qué más le faltaba por hacer si el Altísimo había fecundado todos sus esfuerzos? Una mañana, después de agradecer a la Divinidad se retiró del amplio ventanal en donde diera su último saludo a la muchedumbre que estaba en la gran plaza del Santuario y se sentó a su mesa de trabajo, y en un postrero esfuerzo grabó su último papiro: “¡Señor! ¿qué puedo ya darte si cuanto tuve te di?”

Así con estas palabras murió Bohindra, Cimentador del Templo Augusto de la Fraternidad Humana. Al poco tiempo, una ola de angustia corrió desbocada por todos los rincones del Gran Santuario agrupando en torno a la Reina Ada, quien debía hacer frente a la penosa situación designando al sucesor de Bohindra, a todos los Kobdas.

La Reina Ada designó, con el beneplácito del público, al joven Abel como el nuevo pastor de las naciones y pueblos que formaban la Gran Alianza, convirtiéndose ella en la principal consejera del vástago de la familia de Adamú.

Abel, reunió para formar su consejo a las más claras inteligencias de su época, siendo sus preferidas dos matriarcas dirigentes de pueblos que a su vez habían sido aliento de Bohindra en sus fatigosos trabajos: Walkiría de Kifauser y Solania de Van;

reina la primera de los países del norte en el Ponte Euxino y el Cáucaso; y la segunda, reina de Cartago*(2) país del Norte Africano desde el Nilo hasta Mauritania.

— Qué interesante, pero estas escrituras ¿son copias o estamos en posesión del original? —interrogó Nicodemus.

—No lo podemos saber —contestó Jesús—, pero es lógico suponer que se sacaron copias para los tres santuarios mayores de los Kobdas*(3). Esto no importa mayormente, copia u original, nos relata los verdaderos orígenes de nuestra civilización.

-Estos papiros deben tener su historia y sería interesante conocerla —observó Nicolás de Damasco—, para tener un argumento más en favor de su veracidad.

-Ciertamente -contestó el Niño—, mis maestros esenios han hecho las investigaciones oportunas al donante Menandro y según él, cierto día llegó a las puertas de su casa una joven que le ofreció, a cambio de unas monedas, una caja de encina llena de documentos y papiros.

La joven, quien después se desposó con el griego, recordaba que un sacerdote Kobda había dejado la caja a su padre en depósito hasta que regresara de un viaje que iba a hacer —continuó Jesús—, y del que al parecer nunca regresó.

El tesoro histórico comprendía también planos y croquis del templo mandado a construir por el Faraón Amenemhat III a orillas del Lago Merik. Los ancianos archivistas del Santuario de Tabor confirman la historia con documentos similares y agrega que poseen escrituras que refieren la fundación de un antiguo reino por Meneses con un Templo al cual le dio el nombre de Ne-ghadá, lo cual hace pensar que Meneses es anterior a los faraones y que ya para esos tiempos el Lago Merik aparecía en las escrituras y que fue llamado así por la Matriarca Merik que gobernaba esas regiones.

—Lo que está diciendo Jesús —afirmó José de Arimatea—, es de una importancia capital para reconstruir la verdad histórica de nuestra civilización.

Y hay más —agregó entusiasmado Jesús—, en la caja de encina se encontraron también rollos de papiros escritos por Diza-Abad, los cuales fueron hallados por los guerreros del Faraón Pepi I en el Monte Sinaí, dentro de una gruta sepulcral perdida entre las ruinas de una desaparecida ciudad con una antigüedad que no se puede precisar *(4).

—Lo que sí parece claro es que Díza-Abad estuvo vinculado con los sabios de Neghadá y del Monte Sinaí, después de que éste fue conocido como el presidio para

(2) Palabra abreviada y derivada de "corta-Agua" que alude al Peñón en donde se ubica Cartago.

(3) El Santuario de Neghadá sobre el Nilo, el de La Paz en las Riberas del Éufrates y del Mar Caspio.

**(4) Esta ciudad, de la cual se desconoce el nombre, fue conquistada por los egipcios hace más de 3,500 años.*

criminales incorregibles del Peñón de Sindi, y que al narrar Diza-Abad la vida de aquel presidio hace referencia a unos viajeros llamados Aldís, Abel, Bohindra, Adán y Eva que pasaron por ahí y a los cuales debió él la reconstrucción de su propia vida.

Continuaron haciendo comentarios sin importancia al respecto y plantearon la posibilidad de fundar una escuela pero en ese momento fueron interrumpidos por Myriam, quien les anunció que ya era hora de la cena.

Durante la cena no hicieron ningún comentario, pero al término de ésta continuaron con la interrumpida lectura de las Escrituras del Patriarca Aldís:

"Los países de los tres continentes que formaban la Gran Alianza se vieron conminados por sus representantes ante la Sede Central del Consejo Supremo, para establecer un nuevo Consejo Supremo que continuara la civilizadora obra de Bohindra —recomenzó Jesús—, y se pidió a los caudillos, príncipes y matriarcas se reunieran en el Santuario Blanco de la Paz en las riberas del Éufrates para depositar su confianza en Abel, joven conocido en todos los rincones a los que llegaba la Gran Alianza por ser en múltiples ocasiones enviado de Bohindra como visitador de pueblos.

Entre los platanares que rodeaban al Templo, se oyeron de nuevo igual que veinticinco años atrás cuando se convirtiera Bohindra en el Líder de los pueblos, los clamores unánimes de los gobernantes:

¡Abel! — ¡Abel! ¡Tú serás el que llene el vacío dejado por el gran Thidalá muerto! De pronto, apareció la Reina Ada en un amplio ventanal, envuelta en su manto blanco de Matriarca Kobda junto con Abel. Cuando los clamores hubieron bajado de intensidad, la Reina presentó sobre el gran Libro de la Ley de la Alianza, la corona de lotos hecha de nácar y esmeraldas y la Estrella de turquesas símbolo de la Suprema Autoridad.

—Eres Reina y Matriarca Kobda —dijeron los príncipes a una voz—, la fiel compañera del hombre que nos dio la paz, sé tú misma quien entregue al elegido los símbolos de la Suprema Autoridad que le damos.

Abel, mudo de la emoción, dobló una rodilla para que la reina le colocara la corona y le prendiera en el pecho la Estrella de cinco puntas de turquesa, ¡La paz ha sido de nuevo asegurada!, exclamaron todos los príncipes de la Alianza.

Así llegó Abel, el Hombre-Luz enviado por la Eterna Ley, al Supremo Poder para conducir a los hombres al bien, al amor y la justicia.

"Antes que todo soy Kobda" —se decía Abel mientras caminaba rumbo al pabellón de la reina—, poseedor de los secretos de la Divina Sabiduría y debo obrar con justicia y buena fe".

Cuando llegó al pabellón encontró a Ada junto al sarcófago de su rey muerto acomodándole la blanca cabellera, pues durante las demostraciones de afecto de su pueblo durante los setenta días que llevaba embalsamado, lo habían despeinado.

—¡Mi rey! —decía Ada llorando—, no pensaste en mí que quedaba sola en medio de pueblos y muchedumbres que me aman por ti... Me acogiste bajo tu amparo desde los catorce años y en vez de esclava que pensaba ser, me colocaste en un pedestal y me diste el culto reverente de un amor como no hay otro en la tierra... ¿y ahora mi rey, qué haré, qué será de mí?

—Ahora estoy yo como el hijo de tu rey, quien te conservará para toda la vida en el mismo lugar en el que él te dejó —le dijo Abel desde la puerta — ¿Me permites pasar?

—Entra, hijo mío, entra —contestó Ada ocultando sus lágrimas.

—Mi primer pensamiento ha sido para ti —continuó Abel—, que el tuyo sea para mí y que tu primer acto como reina viuda sea adoptarme ahora ante el cadáver de Bohindra como a un verdadero hijo, al cual protegerás con tu amor durante toda la vida. — ¡Hijo mío, Abel! -dijo Ada entre sollozos—, ¡tenías que ser tú quien recibiera por primera vez todo el dolor de mi corazón! Desde este momento quedas en mi corazón como el hijo de Bohindra y nunca más te apartarás de mi lado.

Poco después, por disposición de Ada y Abel todos los Kobdas se reunieron en el Santuario para ayudar al espíritu de Bohindra a encontrar la plena lucidez en su nuevo camino. Todos, vestidos de blanco, entraron de diez en diez al Templo, siendo los últimos en entrar Ada y Abel.

El lugar del rey muerto quedó vacío y sobre uno de los brazos del trono estaba apoyada su lira que usaba para tocar sus melodías de evocación.

Grande fue el asombro de todos los presentes, cuando sutilmente se materializó el espíritu del rey muerto quien tomó su lira con inimitable suavidad y ejecutó su melodía favorita: "Ven Señor que te espero". Abel intentó acercarse a la materialización de Bohindra en el momento en que la melodía tocaba a su fin, pero la imagen desapareció. La visión convertida en halo luminoso envolvió a Ada y a Abel para luego evaporarse totalmente.

—¡Qué grande fue el amor de Bohindra que le hizo dueño de los poderes de Dios! Exclamaban todos al unísono maravillados por lo que acababan de ver.

—A partir de ese momento —continuó Jesús—, las actividades de Abel comenzaron en bien de todas las naciones de la Gran Alianza.

El Consejo de la Gran Alianza, reforzado por la unión de los últimos Dáctylos del Ática y por las muchas mujeres atraídas por la Matriarca Walquiria del país de los hielos, escucharon la palabra de Abel.

—Los jefes y príncipes de los pueblos me han designado sucesor del Kobda Rey porque en mis venas corre su sangre y esto representa para ellos un deber de parte mía y una garantía de que seré justo como lo fue él. Necesito que sean mis hermanos de ideales y de convicciones quienes resuelvan si debo o no ocupar el lugar de Bohindra.

Hilcar de Talpaken, el sabio Dáctylo aconsejó no contrariar la voluntad de los príncipes de la Alianza en cuanto a la designación de Abel y propuso se formara un consejo de diez ancianos llenos de sabiduría y prudencia que respaldaran al joven Thidalá en todas sus decisiones.

—La propuesta de Hilcar fue aceptada por todos y aquí termina uno de los papiros del Patriarca Aldís —dijo Jesús a sus amigos, finalizando la lectura.

Los cuatro amigos quedaron pensativos. Después de hacer un recuento de los datos que tenían de la tradición oral y de los restos de monumentos y templos, reconviniéron en hacer un pacto para buscar el encadenamiento lógico y razonado de cuanto dato encontrasen para reconstruir la verdadera historia de la Humanidad sobre la tierra.

—Nuestros hermanos Filón y Nasan buscan activamente esos datos que ustedes ambicionan encontrar. Filón y una veintena más de hombres buscan en el Egipto, repleto de vestigios y recuerdos; y Nasan en Palestina y Mesopotamia si bien es cierto que cuantos más datos podamos aportar, más nos acercaremos a la verdad.

5

LA DIVINIDAD DE KRISNA (Jesús de los 17 a los 20 años)

Después de varios días de viaje, una mañana llegaron a Ribia en donde Harvoht esperaba a los viajeros para conducirlos a casa del viejo Menandro, el custodio del Archivo que hasta esas latitudes los había, llevado.

La casa del viejo Menandro estaba al final de la calle principal de la ciudad. En la entrada Nicandro su hijo mayor, aguardaba a los viajeros para guiarlos a la biblioteca en donde su padre, víctima de las reumas, los esperaba sentado en un sillón.

Al término de los saludos, el anciano poseedor del Archivo no pudo esconder su sorpresa al ver a un jovencuelo como Jesús entre los estudiosos y preguntó quién era:

—Es el Niño mimado de las musas —comentó Tholemí—, como dicen ustedes.

—¿Por qué ha venido?

—Por el Archivo y por el guardián del Archivo —contestó Jesús.

—Pero qué puedes querer tú del Archivo y de su guardián.

—Del Archivo su sabiduría y del guardián la salud y la alegría.

—La Sabiduría del Archivo la tendrás; pero mi salud y mi alegría están ya muy lejos... —murmuró el anciano con tristeza.

—También yo estaba lejos —decía Jesús, mientras friccionaba las piernas y los brazos del anciano—. Cuando percibí que los esenios deseaban que curara a Menandro me dirigí hasta aquí y hoy estoy a tu alcance. La salud y la alegría son palomas mensajeras del Altísimo y van y vienen como ráfagas de viento, y es mi deseo de amor que quedes curado de tus dolencias.

De pronto, el anciano se incorporó y abrazando al Elegido gritó lleno de satisfacción: —¡Eres Apolo así es como te llamamos nosotros, has puesto fuego y vida en mi viejo cuerpo!

Después todo fue risas y alegría. El anciano Menandro guió a los viajeros hasta el Archivo y les dio una especie de índice en el que se leía: Crónicas del Continente Lémur (desaparecido), del Continente Atlante (desaparecido); Crónicas del Ática de Escitia, del Indostán, de Irania, del Nilo, de Mauritania y de Iberia.

— Deseamos primeramente las Crónicas del Indostán —dijo Melkisedec.

El anciano les entregó un grueso rollo de papiros en cuya envoltura se leía: "Crónica escrita por Arjuna, discípulo de Krisna, el príncipe filósofo del Amor y la Paz".

—Esto es lo que buscábamos —dijeron los cuatro esenios a la vez.

—Bien amigos —dijo Menandro—, el Archivo es suyo. Mientras ustedes estudian lo conveniente, iré a pasear a la terraza que hace mucho que no me podía dar ese lujo.

El papiro estaba escrito en la lengua de los antiguos Samoyedos en su primera parte, y en la segunda era una traducción de aquella lengua muerta al griego. Melkisedec fue nombrado Lector y Azarías y Tholemí notarios.

"En la inmensidad donde giran estrellas y soles, resonó la voz eterna y marcó la hora inmortal: La Legión de la Sexta Jamada Mesianica en los globos gemelos del planeta Tierra entró en actividad y elevadas inteligencias penetraron en la atmósfera astral de los planos físicos, para anunciar a los encarnados, el gran acontecimiento de ser "Instrumentos" del Designio Divino.

"Un arcángel localizó a aquellos "Instrumentos" perdidos por entre las extensiones terrestres y, en sueños, se apareció a Sakmy esposa de Bayadana, y descendientes del Rey de Madura llamado también Vedo-Van-Ugrasena de un país del Sur Indostánico, anunciándole que en las inmensidades celestes se había decidido que un "Rayo de Luz" bajase a la tierra y que ella había sido la elegida para ser el "Vaso puro" que contuviera el Divino Elixir.

"Al poco tiempo nació de Sakmy, una niña a la que llamaron Devanaguy y a la cual cuidaron y educaron esmeradamente ya que conocían su procedencia divina y adivinaban su precioso destino. Cuando Devanaguy llegó a la pubertad, fue desposada según la costumbre de aquel tiempo, con Vasuveda hijo segundo del Rey Ugrasena, quien poco después de los esponsales fue desposeído de su reino por Kansas, su hijo mayor, tirano apoyado por los ricos de la antigua nación de Ugrasena.

"El destronado monarca fue encerrado en una torre del reino y sus leales convertidos en esclavos. Una noche, Devanaguy salvando la vigilancia de los guardias, logró ponerse en contacto con Ugrasena y le comunicó que llevaba en su vientre un "Vishnú" (Rayo de Luz Divina) y que él sería su salvador.

"Una antigua profecía de dos anacoretas descendientes de los Flamanes de Lemuria, anunciaba desde hacía tiempo, que cuando 'Hayan pasado 40 centurias de que el Sol se durmiera en las riberas del Éufrates, el Sol nuevo se levantará al Sur del Indostán y su llegada será anunciada por el insólito hecho de que un hijo se levantará contra su padre y lo encerrará en un calabozo'. Así fue, y precisamente ese día nació Krisna (El Vishnú-Rayo de Luz).

"Mas poco antes del Divino nacimiento, Kansas el mal hijo, fue enterado del próximo alumbramiento de Devanaguy y temeroso del advenimiento del Señalado por los Cielos ordenó encerrar a la hija Sakmy. Los concedores del secreto y amigos de la bella princesa se las ingeniaron para sacarla antes de que diera a luz y la sustituyeron por una joven mujer muy parecida a ella que poco antes había muerto en los trabajos del alumbramiento.

"El traidor hizo grandes fiestas creyéndose a salvo de la profecía y fue precisamente durante éstas que Ugrasena en la misma forma que Devanaguy, fue reemplazado por un adepto parecido a él y liberado de su prisión.

"Ante el temor de una persecución si se daba cuenta del engaño Kansas, Krisna y su madre fueron encargados a un pastor llamado Nanda que vivía al pie de los Montes Windhyah, donde los Flamanes tenían un Templo-refugio hábilmente escondido entre grutas y cavernas".

"Hasta aquí habían llegado Jesús y los esenios en la lectura del papiro cuando llegó Harvoht, anunciándoles que Menandro 'los esperaba en'!á mesa para comer. A poco, los estudiosos del Archivo compartían el vino y el pan con su anfitrión y comentaban lo leído, a la vez que el poseedor del Archivo hacía referencia al lugar en donde habían sido encontrados los papiros. Antes de finalizar la comida, Jesús confirmó a Menandro que Hornero fue la última reencarnación que El había tenido sobre la Tierra.

—He llegado a la conclusión —anunció Menandro parándose de la mesa y dando fin a la comida—, que quiero regalar al Apolo Sirio, mi Archivo; por .mi parte, iré a morir con ustedes a su Santuario para cumplir mi juramento de guardar los papiros hasta la muerte.

—¿Y el templo que has ordenado construir? —preguntó Harvoht extrañado.

—Termínalo cuanto antes —le contestó Menandro—, lo entregaré al Delegado Imperial de Siria, para que en él sea honrada la memoria de Hornero.

Después de meditar unos momentos Harvoht añadió: —me has dicho que tienes una esposa y una hija, niña aún; pues bien, deseo que tu hija sea la sacerdotisa del Templo ya que sólo así, sabiéndolo en manos puras, podré descansar en paz cuando el Eterno me llame a su presencia.

Después de celebrar la resolución de Menandro, los esenios continuaron con su lectura.

"Nanda vivía en una cabaña entre las selvas impenetrables del Indostán, dominio de varias ramificaciones de la Serpiente Roja, Escuela de Magia Negra, dedicada a sembrar el pánico y la destrucción en donde llegaban sus fatales anillos*. Precisamente debido a este fatídico grupo, era que Kansas había logrado usurpar el

trono de su padre y fue también esta organización la que más persiguió al Enviado de Dios y a sus compañeros.

"Cierta vez estando en una caverna Nanda, Devanaguy y Krisna tuvieron una visión: "Krisna niño, sostenía en una mano el globo terrestre y en la otra, tocaba una montaña de trigo dorado.

"Los flámanes, también llamados los Solitarios, comprendieron de inmediato el significado de la visión: "Teniendo con ellos al Hombre-Luz, no deberían temer al hambre ni a las enfermedades.

"En efecto tiempo después, pasaron por una mala época en la cual las cosechas no se daban. El Rey Nadir del país de Urcaldia, al saber la necesidad en la que se encontraban los flámanes, les envió desde el Golfo Pérsico enormes barcos llenos de trigo dorado.

"Después de este acontecimiento el cual vino a solidificar la visión, los flámanes dedicáronse a difundir al pueblo la noticia de la llegada del Salvador y a contar los sufrimientos que por órdenes del nuevo tirano, sufrían las pobres madres a las que arrebataban sus pequeños hijos para sacrificarlos ante los dioses.

—Como resultado de este peregrinar, en la Isla Bombay o Isla Misteriosa, se formó una alianza entre los sucesores del Nilo y los flámanes de la desaparecida Lemuria, los cuales dejaron 49 Torres que formaban el número de símbolo 7x7. Cada Torre era un Templo de estudio, concentración, culto de los poderes mentales y de las fuerzas superiores del espíritu.

"Cuando la persecución de la Serpiente Roja y de Kansas se recrudeció, Krisna y sus familiares tuvieron que huir y ocultarse en estas Torres. En este lugar transcurrió la infancia y la adolescencia del pequeño Krisna. A la edad de 15 años y gracias a la vida que llevaba aparentaba tener 20 años, y su inteligencia era comparada con la de los grandes maestros.

"Pero como todo lo malo termina en alguna época, Kansas fue perseguido por los guerreros que habitaban en Pekan (Indostán) y huyó hacia la costa tratando de embarcarse en un velero de piratas que había llegado hasta las playas de Pekan. Al verlo, el jefe de piratas se dio cuenta que venía cargado de oro y joyas preciosas; y no vaciló en robarlo., apuñalarlo y arrojarlo al mar. Así terminó sus días el infame traidor.

"Al morir Kansas el mal hijo, su padre el Rey de Ugrasena, fue restaurado en el trono y Krisna cuyo padre había muerto siendo él aún un niño, junto con su abuela y su madre quedaron bajo la protección del viejo Rey.

** Cada anillo estaba formado por cuatro brujos: esta peste dañina fue la que llevó al desquiciamiento y a la ruina total del Continente de Lemuria.*

"Al quedarse Krisna con el Rey Ugrasena, una nueva legislación de justicia se extendió a través del Indostán. Los países cercanos enviaron embajadores para asegurar una alianza con el príncipe sabio, como le llamaban, ya que daba a cada quien lo que le pertenecía. Krisna sin ser notado, recorría los barrios pobres y algunos pueblos para asegurarse que sus órdenes eran cumplidas. Esto no le agradó a las clases pudientes y desencadenaron dos poderosas corrientes: los oprimidos y los opresores.

"Las arcas reales del país de Madura se agotaban rápidamente por ser muchos los pagos que hacían para rescatar a los esclavos y Krisna comenzó a preocuparse. Sin embargo y para su regocijo, el príncipe Daimaragio de la región del Ganges y Birman, le ofreció una alianza de amistad y poder, y con ella la seguridad para su país.

"Otro acontecimiento vino a traer nuevas penas al príncipe: el poderoso Marajá de Golkanda, cuya soberanía se extendía por todo el Golfo de Bengala, tenía una hija llamada Malwa a la cual reservaba para desposarla con algún príncipe que conviniera a sus intereses, estaba enamorada de uno de los prisioneros que Bicknuka el Marajá, había traído como esclavos de lejanas tierras.

"Tan grande era el amor que entre los dos jóvenes había, que lograron burlar la vigilancia de los guardias no sólo para poderse ver y amarse, sino que un día él, Offkan y otros jóvenes prisioneros lograron huir a su país. Al enterarse Bicknuka de lo sucedido, ordenó se encarcelara a su hija en una torre de por vida. Pero entre las presas compañeras de Malwa, existía una a la que llamaban "bruja" y que la gente de afuera iba a consultar en situaciones difíciles.

"Malwa al ver que su padre era inflexible con ella, fue a consultar a la reclusa, la cual al verla le dijo: hay un príncipe en el país de Madura el cual al saber que esperas un hijo te ayudará. Grande fue la sorpresa de la princesa al ver que la mujer había | adivinado su pena e ingeniándose las, consiguió que un mensajero fuera en busca del citado príncipe.

"Cuando Krisna se enteró de la noticia, pasó toda la noche pensando cómo resolver el problema y así a la mañana siguiente, pidió permiso a su abuelo el viejo Rey, para tomar como esposa a la hija del Rey Bicknuka, sin hacer mención a la pena que embargaba a la princesa. Ugrasena asintió y de inmediato salió un cortejo rumbo al país de Golkonda para pedir la mano de la princesa en nombre del príncipe Krisna. El Marajá al saber la ventajosa proposición olvidó su coraje contra Malwa, pensando que de esta manera se unirían dos de los más antiguos y poderosos reinos del Indostán.

"Siguiendo la costumbre de la época, el Rey entregó a su hija al cortejo, el cual regresó a Madura donde ya esperaban el viejo Rey y Krisna. Se celebraron las bodas reales con la alegría general del pueblo y una vez terminadas, al encontrarse

los recién casados a solas, Malwa se arrojó a los pies de Krisna, diciendo: Gracias por haberme salvado no sólo la vida, sino la honra; y levantándola Krisna le respondió: No te acuso ni te recrimino, no tengo nada que perdonarte porque fuiste víctima del egoísmo humano. Adopto a tu hijo como si fuera mío para que sea el heredero al trono de Madura, pero no me pidas amor, ya que todo lo he entregado a la Humanidad. Estaré contento de ti, si sabes ser tan discreta que todos vean en ti a la fiel esposa, consagrada al hijo, al cuidado de mi madre y de mi abuela.

"Malwa al oír estas palabras, preguntó al príncipe: -¿Nada quieres de mí, que me doy a ti como esclava? —Nada —contestó Krisna—, si quieres ayudarme en algo, une tus fuerzas a las mías para luchar por la igualdad humana en esta tierra de esclavitud y de injusticia. -Aliada tuya seré hasta la muerte; razón tienen los que piensan que no eres un hombre sino un "Vishnú" encarnado para salvar a los hombres.

"El viejo rey murió cuando Krisna tenía 25 años y el pequeño hijo un año. Al convertirse Krisna en Rey, su hijo quedó como heredero al trono de Madura. Al tiempo que el padre de Malwa, lo nombró, a su vez, heredero de Golkonda quedando así unidos ambos reinos con la más fuerte de las alianzas.

"La innata sabiduría de Krisna le indicaba que su estancia en este mundo sería corta, por lo que el joven monarca de Madura pidió a Malwa guiara, a su muerte, a su hijo en sus labores como monarca de ambos reinos.

"Así transcurrió el tiempo lleno de paz y tranquilidad, por lo que Krisna aprovechó para comenzar su labor de orden interno y espiritual. Abrió casas de estudio y meditación poniéndolas bajo la dirección de los Kobdas, y fue en esta época que escribió el "Baghavad-Gita" y "Los Uphanisad" (colección de máximas de moral y tratado magno de la más elevada y sutil espiritualidad).

El esenio lector dio por terminada la lectura de ese día, ya que el Sol se ponía en el horizonte y la luz era escasa. Todos guardaron un respetuoso silencio ante tan maravillosa historia.

—¡Así era el Krisna que yo había imaginado! —exclamó el Servidor.

—¡Qué falsa figura la de un Krisna guerrero matador de hombres, según sus biógrafos! —añadió Tholemí.

—¿Qué dices tú Jesús? —preguntó el Servidor.

—El hizo como hubiera hecho yo en igualdad de situaciones —contestó Jesús—, para él la vida fue un vértigo de actividad en beneficio de los demás. Sin embargo fue feliz al encontrar a Malwa.

—Como tú, a tu vez, encontraste en tu adolescencia a Esther —comentó Tholemí—, quien con su sutil clarividencia había visto que Malwa y Esther eran el mismo espíritu.

Jesús comprendió y en su alma escuchó una voz: "Eres una flor de Luz Eterna que te enciendes y te apagas, que mueres y naces hasta terminar la jornada de la Ley del Amor".

Los esenios que leían los pensamientos del Elegido, exclamaron:

—¡Has llegado al final... más allá de la Luz Iniciada! ¡Has llegado al Enigma Eterno... al Amor Infinito! ¡Ya es la hora!

—¡Sí, ya es la hora! —dijo en voz baja Jesús.

Al día siguiente el esenio lector continuó con la lectura del papiro de la vida del Rey Krisna:

"Los esclavistas enemigos de Krisna y llamados los opresores, se habían retirado a los países bárbaros desde donde continuaron sus crímenes. Cuando Krisna iba a cumplir 30 años de edad, los opresores armados de hachones encendidos y flechas envenenadas rodearon la ciudad de Madura gritando: "Entréguenos a su Rey que nos ha llevado a la miseria, o todos morirán abrazados por las llamas o envenenados por nuestras flechas.

"De inmediato, los habitantes de la ciudad formaron barreas en las puertas y alrededor de las murallas, aún cuando estaban desventaja pues los tomaron por sorpresa. Durante tres días de lucha intensa, Krisna meditó la situación y decidió reunir a un Consejo de Gobierno formado por los representantes de cada uno de los gobiernos aliados; por Malwa representando al país de Golkonda; y por sus tres discípulos y confidentes: Adgigate el Asura. Parición, pariente cercano de su amigo el Rey Daimargia, sabio filósofo y gran médico de su tiempo y Arjuna, el estadista que le aconsejaba en los asuntos del reino.

"Krisna les comunicó que había decidido entregarse, pero el Consejo le dijo que no lo hiciera, ya que con ello el pueblo de Madura se desorganizaría y volverían a ser esclavizados. Todos los días un sinnúmero de gente del pueblo moría víctimas de los hachones y de las flechas y Krisna no dejaba de pensar: "Mueren por mí".

"Los miembros de su Consejo, en secreto, habían mandado pedir ayuda a sus aliados porque Krisna no lo había permitido pensando que había llegado la hora de que él se sacrificase por su pueblo entregándose a la turba. Cincuenta y dos días llevaba la ciudad de Madura en sitio y Krisna seguía pensando que para Él la muerte no significaba nada si con ello salvaba a su gente, pero su pueblo le decía: Sin ti Señor volveremos a ser esclavizados, vive, vive, porque sólo así seremos libres y felices.

"De pronto, una mañana aparecieron en el horizonte huestes guerreras que cayeron sobre los sitiadores de Madura. En los cerros vecinos a la ciudad, se veía ondear el pabellón de Golkonda, lo que asustó más a los contingentes esclavistas, que poco a poco, ante el acoso de los guerreros del Marajá del Golfo de Bengala,

las cuales se veían reforzadas grandemente por las huestes de los demás países aliados que iban llegando, comenzaban a retroceder aunque aún ofrecían fiera resistencia.

"Aún resonaba en todo el valle el fragor de la batalla cuando en los torreones de Madura se vieron ondear varias banderas blancas y una potente voz femenina se dejó oír: "Soy yo —todos reconocieron la voz de la reina Malwa—, quien ha llamado a los guerreros de mi padre para defensa de mi esposo a quien atacaron traidoramente, y en el nombre de Él, les prometo el perdón si se retiran en paz o, de lo contrario, los guerreros de Golkanda junto con los de las otras naciones amigas los aniquilarán.

"—Que nos devuelvan a nuestros esclavos —gritaban a coro los opresores—. ¡Muera la extranjera! ¡Muera el que atropello todos nuestros derechos!

"Ante los insultos, los guerreros aliados emprendieron de nuevo el ataque, haciendo retroceder a los esclavistas a las copas de los árboles y a toda parte alta, para desde ahí con sus flechas y hachones defenderse. Una verdadera lluvia de flechas, piedras y lanzas surcaban el aire, y de pronto, la voz del Rey dejóse oír creando confusión: ¡No sé quiénes sean ustedes, pero a todas luces están vencidos! Les doy diez días para que formen una comisión que trate conmigo sus demandas, pero ahora les ordeno se retiren pacíficamente. Al oír esto los invasores optaron por retirarse.

"Pasaron varios meses desde el ataque a la ciudad de Madura, mismos en los que volvió a reinar la paz y la tranquilidad; pero Krisna sufría mucho pensando que, si bien, por un lado unos eran felices, por el otro muchos no lo eran y se preguntaba: ¿Dónde encontraré la dicha de todos los hombres, en dónde?

"Sus genios tutelares, los grandes Devas, que lo estudiaban desde las alturas, al ver la pena de su amigo tejieron para Él, con hilos mágicos, una hermosa visión que iluminó su alma: "Vio una larga escalera de transparente cristal que desde el plano terrestre subía hasta perderse de vista en el infinito. Estaba dividida en nueve tramos y cada uno irradiaba una luz diferente y Krisna se veía subiendo al sexto tramo".

"En su corazón Krisna oía una voz íntima que vibraba sin sonidos: "Estás terminando de andar la sexta jornada en la que has creado para la humanidad la justicia y paz a la medida de la Voluntad Eterna. Has hecho cuanto debías hacer. En tu subida al próximo tramo, se te descubrirá dónde puedes encontrar la felicidad para los hombres y la tendrán todos los que sigan tu ruta."

"Así, después de esta visión, Krisna se sintió más tranquilo. Abrió las cortinas de la ventana de su habitación y se encontró con la mirada de Shanyan, que así se llamaba su hijo adoptivo, el cual tenía una flauta de bambú en sus manos.

"—¿Qué haces ahí? — le preguntó Krisna.

"El niño sin contestar se puso a tocar su flauta y de ella salió una bella melodía la cual le había sido enseñada cuando pequeño, por el Rey. Krisna al escucharla, recordó que le había dicho que la tocara cuando viera a alguien triste, para que con ella alegrara su alma. Krisna comprendió la intención del pequeño al tocar la Melodía y se acercó a él para levantarlo en sus brazos.

"—¿Has visto cómo te curaste padre, al oír la flauta de bambú? — le preguntó el niño.

"—Si hijo mío, me has curado la tristeza, diciéndome que buscas mi amor. Eso debes hacer con todos aquellos que estén tristes.

Ven vamos al pabellón de los heridos a ver si hay forma de curarlos.

"—Querido padre, esta mañana fui con mi madre, y les dimos pan y miel, pero allí no había gente triste, sólo enfermos. Solamente a ti te veo triste.

"—Es que soy Rey hijo mío, y no puedo estar alegre si hay gente triste en mi reino y en el mundo. ¿Cómo te sentirías tú en mi lugar?

"—Yo les daré la miel, pescado y pan y flautas de bambú, para que toquen tu melodía y se alegren sus corazones — contestó el pequeño.

"—¿Y si los hombres pisotearan las flautas y despreciaran tus alimentos, qué harías?

"El niño se entristeció ante esta pregunta y respondió: -Yo tomaría el látigo y los castigaría. Pan y miel al que es bueno y quiere la flauta, tristeza y látigo a los que los desprecien.

"—¡Pobrecillo! —dijo Krisna—. Que Atman llene tu corazón de nobleza y bondad para que ames más aún a los que rechacen tus dones.

"Así pasaron los días, el plazo que había dado a los esclavistas hacía ya tiempo se había vencido, pero éstos no se presentaron. Llegó el día en que el Rey cumplió 30 años y todo en su pueblo estaba tranquilo y alegre. En esta época el Rey Bicknuka se sintió morir y pidió ver a su heredero al trono. Krisna al saber la noticia mandó a la princesa Malwa y a su hijo en una caravana custodiada por cien arqueros al país de Golkonda, ya que El en esos momentos no podía dejar su ciudad.

"Aun así decidió acompañar un trecho a la caravana y junto con Arjuna, Paricien y cuatro arqueros en veloces corceles, partieron. Ya de regreso a Madura se encontraron con una turba de aproximadamente ochenta jinetes armados con hachas, puñales y lanzas que les salieron al paso. Arjuna, que era el más viejo, logró huir hacia Madura y avisar para que mandaran un regimiento en ayuda de los demás. Mientras, Paricien y los cuatro arqueros rodearon a Krisna para protegerlo, ya que él no quería pelear.

"Krisna se acercó lo más que pudo a los jinetes enemigos y les preguntó: ¿Qué es lo que quieren? Se les dio un plazo el cual ustedes no cumplieron.

"—Queremos que nos entreguen a las 2,600 mujeres que guardan en la fortaleza así como a los 40,000 esclavos que nos quitaste —gritó uno de ellos.

"—Sígueme a Madura y hablaremos, ya que los esclavos de que habláis fueron rescatados con el dinero de las arcas reales y pagados a ustedes y ahora los vuelven a reclamar.

"—No queremos más filosofía, firma este papel en donde ordenas a tu gente nos entregue a los esclavos y a las mujeres y te dejaremos libre —dijo uno de los esclavistas.

"—¡Un momento! —gritó Paricien y volviéndose a Krisna en voz baja le dijo: —¿Por qué no firmáis lo que ellos piden y así ganaremos tiempo mientras llegan nuestros jinetes?

"—¿Cómo? Eso sería mentir y yo no miento. Creo amigo mío que por fin ha llegado la hora de dar mi vida para que mi pueblo sea feliz —contestó Krisna—. Me entregaré a ellos, ustedes regresen a la fortaleza y defiendan a nuestro pueblo.

"Y diciendo esto, se volteó hacia los bandidos y les dijo:

— ¡Tiren!

"—¿Te niegas pues a firmar la orden? —gritó uno de ellos.

"—Sí, me niego —contestó Krisna.

"—Morirás de igual manera y asaltaremos la fortaleza —gritó otro de los esclavistas.

"—Ya oyeron —dijo Krisna a sus hombres—, corran y salven a nuestra gente.

"Paricien fingió obedecer, retirándose hacia los bosques, pero en un recodo encontraron una cueva donde se ocultaron unos minutos y de inmediato se prepararon para defender a su Rey.

"Krisna estaba, en esos momentos, rodeado por cuatro de los bandidos, a los cuales Paricien atacó desde donde estaba oculto con sus arqueros, los cuales dispararon matando a tres de ellos, pero el cuarto tuvo tiempo de disparar sus flechas y herir de muerte a Krisna, quien al caer alcanzó a decir: ' ¡Gran Atman he cumplido tu voluntad! ¡Concédeme Señor la paz y el amor entre los hombres!'

"Los bandidos al ver a sus compañeros muertos creyeron que el ejército de Madura los estaba atacando y que por esto, la fortaleza estaba indefensa, partiendo de inmediato hacia ella a recoger a los esclavos y a las mujeres.

"Cuando los esclavistas hubieron partido, Paricien y sus arqueros corrieron hacia su agonizante Rey.

"—Amigo mío —le dijo Krisna a Paricien—, no amargues mi agonía con tu desesperación. Ya era hora de mi libertad y de mi paz. Piensa en Malwa y en mi hijo y junto con Arjuna y Adgigato, ayúdala a ocupar mi lugar mientras mi hijo se prepara

"—¡Mi Rey! Que Atman te reciba en su luz y en su gloria y seas el genio tutelar del Dekan para que no vuelva a las tinieblas.

"Con el ocaso que doraba el paisaje se cerraron los ojos del Rey de Madura a la vida material, para abrirse a la espiritual y a su gloriosa inmortalidad.

"Paricien se quedó sólo con un arquero y envió a los Otros dos arqueros a notificar a los ejércitos aliados que se prepararan para defenderse ya que la Serpiente Roja, espíritu maligno de los esclavistas, se preparaba para levantarse de nuevo. Cargando en su propio caballo al Rey muerto, se dirigió hacia Golkonda donde se encontraba la Reina y su hijo en compañía del agonizante Rey Bicknuka.

"Los funerales se organizaron y durante siete días estuvieron encendidas las fogatas alrededor del féretro de Krisna. De acuerdo a la tradición de esos días lo colocaron en una barca que atravesaría el Ganges, el río Sagrado, donde los Devas recogerían su alma pura.

"Pero Krisna en sus cartapacios había dejado escrito: "No quiero que mi cadáver sea tomado para adoración de los hombres". Por este motivo, Malwa los Kobdas—Flamas y sus amigos lo enterraron ocultándolo en un gran peñasco blanco de la Isla de Bombay al cual estaba adherida la Torre que tenía el número 49, que era la destinada al panteón funerario de las momias de los grandes maestros.

"Y la reina Malwa cubrió aquél sagrado túmulo que guardaba la momia de Krisna con el manto de oro y diamantes que su padre había mandado tejer con todos los diamantes de Golkonda para cuando su hija fuera coronada reina.

"—Si algún día —dijo Malwa a los consejeros—, los países que Krisna hizo dichosos padecieran carestía y hambre, su Rey guarda en su tumba más de lo suficiente para alimentar durante diez años a todo el Dekan.

"Así las dinastías de Ugrasena y Bicknuka unidas, mantuvieron la justicia y la paz durante 350 años.

Debajo de este relato aparecían estos nombres grabados: Adgigata, Patriarca de las Torres del Silencio; Arjuna, Asura del reino de Madura; Paricien, Primer Consejero y Malwa reina madre del Rey de Madura y de Golkonda.

Días después de que los esenios terminaron de leer el papiro y la vida de Krisna; fue inaugurado el Templo de Homero con grandes fiestas en el pueblo de Ribla, organizadas por el anciano Menandro.

En esta ocasión, Menandro regaló a Jesús, el Apolo Sirio, su archivo que constaba de: 270 rollos mayores y 420 menores, y para transportarlos le dio una caravana de diez muías.

Poco después Jesús y los esenios emprendieron el viaje al Monte Tabor acompañados de Harvoht y de la pequeña carava de mulas. Menandro los seguiría más adelante, después de la consagración de Esther como sacerdotisa del Templo a Homero.

Cuando llegaron al Monte Tabor, Jesús platicaba con Esther quien le preguntaba: ¿Cómo es que has cambiado tanto, en tan poco tiempo? A lo que Jesús contestó: He conocido el dolor humano antes del tiempo señalado, aún no cumpla los 18 años y me siento como de 30.

—¿Sabes Esther que traigo tres nidos de ruiseñores del Líbano? Uno es para mi madre, otro es para ti y otro para una pequeña niña que durante el viaje nos obsequió con una cesta de frutas.

—Ves Jesús —dijo Esther—, cuántas alegrías nos traes y tú sólo pensabas en el dolor...

6

EL NIÑO APOSTOL - TRES AÑOS EN NAZARETH

Cuando Jesús cumplió quince años, comenzó a sentir una gran tristeza que le obligaba, al término de sus labores, a esconderse en el huerto; un sinnúmero de preguntas atormentaban su alma: ¿A esto vine al mundo? ¿A vegetar como un animalejo? ¿A estudiar los Libros Sagrados? ¿Para qué si los doctores de Israel los dejan apolillarse en los estantes y han escrito otros, apartando a la Humanidad de la Ley Divina escrita por Moisés, Isaías, Ezequiel y Jeremías? ¡ Los Profetas! ¿Quién piensa en Los Profetas hoy? -se preguntaba angustiado Jesús—, si hay tantos doctores y sabios para tener más sumido y doblegado al pueblo... ¿Y si fueron olvidados los grandes profetas, cómo puedo soñar yo con ser escuchado? ¡Fugaz y engañosa visión de los ancianos esenios que me alimentan la ilusión de que soy el Mesías de Israel! Yo, un mísero chicuelo desconocido, hijo de artesanos galileos!

Cierta vez, estando en estas dolorosas meditaciones, camino a la fuente, vio unos pequeños pies polvosos y lastimados entre unos matorrales junto a los cuales se hallaba un cántaro vacío. Con curiosidad, Jesús se acercó al matorral y encontró a una pobre niña con la respiración agitada y muy nerviosa.

—Qué pasa! ¿Quién eres tú? -preguntó Jesús.' -Soy Abigail, venía por agua a una fuente cercana cuando un mal hombre que estaba escondido tras la colina, me persiguió y temiendo romper el cántaro me escondí aquí a descansar.

—Vamos, recobra el ánimo que yo llevaré el cántaro hasta tu casa.

—No, por favor, mi tía es muy severa y al verme contigo me llamaría inútil y haragana como es su costumbre.

—No te preocupes —la calmó Jesús—, desde hoy seré como un hermano para ti, y te defenderé de todo y de todos. Te llevaré hasta pasar el barranco y nada tendrás que temer.

En el camino, Abi le contó las desventuras que sufría desde que su padre se casara, a la muerte de su madre, con otra mujer y se desentendiera de las hijas de su primer matrimonio.

—Pero tú —preguntó la niña—, ¿qué puedes hacer por mí, si tienes casi la misma edad que yo?

—Tengo quince años y si Dios no me dio la vida sólo para ahuyentar lagartos, algo podré hacer por ti. Vendré mañana y todos los días a la fuente y te aseguro que te traeré buenas noticias. Después de dejar a Abi en las cercanías de su casa, Jesús quedó extasiado: había alguien que necesitaba de él. "No seré Profeta ni Mesías, si

no está en mi Ley serlo, pero seré útil a los débiles". Jesús apúrate a ser un hombre de bien —se decía gozoso a sí mismo-, capaz de ayudar a tus semejantes.

Al día siguiente, Jesús encontró a la niña quien al verlo le saludó alegremente:

— ¡Jesús! ¡Qué alegría verte de nuevo! ¡Ya no estoy tan sola en este mundo!

—Esto es para ti —dijo el Niño entregándole un pequeño saco—, son pastelitos que- le pedí a mi madre para obsequiártelos. ¿Te gustan Abi?

— ¡Oh, sí, mucho!... pero comámoslos aquí porque a mi casa no los puedo llevar —contestó la niña sentándose en un escalón de la fuente junto con Jesús.

—Te prometí que te traería una buena noticia, pues bien, hablé con el Jefe de la Sinagoga, cuya esposa necesita quien le ayude en las faenas de la casa; y si tú la quieres como madre, ella té querrá como una hija.

—¡Qué bueno eres! —decía la niña mientras lo abrazaba y besaba en las mejillas—, que así te ocupaste de mí.

—La Ley me lo manda Abi, cuando dice: "Ama a tu prójimo, como a ti mismo". Pues bien la abuela Ruth, así se Mama la mujer que te necesita, tratará el asunto con tu tía e iré con ella por si es necesaria mi presencia. Abi, no lo olvides, consolar un dolor es parecerse a los Amadores*. * Ángeles de Dios.

Tal como lo prometió, Ruth visitó al día siguiente a la tía de Abigail, la cual se desató en contra de la huérfana, tratando de convencer a la esposa del Jefe de la Sinagoga que la niña no servía para nada. Ruth, desconfiando de lo que decía la tía, preguntó con la mirada su opinión a Jesús.

—Abigail es una buena sierva de Dios —comentó Jesús—. Si es verdad que ella nada sabe hacer, deje que esta buena anciana se tome el cuidado de educarla.

—¿Y tú por qué tomas cartas en el asunto? —preguntó irritada la tía.

—Es un discípulo de mi esposo y además vino a guiarme —interrumpió Ruth—. Por otra parte, es bien sabido en todo Nazareth que a usted le pesa mantener a la huérfana.

—Está bien, ¿cuánto le pagarán? -preguntó codiciosamente la tía.

—Lo ordenado para personas de su edad -contestó Ruth y agregó —: ¿Podemos llevárnosla ya?

—Llévensela, pero luego no quiero quejas si ella se comporta de mala manera.

—Un día, la maldad de tu corazón será castigada en tu hija —sentenció Jesús desde la puerta, con una fuerza que asustó a la tía—, y yo la salvaré de que sea apedreada por adúltera en la plaza pública, ¡tenlo en cuenta!...

Cuando la mala mujer quiso dar una explicación, ya los visitantes junto con Abigail., se habían perdido en la espesura.

—Olvídate de esa casa y sus moradores para siempre Abigail
—dijo Jesús camino el Templo de Nazareth, y añadió—: el Jefe de la Sinagoga guardara tu salario con el que formará tu dote para el día de mañana.

Como en este caso, Jesús hubo de intervenir en muchos otros, por lo que sus padres se sintieron alarmados al verlo mezclado en casi todos los asuntos de aquellos a los que les aquejaba algún dolor en la comarca.

Jesús es Amonestado por José

Un día José fue informado que su hijo había escondido a un hombre, acusado de robo a un molino, por lo que José y sus familiares se reunieron en consejo de familia para juzgar la conducta del Avatar Divino y aplicarle un severo castigo, ya que el nombre de la familia estaba en juego. Cuando le avisaron al niño, éste compareció ante ellos muy sereno.

—Hijo mío —dijo José—, tus familiares aquí presentes han oído con pena, algunas acusaciones contra ti y yo quiero saber si son ciertas. Dicen que has hecho entrar en casas honradas a chicuelos insolentes que sus amos echaron a la calle por sus malas costumbres.

—Es cierto padre, pero te explicaré: Las Tablas de la Ley dadas por Dios a Moisés, nos mandan: "Ama a tu prójimo como a ti mismo", y prójimos míos son esos chicuelos maltratados por sus amos y arrojados a la calle como perros sarnosos, después de que los hicieron pasto de sus vicios.

— Eleazar —conjeturó el Niño después de pensar unos momentos—, si tu pobreza te obligase a mandar a tus hijas a servir en casas ricas, ¿te gustaría verlas rodar por las calles, arrojadas por sus amos después de que no pudieron sacar lo que deseaban de ellas?

—No, seguramente que no —contestó Eleazar.

—Está bien Jesús —dijo José—, pero no veo la necesidad de que seas tú; por tu edad, el que haya de remediar esas situaciones.

—Tengo quince años cumplidos padre y, además los amos de los chicuelos arrojados saborean la venganza viéndolos mendigar en las calles un pedazo de pan duro y durmiendo en los umbrales.

¡Qué hermoso! ¡Y nosotros impasibles con la Ley de Dios bajo el brazo!

—Sin embargo —preguntó José—, dicen que has ocultado a un ladrón que robó un saco de harina, ¿es cierto hijo?

—Sí padre, pero el llamado ladrón es esposo de una tísica, razón por la cual no le quieren dar trabajo en el molino, además de tener cinco hijos hambrientos, si no tomaba el saco de harina los niños morirían de hambre y de seguro también la

madre, aparte de que el saco ya fue pagado por Ruth... ¿Es justo perseguir a ese hombre? ¡ Lo tengo oculto y no diré donde está aunque me azoten!

—Basta, José, basta —clamó Myriam con un hondo sollozo viendo a su hijo juzgado por hacer obras de misericordia—, ¿hasta cuándo lo atormentarán con este interrogatorio tan indigno?

—Calma Myriam, sólo queremos aleccionar al Niño para que no provoque la ira de los poderosos y protegerle contra los escarnios y venganzas que presentimos han de llegar a él —consolaba José a Myriam, mientras los demás familiares salían avergonzados de la casa.

—Lo sé padre y pienso cómo cumplir la Ley de Dios sin causarles problemas —comentó Jesús dando por terminado el incidente familiar.

Myriam ayuda a Jesús en sus Obras de Misericordia

Myriam percibía en su corazón el sentir de su hijo, y una tarde cuando Jesús se disponía a marcharse a meditar al Templo, lo detuvo:

—Hijo te acompañaré, quiero visitar a la abuela Ruth y a Abi, espérame un momento voy por un manto y nos vamos —pocos minutos después Myriam salía con una canastilla llena de pastelillos, un fardo de ropa y una bolsa de regular tamaño.

—Esta canastilla es para tu amiga Abi —le dijo al Niño, mientras éste cargaba el fardo que traía su madre.

Habían caminado apenas unas cuadras cuando les salió al paso un niño:

¡Jesús, vine a verte aquí porque en el patio de la abuela Ruth son muchos los que te esperan y yo siempre vuelvo a casa, por no poder abrirme paso, con sólo un panecillo y somos cuatro hermanos!

—Ven con nosotros hijito -dijo Myriam llena de ternura-, yo cuidaré que no vuelvas a tu casa con sólo un panecillo. .

—Madre —interrumpió Jesús—, este niño es hijo de aquel hombre que tomó el saco de harina del molino, y como el padre no puede regresar a su casa, él es quien cuida de todos.

Continuaron caminando y grande fue la sorpresa de Jesús cuando al entrar al Templo encontraron a sus amigos, los ancianos del Monte Tabor.

—Hemos cumplido nuestra promesa Jesús, aquí estamos.

—Tardaron demasiado y todas las luces que en mi alma encendieron, se han apagado —contestó el Niño y agregó: —permítanme atender a mis amigos desamparados y luego estaré con ustedes.

—Mi hijo padece mucho lejos de ustedes —dijo Myriam mientras el Niño se alejaba—, le hace falta su presencia, está muy lastimado.

—Lo sabemos —contestó uno de los ancianos—, y le cerraremos las heridas que el egoísmo humano le ha infringido, pues aún no llega su hora.

Enseguida llegó Abi, para guiar a Myriam hasta el patio donde la abuela Ruth y Jesús repartían pan a los menesterosos. Cuando terminaron de entregarlos Myriam se acercó a la esposa del Jefe de la Sinagoga y le dio una bolsita que contenía la tercera parte de la dote que ella había llevado al matrimonio.

—Es para ayudar en las necesidades de los menesterosos que atienden tú y mi hijo —aclaró Myriam—; además, cada año un hermano de mi esposo traerá la te i cera parle del producto de sus cosechas, pero Ruth por favor, que no lo sepa nadie.

Al oír esto, Jesús comentó: —Empiezo a creer de nuevo que soy el enviado del Dios—Amor y que eres tú, madre mía, la primera de mis conquistas.

—Soy dichosa con tus alegrías, hijo mío, ¿cómo no voy a alegrarme con la ventura dé mi hijo?

Jesús a los 16 años

Segunda Instrucción del Hombre-Luz

Los maestros Esenios, dada la situación familiar de Jesús, obtuvieron con facilidad el permiso para que el Niño viajara por una temporada al Santuario del Monte Tabor. Sin embargo, una gran inquietud se apoderó del Avatar Divino ¿quién cuidaría de sus menesterosos? Sus dudas fueron desvanecidas por la abuela Ruth, quien le prometió cuidarlos y asistirlos mientras se encontrara en el Santuario.

Jesús a su llegada, fue instalado en una pequeña habitación cercana al Santuario, "Quedas aquí dueño del Santuario y de los Archivos", le había dicho El Servidor. En ese tiempo se encontraban reunidos en el Monte Tabor diez ancianos Esenios venidos de los Montes Hermon y Carmelo poseedores de la sabiduría de Kobdas y los Flámanos y de la Ciencia cíe Krisna y Bhuda, y bajo la enseñanza de esas diez inteligencias superiores se encontraba el Niño a los 16 años.

Los vecinos más cercanos a la gruta en que alojaron al Avatar Divino eran: Harmodio El Servidor y Tholemi, poseedores de profundos conocimientos. :

—Estos ancianos te serán muy favorables —le había dicho El Servidor—, considéralos tus hermanos mayores porque ellos iluminarán cualquier sombra en tu camino.

La noche de su llegada. Jesús, después de hacer sus oraciones, meditaba tristemente: ¿Qué busco en el Santuario; si nadie necesita aquí de mí?, y comenzó a

recordar a su madre, a Ruth y a Abi, la pequeña flor que le había devuelto la fe en sí mismo.

—¡Ay del que está solo! —dijo Tholemi-suavemente sacando al Niño de sus dolorosos meditaciones.

—Pasa —dijo Jesús—, ya no estaré solo porque tú me acompañas.

—Sé que me esperabas, pero e! Amor vela siempre y; esta ve? El me escogió para demostrarte que los elegidos de Dios nunca están solos.

—Entonces, quieres decir que soy un elegido del Amor ¿por qué?

—Porque amas mucho, más que los demás hombres y esas lágrimas que tienes en los ojos y los círculos violetas que los rodean me dicen cuánto padeces por la separación de tus seres queridos y esa amargura se ha desbordado de tu alma, ¿no es cierto Jesús?

—Así es hermano Tholemi, pero no veo nada excepcional en ello.

Es que la mayoría de los hombres sólo se aman a sí mismos pero tú amas a los demás y te olvidas de ti mismo, de tu paz y tu bienestar. En cambio, por ejemplo, tus familiares sufren porque te han perdido por un tiempo y no tienen la infinita suavidad que derramas sobre todos. Dime Jesús, ¿quién ama más: el que llora por el bien perdido o el que llora por el dolor de los demás?

Desde luego, el que llora por el dolor de los demás,

—Así lloras tú y por eso te llaman el Ungido del Amor. —Después, el anciano Tholemi le explicó la razón de su visita a! Monte Tabor y le indicó también que una vez que la Fraternidad Esenia hubiera acabado su misión de paz y amor se apagaría para dejar paso a los redentores de la humanidad, los cuales se dejarán matar y resistirán todas las torturas antes de renegar de su fe en el ideal del amor fraterno—; tú Jesús deberás tener un completo dominio sobre ti mismo porque verás a la humanidad entera volcarse en el lodo y tendrás que dar la vida por sacarnos a la luz.

Cuándo el anciano terminó su exposición, el Niño tomó una pluma y escribió una carta a sus padres diciéndoles, que en definitiva, se quedaría en el Monte Tabor y se la leyó al anciano: "créame, hermano Tholemi, dijo Jesús al terminar su lectura, más conocimiento que el que esta noche tuve, no lo volveré a tener. Sólo me hacen falta fuerzas para comprender a la humanidad y pender amarla sin que merezca mi amor".

—Tiempo al tiempo Jesús. Esa fuerza la tendrás como nadie "antes la tuvo. De nada sirve que trates de rio regresar a Nazareth, pues la miseria que has visto, es la misma que existe en todas partes.

—¿Por qué he de pensar que este mundo es obra.de Dios?
—preguntó el Niño confundido.

—Para pensar en ello, nuestro espíritu debe remontarse a una gran altura, de lo contrario, no acertaríamos a la verdad. La evolución es un proceso muy lento, y de un salto no se transforma en perfecta una humanidad atrasada. Tú por tu propia voluntad y por tu grado de evolución te has convertido en el Guía de la Humanidad.

— La Sabiduría Divina —continuó el anciano — , toca todos los recursos posibles para impulsar a sus criaturas y cuando la Divinidad decidió que la humanidad estaba ya lista para comprender ideas y sentimientos, hizo un llamado a los mundos más adelantados de la Tierra a fin de que las inteligencias, para ellos retrasadas, formaran la .legión de Instructores de los terrestres. Venus fue el planeta que más contribuyó para acercar la humanidad a la Perfección, pero mientras ese fin supremo llega, ¡cuánto ha de padecer el hombre!

—Acabo de figurarme —dijo Jesús pensativo—, que la humanidad es como una infeliz leprosa ciega que debe ser sanada.

—Perfecta imagen, Jesús, pero con el agravante de que voluntariamente no se dejará curar --dijo el anciano parándose y agregó —: Es muy tarde ya y debes descansar bien porque mañana vivirás tu pasado, para que comprendas bien tu presente.

—Que la paz sea contigo, hermano Tholemi —dijo el Niño despidiéndose.

Jesús y Esther

A la mañana siguiente, Jesús encontró a un esenio que metía y sacaba papiros del Archivo. El Servidor se lo había presentado el día anterior y era uno de los diez maestros que despertarían las facultades y poderes internos del Niño, su nombre era Melkisedec.

—La Paz sea contigo, Jesús, me gustaría que me acompañaras a la pradera a estudiar y a descansar un poco, antes ve a desayunarte, que yo aquí te esperaré.

Poco después regresó el Niño junto a Melkisedec e iniciaron su paseo. Siguiendo uno de los múltiples caminos que por el valle cruzaban, llegaron a una cabaña cuyos moradores estaban vinculados con el nacimiento del Avatar Divino.

Mientras atravesaban el huerto que rodeaba la pequeña casa, si esenio contó a Jesús que el día de su nacimiento, los terapeutas que pasaban por la Fortaleza de Masada, rumbo al Santuario de Moab se enteraron por Harvoht que Sabad y dos de sus hijos se encontraban presos, víctimas de ¡a injusticia y la ambición del procurador romano. Los buenos oficios de los esenios lograron rescatar a Sabad y a sus hijos, y junto con Harvoht, el escultor y grabador de origen griego, los habían traído a vivir aquí.

El diálogo fue interrumpido por Harvoht, quien junto con sus dos hijos salía de la casa.

—¡Qué tal Melkisedec, que la paz sea contigo!

—¡Y también contigo, Harvoht —contestó el esenio—, ¿Preparándote para viajar?

—He tomado un trabajo grande en Ribla, sobre el río —dijo el escultor mientras los visitantes entraban a la casa—. Partiré dentro de tres días. Dime ¿quién es el adolescente que te acompaña?

—Es Jesús, el Mesías esperado, el gran personaje que había nacido cuando los terapeutas te encontraron, para después rescatar a tu mujer e hijos. El es el portador de todos los bienes.

—¡Bienvenido sea el Justo que trae el Bien y aniquila el Mal!

—Gracias, me gusta, estar aquí ya que antes de entrar a la casa vi muchas palomas lo cual es símbolo de ternura y paz.

—¿Qué harás en Ribla? —le preguntó Melkisedec.

—Menandro, sacerdote cretense y descendiente de Homero, me manda construir un templo igual al de la Diosa Cibeles que está en la cumbre del Monte Ida en Creta, su país natal, y del cual ya dispongo de planos y croquis. Por favor, pasen y siéntense —ofreció Harvoht.

—¿Monte de Ida en Creta?... He oído hermosas historias de ese monte y sus grietas a los ancianos del Monte Carmelo. Dicen que ahí se refugiaron los últimos Dáctilos cuando se vieron perseguidos en el Ática.

En eso salió una niña de cabellos rubios y al verla Harvoht, su padre, la llamó junto a él.

—¡Encantada! —dijo la niña mirando insistentemente a Jesús. —Es un príncipe de otro mundo Esther y viene a visitarnos —comentó el padre al adivinar su curiosidad.

—No lo creas —dijo el Niño sonriendo—, es una broma de tu padre. Soy hijo de un carpintero de Nazareth, sólo eso.

Una mutua corriente de simpatía creció entre Jesús y Esther. El Niño ya de regreso al Santuario comentó a Melkisedec:

—¡Quiero acabar con todo el dolor del mundo y la hija de Sabad se ha comprometido a ayudarme! ¡Queremos hacer felices a todos los que sufran!

—Poco a poco Jesús, con el favor de Dios todo llegará a ti. Días, más tarde, se acercó El Servidor a Jesús y le dijo: "He oído que quieres aniquilar el dolor en el mundo...pues bien ¡manos a la obra! concéntrate diariamente en esas palabras que por la fuerza de tu voluntad deberán convertirse en un poder irresistible. Haz esto diez días y luego ven conmigo".

—¡Quiero aniquilar el dolor! ¡Quiero poder hacer felices a los que sufren! pensaba diariamente el Niño mientras se cumplía el plazo fijado por El Servidor. Así, pasaron los diez días y al onceavo junto con El Servidor salió a pasear a la pradera.

—Ahora Jesús —dijo El Servidor—, ensaya el poder que has acumulado durante el tiempo de tus meditaciones, comienza primero por los reinos inferiores que son también criaturas de Dios sujetas al dolor y a la enfermedad.

Al borde del camino, después de andar un poco, encontraron un cerezo raquítrico nacido en el hueco de una roca donde el escaso alimento le había impedido crecer. La planta todavía no florecía aun cuando sus similares tenían frutos colgados de sus ramas.

—Te ha faltado agua, tierra y amor —dijo Jesús al cerezo—, el amor te lo doy yo en este instante. Por la tierra y el agua voy en este momento. Unos pasos más adelante encontró agua y recogió con sus manos una poca de tierra y regresó donde el cerezo.

—El amor te hará revivir —decía el Niño, mientras con cuidado depositaba la tierra en torno a la planta y regaba su tallo—, no te dejaré hasta ver tus flores abiertas.

Minutos después, el cerezo florecía más hermoso que cualquier otro. Así comenzaron a manifestarse los poderes ocultos de Jesús. Luego, a petición del Servidor el Niño pasó a experimentar con animales: Un anciano que vivía en las cercanías del Templo estaba angustiado porque su pequeño rebaño de cabras, único bien de que disponía, había sido atacado por la sarna.

El Servidor junto con otros ancianos, llevaron a Jesús al establo en donde estaba la manada enferma. El anciano contemplaba con curiosidad cómo los esenios formaban un círculo alrededor de las apaciguadas cabras y cómo sus caras se iban congestionando, al igual que la del Niño quien también formaba parte de la "cadena de fuerza", dando la impresión que de sus rostros brotaría sangre.

Quince minutos duró la intensa vibración espiritual y magnética de Jesús y los maestros del Templo al cabo de los cuales, El Servidor notificó al anciano dueño de la manada, quien no salía de su asombro, que la curación había terminado. Mientras tanto, el Niño con los ojos cerrados, descansaba recostado entre la paja ajeno a cuanto ahí sucedía. ;

Los esenios intuyeron que las inteligencias guías, mantenían a Jesús todavía en profunda concentración mental para devolverle la energía gastada en su primer y fructífero ensayo de dominio del reino animal.

7

JESÚS A LOS VEINTE AÑOS

Cuando Jesús regresó al Santuario del Monte Tabor, leyó todas las cartas que en su ausencia le habían llegado. Una de ellas era de Esther: "Jesús, ha llegado el momento de que ponga en práctica lo que una vez me dijiste: "Extraer del fondo de las cosas lo más hermoso que haya en ellas".

"Los terapeutas del Hermón me frecuentan y me animan a seguir adelante. He ingresado al primer grado de la Fraternidad Esenia y en breve me traerán el Libro de la Ley y recibiré el manto blanco tradicional en la Fraternidad".

Otra carta era de sus amigos de Belén y en ella, Elcana, Josías, Alfeo y Eleazar le pedían celebrara su vigésimo cumpleaños entre ellos. Las líneas de sus amigos de Belén que le habían visto nacer, lo conmovieron profundamente y en seguida, con un esenio que marchaba en dirección de Belén, contestó la misiva diciendo qué pasaría su cumpleaños, acompañado de sus padres, en casa de, Elcana.

Al día siguiente en compañía de Melkisedec, el Divino Joven partió a Nazareth ya que con anterioridad había prometido a sus padres estar con ellos en ese invierno y además, por otra parte, debía descansar de sus fatigosos ejercicios espirituales.

A su llegada Jesús se instaló en la casa de sus padres, junto con Melkisedec, en donde acondicionó en un rincón, un pequeño oratorio. Este acto marcó el ejemplo entre los demás vecinos y cada uno de ellos, según sus posibilidades, dispuso de un lugar para la oración.

Desde su llegada había esparcido por toda Palestina una inmensa ola de paz, amor y armonía sólo rota por los pontífices y sacerdotes de Jerusalén que viendo amenazada su doctrina, de cuando en cuando abrían las arcas de los templos y trataban de comprar a la cada vez más creciente grey del Verbo Encarnado.

Dieciséis días antes de su cumpleaños, Jesús, en compañía de su familia, salió —Melkisedec había regresado al Tabor días antes rumbo a Belén.

La caravana que iba por el camino al Jordán, pronto fue alcanzada por los Divinos viajeros, ya que en su ruta, vivían muchos amigos y familiares de José, Myriam y Jesús.

Uno de los descansos de la caravana era en Septhopolis y apenas los viajeros descargaban sus cabalgaduras, un gran número de niños contrahechos, retardados y paralíticos se acercó mendigando comida. Al ver esto el Verbo Encarnado se acercó a ellos:

—Ustedes están enfermos porque no se acuerdan del Padre Celestial que tiene el poder para hacerlo. ¿Por qué no se lo piden?

— El está muy lejos y no oirá nuestros ruegos —contestó un parálítico.

—Se engañan: El está con ustedes y no lo sienten porque no tienen el suficiente amor.

Una poderosa vibración de amor envolvió al grupo de menesterosos, mientras Jesús, con una voz dulce a la vez que profunda, exclamó: "Amarás al Señor tu Dios, con todas tus fuerzas, con toda tu alma y a tu prójimo como a ti mismo".

Luego les repartió unas monedas y les indicó que volvieran a sus casas y que no se olvidaran de que Dios los cuida y los ama y que en prueba de esto, quedaban sanados de todos sus males.

Con los primeros rayos de sol, la caravana prosiguió su marcha y en todo el camino Jesús iba derramando amor.

De pronto, en un recodo, vieron aparecer un bulto cubierto por una piel de cabra, el cual, al acercarse la caravana, permitió ver que se trataba de un leproso.

—Yo le llevo las cosas —dijo Jesús al jefe de la caravana, quien ya se aprestaba a entregar un envoltorio al enfermo.

Los viajeros continuaron su marcha, dejando al Verbo Encarnado, junto con sus padres, atendiendo al leproso.

Desde el montículo en donde se encontraban parados, José y Myriam contemplaron cómo Jesús le quitaba al leproso la piel de cabra y le tomaba las manos con amor infinito.

—Eres joven —le dijo Jesús al leproso—, tienes una madre que llora por ti y una esposa y unos hijos que esperan tu regreso... No, no digas nada porque yo sé leer en los ojos de los que sufren.

— ¡Sálvame, Señor que ya no resisto más el dolor de mi cuerpo y de mi alma! —imploró el enfermo con doliente voz.

—Tu fe ha descubierto el poder divino que Dios me ha dado. Anda, ve al Jordán y en él báñate siete veces y vuelve al lado de quienes te aman y da gracias al Señor que por mi conducto te ha salvado.

Poco después Jesús y sus padres echaron a andar en pos de la caravana, la cual iba a paso lento en espera de los Divinos retrasados.

—¿No podría evitarse esa enfermedad tan espantosa? —preguntó Myriam refiriéndose al recién sanado leproso.

—Cuando los hombres no sean tan egoístas, desaparecerá la lepra y la mayoría de las enfermedades que aquejan a la humanidad —contestó el Verbo

Encarnado y agregó enfáticamente —: He podido curar leprosos, parálíticos y ciegos de nacimiento, pero hasta ahora no lo he podido hacer con un egoísta. Qué enfermedad tan dura!

Una palidez extrema cundió por el rostro de Jesús, lo que hizo que Myriam se angustiara y le preguntara por su salud.

—Nada tengo, madre —contestó el Divino Joven profundamente preocupado—, pero debes aprender a sentirme a tu lado aunque yo ya no esté.

—¡Dios no lo permita, pues antes moriría yo! —exclamó Myriam angustiada.

—¿Comprendes ahora el dolor de las madres que ven morir a sus hijos víctimas de la lepra? ¿Me comprendes ahora, madre?

—Lo comprendo, Jesús —dijo en un supremo esfuerzo Myriam y en éxtasis agregó: — ¡Ante Dios Padre, entrego, a mi hijo para salvar a la humanidad!

—¿Qué haces, hijo mío, que haces? —preguntó asustado José, al tiempo que abrazaba por la cintura a la llorosa Myriam.

—Nada padre, es que ella misma al sacarse la espina de egoísmo que tenía clavada en el alma, se ha provocado este santo dolor.

A instancias de José, cuando llegaron a Arqueliais, se alojaron en casa de Gabes, quien se encontraba preso por haber apedreado una estatua de Herodes el Grande, y después de dejar a Myriam con la esposa del preso, partieron Jesús y José a la Alcaldía para rescatar, por medio de una fianza, a Gabes.

El Alcalde de Arqueliais tenía la fama de ser un hombre duro de corazón, pero desde que los viajeros entraron a hablar con él, la influencia magnética de Jesús, transformó la frialdad, en una cálida dulzura, que hizo que el funcionario aceptara de inmediato la proposición de José de, además de pagar la fianza, reparar, en cuanto Gabes estuviera libre, la estatua rota.

—Vayan ustedes a la casa de Gabes, que en unos momentos los alcanzaré.

La alegría de Ana, la esposa de Gabes, fue muy grande. Pero esto no lo vio Jesús, quien mientras tanto, sentado en una banca de la plaza en donde estaba la estatua, contemplaba el monumento deteriorado.

Un sol candente bañaba la ciudad y de improviso, Jesús sintió una gran vibración en sus adentros y una profunda voz le dijo: "No temas, las fuerzas vivas de la naturaleza te responden. El sol es para ti una fuente de energía insuperable. Entrégate como instrumento de esa energía y ella hará lo demás", Y se durmió profundamente.

—Cuando el Verbo Encarnado abrió los ojos, encontróse con que la estatua estaba en perfecto estado; y agradecido, elevó su pensamiento al Poder Supremo para después caminar a casa de Gabes, en donde a la entrada dijo:

—¡Gabes, ya no temas, porque la estatua ha sido restaurada!

—¿Quién lo hizo? —preguntaron varios de los asistentes.

— ¿Quien ha de ser, sino los obreros del Padre Celestial? —contestó Jesús sentándose a la mesa.

Al término de la comida, la Divina Familia despidióse de Gabes y su esposa porque la caravana ya partía para Jericó. Jesús ayudó a Myriam a subir a su cabalgadura y a guisa de despedida añadió:

—Gabes, en un mes visitaré de nuevo tu casa porque he visto que uno de tus hijos vendrá conmigo en mi misión.

Cuando la caravana llegaba a Jericó fue encontrada por otra procedente de Arabia Saudita en la que venía la hija del Rey de Arabia, quien lloraba desconsoladamente porque su pequeño hijo de diez años era prácticamente consumido por la fiebre.

Apenas oyó Jesús el llanto de la mujer, se acercó al carro y le preguntó a la Princesa por sus lágrimas.

—Mi hijo se muere! Ya ni me reconoce y creo que no podré llegar a Jerusalén para que lo curen los sabios de allí.

El Verbo Encarnado se sentó en la improvisada cama del niño y viéndolo pálido y sudoroso, juntó su boca a la del niño y le dio respiración de boca a boca.

El niño comenzó a temblar y la sangre apareció de nuevo en su pequeño rostro, y después de abrir sus ojos, buscó a su madre llorando.

—Mira, mujer, cómo aquí también es el templo de Dios. El Universo todo es el Templo de Dios y él no quiere, como en Jerusalén se hace, sacrificios de animales, sino sólo la ofrenda del amor y la fe.

— ¿Quién eres, que das la vida a los que ya están casi muertos? —preguntó espantada la madre del chiquillo curado.

—Un hombre que ama a Dios y a su prójimo. Tú hijo está curado.

—No te vayas sin cobrar tu trabajo —dijo la hija del Rey de Arabia a Jesús quien ya se había bajado de la carroza.

—Sólo Dios sabe el precio de un alma humana. Pero si quieres agradecer a Dios por la vida de tu hijo, aquí en Jericó té enseñaré cómo puedes tú salvar vidas humanas.

Jesús regresó a Jericó con sus tíos Andrés y Benjamín a quienes saludó al igual que a sus hijos y nietos. Muchas generaciones de esas familias ya eran esenias y Benjamín y Andrés eran los libros vivos de la Fraternidad.

Después de los saludos el Verbo Encarnado preguntó en dónde, había enfermos y necesitados en la ciudad.

—Los enfermos incurables fueron llevados a las grutas del Monte de los Olivos —dijo uno de los tíos y agregó: — Aquí sólo tenemos un refugio de ancianos desvalidos que sostenemos los esenios. Hemos formado una asociación para ello, que se llama "Pan de Elías".

—¿Y cuántas sinagogas tienen en Jericó? —preguntó el Verbo Encarnado.

—Tenemos una sostenida por Jerusalén —contestó Benjamín—, y otras diez que son particulares, pero la que tiene mejores concurrentes es la de Gamaliel el Viejo porque van dos doctores de la Ley que nos explican los auténticos Libros de Moisés. Uno de ellos se llama Nicodemus y el otro José de Arimatea y ellos saben, además; que el Mesías ya está entre nosotros.

Jesús, sonriendo porque se daba cuenta de que sus amigos ya hacían buen uso de los libros del Archivo de Ribia, les preguntó si se querían unir a una obra suya.

—¡Con toda el alma! —contestaron a coro Benjamín y Andrés.

—Bien, quiero que conozcan a una Princesa de Arabia llamada Zaida para que la instruyan en la Divina Sabiduría, porque es un alma preparada para hacer el bien.

Benjamín, Andrés y sus familias siguieron a Jesús a la caravana de Zaida, quien al verlos aproximarse conducidos por Jesús, iluminada de alegría le presentó al Verbo Encarnado a su hijo:

—Ven hijo mío, saluda al profeta que te curó.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó el niño a Jesús—. Para acordarme de ti siempre. Yo me llamo Ibrain.

—Mi nombre es Jesús —contestó el Verbo Encarnado en árabe.

—¡Eres muy valiente, Jesús, mataste la fiebre que me quería matar! En mi país se premia la valentía, y yo te daré, en premio, mi mejor libro de dibujos. Jesús hojeó el libro y se percató de que en él había dibujadas varias panteras y otros animales salvajes amarrados a fantásticos árboles, así como, buitres monstruosos colgados de las patas para que no pudieran matar tortolas...

—Eres un amante de la justicia —le dijo Jesús al niño árabe—, pero, ¿no sería mejor que perdonáramos al tigre y a la pantera y les recomendáramos que no hicieran a los otros animales lo que no quisieran que les hicieran a ellos?

—No, profeta, porque en un abrir y cerrar de ojos se comerían a los corderos. ¡Con los malos hay que ser malo!

Mientras el niño hablaba, el Verbo Encarnado dibujó en una página un sol naciente y un valle con un río.

—Mira Ibrain —le mostró el dibujo —, dibuja tú ahora lobos, panteras y demás bestias salvajes bebiendo junto con los corderos y los venados, en las aguas del río.

—imposible, profeta. ¿Tú crees que el lobo y las panteras no se comerán a los corderos?... a no ser que hagas tú con ellos lo que hiciste conmigo.

— ¡Exactamente, Ibrain! Así quiero que pienses. El sol naciente es el amor que ha de brillar sobre los hombres y ha de triunfar sobre todas las maldades, porque entonces no habrá lobos hambrientos, ni panteras asesinas sino corderos y palomas y animales que beban del agua de Dios tranquilamente.

El niño lo miró espantado y lo tomó de las manos:

—Deliras, Profeta. Mi fiebre maligna se te pasó y vas a morir... ¡Yo no quiero que mueras!

—No temas, Ibraín que no tengo fiebre. Eres muy pequeño y todavía no puedes comprender. Mi delirio será realidad un día, muy lejano, quizá, pero llegará.

—Esta es mi familia —dijo el Verbo Jesús Encarnado a Zaida quien gustosa había presenciado la plática con su hijo—. Ellos son mis tíos Benjamín y Andrés que te guiarán, Zaida, para que hagas el bien con los pobres y los enfermos.

— ¡Quiero vivir en esta tierra en que mi hijo fue curado! —Y supuso al ver a Myriam entre el grupo de familiares de Jesús—, Aquella mujer debe ser tu madre.

Zaida corrió al encuentro de Myriam a quien tomó de las manos al tiempo que le decía entusiasmada:

—Tu hijo es un profeta de Alá; ha curada a mi hijo!

—Por medio de un intérprete Zaida contó a la familia terrenal del Verbo Encarnado, que su padre, el Rey Areth tenía muchas esposas y muchos más hijos a los que dejaba, como a ella, vivir en donde más les placiera.

— ¿Y tu marido está de acuerdo?

—No tengo marido, pero no crean que vendré sola pues mi madre y mis criados me acompañarán.

—Bien mujer, haremos por ti cuanto podamos —dijo Benjamín.

Por su parte, Ibrain no quería apartarse de Jesús alegando que era imposible la convivencia de animales salvajes y corderos.

—A mi regreso nos pondremos de acuerdo sobre el punto —finalizó Jesús.

Llegó la hora de partir y la caravana salió de Jericó y después de varios días de camino los viajeros llegaron a Jerusalén. Ya en la ciudad José y Myriam se quedaron en la casa de Lía, mientras Jesús se dirigió al Templo encontrándolo casi desierto. Así quería verlo.

Un sacerdote quemaba esencias en el altar de los holocaustos, al tiempo que una dulce música de laúd, con suave volumen invadía todo el recinto. El Verbo Encarnado subió las gradas del kabal o lugar de reunión y se sentó en un sillón.

Con los últimos rayos del sol una inexplicable angustia se fue apoderando del Divino Joven; tal vez era el hálito de muerte y terror que de todos los rincones del templo emergía. "¿Come he de encontrar aquí la suavidad del Padre Amor?", se preguntaba deprimido.

A lo lejos, vio un libro abierto y con paso trémulo se acercó a él. Era el Libro Deuteronomio o el de los secretos. Del texto leyó los versículos 3, 4, y 5 en donde se mandaba apedrear a todo aquel que rindiera culto a los astros. Imbuido por una extraña fuerza, Jesús, al calce de una página, escribió con un carboncillo: "¿Cuál es el Moisés iluminado por Yahavé: el que escribió en tablas de piedra 'No Matarás' o el que aquí manda matar?"

Apenas escrito esto una rauda de viento sacudió el velo del templo empujándolo a la flama de uno de los cirios que rodeaban el Arca de la Alianza.

Jesús no se dio cuenta del incendio porque salió precipitadamente, como si un horrendo fantasma de sangre y muerte lo persiguiera. Mientras, dos ancianos que allí oraban, diéronse cuenta del siniestro y descolgando el velo ardiente sofocaron el fuego.

Dos días de estancia en Jerusalén permitieron a Jesús visitar a sus amigos Nicodemus, José de Arimatea, Nicolás de Damasco y Gamaliel el Joven, dirigentes de la Escuela de la Divina Sabiduría. Rubén de Engedi y Marcos, discípulo de Filón de Alejandría, junto con otros ocho afiliados en la busca de la Verdad Eterna, eran los que quedaban de la injusta persecución que sufrieron víctimas de la indiscreción de algunos miembros de la Asociación.

Uno de los que más hambre de justicia tenía era José Aar-Saba, llamado "el justo" y Jesús al verlo, presintió que en el futuro habría de ayudar a sus hermanos y con dulce voz le aconsejó:

—Creo que primero tiene que ser educada la gente para que pueda reclamar con éxito sus derechos. El ser humano para poder ocupar su lugar en el concierto de la vida universal, debe saber de dónde viene y a dónde va y tú —continuó el Verbo Encarnado—, que ya te alimentas con la Verdad Eterna, ayuda a las multitudes a encontrar su verdadero camino y harás la obra más grande que hombre alguno pueda hacer en la tierra.

—¿Podremos tener una reunión con ustedes? —preguntó José Aar-Saba a Jesús.

—Eso íbamos a pedirte. Nos reuniremos, si gustas, en la tumba del Rey David.

Poco después allá se dirigió Jesús con Nicodemos y José de Arimatea. Cerca ya de la inmensa mole de piedra cubierta de hiedras, una vieja les salió al encuentro:

—No pude avisarles a todos, pero hay más de cien esperándolos —dijo la anciana a José Aar-Saba que acababa de alcanzar al Divino grupo.

La tumba del Rey David era un lugar prácticamente abandonado. Al llegar, Jesús percibió un hálito de terror bajo la bóveda sepulcral; todo allí era soledad y muerte.

La alta y fina silueta del Verbo Encarnado y la gran inteligencia que fluía de su mirada, causaron gran asombro entre el pequeño auditorio que apretujado, esperaba Su llegada.

—Amigos míos: he cumplido mi palabra y aquí tienen al hombre de quien les había hablado —presentó José Aar-Saba a Jesús—, tal vez los impresione su juventud, pero recuerden que el Rey David, en cuya tumba estamos, también lo era. Esta coincidencia no buscada, puede ser una promesa para nuestro pueblo humillado por usurpadores y negociantes vestidos de púrpuras sacerdotales.

Jesús observaba en silencio y cuando el silencio se hizo, al término de las exclamaciones de júbilo por la llegada del "Joven Profeta", el Verbo Encarnado habló:

—Amigos míos: he venido aquí porque ustedes tienen el ansia de libertad, de justicia y de paz; hermosa trilogía reflejo de la Inteligencia Suprema que gobierna a los mundos. No me impulsa el deseo de dirigir multitudes. Soy simplemente un hombre que ama a sus semejantes y en mi ser palpitan con una fuerza para ustedes desconocida, las mismas ansias de liberación; no obstante, vivo en tranquilidad y paz, buscando el bien que anhelo por un camino distinto al de ustedes que ven su mal y su desgracia en el poder de Israel usurpado por un rey tirano y en la dominación romana que oprime a casi todos los pueblos.

"El verdadero mal, continuó el Verbo Encarnado, está en el atraso moral de la humanidad. La ignorancia es la causa de toda esclavitud. Por eso pongan todo su esfuerzo en acabar con ella. Han visto que ni en la Sinagoga ni en el Templo se alimenta a la gente con la Verdad Divina y cada quien debe buscarla por sí mismo, estudiarla en el calor del hogar es deber de todos hombres fuertes, justos y libres. ¿De dónde y por qué vienen los tiranos, los déspotas y los opresores? Ciertamente de la ambición de unos pocos y de la ignorancia de la mayoría.

—¡Demos a nuestros hermanos la lámpara de la Verdad Eterna —finalizó Jesús—, y haremos imposibles las tiranías y los despotismos!

—Pero, dínos ¿quién nos sacará de la ignorancia si el Templo y la Sinagoga nos ocultan la verdad? —preguntó un hombre.

—Yo, que soy el mensajero de la Verdad Eterna —contestó Jesús y también estos doctores de la Ley y muchos otros esenios.

— ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? —preguntó alguien.

—Me llamo Jesús de Nazareth y soy hijo de José el artesano y estudié desde niño la Divina Sabiduría y soy feliz por recorrer el camino de la Sabiduría y les aseguro paz, justicia y libertad.

Allí mismo quedó formada la alianza "Justicia y Libertad" bajo' la dirección de José Aar-Saba, José de Arimatea y Al-Jacob de Filadelfia. Este último llamó aparte a Jesús:

—Has hablado como iluminado...pero muchos de nosotros ni hogar tenemos por la injusticia de los poderosos. Soy yerno del Rey de Arabia y estoy casado con Zaida, una de sus hijas y tengo un pequeño hijo de aproximadamente diez años, llamado Ibrain...

—Y dando fuertes sollozos aclaró: —: fui perseguido por mis ideas de libertad y para salvar mi vida huí a donde nadie supiera de mí.

El Joven Maestro le refirió lo ocurrido en Jericó y añadió:

—Creo que puedo ayudarte a reconstruir tu hogar. Ve a Jericó a casa de mis tíos Andrés y Benjamín, que bajo su responsabilidad está tu esposa y tu hijo y les dices que te manda Jesús. Pero de todo esto, guarda silencio.

Muchos otros se acercaron al Verbo Encarnado para hablarle. Uno de ellos era Judas de Kerioth y también él le contó cómo perdió todos sus familiares y bienes a manos de un legionario.

Jesús se compadeció mucho del hombre, quien más adelante fue el apóstol Judas de Kerioth, cuyo defecto dominante era la envidia. Y ella fue la que le llevó a señalar el refugio del Maestro en Getsemaní.

—Amigos —habló Jesús después de haber conversado personalmente con todo aquél que lo solicitó—, siento en el corazón sus dolores, pero abandonen la violencia; no se pongan al mismo nivel que los injustos y superen la adversidad con su grandeza moral que yo no estaré lejos de ustedes si ustedes no se apartan de mí.

La noche había avanzado y Jesús se retiró a la casa de Lía seguido por sus amigos, pues necesitaban descansar ya que con las primeras luces del alba debían partir para Belén.

El camino que iba de Jerusalén a Belén era árido y peñascoso, por lo que no ofrecía ningún interés para nadie, a excepción de Jesús ya que cerca de la piscina de Siloé había unas grutas habitadas por enfermos de todas clases que acudían a bañarse en las aguas de la piscina porque creían que un ángel bajaba del cielo y las agitaba para hacer sanar a los enfermos.

Los terapeutas que cuidaban las aguas termales, lo que en realidad eran, sin hacer caso de las fantasías de los enfermos, los ayudaban a bañarse en ellas.

Los enfermos sufrían además una gran pobreza por lo que en cuanto veían que se acercaba una caravana se aproximaban a ella para pedir limosna, inspirado por el Amor Universal, Jesús se acercó a ellos y mientras José y Myriam repartían algunas monedas, trató de consolarlos.

—Señor —dijo uno de los enfermos—, el ángel que agita las aguas de la salud, no ha bajado aún...

—El Señor de los cielos y de la tierra es quien da la salud a los hombres y con ángel o sin él, la da a quienes lo amen, y por Su poder les digo: Entren ahora mismo en la piscina y digan: 'Padre nuestro que estás en los cielos, por tu amor quiero ser curado del mal que me aqueja' y les aseguro que sanarán a las tres de la tarde.

—Y tú ¿quién eres? —preguntaron los enfermos.

—Piensen que soy un ángel del Señor y que me les presento en persona para decirles: ¡Quiero que sanen!

Poco después la caravana llegaba a Belén y la Divina Familia fue recibida por Elcana, Sara y los tres amigos: Alfeo, Josías y Eleazar. En su estancia en Belén, Jesús visitó las cuatro sinagogas que había en la ciudad pero en ninguna de ellas encontró el calor y el fuego de los libros sagrados; sólo letra muerta.

“¡Siempre hablan de Yahavé, amenazante y colérico ¿Dónde está pues el amor de Dios?” se preguntaba Jesús mientras, desilusionado, salía al campo para buscar en la soledad, el amor del Padre Celestial.

A su regreso, en la casa de Elcana se encontró con la grata visita de un esenio samaritano del Monte Quarantana, llamado Isaac de Sikar, quien traía un mensaje de los Setenta Ancianos del Santuario del Moab.

Con la presencia del Hombre-Luz, de Myriam, de José y de los esenios que había en Belén, en voz de Jesús comenzó la lectura del mensaje: "Nuestro Padre Universal!, nos ha dado a conocer su Divina Voluntad y la Eterna inteligencia designó a nuestro pueblo para que en él naciera el Verbo Encarnado. A esta hermosa designación debemos responder con una voluntad generosa.

"El gran templo espiritual que hemos edificado los esenios que conocemos este gran secreto, se está resquebrajando por la falta de unidad entre las almas y antes de que suceda un derrumbamiento parcial que dañaría la vida física y la obra espiritual del Mesías que ya está entre nosotros, quienes pertenecemos a la Fraternidad Esenia, hemos de alejarnos de todas las ambiciones del mundo carnal y dedicarnos al trabajo honrado, al estudio, a la oración y a las obras de caridad y misericordia.

"Dos corrientes se disputan el dominio de las almas: la material que dice: 'El fin justifica los medios' y que no se detiene ante los más espantosos crímenes y la espiritual: 'El Bien por el Bien mismo' y con una entrega desinteresada, busca triunfar por la paz y la justicia.

"Hermanos esenios, sepamos ser grandes por las obras espirituales y busquemos la unidad con El, porque sólo así habitará el Señor en nuestra morada interna y El será nuestro protector.

"Que la Ley de la Sabiduría Divina, les haga comprender las palabras que con amor les dirigen sus hermanos los Setenta Ancianos del Moab."

Un gran silencio siguió al término de la lectura pues cada uno de los ahí reunidos examinaba su conciencia. Luego, Isaac de Sikar, invitó a Jesús a que expusiera sus puntos de vista:

—No les hablaré como Maestro -dijo el Verbo Encarnado —, puesto que aún estudio a Dios, pero si ustedes quieren les manifestaré mi humilde opinión:

—Veo que nuestro pueblo siente un gran odio a la dominación romano, contra las Leyes de Tiranía y contra los sacerdotes sólo dedicados al comercio de las cosas sagradas. Todo ello tiene su origen en la ignorancia en que se tiene al pueblo.

—Una fue la enseñanza de Moisés y los Profetas —continuó Jesús—, y otra muy distinta la que se le da a la gente en las sinagogas. Moisés dijo: "Amarás al Señor, Dios tuyo sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo" y el pueblo ve precisamente lo contrario: los sacerdotes aman el dinero y el poder por encima de todo y las penas y torturas están sobre todos aquellos que faltan a su ley, no a la de Dios, como era de esperarse.

—Moisés dijo: "No matarás; no hurtarás y no cometerás adulterio" y el pueblo ve cómo asesinan los poderosos a quienes les estorban; roban lo que quieren y a eso le llaman "administración" y para saciar su lascivia seducen a las hijas y las esposas que estaban en paz con su familia.

—Las causas de este huracán, están en el pueblo mismo que se ha hecho cómplice, en las falsas acusaciones contra los profetas. Ahora el pueblo paga las consecuencias de sus malas acciones.

—El mensaje de los Ancianos contiene una gran sabiduría: el estado actual de las cosas no se remediará con la violencia, sino instruyendo al pueblo al respecto de Dios. Hemos de apoyar esta labor misionera dedicándonos a estudiar para adquirir el Divino Conocimiento.

—Esenios —finalizó el Verbo Encarnado—, hagan de sus hogares un santuario de verdad, de amor, de bien y de justicia, procurando cumplir los Diez Mandamientos que, nos entregara Moisés; ésa será la marca que cierre la puerta a todo mal del mundo.

—¡Habló como un profeta...! ¡Cómo un iluminado! —exclamaron varios a la vez.

—¡Ha hablado como El que es: un enviado de Dios a nuestra humanidad! —Intervino Isaac de Sikar y agregó diciéndole a Jesús: —¡A ti, alma de luz, que Dios te bendiga en nombre de los Setenta Ancianos del Moab!

8

LOS ESCRITOS DEL REY SALOMÓN

La noche misma de; la lectura del mensaje de los ancianos, Jesús había conversado con sus amigos y con Isaac de Sikar, sobre un fragmento de papiro encontrado en los archivos de Ribla. En el maltratado documento, no sin esfuerzo se podía leer: "Yo Abiatar, sacerdote en los días del reinado de Salomón, cuando cayó en la idolatría a causa de sus numerosas mujeres, declaro haber recogido los escritos del Rey Salomón y haberlos escondido una parte en una gruta de los estanques de Salomón y otra, en la tumba de Raquel detrás de un sarcófago de cedro con adornos de cobre."

—En el Libro 1 de los Reyes —dijo Jesús—, capítulo IV, está anotado que Salomón escribió tres mil parábolas sobre plantas y animales para enseñanza de la humanidad, pero hasta ahora se han encontrado muy pocos de sus escritos. ¿Qué les parece si los buscamos en donde Abiatar dice que los escondió?

A la mañana siguiente el Verbo Encarnado junto con sus cuatro amigos, Elcana, Alteo, Josías y Eleazar se dirigieron primero al sepulcro de Raquel, donde después de una hora llegaron.

La loza de entrada al sepulcro no se podía mover, pero los grandes sepulcros tenían siempre una entrada pequeña por donde salía el agua del embalsamiento de los cadáveres. La encontraron cubierta de hierba y se pusieron a limpiarla para entrar.

A la entrada encontraron escrito en la tapa de la fosa una inscripción: "Raquel hija de Labán y esposa de Jacob" en otro compartimento, al fondo y después de otros diez sarcófagos más, había una gran mesa de piedra con cántaros y candelabros.

Buscaron el sarcófago de Raquel y lo encontraron sumido en uno de los huecos de las paredes, casi cubierto de polvo y telarañas. Al sacarlo observaron que había señales de otro agujero en el que había varios cofrecitos de madera de olivo, unos rollos envueltos en piel de búfalo y unos trozos de bambú con tapones de madera.

Examinaron cuidadosamente aquello que parecía había sido guardado en un momento de suprema angustia, ya que había unas tablillas en las que se leía: "Espérame, vendré avanzada la noche para poder traer sin peligro a mi padre."

Otro escrito sobre un trozo de lino decía: "La ciudad no resiste mas. Ten aparejadas ocho mulas para Sedekías y sus hijos y un carro para la reina y su hija. Ebedmelk, tú que librate al Profeta Jeremías de la cárcel de Melkías con cincuenta

hombres, saca a tu rey de Jerusalén porque esta noche caerá en poder del babilonio. Te dejo el oro que he podido traer."

Ebed-Melek era el criado etíope de Sedekías, rey de Judea, y así comprendieron todo.

Emocionado Jesús exclamó y agregó:

— ¡Humanidad... Humanidad inconstante y ciega. Para ti es un crimen la verdad que anuncian los Profetas, así como sembrar flores y frutos en tu camino para que no hartes de inmundicias bestiales que te colman de enfermedades... Humanidad, humanidad debería aborrecerte y sin embargo te amo como te amaron los profetas mis hermanos que te bañaron con sus lágrimas, pero tú manchaste tus vestiduras con sangre!"

Sentado sobre un banco, escondió su rostro entre sus manos; todos respetaron su silencio. Parecía como si el alma misma de Jeremías, los hubiera guiado hasta ahí para aliviar, en parte, los dolores del pueblo.

Josías, Alfeo y Elcana sintieron grandes deseos de escribir al respecto.

Josías escribió: "Los escritos que buscan están en un cántaro de barro, en la gruta más pequeña, atrás de los estanques de Salomón. Por mandato del Profeta de Dios los oculté yo, su siervo que habitó en esa gruta por muchos años Ebed-Melek".

Alfeo escribió: "Bendito sea Ebed-Melek, que el día de la caída de Jerusalén me libró a mí y a mi hija Tinina ocultándonos en este sepulcro. Yo fui sepultada aquí en el sarcófago cuarto comenzando; de la izquierda. Fui una de las esposas de Sedekías, rey de Judea y como cooperé con él en malgastar los tesoros arrebatados al pueblo, es justicia de Yahavé que sufriera la pena merecida.

"Remediad a los pobres y enfermos con el oro y piedras preciosas que aquí quedaron; porque suyo era y suyo es. Rogad por mi descanso - Áholibama".

Elcana escribió: "A mis hermanos esenios de la era gloriosa del Verbo Encarnado, salud y paz en el Señor. Los tesoros materiales remedian necesidades materiales, pero el amor misericordioso cura los dolores del alma que pecó contra Dios y contra el prójimo. Sedekías fue degollado en Ribla con sus siete hijos y todavía está padeciendo con ellos en la expiación por las injusticias que cometieron contra el pueblo. Si ustedes hacen lo que dice Aholibama aliviarán muchos sufrimientos a los vivos y a los muertos. —Jeremías, Profeta de Dios".

Ya que fueron estudiados los mensajes del Profeta Jeremías, abrieron los cofrecillos y los envoltorios. En los cofres había oro y plata en varillas, collares y brazaletes. Los envoltorios contenían vestiduras y mantos en tejido persa y mallas de oro. Las cañas contenían esmeraldas, zafiros y diamantes.

— ¿Qué haremos con esto? —preguntó Afeo.

—Por lo pronto, lo dejaremos dónde está —intervino Elcana —, allí estará más seguro, mientras pensamos cómo darle utilidad en favor del pueblo que es su legítimo dueño.

—Claro está —dijo Josías lleno de ira —, esto representa muchos sufrimientos e injusticias padecidas por nuestra gente.

—¡Calma Josías! — dijo Jesús —. La humanidad es y será así por mucho tiempo: ¡una mitad vampiro de la otra mitad hasta que el amor anule a los vampiros!

Escondieron todo como estaba y se dirigieron a los estanques que no quedaban lejos.

Como ya era mediodía sintieron hambre. A lo lejos se veía humo:

—Es la cabaña del tío Joel —dijo Josías—. Sigam caminando yo los alcanzaré con algo de comida.

En efecto unos minutos después, Josías los alcanzó con una bolsa de higos secos, castañas y queso.

Iban comiendo y en el camino volvieron a la conversación de lo que habían encontrado.

—Sería una imprudencia dar los tesoros hallados directamente a los pobres; pronto lo sabría Herodes Antipas y los sacerdotes de Templo.

Después de muchas discusiones concluyeron que lo mejor sería restaurar el antiguo molino de Belén parado desde la muerte de sus dueños; y así dar trabajo a muchas personas; pagando salarios justos. Todos en Belén conocían a estos cuatro esenios y supondrían que habían llegado para comprar el molino y el terreno adjunto, sin preguntarse si era cierto o no.

Reflexionando, Jesús dijo:

—¡Cuántos Sedekías hay en esta tierra! Los labriegos siembran el trigo, sus olivares y sus vides y los cuidan para obtener sólo la mitad de las ganancias ya que la otra mitad, la tenían que repartir entre el rey y el sacerdocio.

A primera hora de la tarde llegaron a los estanques de Salomón. El paraje, en otros tiempos un hermoso jardín, era un erial desolado. Sedekías, el degollado rey de Judá, lo había destruido con el pretexto de purificar a su reino de ídolos y lugares contruidos por las idólatras mujeres de Salomón; ahora del jardín solo quedaban unas hiedras que daban verdor a aquel paisaje.

La pequeña gruta que buscaban no aparecía, varias veces recorrieron la barranca hasta que por fin, se dieron cuenta que dos grandes grutas aparecían en primera fila y daban señales de estar habitadas, quizá por mendigos que regresaban por la noche después de recorrer la ciudad.

De pronto, vieron que una cabeza asomaba entre el espeso follaje. La cara del hombre era de espanto.

— ¡No me descubran, tengan compasión de mí! —dijo el hombre.

—No tengas miedo —le dijo Jesús—, no te buscamos a ti, ni vamos a hacerte daño. Venimos a visitar los estanques porque su antigüedad y su historia nos interesan.

—Hasta puedes darnos datos de este lugar, si ya hace mucho que vives aquí —interrumpió Elcana.

—Sí aquí vivo desde hace tres años.

—Pero ¿cómo es que vives aquí, solo y sin comida? —preguntó Jesús y agregó: —Ten confianza en nosotros.

— Este es mi escondite. Oí sus voces y los observé. Veo que son ustedes gente de bien... Entren y vean cómo vivo.

— ¿No hay otras grutas ocultas aquí? —preguntó Elcana.

— Sí, las hay. Miren, por allí está una —señaló el hombre.

Se acercaron al lugar indicado y al ir quitando la gruesa capa de musgo acumulado en tantos años, no sólo descubrieron grutas, sino huecos bastante grandes con, inscripciones sobre piedras labradas. Por fin, al cabo de unos minutos, encontraron un hueco con una inscripción mal hecha. Con dificultad entendieron: "bed-Melek".

Todos clamaron de alegría, y luego apresuradamente, quitaron la loza en que estaba escrito el nombre; ésta era la entrada.

Encendieron velas y entraron en el hueco: sobre la tierra estaba un cántaro de barro el cual tuvieron que romper para poder abrirlo; dentro había una bolsa con unos manuscritos.

Con veneración y cuidado iban sacando uno a uno los rollos y al mismo tiempo los iban leyendo por título: "Los Cielos de Yahavé", "Arboles y hierbas hablan de la Sabiduría de Yahavé", "El secreto de las Montañas", "El poema de Saba, reina de Etiopía" "Trenos de mi Salterio".

— ¿Por qué habrán sido escondidos? —preguntó Josías.

—Mis maestros esenios del Tabor conservan un escrito de Zabud, hijo de Nathán, en el que se narra cómo los enemigos del rey Salomón escandalizados de que el rey fuera tan complaciente en su vejez con sus mujeres paganas —contestó el Verbo Encarnado—, quisieran quemar sus escritos; quizá ésta haya sido la causa de que el sacerdote Abiatar los haya escondido tan celosamente.

—Veo Jesús, que recuerdas muy bien las escrituras antiguas —observó Eleazar.

—Desde niño he estudiado con los maestros esenios — ¡aclará el Joven-Luz.

—Tu cumpleaños número veinte, tiene la señal de la Sabiduría —dijo con énfasis Elcana.

Mientras tanto el hombre que les había servido de guía, aburrido, regresó a su hoguera, de la que sacó pan y unas aves asadas.

Jesús, lleno de compasión le seguía con la mirada, y dijo a sus amigos:

—Aquí está un hermano a quien debemos ayudar.

—Les convido de lo que tengo —dijo el buen hombre sintiendo la mirada de Jesús sobre él —, si gustan comer algo.

—Gracias —le dijeron—, vivimos en Belén y ya nos vamos.

—Queremos recompensarte y ayudarte —dijo Jesús,

¿Qué podemos hacer por ti? ¿Qué has hecho que tienes miedo y te escondes en estos lugares inhóspitos?

—Me llamo Cleofás. Mi esposa y mis tres hijos están en Emaús. Yo era el panadero del Rey Antipas, mas el mayordomo ¡quería poner en mi lugar a un pariente suyo y echó un puñado de Moscas en la pasta que yo preparaba para el pan del Rey y por eso fui condenado a la cárcel. Pero logré escapar y aquí estoy.

—Uno de nosotros te va a traer mañana a esta misma hora ropa limpia para que puedas salir de aquí y reunirte con tu familia —dijo Elcana.

—A Emaús no puedo ir... No faltará quien me denuncie, allí todos me conocen —dijo afligido Cleofás.

—Pero sí puedes ir a Belén añadió Jesús—, donde mis amigos te darán trabajo en el molino.

— ¿Sabe tu familia dónde estás? —le preguntó Jesús.

—Sólo mi mujer que cada mes viene a dejarme un saco de harina y alguna otra cosa para que no muera de hambre.

—A tú alrededor tienes Amor, Cleofás —al decirle esto Jesús puso sus manos sobre uno de sus hombros y mirándole fijamente, prosiguió—: Quiero que de nuevo florezca la esperanza en tu corazón. Dios es justicia, pero también es amor.

Ahora, Cleofás lloraba de alegría.

Con el Maestro Filón de Alejandría

José de Arimatea, Nicodemus, Nicolás y Gamaliel llegaron a Jerusalén para invitar a Jesús a Alejandría en primer término, y para hablar con Juan "el Bautista", a quien habían quedado de ver en casa de Elcana.

Juan el Bautista llegó con Jacobo y Bartolomé, porreros del Monte Quarantana, y a su vez, quería también invitar a Jesús a su consagración en el Santuario de Moab.

Andrés de Nicópolis, por su parte, quería invitar a Jesús a Hebrón.

—Ustedes me quieren hacer maestro antes de tiempo —les dijo Jesús amablemente —, tomen un pajarillo que todavía no tiene plumas en sus alas, sáquenlo del nido; y lo verán darse golpes y estrellarse contra el suelo, ¡No corran tanto que todo a su tiempo llegará!

Sin embargo el Verbo Encarnado encontró la manera de complacer a todos: primero, iría a Alejandría, a su regreso pasaría a Hebrón y después, al Santuario de Moab con su amigo y pariente Juan Bautista.

— ¿Están todos conformes?, —preguntó Jesús.

—Y yo, hijo, ¿con qué me tengo que conformar? —preguntó Myriam.

— ¡Oh sí, tú antes que nadie!, ¿qué deseas para quedar conforme?

—Que en tu viaje te cuide José de Arimatea.

— De acuerdo madre. ¿Has oído José?

—Con mucho gusto te cuidaré —contestó José...

Horas después cada uno de los visitantes regresaba a su lugar, mientras Jesús y sus amigos se dirigían a Gaza, donde tomarían el barco hacia Alejandría.

Veinte años había esperado Filón esta visita que Jesús le había prometido.

Filón, el director de la Biblioteca de Alejandría, junto con Melchor habían logrado reunir los antiguos manuscritos que tenían los reyes africanos. La Biblioteca, fundada por el rey Ptotomeo, fue enriquecida por estos dos esenios con la aportación de los tesoros que pertenecían a la Biblioteca de Cartago.

Los cinco viajeros le llevaban un regalo a Filón: una copia completa de las "Escrituras del Patriarca Aldís".

Ya a bordo, les dijo Jesús: —Pronto pisaremos la tierra que ya conocemos por estos escritos. Me imagino el Santuario de Neghadá con los kobdas de túnica azul; gorro violeta pagando el rescate de los secuestrados por los criminales.

—El Patriarca Aldís, fue rescatado por los Kobdas de Neghadá —añadió José de Arimatea.

—Creo que tenemos la gran responsabilidad de seguir la obra de bien de las Escuelas Antiguas, como la de los Profetas Blancos de la Atlántida; los Flámanes de Lemuria; los Dáctilos de Ática y los Kobdas de Neghadá —dijo Gamaliel.

—Muy bien, pero te falta una cosa —replicó Jesús—, hay que quitar los obstáculos y los estorbos para que llegue la instrucción a toda la humanidad.

—Hay que sembrar la semilla como lo hacen los esenios: en almas preparadas —añadió José de Arimatea—, no arrojándola entre las piedras y zarzales.

—Bien José —exclamó Jesús—, no nos desanimaremos ante los estorbos.

Al mediodía, el barco en que viajaba Jesús y sus amigos, anclaba en el gran puerto de Alejandría. Desembarcaron y a corta distancia del muelle se les acercó un pequeño hombre de avanzada edad.

— ¿Vienen ustedes de Judea? —les preguntó.

—Así es, buscamos La Biblioteca —contestó José de Arimatea.

—Bien, yo vengo de parte del Maestro Filón su director, quien los espera desde hace tres días. Síganme por favor.

Llegaron hasta donde se encontraba Filón quien extendió los brazos a Jesús y estrechándole, le decía: ¡Oh Jesús, Niño Glorioso de mis sueños de veinte años!"

Filón tenía cuarenta y cinco años y estaba ya muy adelantada su obra principal: la revisión y comentarios de los cinco libros de Moisés.

—Enciendes de nuevo esa lámpara apagada por los hombres —le decía Jesús en La Biblioteca, contemplando el trabajo del Alejandrino.

—Me ha ayudado mucho el Príncipe Melchor de Horeb —contestó Filón.

—También nosotros traemos un aporte desde Palestina y Siria —añadió José de Arimatea, mientras ponía sobre una mesa una gruesa carpeta.

Cada quien traía una y las colocaron sobre la mesa; eran rollos de papiro; telas enceradas y placas de madera y de barro.

—¡Santo cielo! —exclamó Filón con alegría—: ¡qué agradable contribución para esta Biblioteca!

Después de un breve descanso en la residencia de Filón, visitaron el Museo donde había lienzos, esculturas bajo relieves y grabados de todo el mundo.

—Aquí tienen algunas de las bellezas artísticas de Cartago —decía Filón, señalando una estantería; pero Jesús no lo oía pues se había embebido contemplando un gran lienzo en el que se veía una interminable avenida de crucificados que representaba, al vivo, el inmenso dolor de las víctimas que sangraban por la boca, manos Y pies.

—Maestro Filón, ¿qué significa este cuadro con tantos sufrimientos?
—preguntó el Verbo Encarnado.

¡Oh!, hijo mío —le contestó—, ese lienzo es la venganza de los reyes Tuaregs, lo pintó un biznieto de Aníbal, el heroico defensor de Cartago, que presencié en Roma la crucifixión de seis mil esclavos seguidores de Espartaco, quien exigía la libertad de los esclavos y fueron ejecutados en la Vía Apia.

Jesús estaba con los ojos húmedos, pero fijos en el lienzo; tenía otra, opinión de Roma, con indignación dijo:

—¿Por qué este poder enfurecido contra estos pobres hermanos que pedían la libertad, don de Dios?

— ¡Como se ve que no conoces todavía al mundo, hijo mío.

Mira este otro lienzo hermano del anterior —le dijo Filón—, es del mismo autor: Aníbal Tugurt.

— “Oh cuántos cadáveres destrozados —dijo Jesús al ver el nuevo lienzo: era la destrucción de Cartago, la corta-agua de la Matriarca Solania que hace ocho mil trescientos años la vio llena de paz.

—¿Cómo pudieron destruir los hombres esa simiente de amor llevada a cabo por los Kobdas? —preguntó Jesús.

—Es el orgullo y la ambición cuando se apodera de los hombres —le contestó Filón.

— ¿Por qué los Kobdas sí pudieron llevar la paz, la felicidad y el amor a Tres continentes y pudieron construir sin destruir; y las civilizaciones posteriores no pueden?

—Jesús, hijo mío —le dijo Filón sentándose a un lado—, el amor es energía constructora y el odio, en cambio, destructora. Fueron los Kobdas instrumentos de la Ley Eterna para reconstruir este mundo aniquilado por el odio y el egoísmo. Por eso nuestra Escuela de Sabiduría Divina, enseña el bien y la justicia y cuando los humanos aprendan la lección no querrán jamás la guerra, y su lema será el de los mundos más adelantados: ¡"Lo mío es para todos —lo tuyo es para todos— ni tuyo ni mío— todo es de Dios que lo da para todos".

—Pero, ¿como no lo han comprendido ya? —Preguntó de nuevo Jesús—, si los Flámanes y Lémures enseñaron el bien en su tierra desaparecida; los Profetas Blancos en la Atlántida, los Dáctilos en Ática; los Kobdas en el África y en Asia Central. ¿De qué sirvieron entonces todos sus sacrificios?

—Sirvieron de mucho, Jesús, si consideramos que Palestina es un pequeño país y que los esenios han realizado en él muchas obras porque son los sucesores y continuadores de aquellas Escuelas de Sabiduría Divina. Vemos que cada quien practica la justicia según sus propios intereses. Crean que obra justamente quien

pide a gritos su libertad; lo mismo el que la niega porque tiene la fuerza y el poder en sus manos.

—Tarde o temprano, Roma sufrirá —dijo Gamaliel—, lo mismo que hizo en Cartago que le resistió más de un siglo porque hay una ley Eterna que dice: "Todo mal cae sobre quien lo hace".

—También es cierto que el odio es fuerza destructora —añadió Filón —, y el mundo llama GRANDE a quien siembra el dolor y la muerte; aun esta ciudad que está edificada sobre las ruinas de la Ciudad Santa de los Kobdas: NEGHADA.

Una semana pasó Jesús en Alejandría y todos los días iba a visitar la pintura de los esclavos sacrificados.

9

EN EL VALLE DE LAS PIRÁMIDES

Jesús y sus amigos absortos en la lectura de los papiros traídos de Palestina y en los que Filón les había proporcionado, no se percataron de la llegada de Melchor de Horeb.

— ¡Oh mi príncipe africano —dijo Jesús al darse cuenta de su presencia—, cómo me he acordado de ti! Te he visto en sueños viajar por montañas y desiertos en tu camello blanco.

—Es mi compañero del desierto y en él he venido a verte, hijo de Dios; llevo cinco días de apresurado viaje y hubiera llegado ayer, pero en el Valle de Ekstham una tempestad de arena me detuvo y tuve que buscar refugio en la gruta que está cerca de Hecópolis.

— ¡Ah sí! —Comentó Filón—, en esa gruta casi nos sepulta un enorme peñasco cuando hacíamos nuestros descubrimientos...

—¿Y cuáles fueron esos? —preguntó Jesús.

Desde hace unos años —respondió Filón—, he trabajado en escribir la historia de Moisés; y me faltaba llenar el largo silencio del tiempo que él pasó en tierras de Madián y del que sólo hay leyendas imposibles de creer.

Cuando tenía apenas año y medio como director de esta Biblioteca se presentaron dos hombres: un padre y su hijo que venían cada año a contemplar la pintura de lo que había quedado de su ciudad. Este hombre —continuó Filón—, se ofreció a ayudarnos en la búsqueda de datos de los orígenes de la actual civilización.

Nuestros visitantes se miraron unos a otros.

—Estos datos los traemos detallados en nuestras carpetas —dijo Jesús—, lo que es más, relatados por un testigo ocular.

— ¡Pero esto es increíble! —exclamó Filón, al tiempo que toda una mesa se cubrió de papiros—. Con todo esto podemos aclarar la obra de Moisés.

—Hermano Filón —exclamó Melchor—, no he venido solo, afuera están Buyaben y Faki; nuestros amigos, el padre y el hijo, que nos auxiliaron en nuestra búsqueda; han venido conmigo, sólo para ver a Jesús.

— ¡Oh perdón, Melchor, que pasen!

Entraron los dos hombres que vestían larga túnica y un manto azul cubriendo sus caras y se inclinaron profundamente ante los allí reunidos, hasta que Melchor que conocía sus costumbres les quitó el velo azul.

—Los dedos los traían llenos de anillos de piedras preciosas y un puñal artístico al cinto. Sobre el pecho, exhibían un pequeño escudo de plata: era una serpiente enroscada y al centro una cabeza de león, altivo y dominante. El mayor tendría cuarenta y cinco años y su hijo veinte.

—Faki, el hijo, se acercó a Jesús confiadamente sin esperar a ser presentados y le dijo:

—Que el sol de esta tierra te sea benigno, príncipe descendiente de David.

—Gracias, mi amigo —le contestó Jesús.

Jesús y Faki eran un vivo contraste: el primero, rubio de ojos intensamente azules; Faki tostado por el sol del desierto, de cabellos y ojos muy negros, Jesús fino y delicado en su porte; Faki alto y fuerte.

— ¿Sabes Faki? tu traje azul me recuerda a los kobdas del Nilo que hace muchísimos años vivieron en Cartago, porque vestían como tú ahora.

—Me gustaría conocer lo que sabes tú de ellos, tal vez sepamos lo mismo —contestó Faki.

—Hace más de ocho mil años existió en un peñón de Cartago, un templo de sabiduría dirigido por Solania: vivió ella allí veinticinco años dando a estas tierras una elevada civilización; lo único que no comprendo es el escudo que llevas al pecho —dijo Jesús.

—Así es, todo lo que dices está de acuerdo con los orígenes de nuestra raza —dijo Faki—. En cuanto al escudo, la serpiente es símbolo de Sabiduría y el león del valor y la fuerza.

—Yo pertenezco a una Fraternidad también dedicada a la Sabiduría y a la Verdad. Porque sabemos que la maldad de esta tierra tiene su origen en la ignorancia —comentó Jesús—. Cuando la humanidad sepa sus orígenes y su destino, no habrá ya más Romas tiranas y crueles; no habrá enemigos sino que todas las razas se reconocerán como hermanos.

— ¡Oh eso es imposible, hijo de David!

—Puede ser que pronto pienses de otra manera, Faki —replicó Jesús.

—Nosotros sabemos que nuestra raza Tuareg tiene su origen en una hija del sol, que vestía de azul y que se apareció en el peñón en que fue edificada Cartago —comentó Faki.

—Solania era una mujer Kobda venida del Nilo, y ¿por qué se llaman ustedes Tuaregs? —preguntó el Verbo Encarnado.

—Porque un hombre justo y noble de nuestra tribu fue quien encontró la momia de Solania hace mucho tiempo; y el También vestía de azul y se llamaba Tuareg; por eso nos llamamos así.

¡Es admirable! tu historia y la mía son las mismas. Sin duda ustedes son los continuadores de Solania.

¿Y ustedes han visto la momia de la Matriarca Solania? —preguntó Jesús.

—Sí hemos visitado la gruta donde se encuentra —contestó Filón.

Ambos fueron con los demás que examinaban el rollo 73 de las Escrituras del Patriarca Aldís, que contiene la historia de la Matriarca Solonia.

—Se nombraba Matriarca —decía Jesús que era el que leía—, a las mujeres fundadoras de Escuelas—Refugios, con aptitudes para gobernar muchedumbres, tal como lo hizo vuestra Hija del Sol que nació entre los valles del Lago Von, al Sureste del Ponto Euxino (Mar Negro), pero amó tanto a África que la hizo su patria.

¿Y si llegara otro genio tutelar para ayudar a los Tuareghs, lo recibirían? —preguntó Melchor.

Los dos Tuareghs miraron a Jesús como diciendo: ¡Es él! ¡Es él!

Jesús entendió sus pensamientos y mirándolos les dijo: —"Soy mensajero de Solania y en su nombre les digo que no dejen que el odio entre en sus corazones; porque el manto azul es signo de amor y de paz; es el azul del cielo que cubre todas las razas y pueblos de la tierra. Yo los amo desde su origen que es la Atlántida, y llegarán a sus tierras mensajeros de paz y de sabiduría.

— ¡Eres un ángel de Amanai! —clamó Faki.

—Amenokai, nuestro rey, debe saber que has llegado, que te hemos visto y oído —enfaticó Buyaben.

— ¿Es muy anciano su soberano? —preguntó Jesús.

—Tiene ochenta años y ha padecido mucho, es nieto del único hijo de Aníbal y está casado con la princesa Selene hija de Cleopatra.

— ¿La princesa Selene, vive? —volvió a preguntar Jesús.

—Sí, vive y es una mujer muy buena, Dice que siempre actúa conforme a la Ley de la Hija del Sol y que quiere saber cuánto pasa en otras tierras.

—Por lo que se ve —dijo Jesús—, han quedado muchos vestigios de los antiguos kobdas. Debemos reavivarlos en provecho de la humanidad: ¿cómo haremos príncipe Melchor para establecer en la tierra de la reina Selene una Escuela de Divina Sabiduría?

—No tengas cuidado Jesús, el príncipe Melchor y yo lo haremos —intervino Filón.

—Y yo si me admiten —dijo Buyaben.

—Gracias amigos —repuso emocionado Jesús y añadió—: una intensa dicha me invada Faki, cuando te escriba te llamaré "Simón" que quiere decir cimiento porque tú eres como una primera piedra de un edificio que hemos de construir juntos.

—Muy bien Jesús, mi nombre entonces será: Hakben Faki Simón.

A lo lejos las inmensas moles de las Pirámides resaltaban sobre el limpio azul del cielo. Jesús en una de las terrazas no dejaba de mirar aquellos monumentos funerarios.

— ¿En qué piensas tanto, hijo de David? —preguntó Faki. —Es mi mente una red de hilos que parecen no tener fin. Pensaba que aquí vivieron los que salvados de la Atlántida dejaron muchas cosas buenas —contestó Jesús.

—Nuestras escrituras dicen —contestó Faki —, que Amanai encarnó en dos ocasiones: en Anfión de Orozuma, llamado "El Justo", que fue rechazado por los suyos y murió en el destierro; y muchos siglos después en Antulio, que significa: "Ante la Luz" y que fue un profeta que curaba las almas y los cuerpos; pero los humanos no le creyeron y lo envenenaron. Así Atlántida en dos ocasiones, dio muerte a Amanai en su persona física y por eso, en castigo, fue sepultada en el mar.

José de Arimatea se acercó a ellos avisándoles que los camellos estaban listos para salir al "Valle de las Pirámides".

Cabalgando en su camello Jesús se acordó de lo que habían dicho sus maestros esenios; "Quizá en esas tierras encontraría nexos con los orígenes de esta civilización Adámica".

Una hora duró el viaje hasta la Gran Pirámide.

—Has cumplido tu promesa, aquella que me hiciste en Tiro, Jesús —le decía Filón refiriéndose a su llegada a Alejandría:

—Todo llega para el que sabe esperar, Maestro Filón.

—Sí, Jesús. Yo esperé veinte años y estoy contento por ello. Juntos siguieron caminando hacia las demás pirámides, hasta que el crepúsculo los alcanzó cubriéndolo todo de colores púrpuras y oro.

Los criados de Melchor armaron una gran tienda de rayas blancas y rojas mientras Buyaben y Faki armaban a su vez su pequeña tienda de color azul.

—Por lo visto, vamos a quedarnos a vivir aquí —dijo con alegría Jesús—, pues ya hicieron dos casas.

—Aún falta la tienda verde de los criados —añadió Melchor.

Así pronto quedó instalado el campamento. El arquitecto del Museo que también los acompañaba junto con Melchor y Filón exploraba y ponían señales en determinados sitios.

Removiendo la arena aparecieron grandes losas. Buyaben y Faki conocedores de esta clase de tumbas, pronto encontraron la combinación para levantarla.

—Que ninguno entre —dijo Melchor—, hasta que penetre suficiente aire puro.

— ¿Por qué tanto misterio para enterrar a los muertos? —preguntó Jesús.

—Por temor a los robos —contestó Filón.

—Yo los guiaré —dijo Buyaben, luego que calculó que ya había aire limpio.

Entraron todos a la luz de los hachones,.. Las paredes de piedra tenían inscripciones jeroglíficas que iban anotando Filón y Melchor. Por escalerillas y pasillos llegaron hasta el muro de la cámara sepulcral.

—Buscaremos la combinación para entrar —dijo Faki.

Mientras, Jesús pensaba en Adamú último Pharaohon Kobda y en el Patriarca Aldís.

— ¿Será posible —continuó analizando el Verbo Encarnado—, que se pierdan quince siglos de arduo trabajo realizado por los hombres y mujeres vestidos de azul?

En el fondo de su yo íntimo creyó oír una voz que le decía: "Espera y confía, no llamas en vano a tu padre cuando lo llamas, con amor y con justicia", impresionado por esta voz se apoyó en la pared.

— ¡Jesús mira, ya abrimos la puerta! —le gritó Faki —,¿pero qué pasa? Estás pálido.

—Nada Faki, no te alarmes. Es que a veces me abruman mis pensamientos.

—Sera mejor que respire aire puro, ¡Vamos!

Jesús se dejó llevar hacia la salida. Ya casi era de noche y la luna se recortaba en el fondo azul oscuro del horizonte.

Jesús respiró hondamente, y al recuerdo de las palabras "Espera y confía" le vino un llanto suavísimo que acabó por tranquilizarlo.

Poco después, regresaron todos a las tiendas; se prepararon a cenar pescados asados, queso de cabra y dátiles.

Como Melchor era el de más edad, ocupaba el lugar principal, pero en esta ocasión se lo dejó a Jesús.

Terminada la cena, volvieron a sus exploraciones de la recién descubierta tumba. El aire puro ya había entrado al hipogeo y todos podrían trabajar con menos

fatiga. Entraron hasta la cámara sepulcral sostenida por columnas que formaban una estrella de 5 puntas.

Buyaben que era el que iba traduciendo las inscripciones, dijo de pronto: —Asómbrense de esta inscripción que acabo de traducir: "Este Hipogeo fue mandado construir por Mizrain de Tanis en el año 89 de la primera centuria después de la destrucción de Neghadá".

— ¿Pero quién es Mizrain de Tanis? —preguntó Buyaben.

—Era el fundador de la raza egipcia, algo así como el genio tutelar de los pueblos del Nilo —repuso Melchor.

— ¿Y por qué hemos venido a abrir precisamente esta tumba? —preguntó Nicodemus.

—Ahora les explicaré lo que ha pasado —dijo el arquitecto —: El príncipe Melchor, hijo de un preclaro sacerdote de Memphis y de una princesa heredera de la Arabia Pétreá, me ha ayudado en estos trabajos. Hemos observado durante cinco años que cuando el río Nilo se desborda, en este valle se forman charcos de agua. Escarbando con mi azadón pronto me encontraba con losas de piedra que era siempre la entrada de una tumba; y como esta tengo otras señaladas

— ¿Has traducido otras escrituras? —preguntó Jesús a Buyaben.

—Sí, son como sentencias de diferentes sabios; escuchen: "La muerte no es aniquilamiento, sino libertad"; "Solo muere de veras el que nada pensó; el que nada hizo por sus semejantes, pues lo cubre de sombras en el olvido"; "La materia que nos ayudó a realizar nobles ideas, es digna de respeto y de tierna memoria"; "Las tumbas son guardianes fieles de la historia; "La cripta del gran Santuario quedó bajo las ruinas. Que Dios omnipotente bendiga este templo bajo la arena, donde no sea descubierto por la codicia de los hombres". "MIZRAIN".

—Estas sentencias se parecen mucho a las de nuestros esenios, observó Nicolás de Damasco.

—Los esenios de hoy son los Kobdas de ayer —dijo Jesús.

—Así es —añadió Filón—, la verdad eterna tiene siempre activas sus legiones de justicia, de sabiduría y de amor.

—Miren lo que tiene escrito esta lápida —intervino Melchor—, habla de un Hombre—Luz... ¿quién será él, que parece marcar una etapa en la corriente de los siglos?

—Yo se los diré —dijo Jesús—. Según las escrituras del Patriarca Aldís, los Kobdas llamaron Hombre—Luz a Abel el hijo de Adamú y de Evana; fue según ellos, una personificación humana, del Avalar Divino o Verbo de Dios. El templo de Sabiduría es seguramente Neghadá, la ciudad sagrada de los kobdas.

—Este sarcófago ya está listo para abrirse —interrumpió el arquitecto, llamando a todos hacia donde él estaba.

Cuando quitaron la lápida que cerraba el nicho, quedó a la vista un sarcófago cubierto de polvo. Era una caja de madera de olivo grabada con una lira y un punzón de escribir. Al abrirla apareció la momia envuelta en vendas; sobre el pecho tenía una lira y en los pies tenía un tubo de plata. Estaba cubierta con una manta azulada que se desmoronó con el aire. En el tubo había treinta papiros enrollados.

El arquitecto abrió otro nicho, la lápida no tenía nombre ni fecha; sólo una corona de cobre incrustada en la piedra. Pronto quitaron la lápida y apareció un sarcófago pequeño de mármol blanco. Se leía al frente: "Merik de Urcaldía, cuarenta y dos lunas del Hombre—Luz". Lo abrieron y sacudiendo el polvo, apareció una estatua de cerámica coloreada al natural que representaba a una mujer dormida. Con cuidado extremo la quitaron y dentro encontraron la momia de una adolescente; junto al cadáver había un cofrecito, un libro pequeño de oro. En la tapa de él había una estrella en forma de zafiro que tenía un grabado en jeroglíficos: "Que ella me guíe".

Horas después encontraron la momia de Mizrain de Tanis en una caja de cobre, forrada de madera de encina. Sobre el pecho tenía una cajita y unos tubos de cobre en la cabeza y los pies...

Al seguir buscando, el arquitecto se dio cuenta, al golpear accidentalmente con su martillo el gran pilar central, que éste estaba hueco. Nuevos golpes en el pilar abrieron una puertecita ovalada; todos, acudieron a ver guiados por el arquitecto, quien con mucho cuidado penetró dentro.

—Es en verdad un altar —comentó el arquitecto—, aquí hay siete momias en posición vertical, entren todos.

—Este pequeño templo —siguió comentando el arquitecto —, ha sido hecho para colocar precisamente estas siete momias y están petrificadas. Delante de cada momia hay un letrero jeroglífico. Jesús y el arquitecto cedieron el paso a Melchor y a Buyaben ya que el pilar era pequeño. Jesús sentado en el quicio de la puertecita, escribía la traducción que hacían sus dos compañeros.

La primera decía: Matriarca Elhisa, 26 años del Hombre—Luz; la segunda, Pharahome Adonaei, 26 años del Hombre—Luz, tres centurias antes de la destrucción de Neghadá la ciudad Santa; la tercera, Bohindra de Otlana, dos años de nacido el Hombre—Luz".

— ¡Bohindra de Otlana! —repitió Jesús—. ¿Será posible? ¡Pero si es el personaje central de la historia de la civilización adámica que nos dejó el Patriarca Aldís!

—Pues asómbrense más con esto —agregó Buyaben: —la cuarta, Patriarca Aldís de Avedana, 38 años después del Hombre—Luz, tres centurias antes de la destrucción de la Ciudad Santa.

Jesús se apretó sus sienes pues sentía que le estallaban, por la gran emoción, pues podía tocar la materia del hombre que había escrito los 80 rollos de papiro narrando los comienzos de esta Civilización. No era un seudónimo como algunos creían". "La momia estaba cubierta por un molde de yeso hasta el cuello. Las momias de Bohindra y Aldís, los dos de origen atlante se parecían: "soberbias cabezas redondas, frente alta y abovedada; nariz un tanto aguileña y el mentón ancho y firme.

—Quinta —siguió Buyaben—, Pharaom Adamena de Ethea, cuarenta y nueve años después del Hombre—Luz, tres centurias antes de la destrucción de la Ciudad Santa.

—No hay duda ¡es él! El Adamú del Patriarca Aldís —exclamo Jesús mirando la momia amarillenta —, Adamú... Adamú —le decía Jesús casi llorando—, estamos contemplando tu materia muerta, hecha piedra ¿dónde estará tu espíritu? ¿Vivo y resplandeciente con 83 siglos más de evolución? ¡Qué no daría yo por encontrarte y hacer una alianza contigo!

José de Arimatea le dio lo que había transcrito de la tumba y le dijo: —Jesús, no te atormentes, aquí tienes la respuesta: "Arcángel de Yahavé, ungido por el Amor... no estoy lejos de ti. Lo que el Eterno ha unido, nadie lo puede separar. A una hora del bosque de Dafre, al Sur de Antioquía y sobre el río Orontes, está un oasis llamado "Huerto de las Palmas". Allí vive el Scheiff Ilderín. El es el Adamú que deseas encontrar y que te espera".

—Iremos a su encuentro —dijo Jesús a nombre de todos. Buyaben continuó, sexta momia, "Senio de Maracanda a doce años de nacido el Hombre—Luz; tres centurias antes de la destrucción de Neghadá la Ciudad Santa"; séptima, "Beni—Abad el Justo, 20 años de nacido el Hombre—Luz; tres centurias antes de la destrucción de la Ciudad Santa."

Después de esto, volvieron todos a la tienda en silencio, con los objetos que habían encontrado para el Museo. Tan grandes emociones ahuyentaron el sueño a Jesús a pesar de que Melchor le había dado un jarabe tranquilizante.

—¡Qué estupenda majestad de la Luz Divina! —decía Jesús—;Adamú... Adamú, yo iré a tu encuentro porque lo que Dios ha unido no puede separarse jamás!

Historia de un Esclavo

Jesús no podía dormir y muchas ideas se acumulaban en su mente. Sin hacer ruido, se envolvió en su manto de piel y salió de la tienda a contemplar las estrellas y así distraer su insomnio.

Como gran conocedor del alma humana, percibía hasta las más pequeñas vibraciones de dolor, alegría, amor u odio de las personas que le rodeaban. Conocía, asimismo, quién era capaz de entregarse a la causa de la Verdad y la Justicia que era la misma de la Fraternidad Esenia, madre espiritual de los grandes buscadores de Dios. A Melchor de África, a Baltasar el Indostánico y a Gaspar el Persa; los tenía como maestros de Divina Sabiduría. Gaspar y Baltasar a sus ochenta años, eran para él libros vivos por su historia y como buscadores de la Verdad.

—Pero ¿qué es lo que siento por Shipro, el silencioso siervo de Melchor? —pensaba—. Veo en él una lejana tristeza; me quiere hablar y no se decide; busca lo mejor de las comidas para ofrecérmelo; que el Padre Celestial me indique el camino para llegar a su alma. ¡Señor si cada una de las almas que te aman y te buscan tienen la misión de conducir a otras almas a ti, dame te ruego, todas las que me pertenezcan; y que ni una sola se pierda por negligencia mía;

Así pensaba y oraba, cuando de pronto vio salir de la tienda a Shipro quien se fue a sentar junto a su camello; y abrazándolo apoyó su cabeza sobre su Sargo cuello sin darse cuenta de la presencia de Jesús que no lejos de él lo veía y lo compadecía, pues en su soledad buscaba a la bestia para confiar sus penas. El manso camello parecía ya estar acostumbrado.

"He aquí a un muchacho que se siente mejor comprendido por una bestia que por los humanos que le rodeamos". "Por Dios—Amor y Justicia a quien adoro, romperé esta incomprensión"; y decidido se acercó a Shipro, que asustado al verlo de repente quiso huir.

—Shipro, ¡no huyas!, platiquemos como amigos y sin más se sentó junto a él y apoyando su espalda en el animal le preguntó: —¿no quieres platicar?

—Pero ¿cómo puedo ser tu amigo si tú eres un príncipe de Judea y yo soy un esclavo que valgo menos que este camello?.

—Estás en un error, amigo mío; si Faki me ha llamado príncipe—Hijo de David es porque soy lejano descendiente de este rey que antes fue pastor —contestó Jesús—, soy sencillamente el hijo de José y Myriam de Nazareth. Me dedico al estudio de la Divina Sabiduría. Si yo hubiera nacido esclavo y tu príncipe me habría gustado que hubieras bajado hasta mi condición. Dame tu mano que quiero ser tu amigo.

— ¿Cuánto hace que sirves al príncipe Melchor y por qué no te has acercado a su corazón?

—Cinco años, pero él está muy alto —contestó Shipro. —Te contaré mi historia, príncipe: "Nací hace 19 años cerca de los Lagos de Natrán. Mi pueblo era feliz hasta que cayeron los romanos y se llevaron a todos los hombres fuertes a la guerra y los enfermos, los viejos, las mujeres y los niños fuimos vendidos como esclavos en el

mercado de Alejandría. Para nuestra suerte, llegó allí un príncipe de Judea, comerciante en sus navíos que buscaba una nodriza para su hija y nos compró a mi madre, a mí y a mi tío que estaba herido.

"Fuimos llevados a un hermoso palacio de Jerusalén y ahí mi ama Noemí, tan hermosa como buena, opinaba como tú que los amos y los siervos debían formar una sola familia. Crecí junto a la niña Thirza que era menor que yo. La poca instrucción que poseo la debo a que se me permitía estudiar junto con el primogénito de Judá, que era toda la esperanza de su padre el Rey. —Quiere decir que tuviste una infancia feliz y estudiosa... —Es verdad pues hablo y escribo, además de mi lengua nativa que es la árabe, el hebreo y el sirio-caldeo y así ayudo a mi amo actual.

—¿Por qué entonces, no eres feliz?

—Por la codicia romana que quiere poseer todo cuanto ve y que es la que persigue aún al Príncipe Melchor y que persiguió hasta la muerte a mi amo grande: el Príncipe Ithamar, hijo de Abdi-Hur, Jefe de la nobleza saducea de Jerusalén.

—Pues bien, cuando Arquelao, hijo de Heredes, fue depuesto —continuó el esclavo—, llegó a Judea un procurador, que hacía las veces del César. Valerio Graco, que así era llamado, fue un tirano ambicioso que no pensaba más que en el oro y el poder y tuvo lo que quiso a costa de los príncipes judíos. Mi amo Ithamar con la nobleza saducea, había elegido Pontífice a Anas, hijo de Seth quien mantenía el orden en el sublevado pueblo judío. Lo primero que hizo el nuevo Procurador, fue quitar a Anas de los saduceos e imponer a Ismael, de los fariseos, ya que éste, le ayudaría a todos sus abusos.

"Primero cayó mi amo. En ese tiempo tuvo que hacer un viaje a Corinto con algunos navíos, para comerciar con Grecia, oportunidad que aprovechó Valerio Graco, el Procurador, para destruir los barcos. De la matanza solamente se salvaron un capitán y dos oficiales. Mi ama Noemí y sus dos hijos: Judá de 11 años y Thirza de 5, quedaron solos en el castillo. No conforme el Procurador con esta tragedia, urdió un perverso plan: un día en que Judá y yo estudiábamos con nuestros viejos maestros: Hilel, Shamai y el viejo Gamaliel vimos por una ventana cómo caían piedras sin saber de dónde venían. Al asomarnos, vimos que en ese momento, por debajo del castillo pasaba el Procurador Graco y 50 legionarios. Una de las piedras cayó encima del hombro del Procurador ocasionando que entraran al castillo sus legionarios, con el pretexto que de allí había caído la piedra. Sin más, tomaron presos a Judá que entonces tenía 17 años, a mi ama Noemí ya la pequeña Thirza.

"El pequeño Judá fue condenado a seis años de trabajos forzados en las galeras romanas y mi ama Noemí y Thirza fueron encerradas en la Torre Antonia, horrendo calabozo anexo al templo. Muchos de los criados lograron huir. No así, mi madre, mi tío y yo que tuvimos que escondernos en el mismo castillo donde

pasamos un año sin salir. Al término de éste mi tío, disfrazado de pastor, se enteró que el príncipe Judá había muerto en una batalla contra los piratas y que mi ama Noemí y Thirza también habían muerto. Ante los acontecimientos mi tío y yo decidimos viajar a Alejandría y dejar a mi madre cuidando el castillo".

—Esta es mi historia, príncipe de David.

Jesús enternecido abrazó al esclavo y le dijo: —Shipro, amigo mío, mi corazón adivinaba lo noble que eres, por eso me acerqué a ti.

—Dentro de seis días regresaré a Judea donde hay almas buenas que luchan conmigo por la justicia. Escíbeme en una tablilla las señales para encontrar a tu madre en Jerusalén. Te pido dos meses de plazo para solucionar este asunto.

—¡Oh príncipe eres bueno como el amo que perdí! —exclamó Shipro.

Jesús cruzó las manos sobre su pecho y en la soledad de la noche oró en voz alta: ¡Gracias, Padre mío, porque me has permitido: dar de beber a un sediento. Concédeme que tus aguas de vida eterna, corran incontenibles sobre todos los que sufren las injusticias humanas!

El sol daba ya claridad al nuevo día y los criados entraron para servir el desayuno. Durante éste todos hablaron sobre las traducciones que harían por la tarde, cuando regresaran a la ciudad.

—Príncipe Melchor quisiera, hablar contigo después del desayuno —pidió el Verbo Encarnado.

—Y yo quiero de ti lo mismo, Hijo de David —interrumpió Faki.

—Bien amigos conversemos juntos pues mi plática con Melchor la puedes también oír tú Faki.

—Gracias, Jesús, porque mi padre y yo hemos tomado un acuerdo.

Melchor acomodándose al lado de Faki en las alfombras de la tienda, dijo Jesús estoy para escucharte.

—Príncipe Melchor deseo pedirte un gran favor para el esclavo Shipro. Tú me vienes siguiendo desde mi cuna con Gaspar y Baltasar; y hasta han arriesgado su vida por mí, porque tienen fe que en mí se cumplen las promesas del Señor —y le contó la historia que le había oído al esclavo.

—Nuestros terapeutas esenios pueden auxiliarnos —dijo el joven Maestro—, ¿puedo ayudar a tu siervo Shipro?

—¡Claro! y llévate también a su tío Eliacin para que os acompañe.

—Gracias Melchor, por tu ofrecimiento tan generoso.

—¡Hijo de David! — Exclamó Faki —, yo también tengo mucho gusto en decirte que me consagro a ti y a tu causa. En nosotros te reconoce toda el África.

Rápidamente transcurrieron seis días en Alejandría, y faltando unas cuantas horas para zarpar; Melchor llamó a Jesús y le entregó varias cartas.

—Lee por favor, cuando tengas tiempo, estas cartas que te han de servir de mucho —le dijo Melchor—, y recibe este anillo que perteneció a mi madre, la última descendiente de la princesa Zurima de Arabia, quien murió entre los Kobdas ahogada por salvar a Abel, el Hombre—Luz encarnado en aquel tiempo. Este anillo debe heredarlo en nuestra familia, el mayor de los hijos; acéptalo con la ilusión de que tu eres mi gran hijo espiritual —finalizó Melchor mientras Jesús abrazaba efusivamente al anciano.

Llegó la hora de partir y los viajeros se encaminaron al muelle; de repente se acercó corriendo Faki a Jesús y le dijo:

—¡Yo también voy contigo Jesús!

—¿Cómo, pero es verdad? —y con la mirada interrogante se dirigió Jesús a Buyaben, padre de Faki.

— Es verdad Maestro —contestó Buyaben —, mi hijo es muy audaz y tiene grandes ilusiones.

—Bien que venga entonces conmigo —replicó Jesús.

El maestro Filón estaba triste por el regreso de Jesús y al despedirse le dijo:

—Jesús... mi querido Jesús; nunca olvides que aquí tienes un viejo amigo que está dispuesto a dar su vida por ti.

—Y tú maestro —dijo Jesús—, no olvides que los santuarios esenios esperan copias de tus libros.

10

EL REGRESO A PALESTINA

Ya a bordo del barco que los llevaría a Palestina, Jesús comentaba: "Qué descubrimientos tan maravillosos realizamos en Alejandría... "

— En verdad que ha sido un viaje útil —dijo José de Arimatea—, pero debemos tener cuidado en no descubrir a cualquiera nuestro hallazgo.

Jesús al contemplar el Delta del Nilo se imaginaba a los Kobdas desplegando su instrucción de amor y paz por toda la región, aún cuando las bárbaras invasiones más de una vez hayan sembrado destrucción y muerte en esas tierras.

—Se acerca ya la hora de que tengas noticias de tu familia, Shipro

—comentó el Verbo Encarnado, y agregó al ver el desgano del esclavo

— ¡Animo amigo mío, que somos muchos para ayudarte!... estás al cuidado de la Fraternidad Esenia, la cual sin ruido ni alardes, hace el bien en todas partes. ¿Nunca has oído hablar de los terapeutas peregrinos?

—Sí, y hasta los he visto curar la erisipela, a algunos siervos.

—Pues ellos son nuestros aliados... —dijo Jesús y llamando a todos sus compañeros, les dijo:— Melchor me ha dado cartas de recomendación para unos amigos suyos. ¿Por qué no bajarnos a nuestro camarote y las leemos?

Jesús y sus amigos, después de cerrar bien la puerta del camarote, se dispusieron a oír lo que por medio de las cartas, Melchor quería comunicar: Alejandría a veinte días del mes de Nizán del año 3,250 del Nizraim *.

"Hace 20 años salvaste la vida de tres extranjeros, perseguidos por Herodes, ellos habían ido a Belén, donde había nacido El Esperado. El portador de esta misiva es el Niño del que te hablaron los tres perseguidos. El es descendiente de David y te dirá lo que necesita para realizar sus obras, por lo que te suplico lo ayudes... Tu amigo Melchor."

"Al Príncipe Salún de Lohes —decía otro de los papiros, que a la sazón leía Jesús—: La paz de Dios, contigo y los tuyos. Recuerdas seguramente la noche aquella, hace veinte años, en que buscábamos la casa en que había nacido un Niño extraordinario, anunciado además por los astros.

* 20 de abril del año 20 de la era cristiana.

El portador de la presente, es aquel Niño que anunciaban los Profetas. Seguro estoy que te ha de causar un gran placer conocerlo personalmente y ayudarlo en su misión de amor y paz... Tu siempre aliado y amigo Melchor".

La tercera carta decía:

"Al Príncipe Ezer de Bet-Fur: la paz de Dios sea contigo y los tuyos.

Cuando hace tiempo buscamos a la familia de tu pariente Ithamar, hijo, no tuvimos éxito. Pero he aquí que el mes pasado me llegó de Antioquía un mensaje que hace suponer que viven y que el príncipe Judá, ahora de 24 años, está en Roma con un nombre supuesto. Sabes también que desde hace 20 años vengo siguiendo una luz superior: la del Salvador de la Humanidad a quien conocerás pues él será quien te entregue esta carta.

El te dirá que es lo que necesita para lograr la unificación de los hijos de Dios.

Tu amigo para las obras de Justicia:

Melchor.

—Permítanme —dijo Shipro—, creo que al encontrar a mi madre, ha de saber algo de este asunto; ella todo lo escucha en el mercado...

—Tienes razón, Shipro, lo primero que hay que hacer es buscar a tu madre —opinó Jesús—, antes de abrir la cuarta carta y leerla.

La cuarta carta estaba dirigida a Josué hijo de Abinoam, el Príncipe de Mizpa y de Jerusalén y en ella Melchor contaba que "En tu última carta de hace tres meses me cuentas de la persecución que sufre la nobleza seducea a manos de los romanos y del clero de la ciudad que se han unido contra el Pontífice Ismael; lo cual me entristece".

"Con el joven que te llevará esta carta, podrás aclarar tus dudas acerca del niño misterioso a cuyo encuentro fuimos hace 20 años tres viajeros del Oriente. El es estudiante de la Alta Escuela de los Esenios del Monte Moab y de los Santuarios del Hermón y del Tabor. Te pido que hagas por él más de lo que harías por este fiel amigo que te desea todo bien.

Melchor".

Faltaba sólo la última y estaba dirigida a Simónides de Judea y decía:

"Con el último de tus barcos que llegó a Rafia, me pedías órdenes para que me giraras los intereses del dinero que te he confiado. Creo que pronto te avisaré para que ese dinero lo destines a la paz y a la justicia, mientras tanto retén el capital y los intereses.

El portador de esta carta fue educado en la Escuela de los Antiguos Profetas de Israel y podrá orientar tu espíritu y hasta sanar tu cuerpo, atrofiado por las torturas a que te sometieron los que quisieron ser amos de la fortuna de la familia de Ithamar.

Confía en él, más de lo que confías en mí:

Melchor de Horeb".

Por el contenido de las cartas todos comprendieron que eran un peligro para Jesús, si caían en manos de los romanos. Uno de ellos propuso que cada uno llevara una de ellas; sin embargo, Eliacín se ofreció a llevarlas alegando que no le temía a la muerte.

—Toda vida humana vale más que cualquier tesoro —objetó Jesús y al tiempo que depositaba las cartas en un saco de piel de foca, después de haberlas guardado en un tubo de bambú, arrojó la llave al mar y agregó—: Así hago al mar responsable de este saco hasta que lleguemos al puerto de Gaza.

—Bien hecho —dijo Faki—, así ninguno de nosotros correremos peligro, pero dime ¿cuál es esa misión tuya, Jesús, en favor de la humanidad que tanto menciona Melchor?

—Pienso —contestó Jesús—, que ya es hora de que la humanidad vuelva a Dios y estoy dispuesto a hacer todo lo que de mi parte esté. Ustedes también piensan así ¿no es Verdad?

— ¡Claro que sí! —contestaron todos.

Tres días después los viajeros desembarcaron en Gaza y siguieron su travesía rumbo a Belén, en donde los esperaban Myriam y José en la casa de Elcana, a la cual llegaron con el sol del medio día, Jesús y sus compañeros de viaje.

El anfitrión luego que llegaron quiso celebrar el acontecimiento con una comida y mientras Jesús conversaba con sus padres, fue a dar las órdenes pertinentes para el festín.

Después de que el Verbo Encarnado hubo aclarado a sus padres que permanecería dos días en su compañía, Myriam le indicó con una seña a Jesús la presencia de Eliacín y Shipro, quienes se hallaban parados en la puerta.

¡Ah sí...! Son Eliacín y Shipro. Vengan —les dijo el Divino Maestro, pasándolos al interior—, les presentaré a mis padres...

Miren —presento Jesús—, estos dos amigos son enviados de Melchor de Horeb y en su nombre, los dejo bajo su cuidado y ternura.

¡Qué bueno que le has visto —dijo Myriam—, que de él guardamos muy gratos recuerdos!

—Pues aquí traigo un regalo que él te manda —dijo Jesús poniendo el anillo que le había regalado el príncipe, en las bellas manos de Myriam.

—¡Siempre tan bondadoso!— decía Myriam admirando la sortija—, ¡que el Señor le colme de paz y alegría!

El frío aumentaba en esa época del año, por lo que todos los visitantes se reunieron en la cocina de la casa en donde ya Myriam servía los platillos a los hambrientos comensales.

Eliacin y Shipro estaban emocionados por verse tratados como de la familia del Hijo de David y sin poder disimular su alegría, salpicaban con comentarios graciosos la comida, ya de por sí sabrosa.

Apenas hubo transcurrido la comida, cuando los dos siervos, Eliacin y Shipro siguieron su viaje a Jerusalén para buscar a la madre de Shipro y recabar datos sobre el paradero de la familia de Ithamar.

—En tres días estaremos en Jerusalén —les había dicho Jesús al despedirse y agregó—: ¡Animo que ya debemos empezar nuestra obra de salvación y justicia!

Luego que los siervos hubiéranse perdido en el camino el Verbo Encarnado llamó a sus amigos Alfeo, Josías y Eleazar, para en la noche reunirse a conversar de los descubrimientos de Alejandría.

A la reunión asistió también Myriam, junto con José y Sara, la esposa de Elcana, quien sentado a un lado oía la conversación:

—La situación político-religiosa de Israel es cada vez más grave y ya corren rumores por todo el desierto —anotó Josías—, de un levantamiento popular...

—Mi padre y yo, podemos aportar cincuenta mil jinetes Tuareghs, para la liberación —ofreció Faki.

—Para mí no se trata de una revolución armada —opinó Jesús—, la que ¿remediaría la situación, sino una campaña silenciosa, pero decidida y firme de unificación y concordia. Debemos elevar el nivel moral del pueblo hasta ponerlo en condiciones de manejarse por sí mismo.

Todos convencidos de la razón del Verbo Encarnado, decidieron para comenzar repartir el trabajo por zonas, según el número de amigos y parientes que cada uno tuviera en determinada demarcación, y a esta unión la llamaron la Santa Alianza.

Yo podría cubrir la zona de Belén y del Hebrón, dijo entusiasmada Sara; yo en Herodicim, aseguró Josías; yo en Beth-Sura y así Jericó, Rama, Bethel, Cazara, Emaús, Anathot y todos los pueblos circunvecinos se unieron a los sueños de amor, paz y libertad.

Jesús en Jerusalén

Tres días después todos llegaron á Jerusalén. Jesús y sus padres entraron por la puerta Mora y sus cuatro amigos doctores por la puerta de Sión.

Empezaba a caer el sol y Jesús quería visitar el Templo.

Mientras, Faki admiraba la gran ciudad de David y Salomón.

A su llegada a la Torre Antonia vieron que frente a ella se detenía una litera: traía al comandante de la guarnición de la Torre al cual bajaron en una camilla. Se quejaba tan dolorosamente que Jesús y Faki se acercaron.

—Soy médico —dijo Jesús—, permítanme ayudarlo.

—Entra al pórtico de la Torre —dijo un soldado y al mismo tiempo bajaron otras dos camillas: en Jericó había sucedido el accidente; los caballos del carro en el que viajaban durante una carrera, se desbocaron con las nefastas consecuencias que veían Jesús y Faki.

—Ya está muerto. —dijo uno de los camilleros alarmado.

—No, no lo está —dijo Jesús—, el comandante sólo duerme. Pongan aquí a los heridos y tráiganme agua y jarabe de cerezas.

Jesús ayudado por Faki fue quitándoles las ropas y lavando las heridas, con el jarabe que le trajeron les fue mojando los labios.

Al repetir la operación el comandante abrió los ojos: — ¡Cómo, eres judío y me curas! —dijo asombrado el romano.

—Soy galileo, pero permanece tranquilo y te curarás —respondió Jesús.

Los otros dos también abrieron los ojos pero no podían hablar. Veían a Jesús casi con miedo.

El comandante sintiéndose mejor ordenó: —Llévenme con mis dos ayudantes a mi despacho; a ti joven Médico te pido que me acompañes esta noche; me has hecho confiar en ti y quisiera arreglar algunos asuntos por si muero.

—No hables de morir, Dios quiere que vivas —replicó el Divino joven.

—Pueden ir a descansar —dijo Jesús a los soldados—, mi amigo y yo los cuidaremos.

Faki creía estar ante, un gran mago.

El comandante ya sin dolor, no perdía de vista a Jesús quien tranquilo pasaba sus dedos mojados sobre los heridos: —Vamos a ver —dijo a uno de ellos—, dime tu nombre.

—Gensius —respondió el soldado.

—Bien, Gensius, Dios Todopoderoso te devuelve la voz para que hablando hagas el bien a tus semejantes.

— ¡Gracias, Profeta! —dijo emocionado.

—Ahora te toca a ti —dijo al otro, pero sólo movió la cabeza negativamente. Abrió Jesús su boca y al ver que tenía la lengua destrozada con el hueco de su mano le hizo beber agua y luego, juntó sus labios a los del herido dándole respiración de boca a boca.

A poco, los heridos cayeron en un profundo sueño y cuando despertaron los tres se sentaron en sus camas diciendo a coro: "Estoy curado", "No tengo daño alguno".

—¿Cuánto te debo, Maestro por lo que has hecho? —preguntó el comandante.

—Nada, porque es mi Dios Amor quien los ha curado —respondió Jesús.

—Cuenta con nosotros siempre —dijo el militar.

—Gracias, sólo les pido que digan que un médico los curó, eso es todo —comentó Jesús a guisa de despedida.

—Ya no nos da tiempo de ir al Templo —dijo Jesús—, vamos a casa Faki porque mis padres nos esperan.

Después que hubieron cenado con Myriam y José, Jesús y Faki se encaminaron a la casa de Nicodemus.

Ahí los esperaba una mujer que a pesar de tener sólo 50 años, parecía realmente una anciana de cabellos blancos y de cuerpo consumido por el agotamiento y las penas.

—Es mi madre —dijo Shipro presentándosela a Jesús.

La anciana besó la mano de Jesús y comenzó a llorar, a lo que Jesús le indicó que se sentara. No llores que los que siembran bien como tú, deben estar llenos de paz y alegría. Pero, dínos ¿qué noticias tienes acerca de la familia del príncipe Ithamar?

—Muy pocas, mas hay una importante: Judá vive, es ya un hombre de 24 años pero nada hemos podido saber de Noemí y la niña Thirza— respondió la anciana.

— ¿Y dónde está el príncipe Judá?—preguntó Jesús.

—En el Khan, pero de noche viene. Ahora es conocido por el nombre de Arriuz.

—Ahora recuerdo, le dijo a Amhra que así se llamaba la madre de Shipro, se decía que las habían llevado a la Torre Antonia y que habían muerto de fiebre.

—Gracias —dijo Jesús—, ahora vuelve tranquila a la casa de tus amos que pronto será premiada tu fidelidad.

En esos momentos entró Nicodemus para advertirles que el Sanedrín buscaba a dos médicos extranjeros.

—Vámonos —comentó Jesús—, iremos al Khan de Bethania a buscar al príncipe Judá.

Al salir se encontraron con Eliacín y Shipro y los cinco se encaminaron fuera de la ciudad rumbo al Khan.

Al llegar Eliacín convenció al guardia, con unas monedas, para que los dejara entrar.

—Deseamos hablar con Arrius —dijo Eliacín.

—Pasen —dijo el guardia—, es la primera habitación a la derecha.

A la luz de una lámpara de aceite vieron a Judá que en esos momentos leía unas cartas recostado en una cama.

Al verlo, Eliacín y Shipro no se detuvieron y cayeron de rodillas ante él: —Amo, amito bueno —le decían los dos—, somos Eliacín y Shipro. Mi madre nos dijo que aquí estabas, te hemos buscado tanto...

—¿No han temido hablar con un desterrado? —interrogó Judá. — ¡No amo, nosotros moriremos contigo!, estos señores quieren hablarte, buscan también a vuestra madre y a tu hermana —dijo Eliacín presentando al Divino Grupo.

Apenas vio Judá a Jesús, se quedó inmóvil: — ¡Esos ojos, ya me han mirado en otra ocasión!" ¿Quién eres? —preguntó Judá.

—Soy un amigo de Melchor de Horeb que te busca desde hace tiempo —respondió Jesús.

—Para mí, tú eres el niño del pozo de Nazareth, quizá no te acuerdes: hace siete años fui llevado cautivo por los soldados romanos a las galeras de Tolemaída, era el menor de todos y yo me moría de sed. Tú te acercaste y sonriente me diste a beber agua, ¿no recuerdas?

—No, lo siento no lo recuerdo —dijo Jesús—. Por Shipro y su tío he conocido tu desventura y ellos me han traído a ti. Si tu hermana y tu madre viven yo te prometo en nombre de Dios que volverán a tu lado.

— ¿Pero .quién eres tú? —volvió a preguntar Judá. —Soy un nazareno que siente el dolor humano y quiere aliviarlo ¿no lo hicieron así los profetas? —contestó Jesús.

—Oh buen nazareno, se está cumpliendo lo que me dijo un adivino en Roma: "cuando llegue el esperado en Oriente y pase junto a ti, todas tus desventuras desaparecerán".

—Tenemos que investigar en la Torre Antonia sobre el paradero de tu familia —dijo Jesús—. ¿Tú puedes entrar en la Ciudad?

—Creo que sí, pues todos me creen muerto, pero temo ser reconocido por los amigos de mi padre por el gran parecido que tengo con él.

De regreso en la ciudad, Jesús, Nicodemus y Faki se dirigieron a la casa de Lía y los dos siervos y Judá a la casa de Shipro.

La madre de Shipro cuando reconoció a Judá se soltó riendo y llorando.

—Todo está como el día en que se los llevaron —decía entre lágrimas.

Cuando Judá entró en la alcoba de su madre y vio sus ropas y el libro de los salmos en el que ella rezaba, no pudo contener el llanto.

De repente sintió que alguien le ponía una mano sobre su cabeza y levantando los ojos vio al nazareno.

—Eres tú nazareno —clamó y cayó inconsciente.

Los siervos lo acomodaron en un sillón y quedáronse a cuidarlo mientras Jesús regresó a su casa junto con Faki.

Al otro día cuando Myriam servía el desayuno a Jesús, le dijo:

—Anoche no pude estar tranquila hasta que los vi llegar. Hijo mío ¡Cuídate; recuerda que tienes padres.

—¡Pero mamá, con este atleta al lado y los demás que me cuidan, ¿qué le puede pasar a tu hijo? —dijo refiriéndose a Faki.

Después del desayuno, Jesús y Faki se encaminaron al Templo. Faki al entrar se quedó asombrado de tanta riqueza.

—¿Qué es mayor, Faki —dijo Jesús notando la admiración del africano—, el alma humana que no puede morir y es imagen de Dios, o este acumulamiento de riqueza?

—¡Claro que el alma humana que puede crear estas bellezas y otras muchas!

—Entonces el más digno templo de Dios es el alma que vive en la justicia, que todas estas riquezas. Si por lo menos, Faki, en el Templo resonara la voz de la verdad, de la justicia y del amor; pero aquí solo hay orgullo, ambición, comercio, lucro, engaño y mentira; mientras el pueblo eleva sus plegarias y busca a Dios y encuentra engaño.

De ahí se dirigieron a la Torre Antonia.

Al llega Jesús preguntó al guardia que custodiaba la entrada si podrían hablar con el comandante.

—Pasen, allí adentro les dirán si los pueden atender —contestó el guardia.

Ya adentro, Jesús se dirigió a otro guardia y le dijo: —Avisa a tu amo que Jesús el Nazareno, viene a visitarlo.

Inmediatamente salió el comandante a recibirlos: —Bendito tu Dios porque has venido —les dijo y agregó—: Dime Nazareno: ¿en qué puedo servirte?

—Necesito de ti para aliviar un gran dolor. Por favor dime si en los calabozos de la Torre están encerradas dos mujeres; madre e hija, desde aproximadamente siete años.

—Mira, Jesús, acabo de llegar a este lugar y apenas estoy viendo los registros; aún me faltan los de los subterráneos. Gensius, ven mira quién está aquí...

— ¡Ah sí, el profeta que nos curó! —comentó Gensius.

—Háblale al guardián de los calabozos —ordenó el comandante.

Guardián —dijo el comandante —, la semana pasada me pediste permiso para ir a Sidón a arreglar un negocio; ahora te lo doy. Pasa a la Tesorería por sueldo; Gensius tomará tu lugar; muéstrale antes de irte el plano de los subterráneos.

— Gracias comandante; que los dioses te sean propicios.

—Una vez que se hubo ido el guardián, el comandante le dijo al Verbo Encarnado: —Vamos pues, la primera puerta para bajar es ésta. Ábrela ordenó a Gensius.

Un fétido olor de suciedad y humedad salía de aquel túnel negro. Gensius encendió una lámpara y comenzaron a caminar por pasillos y corredores. Hasta ahí no había ninguna mujer. Sólo faltaba el calabozo señalado en el plano con el número 5.

Gensius abrió y entraron. De un montón de paja; un hombre se incorporó: era el guardián, el que llevaba agua y pan a las mujeres. El mismo Gobernador Graco lo había puesto ahí y había mandado que le cortaran la lengua.

De pronto, oyeron una débil voz femenina —Una luz... gracias Dios mío por el don de una luz.

Todos la oyeron y se quedaron fríos de angustia.

—Quienquiera que seas —continuó la voz —, tráeme agua que mi hija se consume por la fiebre y ya se acabó la que nos trajeron en la mañana.

—¡Mujer! — Dijo Jesús —, hoy seréis libres.

Se oyó un grito ahogado y el ruido de un cuerpo que caía al suelo. En este momento entraron todos. A la luz de la lámpara vieron dos cuerpos esqueléticos tirados sobre paja húmeda; de una fetidez insostenible que apenas si se cubrían con rotos y sucios harapos y se estremecían como si estuvieran próximos a la agonía.

Jesús y Faki las cubrieron con sus mantos. Jesús se arrodilló entre las dos y puso una mano en cada una de ellas y su espíritu todo amor y piedad concentrado en oración les inyectaba nueva vida a los dos seres que, bajo el influjo de su oración, dormían profundamente.

—Primero despertó la madre. Jesús le indicó silencio, señalando a su hija que seguía dormida.

Luego Thirza abrió los ojos y buscó a su madre y se abrazaron llorando. Gensius por órdenes del comandante les dio la ropa que habían llevado y les indicó que se vistieran pronto.

—Gensius, trae las camillas y la litera —ordenó el comandante—. Y que esperen en la puerta del basurero.

En silencio todos comprendieron que el comandante quería dar la impresión de que se trataba de, un entierro ya que a los cadáveres los sacaban por esa puerta.

—¿A dónde las llevarán? —preguntó el comandante.

—A su propia casa —respondió Jesús.

—Mañana mismo enviaré un correo al Cónsul Magencio en Antioquía para arreglar este asunto.

—Gracias comandante, Dios te ha de premiar.

—Ten en cuenta, profeta Nazareno que en mí tienes un amigo verdadero para toda la vida.

Así fueron sacados los cuerpos sin que a nadie extrañara.

Cuando salieron del presidio, los soldados que cargaban la litera caminaron por una callejuela solitaria para encontrarse con dos hombres que ya habían sido aleccionados para que continuaran con ellos.

Jesús levantó la cortina de la litera para ver cómo se encontraban las enfermas. Estaban abrazadas y llorando. Noemí al ver a Jesús le preguntó ¿Quién eres tú que ha sido tan bueno con nosotras?

—Me llamo Jesús de Nazareth.

Al poco llegaron hasta una puerta trasera en el patio de la casa de Judá a la cual tocaron. Minutos después Eleacín abrió la puerta cautelosamente viendo la divina cara de Jesús.

— ¿Dónde se encuentra Judá? —preguntó Jesús.

—Está en la alcoba de mi ama, dormido desde anoche.

—¡Ama Noemí!... ¡Amita Thirza! —exclamó Eleacín al verlas.

Cuando las emociones se calmaron, Noemí y Thirza fueron llevadas a la alcoba de Noemí, quien al ver a Judá iba a arrojarle a abrazarlo aun cuando estaba dormido, pero Jesús la detuvo suavemente.

—Era necesario que tu hijo durmiera para que no enloqueciera de dolor. Yo lo despertaré.

Jesús se acercó y puso una mano en la frente de Judá y otra en su pecho —Judá, amigo mío, despierta. Mira a quiénes le he traído: ¡tu madre y tu hermana!

—y diciendo esto Jesús se hizo a un lado para dejar pasar a las mujeres quienes se abrazaron a Judá con amor.

—¿Ves Faki? —le decía Jesús emocionado—. Esta es la única felicidad que yo tengo sobre la Tierra: reunir a los que se aman.

—Cada día que pasa te comprendo más y más me convengo de que eres el Esperado de Israel.

—Nazareno de los ojos dulces, sólo tú podías devolver la felicidad a esta familia —dijo Judá—. En verdad Nazareno, ¿quién eres tú que alejas el dolor?

—¡Es el Mesías esperado, por Israel! ¿No lo has comprendido? —interrumpió Faki.

—Sólo lo había presentido —dijo Judá y arrodillándose frente a Jesús agregó: — ¡Salve, Rey de Israel!

—Si soy como dices rey, ten en cuenta que mi reino no es de este mundo —le contestó el Verbo Encarnado.

—Tú ¡eres el Hijo de David, el Salvador de Israel! —decían la madre y la hermana llenas de entusiasmo y olvidando todos sus sufrimientos.

Entre frases de amor el Maestro se despidió de ellos, recomendándoles no dejarse ver por un tiempo hasta que llegara el escrito del Cónsul que reivindicara la libertad para ellos, según les había prometido el comandante de la Torre Antonia.

—¡Hijo de David! ¿Cuándo te volveré a ver? —le preguntó Judá.

—Permaneceré en Jerusalén una semana más. Después iré a Moab y regresaré a Galilea.

—Te acompañaré —dijo Judá. Y yo también iré contigo —exclamó Faki.

—Judá, por ahora te debes a tu madre y a tu hermana, que más que nunca necesitan tu amor y tus cuidados. Y tú Faki, amigo mío si quieres complacerme permanece aquí con Judá y los suyos.

—A donde yo voy, ustedes no pueden seguirme: Al Gran Santuario Esenio de Moab, donde me esperan mis Maestros, debo ir solo, para graduarme como Maestro de Divina Sabiduría. ¿Me comprenden?

—¡Oh sí, tienes razón! —dijeron Judá y Faki, conformándose.

Camino a la Cumbre - El Santuario de Moab

En casa de Lía, Jesús dijo a sus padres: "Tengo que entrevistarme con Juan para ir juntos al Santuario del Quarantana para graduarme como maestro de Divina Sabiduría".

—¿Dónde me esperarán ustedes?

José opinó que lo esperarían en Jerusalén donde él tenía que cumplir unos compromisos de trabajo.

Antes de entrevistarse con Juan, el Verbo Divino fue a visitar al primer destinatario de las cartas que le había dado el príncipe Melchor.

Se dirigió al Monte Sión, al palacio del príncipe Josuá, hijo de Abinoan, quien tenía una gran preocupación por el mayor de sus hijos.

—Qué oportuna es la carta de mi amigo Melchor —dijo el príncipe a Jesús luego que le fue entregada la carta; al tiempo que el Verbo Encarnado concentrado en sí mismo, irradiaba amor y paz sobre el príncipe y su hijo quien se mostraba demasiado inquieto.

—Dios nos manda a su Ungido, hijo mío, para devolvernos la paz —suspiró con alivio Josuá.

—Yo tenía una novia —dijo el joven hijo del príncipe—, hermosa como un ángel, pero unos bandidos romanos me la arrebataron y desde entonces no sé de ella y eso es lo que me atormenta.

—Es la hija del príncipe Salum de Lohes —añadió el padre—, dicen que él emprendió un viaje y después su familia desapareció. —Si yo te dijera dónde está tu amada, ¿te quedarías al lado de tu padre como él desea? —pregunto Jesús al muchacho.

— ¡Claro! lo haré con gusto.

—La familia de Salum de Lohes está oculta en el Bosque de los rebaños al Suroeste de Belén.

— ¡Alabado sea el Dios de nuestros padres! —exclamó el joven, y agregó: Si es verdad lo que dices, Dios te bendiga, profeta; te juro que no abandonaré a mi padre y te obedeceré y seguiré toda mi vida. Mi nombre es Ezequiel.

—Yo sólo busco amigos —comentó Jesús—. No vayas a creer Joshua, que una voz extraterrestre me indicó dónde estaba la prometida de tu hijo; Melchor me lo dijo pues traigo también una carta para el príncipe Salum de Lohes.

—Veo que tratas de ocultar la luz divina que en ti resplandece, pero ¿por qué no declarar abiertamente lo que eres y cual es tú misión? El pueblo te aclamará enloquecido.

—Príncipe Josué —dijo el joven Maestro—, unos son los designios de Dios y muy distintos los planes humanos.

— ¿Qué quiere decir eso? —preguntaron a coro sus interlocutores.

—Que todos los pueblos de la Tierra son criaturas de Dios y que el mensaje de amor y de paz que trae su Ungido, es para todos los pueblos, no sólo para Israel.

— ¡Pero si fueron los profetas de Israel los que lo anunciaron!

—Es que en los designios de Dios estaba marcado que en este país nacería el Ungido ya que antes tuvo a Moisés que le dio La Ley Divina.

—Realmente somos muy egoístas —dijo el príncipe —, ya que sólo esperamos un Mesías que nos lleve al triunfo sobre todos los pueblos de la Tierra, como un Judas Macabro, un David, un Salomón o un Alejandro Magno.

—Así es. Y todos esos nombres nos recuerdan venganzas estériles y conquistas efímeras. Todos ellos extraviaron su camino y no cumplieron con la Ley Divina: "No matarás". Se valieron del poder y del engaño para, arrasar ciudades y asesinar seres indefensos, llevados a veces por la errónea idea de que "eran enemigos de Dios". ¡Como si el Eterno e Infinito Amor tuviera enemigos!

—Si Moisés se levantara de su tumba —continuó Jesús—, estrellaría nuevamente las Tablas de la Ley y les diría: ¿Así han cumplido ustedes con el mandato divino? "A pesar de todo, el Enviado de Dios, viene al pueblo de Israel porque hay muchos que lo esperan con un corazón limpio; con el alma llena de fe y amor,"

— ¡Bendito seas, Ungido de Dios, bendita tu Sabiduría! —exclamó Josuá,

Y Josué, hijo de Abinoan, repartió su fortuna entre sus hijos, y partió a Horeb, a reunirse con su amigo el príncipe Melchor donde pasó el resto de su vida dedicado a investigaciones científicas y al estudio espiritual.

Según una de las costumbres del Gran Santuario, Jesús debía avisar con anticipación que les haría una visita. Myriam a instancias del Verbo Encarnado había ya avisado a Esdras, uno de los sacerdotes, del viaje de su hijo. Junto con Jesús y Esdras viajaría Eleazar de 69 años, los cuales aceptaron con gusto acompañarlo en su recorrido a través del desierto hasta el Santuario.

—Providencial coincidencia! —dijo Jesús al tenerlos frente a sí—. Tú, hermano Esdras, hace muchos años apuntaste en la Sinagoga de Belén mi nombre como hijo de Abraham.

— ¿Y cuándo partimos? —preguntó Eleazar.

—Mañana al salir el sol —dijo Jesús.

—Bien, nosotros iremos a buscarte a casa de Lía.

Y así, por la mañana, salieron por la Puerta del Pescado hacia el torrente del Cedrón.

Cuando llegaron al pozo de agua dulce de En-rogel, en el Cerro del Mal Consejo, refugio de leprosos, salióles al encuentro una mujer leprosa llevando un niño de la mano y a otro en brazos.

—Apiádense de nosotros —dijo la mujer.

Jesús bajó de su asno y le dio ropa y comida a la mujer.

—A él no puede hacerle daño la lepra; él vence a la muerte —dijo Esdras.

— ¿No tienes familiares? —interrogó Jesús.

—No, nadie se ocupa de nosotros —contestó la enferma.

Luego, Jesús entristecido se asomó al pozo y viendo su imagen reflejada en el agua oró.: "Padre mío, Dios de Amor y Piedad, concede a estos hijos tuyos que esta agua impregnada de energía sea vitalidad para ellos..." Exhaló profundamente sobre las aguas como dejando toda la energía de su ser; y después, sacó agua con el hueco de sus manos y la dio a beber a la mujer y a los niños.

— ¿Tienes fe en el poder de Dios? —preguntó Jesús.

— ¡Oh sí, sólo de Dios espero la salud y la vida...!

—No esperarás en vano, porque el Amor de Dios té ha curado.

Que sean curados también todos los que crean en El y beban de esta agua.

La mujer y los niños quedáronse dormidos profundamente en el suelo. El Verbo Encarnado los cubrió con su manto y siguió su camino.

Una leprosa que había salido junto con otros enfermos de una gruta cercana, sacó agua del pozo y bebió un poco, quedándose dormida también.

Pero otro leproso que los vio en el suelo sin saber qué había pasado, comenzó a gritar:

—¡Levántense vamos a alcanzar a aquel viajero que ha envenenado el agua para matarnos a todos! —Y diciendo esto comenzaron a recoger piedras y a arrojárselas a Jesús. Al oír los gritos que daban, la mujer y los niños despertaron: —¿Qué están haciendo? —preguntó la mujer—. ¿No ven que es un Profeta de Dios que nos ha curado? ¡Miren, nosotros ya nos curamos!

Al ver la realidad, los demás leprosos daban grandes voces de arrepentimiento y comentaban — ¡Qué tontos hemos sido, pudimos haber sido curados!

— ¡No dejen entrar el mal en su corazón —les decía la mujer—, y beban de esta agua como nosotros y quiera Dios perdonarlos y curarlos!

Los viajeros ya estaban lejos, pero Jesús aún oía los clamores de los leprosos.

—Por favor, bajemos para descansar un poco —les dijo Jesús—. ¿Se tendió sobre una manta y se concentró en oración hasta quedar Adormido.

Y allá en el pozo una leprosa gritaba: — ¡Miren, el Profeta vuelve, allí en la encina junto al pozo!

Muchos vieron la figura astral del Verbo Encarnado, clara y transparente, que con sus manos extendidas sobre ellos parecía decir: "La paz sea con ustedes".

Todos bebían con avidez del agua del pozo y caían en el sopor que era presagio de su curación.

Días después, en los atrios de los templos se veían muchos hombres, mujeres y niños que decían: "Un Profeta y dos ancianos pasaron por el pozo de En-Rogel; El bendijo el agua; bebimos y quedamos curados".

Mientras, los tres viajeros continuaban caminando en pleno desierto, cuando al atardecer, en un recodo del camino, se encontraron con un derrumbe.

—No podremos andar mucho sin que llegue la noche —dijo Jesús—, es prudente que busquemos una gruta para refugiarnos en ella. Esperen aquí y descansen.

—Bien Jesús, pero cuida de no extraviarte —le contestaron los dos ancianos.

A poco, Jesús encontró un asno muerto.

—No tiene muchos días —pensó—, por aquí debe estar su dueño.

En efecto, cerca de ahí encontró una gruta; se acercó y oyó una respiración fatigosa entre gemidos.

—¿Quién se queja? —preguntó Jesús.

—Un viajero herido... me siento muy mal. Tráeme agua, por favor... Detrás de la cueva está el arroyo donde fue el derrumbe que rompió las piernas de mi asno y tuve que matarlo.

—¡Qué desgracia! —Comentó Jesús—, pero ten ánimo, somos tres y te ayudaremos. Voy a buscarlos.

Pronto regresó Jesús con Eleazar y Esdras junto al herido. Los dos primeros comenzaron a curarlo mientras Eleazar encendió fuego en la gruta para disminuir el intenso frío que se sentía.

El enfermo tenía una profunda herida en la espalda desde hacía dos días y ya se le estaba infectando. Jesús hizo vendas con el lienzo de su turbante. Lavaron cuidadosamente la herida y le dieron a beber vino con miel y mentalmente Jesús le mandó dormir para su completa curación.

—Preparen por favor la cena, mientras yo traigo paja y heno para las camas —dijo el Verbo Encarnado a los esenios.

Salió y dio de beber a los asnos. Ya con lo necesario regresó a la gruta y se sentó junto a sus amigos al calor del fuego para cenar.

—¿Qué pasara con los leprosos? —se preguntaban Eleazar y Esdras.

Los que tengan fe en el poder divino, se curarán. Los que no crean, sufrirán su pena porque Dios Amor le da al que quiera recibirle.

—Moisés realizó obras más grandes que Elías y Elíseo.

—¡Moisés, Moisés! Qué grande y qué mal comprendido fue. Su pueblo lo amó con egoísmo y sin comprenderlo. Acepto que el pueblo de Israel no haya entendido a Moisés; pero no puedo aceptar que hayan cambiado lo escrito en sus libros. ¿Por qué lo hicieron? ¿Para qué? —preguntó Jesús.

—He pensado mucho en ello —dijo Eleazar—, Y he oído a nuestros hermanos esenios hablar de esto. Dicen que los auténticos escritos de Moisés son pocos y muy breves. Moisés escribió el relato de su grandiosa visión acerca de la creación de nuestro Sistema Planetario comenzando por la formación de la que le dio origen; luego la evolución lenta de este planeta que habitamos para recibir la vida orgánica hasta la especie humana. A esto se le ha llamado "Génesis". También son auténticos los Himnos y Oraciones a Yahavé, la Bendición de Moisés y sobre todo, la Ley con sus Diez Mandamientos. Los demás libros —finalizó Eleazar—, que comienzan con la frase: "y Yahavé dijo a Moisés", indican claramente que no fueron escritos por El, que en tal caso diría: "Yahavé me dijo... "

—La buena lógica —comentó Jesús—, único medio de orientarnos en tan densas tinieblas. Por esto digo que Moisés no sólo no fue comprendido por su pueblo, sino que fue terriblemente calumniado, desprestigiado como Legislador, como instructor y como dirigente de pueblos.

—Pienso —observó Eleazar —, que muerto Moisés, el pueblo se entregó a toda clase de delitos y que por eso los ancianos que ayudaban a Josué se vieron obligados a imponer penas para detener la maldad; y para darles fuerza de Ley, pusieron al principio de esos escritos que llamaron "Mosaicos" la frase: "y Dios dijo a Moisés".

La noche había avanzado y con ella la intensidad de los lejanos aullidos de lobos. Jesús corrió a traer los tres asnos al interior de la gruta, para luego cubrir la entrada con ramas y paja seca.

—¡Qué poca cosa somos! —dijo Esdras—. Basta, el aullido de una fiera para hacernos abandonar una disertación sobre la autenticidad de las obras de Moisés.

Los tres rieron y Jesús dijo: —"La vida de nuestros asnos vale más por ahora".

Poco después, se fueron a dormir. .

Al amanecer, el herido despertó con su espalda curada; ya no sentía dolor. Ante el alud de preguntas que Jesús y sus amigos le formularon, comenzó a relatar lo sucedido —"Iba yo a la Fortaleza de Masada como panadero, cuando me detuvieron y llevaron a la torre Antonia por defender al príncipe Salum de Lohes que era mi amo, y al cual buscaban. Gracias a una oportunidad, pude fugarme y venir a esconderme aquí, pero sufrí el derrumbe que mató a mí burro y no pude continuar" —concluyó el herido.

—Yo conozco a tu amo. Le avisaré que te he conocido y luego te diré cuándo puedes verlo —así se despidieron y continuaron su camino.

La alegría de los montañeses del Quarantana al ver llegar a Jesús ya de 21 años, sobre todo la anciana Bethsabé que como siempre le ofrecía lo mejor que tenía a su "Niño Santo" como ella lo llamaba.

Al día siguiente de su llegada fueron al Santuario. Junto con los 3 ancianos que habitaban el Santuario estaba también Juan su pariente de 22 años y con él tres levitas: Felipe, Bartolomé y Zebeo. La poderosa vibración de la personalidad de Jesús pronto fue captada por los tres compañeros de Juan y desde ese momento quisieron seguirle como discípulos.

—Ustedes vienen a las grutas de los esenios porque buscan la quietud y la paz que no pueden encontrar en la sociedad humana —les dijo Jesús—. No piensen que es una cobardía renunciar a todo porque la vida sólo les haya dado sufrimientos. El alma que sueña con amores más fuertes que la muerte comienza a saborear la amargura de la agonía que, posteriormente, lo llevará al aniquilamiento de su confianza en la vida y en los seres amados y así, la confianza la pone sólo en Dios.

Vio Jesús entonces, dos lágrimas en el rostro noble de Zebeo y en su aura percibió la imagen de una joven que se apartaba de su prometido sólo porque éste había perdido los bienes materiales que poseía.

—Eso no era amor, Zebeo, sino egoísmo —comentó Jesús.

—La Ley de Dios está en ti Jesús, has adivinado mi pena.

—Y la mía también —dijo Bartolomé que llevaba una profunda herida por la indiferencia y desamor de sus familiares a quienes había dedicado toda su vida.

—También yo sufro el abandono de mi madre que ha preferido el amor de un malvado con oro, al cariño del hijo —comentó el anciano Felipe.

—Han conocido la dura prueba del desamor y por eso están en condiciones de aspirar al supremo conocimiento de Dios — enfatizó Jesús—, cuyo amor infinito llenará plenamente su copa vacía de ilusiones y esperanzas terrenas. Creo que algún día les diré a los tres: "Vengan conmigo, a beber de las fuentes divinas, porque las aguas de este mundo ya no pueden apagar su sed".

—¡Oh sí Jesús, te seguiremos hasta la muerte! —respondieron los tres a coro.

Jesús pidió hablar en privado con Juan, su pariente, acerca de su graduación en el gran Santuario de Moab y acercándose a él le dijo —Juan créeme que no me atemoriza la decisión final del Alto Consejo de los Setenta Ancianos. Lo que temo es encontrarme con lo desconocido, con lo imprevisto, ¿no sientes tú lo mismo?

—En realidad —contestó Juan —, me siento tranquilo porque desde el principio conozco mi misión y siempre se me ha indicado cómo cumplirla. Tú en cambio; creo

que no estás convencido de tu misión. En otras palabras, y en un sentido más espiritual; no te has encontrado a ti mismo en la era actual de la humanidad. De ahí este temor que sientes. ¿He acertado?

—Completamente. Y créeme que ese temor casi me hace dudar de que yo tenga una misión salvadora.

—Hablemos con toda sinceridad —dijo Juan—. ¿Qué valor tienen para ti las profecías hechas desde el tiempo de Abraham?

—Las profecías, son creo yo, clarividencias, espíritus avanzados para marcar el rumbo a esa parte de la humanidad donde viven los profetas.

—Correcto —dijo Juan—, nuestros grandes profetas han anunciado la venida a esta Tierra de un Mesías, de un Maestro que se interponga entre la Justicia Divina y esta Humanidad en peligro de destrucción y aniquilamiento por su desorden moral, espiritual y material.

El tiempo de la aparición del Mesías —continuó Juan—, llegó hace 21 años cuando tuvo lugar la conjunción de Júpiter, Saturno y Marte. En esto están de acuerdo todos los sabios, astrólogos y clarividentes de distintos países y escuelas. La Fraternidad Esenia que sigue las enseñanzas de los profetas hebreos está convencida de que en ti, como humano, se halla encarnada la inteligencia de una esencia Superior. ¿Qué dices tú de esto Jesús?

—Digo Juan, que ahora es Dios quien debe hablar dentro de mí mismo, porque todavía no he descubierto esa, personalidad en mí. Es cierto que yo amo el bien, la verdad y la justicia; que amo tanto a mis semejantes como para desear sacrificarme por ellos. Pero todo eso lo sintieron otros y lo sientes tú mismo Juan y todo el que ama a Dios en sus obras. ¿Es esto bastante para señalar a un hombre como Mesías, Maestro y Salvador?

—Si en el nacimiento y en la persona de ese hombre se reúnen las condiciones y circunstancias anunciadas por los profetas y clarividentes, claro que sí es bastante, ¿no crees Jesús?

—Algunos de nuestros profetas tuvieron también grandes poderes internos y realizaron con ellos hechos portentosos.

Se hizo entonces entre ellos un profundo silencio como si una fuerza superior los hubiera mandado callar.

Poco después, Jesús dijo con mucha humildad y dulzura —Juan, si me amas como yo a ti, roguemos juntos al Padre para que al llegar al Santuario de Moab y antes de ser consagrado Maestro de Almas, se realice la completa iluminación de mi espíritu.

Porque te amé Jesús, desde antes de tu nacimiento, el Altísimo me ha concedido reconocerte antes que tú mismo te reconozcas. Oremos, pues al Señor; y estoy cierto que encontrarás en ti mismo al Verbo de Dios que todos buscamos.

11

ESTATUTOS PARA LA SANTA ALIANZA

Cuando los amigos de Jesús supieron que había regresado fueron a visitarlo, y todos comentaban —¡Parece como si hubiera envejecido diez años!

Pronto se enteró Jesús que la Santa Alianza seguía creciendo en secreto.

Su lema era: "El amor contra el odio, la Verdad contra el Fanatismo". Así, los viajeros que llegaban o partían recibían la buena nueva: "El Salvador de Israel está entre nosotros y ya nos preparamos para su presentación ante el mundo".

Una noche Faki y Judá llevaron a Jesús al sepulcro de David y éste se asombró de ver tan gran número de adeptos con las iniciales de la Santa Alianza sobre el pecho. Estando aquí un hombre maduro pidió la palabra para proponer que se avisaran si alguno llegaba a saber dónde se encontraba el Rey y Salvador, para aunque fuera en secreto, ofrecerle personalmente su adhesión.

Si tiene ya veinte años —dijo el hombre—, puede ponerse al frente de nosotros que ya formamos una fuerza respetable para expulsar al invasor.

Judá y Faki se miraron y voltearon a ver a Jesús quien mantenía la mirada baja. El primero dijo: —amigos les queremos presentar a Jesús de Nazareth a quien algunos de ustedes ya conocen; viene del Santuario de Moab en donde ha sido consagrado Maestro de Divina Sabiduría. Yo propongo que lo escuchemos para que así sepamos qué camino seguir.

—Amigos de la Santa Alianza, veo en sus corazones el fuego santo de la unión fraternal que los hará grandes y fuertes para responder al ideal supremo de ser "el pueblo escogido" en esta era para recibir al Mensajero de la Verdad Eterna que es luz, paz y bienestar para todos los pueblos de la tierra.

Resonaron los aplausos en la cripta y se escucharon gritos de ¡Hosanna a! Hijo de David, Salvador de Israel;

— He comprendido —continuó Jesús—, que su manifestación no ha de ser por las armas o la violencia, sino por una resignación silenciosa y firme que hará triunfar la verdad —en silencio siguieron oyendo a Jesús: — Para lograr la salvación debe ser desterrado el egoísmo porque no sólo Israel ha de ser salvado sino todos los pueblos de la Tierra. Si la Santa Alianza logra vencer esa injusticia e ignorancia de los pueblos, sustituyéndolas por el verdadero conocimiento y acción de lo justo, grande, noble y verdadero que hay en la vida humana entonces el triunfo es seguro...

La cara de Jesús resplandeció con una suave luz en la penumbra de la cripta. Algunos de los presentes se dieron cuenta y comenzaron a gritar: —¡Tú eres el Mesías! ¡Tienes luz de Profeta en tu frente! ¡Tú eres el Salvador de Israel!

Judá y Faki tuvieron que actuar de prisa, pues todos querían acercarse a Jesús sobre todo aquellos que estaban enfermos y que decían: "Está anunciado que el Mesías remediará todos los males".

—Por el amor al Mesías que esperan, Dios-Poder Infinito, les da todo lo que necesitan en este momento —exclamó Jesús.

Al siguiente día, ya de noche, Judá y Faki llevaron a Jesús a un gran bosque de olivos propiedad de Joshua, quien colaborando con la Santa Alianza, les esperaba con doscientos cincuenta jornaleros. De allí, Joshua los conduciría a las Tumbas de los Reyes donde se les unirían los miembros de la Tribu de Benjamín a la que él pertenecía.

Apenas vio a Jesús, le dijo —Has envejecido niño, ¿qué ha pasado?

—Que he dejado de ser niño y me he convertido en hombre que toma sobre él, el dolor de la humanidad.

Cuando llegaron a las Tumbas uno de los criados del príncipe encendió una antorcha, la levantó tres veces y luego la apagó. Al momento salieron de entre los barrancos muchos hombres que entraban rápidamente al túnel.

Ya adentro, le preguntó Judá a Jesús — ¿Es cierto que las almas humanas toman varios cuerpos para repetir varias veces sus vidas físicas? Yo he sabido que Sócrates y Platón lo aseguran así.

—Sí Judá, ésta es una de las grandes verdades de la Ley Eterna. El alma humana aparece varias veces en el escenario de la vida física en cuerpos diferentes.

Dos sonoras palmadas interrumpieron el diálogo. Era el príncipe Joshua que iniciaba la reunión —Compañeros de la Santa Alianza, todos saben el motivo de que estemos aquí. Unirnos más cada día para salvar a nuestro pueblo de la opresión, por eso quiero presentarles a Jesús, Judá y Faki, ellos tomarán los nombres de ustedes para después señalarles sus actividades en esta agrupación.

Jesús notó con sobresalto el rumbo que iba tomando la Santa Alianza, como si fuera rebelión armada contra los dominadores. Los jóvenes pensaban en formar ejércitos que liberaran a Israel del dominio extranjero, por lo que se dirigió a ellos. La Santa Alianza no necesita ejércitos armados. Es una fuerza disciplinada a la manera de un ejército, pero sus medios de lucha son la instrucción, la persuasión, el Bien, la verdad y la prudente conducción de las masas hacia una resistencia pasiva que haga el vacío alrededor de los poderes ilegítimos y les obliguen a enderezar sus caminos o retirarse.

—¡Que hable el príncipe Joshua, que es el que nos reunió aquí! —gritó uno de los allí reunidos.

—Me encuentro indeciso entre dos fuerzas —respondió el príncipe—, si nos rebelamos sin tener la certeza absoluta del triunfo, mucho mayor será el yugo que nos impongan nuestros opresores. Nos falta la disciplina y la unión que tienen las legiones romanas; nos falta el generalísimo que nos organice.

—Perdonen la interrupción —dijo Jesús—, pero Josuá ha pronunciado una gran frase: "Nos falta Unidad". Y la única utilidad que tendrían las fuerzas armadas así sería como una muralla de contención y defensa nada más. La unión de todas las razas y de todos los pueblos amantes de la libertad y la justicia, es la única realidad que veo brillar en el horizonte y todavía en un futuro lejano.

Terminada la reunión, Judá, Jesús y Faki, acompañaron al príncipe Josué a su residencia, y luego, se dirigieron al Palacio de Ithamar donde los esperaba Noemí y Thirza.

Cuando Jesús, después de saludarlas, les contó donde habían estado, Noemí les preguntó: —¿y nosotras podemos formar parte de la Santa Alianza?

—Ustedes más que nadie —contestó el Verbo Encarnado—, puesto que conocen a fondo la Ciencia Divina de amar ya que la Santa Alianza, no es otra cosa que una fuerte cadena de amor. Si les place, las presentaré a mi madre y a otros parientes, para que junto con ellos, puedan colaborar en la Divina Misión.

—¡Qué bueno que vive tu madre! -exclamó Noemí—, creía yo que eras como Elías que había bajado de los cielos...

—Tengo Padre, madre, hermanos y muchos parientes. Son nuestras almas las que en verdad vienen del Seno de Dios.

Y qué tenemos que hacer las mujeres de la Santa Alianza? —preguntó tímidamente Thirza.

—Pueden ustedes acercarse con más confianza a todos los que sufren

—Respondió Jesús—, y recuerden una antigua sentencia llena de sabiduría: "El amor salva todos los abismos"

—Pero tú vas a Galilea y puede ser que se apague la hoguera —dijo Judá con tristeza.

—Los invito a ir a Galilea con mi familia y allí podrán esperar tranquilamente la solución de sus problemas. ¿Aceptan?

—¡Contigo iremos a todas partes! —dijeron Thirza y Noemí a la vez.

Al día siguiente cuando Noemí y Thirza conocieron a Myriam, Jesús tuvo una gran satisfacción al ver que entre ellas surgía un gran cariño y pensaba:

"! No quedará tan sola cuando yo falte!".

12

EL VIAJE A GALILEA

En el carro del Príncipe Ithamar, al cual por precaución le habían quitado el escudo original y le colocaron encima el emblema de Faki, el príncipe africano, partieron al amanecer a Galilea. En el interior del encortinado vehículo viajaban Myriam, José, Thirza, Noemí y Amra, junto con el Verbo Encarnado. Faki con Eleacín y Shipro iban a caballo escoltando la carroza manejada por Judá.

Por la Puerta de los Leones, tomaron el camino a Jericó, bordeando el Río Jordán. Jesús saboreaba la felicidad que veía en todos los suyos y pensaba en el tiempo futuro en que habría de recorrer ese mismo camino, pero de una forma bien distinta.

Al llegar a Jericó tomaron un ligero desayuno y descansaron un poco. Mientras José, Myriam y las otras mujeres saludaban a los parientes; Jesús, Judá y Faki visitaron a los adictos a la Santa Alianza en el lugar, los cuales eran bastante numerosos.

Recorriendo la ciudad, Judá fue atraído de pronto ya que unos jornaleros arreglaban árboles y reconstruían cercas en un olivar que había pertenecido a su padre. Preguntando aquí y allá Judá investigó que la obra estaba a cargo de Simónides, que vivía en Antioquía y que había sido el Administrador General de los bienes de la familia de Ithamar.

Más tarde, continuaron su viaje hasta Phasaelis, que era la Segunda jornada. Cerca de las riberas del Jordán; había instaladas muchas tiendas de enfermos que iban a bañarse ahí pues se decía que esas aguas eran muy saludables.

—En cada una de esas tiendas se esconde mucho dolor —comentó Jesús—, quien aduciendo tener mucho sueño, se acomodó en el lugar más apartado del carro. La realidad era que deseaba mandar energía a esos enfermos tanto del cuerpo como del alma.

Al llegar a Phasaelis, escucharon claramente los gritos de una mujer y vieron cómo unos hombres furiosos arrastraban a un muchacho que, amarrado y con las vestiduras rasgadas, escondía la cara entre su cabello enmarañado. Al preguntar supieron que lo sacaban de la Ciudad para apedrearlo por blasfemo.

Jesús salió de inmediato del coche y le dijo a Faki, que iba montado en un hermoso caballo blanco: —¡Cómpralo como esclavo para salvarle la vida!

Faki, obediente, se acercó al grupo — ¡Alto!... aunque este muchacho sea un criminal, no lo arrastren y déjenlo caminar.

—¿Y tú quien eres para pedirnos cuentas?

—Soy un Príncipe de Cirene y viajo con pase del Gobierno Romano. ¿Quién representa aquí a la ley?

—Los escribas y el Jefe de la Sinagoga —respondieron.

Mientras, la madre del muchacho se había acercado a Jesús

—Un mal momento lo tenemos todos —decía la madre—, con la ira no supo lo que decía, ustedes que son grandes: ¡Compadézcanse de mí, que mi hijo es lo único que tengo en la vida!

—Les compro a ese hombre como esclavo —dijo Faki al que parecía ser el jefe de la turba y agregó con firmeza: —¡Les doy dos mil sestercios!

Todos se miraron con asombro, pero avivada su codicia recibieron el dinero —aquí tienes tu compra —le dijeron al Príncipe Africano—, es un blasfemo con suerte pues se ha salvado de las piedras.

Madre e hijo subieron al coche y ahí dentro el muchacho tuvo una crisis nerviosa, pero Jesús, hincado junto a él, lo calmaba poniéndole sus manos divinas en su frente y sobre su corazón, al tiempo en que silenciosamente lloraba de compasión.

Noemí notó, el llanto del Maestro y se lo comentó a Judá, quien le aclaró: —si llora es porque la maldad de los humanos que son fieras para con sus semejantes, le lastima su alma.

Sin más incidentes llegaron al atardecer a Arqueláis, donde habrían de pasar la noche en el Khan, un inmenso cercado de piedra con una fuerte edificación a la entrada.

Silo y Yhaphath eran dos pueblos cercanos que fueron unidos por la voluntad de Herodes en honor de su hijo Arquelao y desde su fundación había sido escenario de los muchos escándalos de los hijos de Helí, el protector del profeta Samuel.

Judá, que ya desde antes conocía al guardia del Khan, se informó por él de la situación por la que pasaban los arquelenses y descubrió que había mucho descontento. Viendo en el guardia la noble intención, Judá le propuso que se integrara a la Santa Alianza.

—Si doy mi nombre a ella ¿en qué consistirá mi ayuda?

— En tomar todos los nombres de los descontentos para que yo les hable personalmente —contestó Judá.

Esta conversación hizo posible que en Samaria, en las ruinas del Santuario de Silo, se reunieran 120 hombres, armados en su mayoría, bajo la consigna de secreto absoluto.

Los terapeutas, que en el mismo santuario auxiliaban a muchos enfermos, especialmente leprosos, temieron un levantamiento armado, pero Jesús con dulzura apaciguó todos los ánimos haciéndolos entender que sin violencia, juntos habrían de luchar por la libertad y la justicia. Ya tranquilos entre todos nombraron Jefe a un muchacho de 28 años llamado Efraín.

Jesús, conmovido por este entusiasmo dijo a Judá y Faki:

—Amigos míos, nunca les había dicho que tengo un tesoro que me pertenece a medias: tengo guardados 21 talentos de oro, que Melchor, Gaspar y Baltasar, a quienes mi madre llama los sabios de la estrella, me han ido enviando cada año para mis gastos y pienso que ha llegado el momento en que ese dinero sea usado para la salvación de Israel, por medio de la Santa Alianza. A ella dono el capital y ustedes serán sus administradores.

Judá y Faki agradecieron la honrosa distinción, aportando también igual cantidad que la de Jesús.

—Y creo —dijo Judá—, que debemos invitar a los cuatro doctores de la Ley: José de Arimatea, Nicodemus, Nicolás de Damasco y Gamaliel a que participen en esto.

—Sí —dijo Jesús—, ellos deben formar el Consejo Central de la Santa Alianza Junto con ustedes.

—Y contigo que eres el corazón de ella —observaron los dos.

—Bien —dijo el Maestro—, en siete épocas se completó la creación del Universo; siete días impuso Moisés para todas las purificaciones y penitencias y somos siete hermanos en derechos y deberes los que hemos de llevar el peso de la liberación de los oprimidos.

—A este Consejo Supremo le toca nombrar Consejos Regionales, en donde sea establecida la Santa Alianza —propuso Judá.

Una vez apuntados los nombres de los samaritanos que se les Habían unido, volvieron al Khan ya muy entrada la noche.

A la mañana siguiente salieron para Sephtópolis (ciudad en la que el Verbo Encarnado ya había estado).

Cuando llegaron encontraron a un esenio que les informó cómo iba la Santa Alianza en Samaria y Judea; y puso a Jesús en contacto con tres hermanos suyos que tenían sus ganados en la llanura de Esdrelón.

Judá, en silencio, recordaba lo que le había sucedido ocho años atrás, cuando Jesús le dio de beber cuando iba preso entre los soldados y las palabras del Divino Maestro: "Espera y confía que tu día no ha llegado aún".

También las palabras de Noemí parecían flotar en el aire: "El Profeta Isaías en su capítulo 32, nos hace notar que nuestro Mesías será: Un varón refugio contra el viento y la tormenta, arroyo de agua en tierra de sequedad y sombra de gran peñasco en tierra".

Jesús recordando la visión que tuviera en el gran Santuario de Moab, le dijo a Judá —Tú dices que serás el más ardiente defensor de mis ideales y que no sabes cuál será tu destino final... pero la hora de prueba ya pasó y en adelante, servirás al Señor en paz y alegría.

Por fin llegaron a la apacible ciudad de Nazaret, causando gran sorpresa entre los curiosos que se extrañaron de ver bajar a Myriam y a José del gran carruaje de Faki.

—Mi casa es grande, pero no tiene las comodidades a que ustedes están acostumbrados —dijo José a sus compañeros de viaje, invitándolos a pasar a su hogar.

—No te preocupes José —le contestaron —, todos sabemos también de privaciones.

Faki y Judá pasaron una semana en Nazaret ganando adeptos para la Santa Alianza, antes de viajar al otro lado del Jordán para entrevistarse con los "Amigos de, la Montaña" en donde ya se formaba el ejército para el Rey de Israel.

—Créeme Judá —le decía Faki por el camino—, estoy desanimado porque Jesús nunca permitirá que mueran miles y miles de hombres.

—Yo también estoy perplejo —comentó Judá—, pues cuando me pidan explicaciones, aquéllos a quienes he invitado a unirse a nuestra lucha ¿qué les diré?

Bajaron de sus cabalgaduras y se sentaron en el pasto para proseguir su plática: —Mira Judá —decía Faki—, estoy convencido de que Jesús es el Mesías, él no es un hombre como nosotros, sino un Genio Protector de Israel; en él sólo vive la llama eterna del amor a Dios y a sus semejantes. Decimos que es un hombre porque vemos su cuerpo físico, pero su alma, ¿quién alcanza a comprender el vuelo del alma del Verbo Encarnado en la inmensidad de Dios?, ¿acaso en Jesús, hijo de Dios, puede caber la ambición de la gloria y la fama de querer escalar un trono?... No es un Aníbal —continuó Faki—, ni un César Augusto; es mucho más, infinitamente más alto que todos ellos. Si él ha de ser Rey de Israel, será por un camino sólo conocido por el Poder Divino de Yahavé.

—Así es Faki, yo también estoy convencido de esto, pero ¿qué le diremos a nuestros amigos?

—Creo Judá que podemos dejar que vayan por temporadas con sus familias, porque lo que Jesús quiere es la elevación de lo espiritual y lo moral en todo el pueblo.

Que la fuerza militar sirva sólo para infundir respeto y para defender los derechos del hombre. Así hablaremos a los que se han inscrito en la Santa Alianza.

—Tienes razón, Faki, lo haremos como dices.

Montaron de nuevo y horas después entraron a la capital de la Batanea, donde permanecieron tres días. Entre los voluntarios que atrajeron estaba un muchacho de 18 años que desesperado por no poder curar a su madre enferma, se quiso lanzar a un precipicio.

—¡Oh, sí Jesús estuviera aquí... —comentaron.

Ambos amigos, dolidos por lo que ocurría, pensaron con gran intensidad en el amor y en el poder divino de Jesús. Y ante el lecho de aquella madre moribunda y ante el muchacho desesperado, de repente vieron aparecer una transparente imagen blanca, sutil, que se inclinaba sobre ellos. La figura astral se levantó de nuevo y escucharon que decía: "Faki y Judá, porque ustedes reconocen el poder divino que me ha dado la Voluntad del Padre, verán sanos al hijo y a la madre; el Mesías Salvador del mundo, ha de vencer el dolor y la muerte, pero no atrayendo el dolor y la muerte a sus semejantes".

Los dos se precipitaron sobre la imagen gritando — ¡Jesús, hijo de Dios!, pero la visión se había esfumado y en la penumbra de la gruta en que estaban Judá y Faki se abrazaron llorando, asombrados ante el prodigio. La enferma y su hijo, cerca de ellos dormían tranquilamente.

Cuando salieron de la gruta, ya de noche, vieron que unos hombres descargaban víveres y ropas.

—El Sheif Ilderín los envía desde Bosra para los enfermos de estas grutas —dijeron los hombres contestando la pregunta de Judá.

Judá y Faki se miraron pensativos —Jesús, el mago del amor —dijo Faki—, anda por aquí, suavizando todas las amarguras humanas. Al poco tiempo, supieron que todos los enfermos de las grutas habían sanado.

Las tres semanas pasadas en Nazaret, fortificaron los espíritus y los cuerpos y allí floreció en verdad el amor de Thirza y Faki, a quienes sonriendo Jesús les dijo: —El amor de ustedes será la savia que hará fructificar la buena semilla en los valles del Nilo donde aún ondea el velo violeta de la Matriarca Solania, y hasta el desierto del Sahara, donde la reina Selene será una columna firme de una feliz vida futura.

A la vista del Dios—Amor se embelleció también este idilio y el de Ana con Marcos, el cual estuvo en la casa de José en aquellos días.

José a quien todos llamaban el Justo, al ver la dicha en su casa decía jubiloso:

— Es hermosa la vida cuando acertamos a vivirla conforme a la Ley Divina.

13

CAMINO A TOLEMAIDA

En Tolemaida, el más impórtame puerto del mar de Galilea, hoy llamado Puerto de Acre; vivía el padre de Tomás quien años más tarde sería uno de los apóstoles. Tomás había conocido a Jesús cuando, siendo un niño, huía hacia el Monte Hermón llevado por sus padres. Ahora, lo encontraba nuevamente a la edad de 22 años.

Todos los familiares de Tomás estaban afiliados a la Fraternidad Esenia menos su padre, que sólo simpatizaba con ella, pero que por mantener negocios con José el artesano de Nazareth a quien, sabía honrado, consideró un gran honor hospedar a su hijo Jesús y servirle en lo que pudiera,

Al poco tiempo de su llegada, Judá acompañado de Jesús y Faki visitaron el muelle en el que ocho años antes había sido atado a una galera romana como esclavo para toda la vida.

—Ya ves Judá, cómo los hombres proponen y Dios dispone sobre sus hijos que lo buscan y que lo aman. ¿Quién podría pensar que le salvarías la vida al capitán de la flota, el cual agradecido te adoptaría como hijo, heredándote su fortuna y su nombre? le dijo Jesús.

j— En verdad que Dios fue misericordioso y nunca dejaré de darle gracias. Por eso quisiera hacer una obra igual, liberando a algún esclavo —comentó Judá.

—Esta es una bella idea —dijo el Maestro.

Judá se dirigió hacia los barcos ahí andados, en busca de algún esclavo, mientras Jesús le irradiaba su gran amor.

Judá se encontró con un anciano que enrollaba un grueso cable para amarrar a la escollera una gran barca de carga —buen hombre —le dijo—, ¿sabes si hay algún barco, con esclavos? Si me orientaras, te lo agradecería mucho. Soy israelita y quiero agradecer a Yahavé un gran favor recibido.

—Sí puedo ayudarte, pero éste no es el lugar para hablar. Por favor síganme, aquí cerca está mi choza —contestó el anciano.

Los tres siguieron al anciano hasta una pequeña choza en donde abrió una puerta cubierta de hierba y les dijo —Pasen, éste fue por más de cuatro veces el escondite de Judas "el gaulonita" uno de los primeros mártires de la libertad de Israel. Soy Israelita y desciendo de aquel gran José que llegó a ser Virrey de Egipto y soy gaulonita como Judas, el hijo de mi hermana mayor.

—Vengan por favor —continuó el anciano.

Caminaron al fondo de la choza donde el viejo apartó unos bultos de caña que cubrían una puerta semi-oculta y que conducía al otro lado, donde se podía apreciar el sol y el mar.

—¿Todavía están durmiendo?, tenemos visitas —dijo el viejo dirigiéndose a dos muchachos de unos 25 años, muy parecidos entre sí, los cuales tenían sus rostros desfigurados al parecer por quemaduras; así como sus párpados estaban semi-cerrados y no dejaban ver sus ojos.

—Son los dos únicos hijos de Judas "el gaulonita", mi heroico sobrino. El gobierno los condenó a galeras perpetuas —dijo el anciano mirando a los dos jóvenes—, pero unos piratas tomaron el barco, lo incendiaron y lo robaron, pero mis nietos estaban atados a los remos, no pudieron escapar y causaron la ira de los piratas quienes les quemaron los ojos, casi toda la cara y el cuello y luego, creyéndolos muertos los tiraron al mar. Tuve la suerte de recogerlos en mi barca y aquí están.

—Hace cuatro años ya desde que los recogí —continuó el anciano—, tienen 26 años pero nada pueden hacer porque están casi ciegos. Sólo se entretienen en pescar y hacer cestos para que yo pueda acarrear mis mercancías en mi barca. ¡Aquí tienen a los esclavos que buscan!

— ¡Tío Manoa! —gritó uno de ellos—, ¿es que nos vas a entregar a los verdugos?

—No hijos, no; yo jamás haría eso, al contrario los defenderé como siempre —les contestó el anciano.

Judá se les acercó y les preguntó —¿Ustedes creen en el Dios de Israel?

—Sí creemos en él, pero parece que se ha olvidado de nosotros —contestó uno de ellos.

—No se ha olvidado —exclamó Jesús—, y prueba de ello es que estamos aquí. Tomó una mano de cada uno de los ciegos y les miró a los ojos con aquella su mirada llena de amor que usaba cuando quería curar.

Comenzaron a sacudirse, pero aún no salían lágrimas de sus ojos. Bajo la mirada de Jesús, los párpados de los jóvenes comenzaron a enrojecer; se iban renovando como por un soplo benéfico. Las manchas y los pliegues de la piel desaparecieron; parecían renovarse. De pronto, la fina membrana de los párpados se abrió y la luz dio en los ojos de los dos muchachos. Eran sus ojos azules como el cielo de Galilea.

El anciano arrodillado ante Jesús, gritaba: —¡Dios de Israel yo no creía en los milagros y ante mis ojos has realizado el más maravilloso para nosotros! ¡Dios ha bajado a la Tierra en la persona de este joven Santo!

Cuando los ojos de los antes ciegos pudieron distinguir claramente todo, los jóvenes se decían uno al otro: —¡Hermano mío, yo creía que nunca más vería tu rostro!

Judá y Faki enternecidos, miraban atónitos a Jesús que estaba muy pálido pues había dejado parte de su vida en aquéllos dos seres tan felices ahora.

Pasada la primera impresión y llenos de alegría, los sanados pensaban en su condición de prisioneros de estado.

—No marchiten su dicha con ese angustioso pensamiento —dijo Jesús adivinando su inquietud.

—¡Dios de Abraham! —exclamó uno de ellos—, ¿Quién eres tú que lees el pensamiento?

—Un hombre que ha estudiado el alma de los hombres —contestó Jesús—, pero no piensen ustedes sólo en que son esclavos; piensen también que Dios no hace las cosas a medias. Judá, amigo mío, ha llegado tu hora...

—Yo —tomo uno y tú otro —dijo Faki a Judá—. No como esclavos sino como empleados a sueldo. Necesitaba yo un criado de toda mi confianza y creo haberlo encontrado aquí.

¿En qué flota prestaban sus servicios? —les preguntó Judá.

En la que hace nueve años mandaba el tribuno Quintus Arrius

respondieron—. La galera se llamaba "Aventina II" y nuestro capitán era Paulo Druso.

—Yo estaba en la "Astrea" que era la nave capitana de esa flota —dijo Judá—, soy hijo adoptivo de Quintus Arrius.

— ¿Cómo se llaman? —les preguntó Faki.

—Yo Isaías y quedo a tu servicio, Hach-ben Faki —y el africano lo abrazó como a un hermano.

—Yo soy Othoniel y quedo a tu servicio príncipe Judá.

—Bien, ahora vamos a la tienda a comprar ropa para que se vistan conforme a los colores de nuestra casa —comentaron Faki y Judá.

Una vez que salieron los cuatro, el anciano dijo a Jesús —Amito Santo ¿eres el Mesías que Israel espera desde hace tanto tiempo? ¡Por mi sobrino Judas dime si lo eres!

El Maestro por primera vez en su vida, dijo — ¡Sí, yo soy! —Y añadió —"¿Qué fue de mi heroico hermano Judas que me precedió en el camino del sacrificio por la liberación de Israel?

Manoa levantó una piedra de un rincón del piso y sacó un cofre de ébano el cual entregó a Jesús, quien le preguntó — ¿Qué es esto?

—Ábrelo porque es para ti, Judas mi sobrino te lo dejó —contestó Manoa.

Jesús rompió los sellos y sacó una tablilla, en la que se leía: "Hijo de David, Salvador de Israel: Sé que estás en medio de nuestro pueblo. No sé si llegue a conocerte antes de morir, porque mis días están contados y sólo espero que los tiranos encuentren mi escondite. He ofrecido mi vida por la salvación de mi pueblo. Dejo encomendados a mi tío materno Manoa de Tolemada a mis dos únicos hijos: Isaías y Othoniel. Dejo veinte talentos de oro, fruto de la venta de la heredad de mis padres y de mi trabajo. La mitad, para mis hijos y mi tío; y la otra mitad para el ejército defensor del Mesías, Rey de Israel.

¡Hijo de Dios!... salva a nuestro pueblo del oprobio y la opresión y que mis hijos honren la memoria de su padre con su vida consagrada a la justicia y a la libertad.

Judas de Galaad".

Jesús vio la fecha; habían pasado once años —pobre Judas —dijo Jesús—, te sacrificaste por la liberación política de Israel, sin pensar que es necesario, antes, preparar a Israel a gobernarse a sí misma. Yo también seré mártir como tú, pero por la liberación de toda la humanidad agobiada por la enorme carga de iniquidad que la tiene sumida en una fatal decadencia.

— Amo Santo —dijo Manoa —, guarda esto que ya regresan tus amigos y mis nietos.

—No Manoa, no tengo por qué ocultarlo, todos deben saber este secreto: Mis dos amigos y compañeros pertenecen a la Alianza Libertadora de la cual hablaba tu sobrino.

El viejo al verlos lanzó gritos de alegría. Regresaban vestidos con elegantes túnicas y turbantes de rayas amarillas, azules y blancas; pero se extrañó cuando sus sobrinos le ofrecieron también una túnica y un turbante.

—Te hemos comprado esto tío, con un adelanto del salario que nos han dado —le informaron sus sobrinos.

Jesús enteró a sus amigos del secreto de Judas y entregaron a Manoa los diez talentos de oro que correspondían a los muchachos. Uno de ellos dijo —somos jóvenes y no los necesitamos, Dios nos ha favorecido con un buen trabajo —y volviéndose hacia su —tío para abrazarlo le dijeron: —Te agradecemos todo lo que has hecho por nosotros.

—Esa es la justicia que yo reclamo, para que sea libre Israel —dijo Jesús—, si todos comprendieran la vida como ustedes, qué dichosa sería la humanidad.

Dos días después, los viajeros se embarcaban junto con Othoniel e Isaías en una hermosa galera de color marfil con una bandera amarilla cuyo nombre era "Thirza". Junto a ella había otro barco cuyo nombre estaba en letras de bronce: "Esther".

—Los mejores buques de pasajeros son de nuestro compatriota Simónides —dijo Manoa quien había ido hasta el muelle a despedirlos.

Los tres amigos cruzaron una mirada al oír este nombre, pues para él llevaba Jesús una carta. .

—¡Mira Thirza! —dijo Judá a su hermana que llegaba en esos momentos, con Jesús, Noemí, Amra, Eleacin y Shipro—. ¡Mira tu nombre en la galera en la que nos embarcaremos! ¡Y ahí otra que lleva el nombre de "Esther"!

—Por aquí debe estar Simónides de Antioquía —dijo Noemí a Judá.

Judá preguntó a Manoa si sabía dónde se encontraba y si tenía hijos.

—Poco sé de él. Se dice que fue atormentado para arrancarle quién sabe qué secretos que interesaban al gobierno del César —contestó Manoa.

—¡Dios misericordioso! —exclamó Noemí llena de temor al oírlos—, ¿por qué te empeñas, hijo mío, en que vayamos a Antioquía? . . .¿No será como arrojarlos a la boca del lobo?

—¡Madre! ten fe en el Salvador de Israel, que apenas comenzamos nuestra colaboración con él.

—No temas mujer, que tu fe y tu resignación coronarán de paz y de dicha tu vida —le dijo Jesús, ayudándola a embarcarse.

—¡Que Thirza nos lleve en buen viaje sobre las olas del mar! —exclamó Noemí.

El barco soltó amarras y todos agitaban sus pañuelos diciendo adiós a los que quedaban en Tierra.

Cuando se instalaron a bordo, Amra le dijo a Noemí: — Ama, perdona que nada te había dicho de ese buen hombre Simónides. En cada Abarco que llegaba a Jafa, él hacía llegar a Jerusalén un criado con víveres y ropa y un recado escrito que siempre decía: "La fidelidad y la honradez en un criado, son como el olivo cuya raíz nunca se seca. Nuestro Dios que alimentó a Agar en el desierto cuidará de ti. Aunque pasen muchos años no abandones tu puesto; ahí debes esperar. Simónides".

Jesús observaba la solicitud con que Amra atendía a Noemí y a Thirza y dijo: —En nuestra Santa Alianza no debe haber esclavos a fuerzas, sino voluntariamente, que puedan gozar de su libertad cuando quieran.

— ¿Como harías tú Judá para poder lograr esto? —preguntó Jesús a su amigo.

—Tal vez mediante una ley que prohibiera su venta.

—Bien —continuó Jesús—, pero sería mejor que eleváramos el nivel moral del pueblo, despertando en él los sentimientos de hermandad; claro, que después de haber extirpado la nefasta semilla del odio de clases.

—Tengo una idea —dijo Faki—, hay en caja de la Santa Alianza, más de doscientos talentos; con ellos podemos rescatar esclavos. Así sus amos no protestarían pues sería una compra legal.

—Tenemos que darlo a saber al Consejo Central de Jerusalén —dijo Jesús, entregándoles el donativo de Judas de Galaad.

—Mañana a estas horas estaremos en el puerto de Tiro por seis horas —dijo Judá—, quizá podremos implantar la buena semilla de la Santa Alianza.

—Podremos —dijo Jesús—, puesto que tenemos grandes amigos.

En efecto, en este puerto se encontraba la Torre Melkar en la que había leprosos y otros enfermos incurables. En esa misma torre se habían refugiado años atrás, José y Myriam con Jesús niño, cuando huían de Herodes.

Una vez que llegaron a puerto, se dirigieron a la Torre en donde más de sesenta enfermos fueron curados por lo energía divina del Hijo de Dios. De aquí se embarcaron nuevamente para ir al puerto de Sarepta.

Al llegar a este puerto, el barco se detuvo tres horas, las que Jesús aprovechó para buscar unas señales que había apuntado en unos papeles para visitar a algunos amigos. Luego se dirigió al norte de la ciudad donde había muchas grutas, en las que por temporadas los terapeutas habitaban. Había una llamada "La Gruta del Profeta".

Juan Bautista le había contado que en sueños había, visitado aquella gruta y que había visto en su interior un tubo de cobre conteniendo un papiro en el que el Profeta Elías contaba su origen.

Jesús se dirigió a esta gruta y encontró efectivamente el escrito que decía: "Mis padres fueron originarios de la Isla de Creta, donde al nacer yo, murió mi madre. Mi padre me llevó a Páfos y ahí murió, quedándome huérfano a los ocho años. Fui adoptado por un sabio ermitaño que me enseñó las ciencias. De él aprendí a curar y a dominar los elementos. Su sabiduría la había recibido de los anacoretas del Monte Himeto llamados Dácthylos.

Dios me tomó como instrumento de su justicia para castigar el mal y premiar el bien. Si cumplí mal, deseo ser perdonado. Si cumplí bien, alabado sea el Supremo Señor y que lo tenga en cuenta para una nueva jornada.

ElíasTesbitha".

Jesús guardó el papiro y se dirigió junto con Judá y Faki a la playa para embarcarse hacia Sidón, cuando llegó corriendo un terapeuta con un muchacho canceroso y un ciego de nacimiento. Jesús mirándolos con bondad puso una mano, sobre los ojos del ciego y otra sobre el pecho del canceroso y les dijo: —Si ustedes creen en el poder divino que residía en Elías el profeta, y que hoy reside en mí por la Ley Eterna de Amor y de Justicia, quiero que sean curados para que hagan el bien sobre la tierra.

El canceroso arrojó una bocanada de sangre y cayó en manos de Judá y Faki. El hombre ciego se restregaba los ojos como si tuviera un fuerte escozor y los iba abriendo lentamente.

El terapeuta, llamado Nabat, tenía una hermana llamada Mandoía y su hijo llamado Juan Marcos; cayó de rodillas y emocionado exclamó: — ¡Luz de Dios sobre la Tierra!

Al llegar a la isla de Sidón, famosa por su buen clima y en donde vivían muchos príncipes. Se dieron cuenta que en lo moral tenía mala fama; tanto que los buenos israelitas la llamaban "abominación de Sidón".

En esto pensaba Noemí, cuando el Maestro dijo: —Donde hay muchos contagiados es donde hace falta la purificación y la limpieza, porque quizá es mayor la fama, que la realidad.

Ya en Sidón, se dirigieron al mercado que era una gran plaza redonda con muchas puertas, en cuyo centro había una fuente con una estatua de Adonis.

Al llegar al comercio que Isaías y Othoniel buscaban, vieron que lo atendía una joven, bien parecida, llamada Tamar. Isaías y Othoniel le preguntaron por un tío de ellos.

—Yo soy su hija —dijo Tamar—, permítanme atender a estos clientes y enseguida los llevaré para que saluden a mi Padre, le va a dar mucho gusto verlos.

Mientras, Jesús, Judá y Faki recorrían la gran columnata. En una tienda de frutas y flores les llamó la atención un hombre parálítico que sentado en un sillón de ruedas atendía su comercio ayudado por un muchacho.

Al acercarse los tres, el hombre les ofreció uvas de Chipre y dátiles de Alejandría que ellos compraron para iniciar la conversación.

— ¿Estás enfermo de parálisis? —le preguntó Jesús.

—No —dijo él—, el potro del tormento me dislocó los pies y las rodillas por defender a mí familia. Vine aquí en busca de tranquilidad.

—Soy médico —le dijo Jesús arrodillándose frente al sillón—, hay dislocaduras que pueden curarse, déjame ver. Puso sus manos en las rodillas enflaquecidas y luego en los pies.

— ¡Cuidado niño, que me queman tus manos! —exclamó el hombre.

—No temas, no me acerco a ti para hacerte daño. Si eres buen samaritano debes creer en el poder divino que usaron los profetas para curar —dijo el Verbo Encarnado.

—Sí creo en el Poder Divino de los profetas, pero ahora sólo hay ladrones y asesinos con uniforme.

—Prueba a ver si puedes levantarte y caminar —le dijo Jesús con suave autoridad.

— ¡Andar yo! ¡Pero sí hace seis años que mis piernas no sirven para nada!

—Prueba a levantarte y andar —insistió Jesús, tomándolo con ambas manos. Cuando se puso de pie, lo atrajo suavemente hacia él como a un niño que aprende a dar sus primeros pasos.

—¡Mira... ya puedes andar! —exclamó Jesús,

El hombre dio un paso, luego otro, y otro más... —¡Mis pies caminan solos! —gritaba—, ¡Dios de Israel! ¡Ha resucitado el profeta Elíseo y los muertos vuelven a la vida!

—¡Calla! —dijo Jesús—, no grites; ya sabes que los profetas de Dios estamos sentenciados a muerte y aún no ha llegado mi hora.

—Todo lo que tengo y soy te lo daré, por el bien que me has hecho.

Y este hombre junto con su familia se inscribió en la Santa Alianza.

Mientras, en otra parte del mercado, Isaías y Othoniel ayudaban en la tienda a su prima Tamar, con unos clientes que eran: un hombre griego, una mujer de edad y una jovencita rubia con ojos color topacio.

—Con gusto les mandaré lo que han comprado —les dijo Tamar—, pero he de llevar estos viajeros con mi padre.

—Si te soy útil prima, yo les llevo sus bultos —dijo Othoniel, quien se había interesado en la bella jovencita.

—Está bien, acompáñalos pero no tardes —contestó Tamar.

Ya en el camino Othoniel le preguntó a la jovencita: —¿Cómo te llamas?

—María de Magdalena; mi padre es griego y se llama Hermes y tengo quince años —respondió la joven.

—Yo me llamo Othoniel —dijo dirigiéndose a sus acompañantes—, soy galileo de Tholemaida. Viajo a Antioquía pero pronto regresaré.

—Cuando vuelvas a Galilea —dijo Hermes—, si llegas a Tiberias, serás bien recibido en mi castillo de Magdalo.

—Gracias no lo olvidaré. Hasta pronto. Othoniel pensaba que sus años de ceguera le daban derecho a soñar con esa bella joven y haría lo posible por alcanzarla.

Al amanecer, todos regresaron al barco y continuaron su viaje rumbo a Antioquía.

14

JESUS Y SUS AMIGOS EN ANTIOQUIA

Casi al atardecer llegaron a Antioquía. Cuando la nave "Thirza" entraba en la bahía, Judá se acercó al capitán para preguntarle por un hospedaje cómodo; recomendándoles la posada de "Buena Esperanza".

Jesús, a su vez, le preguntó si sabía el domicilio del propietario de la nave.

—Yo voy hacia su casa, si gustan, puedo llevarlos.

La casa estaba cerca del muelle. Una vez dentro, pasaron por varias salas hasta llegar a un patio sembrado de rosales y naranjos. Al fondo había un pequeño despacho en el que entró el capitán para anunciar a las visitas y dar cuenta de su viaje. Al salir hizo pasar a Jesús y sus acompañantes.

En el despacho había, varias mesas llenas de tablas para escribir y detrás de una de ellas se veía la cara de un hombre, ya anciano, que mostraba unos ojos de mirada profunda e inquieta.

—Sean bienvenidos — les dijo el anciano.

—La paz sea contigo Simónides, amigo de Melchor de Horeb, te traigo saludos de su parte —le dijo Jesús.

El anciano los invitó a sentarse y Jesús le entregó en silencio la carta de Melchor. A medida que el anciano leía la carta, su rostro se reanimaba.

—Es una gran honra para mi casa, tu presencia en ella, ¡oh Hijo de David! pero estoy inválido y no puedo correr hacia ti. Dígnate acercarse a mí.

Jesús le tomó ambas manos y le dijo: —No busco reverencias, sino sólo comprensión y amistad.

—Sé quién eres y lo que significas para Israel —siguió el anciano—, y debes saber quién soy yo y lo que significo para ti a pesar de estar amarrado a este sillón con las piernas destrozadas por obra de nuestros opresores romanos. •

Los caminos del Señor son a veces incomprensibles a la inteligencia humana —Jesús tenía las manos de Simónides entre las suyas mientras hablaba, y el poder divino hace a veces brotar flores, allí donde sólo hay raíces secas.

¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Simónides.

—Que si tu fe es grande el Señor te dará, lo que nunca le habías pedido: el vigor físico y la salud perdida para cumplir con un deber que era sagrado para ti: la protección de una familia perseguida y desamparada. Simónides... El poderoso

Yahavé, a quien tantas veces has invocado, le devuelve la salud a tu cuerpo quebrantado y te dice por mi boca: Levántate y anda!

El anciano con el rostro iluminado se puso de pie y dio un paso hacia Jesús.

¡Estoy curado! —exclamó—, y es porque ha entrado en mi casa el Mesías anunciado por nuestros profetas. ¡Señor, tú eres el Rey de los Judíos, el Salvador que los sabios de Oriente adoraron en Belén hace 21 años. ¡Salve Hijo de David!

Más bien, Dios nos salve de torcer el rumbo de sus designios, Simónides

—contestó el Maestro y agregó: —yo acepto el nombre de Salvador del mundo, porque a eso he venido; pero el de Rey, no; soy Príncipe de un reino que no conocen los hombres donde no hay otra ley que la del amor.

—¿Y los anuncios de los profetas? —preguntó Simónides.

—Ten paciencia Simónides, el tiempo te aclarará todo. Sabes amigo, conmigo han viajado el príncipe Judá de Ithamar, con su madre y su hermana que vienen a verte.

—¿Como amigos o como jueces?

—Como amigos, Simónides, más aún, como huérfanos que buscan protección porque todavía están bajo la ley romana.

—Gracias al Dios de Abraham por su misericordia —exclamó Simónides.

—¡Oh, Ungido de Dios, contigo han venido a mí todos los bienes; todas las noticias vagas que tenía de ellos, son ahora una realidad!

—comentó Simónides—, pero ¿dónde están?

—Descansan en la hospedería "Buena Esperanza".

—¡Oh Yahavé! Han viajado en su propia nave y ahora se hospedan en su casa.

—Esther, hija mía ven, Esther —decía el anciano.

—Qué pasa abuelito —dijo Esther al tiempo que abría sorprendentemente sus ojos—. ¿Cómo es que caminas abuelo?

Jesús reconoció a Esther, pero ella por el asombro no puso atención a los visitantes.

—Mira, hija, estoy sano y fuerte. El Mesías anunciado por los profetas está en nuestra casa, salúdalo.

Llena de asombro por tantos prodigios, Esther no sabía qué hacer. De pronto sus miradas se encontraron.

— ¡Jesús!

— ¡Esther! ¿Pero, qué haces aquí y de luto?

Ella abrazó a Jesús y rompió a llorar.

Ahora, el más asombrado era Simónides quien se acercó a Esther y le preguntó: ¿Pero tú ya conocías al Ungido de Yavé?

—Sí, lo conocí en el Monte Tabor —contestó Esther. .

—Ahora comprendo —respondió Simónides—, y me toca a mí explicarte qué hace aquí Esther, Jesús: Recobré a esta nieta a la muerte de su padre Arvoth, quien murió accidentalmente en la fortaleza de Hippos hace dos meses. La madre y la hija han regresado al viejo hogar paterno. Esta es la razón. No quiero perder más tiempo voy por mi manto y mi turbante para ir a presentar mis respetos a la familia de mi antiguo patrón. ¡Mi pequeño Judá debe estar hecho un hombre!

—Aquí está tu pequeño Judá fiel administrador de mi padre —dijo el príncipe a quien un criado había conducido al despacho.

El anciano se quedó paralizado por la emoción, mientras Judá se le acercaba con los brazos abiertos. Luego el anciano le presentó a su nieta y ahora fue el príncipe el maravillado al ver la hermosura de Esther.

—Ya se ve que entró Jesús en tu casa; porque donde él llega los huertos florecen y las aves cantan —decía Judá—. ¡Oh Simónides! nuestros grandes padecimientos se han convertido en paz, amor y felicidad, porque el Ungido del Señor está con nosotros.

Simónides y Judá se contaron los sufrimientos soportados en ocho años y de cómo se multiplicaba en manos de Simónides, la fortuna de la casa de Ithamar.

—Mira —le dijo Simónides a Judá abriendo una ventana que daba a la bahía donde estaba anclada una flota de naves con pabellones amarillos y azules—, en mis manos se ha multiplicado el capital que tu padre me entregó con tanta confianza; pero no por ello éste deja de ser tuyo.

—Así es, Simónides y porque has sido justo y leal también el príncipe Judá será generoso contigo.

—Has de saber, Judá, que yo, tengo con tu padre una deuda que no puedo pagar con todos los tesoros que hubiera en el mundo. ¿Saben ustedes que una vez quise hacer en Judea lo que hizo Espartaco en Roma?... pues sí y me condenaron a la muerte que se da a los esclavos rebeldes: a la crucifixión. Me llevaban arrastrando por las calles de la ciudad, cuando por allí pasaba el príncipe Ithamar, tu padre, quien era muy respetado. Se enfrentó con mis verdugos y compró mi vida por diez mil sextercios; además a todos los esclavos que eran maltratados. Después de seis años, conforme a la Ley, quiso él darme la libertad, pero yo le pedí pasar a la clase de esclavos voluntarios. Entonces, me puso al frente de todos sus negocios como su administrador con residencia en Antioquía, donde yo era desconocido.

—Comprenderán ustedes —continuó Simónides—, que por Ley, soy esclavo del heredero del príncipe Ithamar, de tal manera que sus bienes no pueden pertenecerme por más tiempo del que yo los administre.

Judá no pudo contenerse; y acercándose al anciano lo abrazó y le dijo: —Yo no quiero ser tu amo, sino tu hijo

—He aquí —dijo Jesús—, al prototipo de lealtad y de la gratitud como muy pocas veces se encuentra en esta Tierra.

Esther que sólo había estado escuchando, pensaba desilusionada: “Si mi abuelo se declara esclavo, entonces mi madre y yo somos esclavas también; y yo que me creía princesa de Galilea... y que creía que mis padres eran de noble estirpe. Y me arrepiento de haber llegado a casa de mi abuelo que es un esclavo” —seguía pensando Esther...

Cuando se acercó para ofrecer una copa a Jesús, tenía Esther dos gruesas lágrimas en los ojos.

—Esther —le dijo Jesús con dulzura—, te rebelas internamente contra el designio divino y eso es un pecado contra la bondad de nuestro Dios.

—¿Por qué dices eso, Jesús? —y fijó sus ojos llorosos en él.

—Lo que ha revelado tu abuelo te hace sufrir, y no te das cuenta de que la felicidad y el amor vuelan a tu alrededor.

Jesús había observado que la mirada dulce y noble de Judá, se fijaba insistentemente en la joven que iba y venía para atenderlos. Y vio en el futuro otro hogar feliz como lo serían el de Faki y Thirza.

Cuando Esther se acercó al príncipe Judá para ofrecerle la copa, el buscó su mirada y le dijo: —Si eres de mi raza y de mi fe, has de saber que el beber de la misma copa, es promesa de un cariño eterno. ¡Bebe de la mía, te lo ruego! —y acercó la copa a los labios de Esther.

Ella volvió sus ojos al abuelo como preguntando.

—Bebe, niña, bebe ¿No oíste que el príncipe Judá ha manifestado que quiere ser mi hijo? —comentó Simónides.

—Esther —dijo dulcemente Judá —, si algún derecho me concedes en tus sentimientos, quiero tu piedad y tu cariño, porque he padecido mucho. Quisiera que fuéramos amigos para toda la vida.

Esther miró a Jesús y lo encontró sonriendo; y dijo: —Come lo soy de Jesús, lo seré de ti, para toda la vida.

15

JUDA Y ESTHER

Esther se había retirado a su alcoba y en un sillón lloraba desconsoladamente. Pesaban sobre ella los pensamientos depresivos de la esclavitud; se sentía humillada y despreciada. Y ese príncipe que se había mostrado tan amable, ¿no lo haría sólo para burlarse de ella, su esclava? Aún más, creía que Jesús la abandonaba a su condición de esclava. ¡Jesús... Jesús —pensaba Esther—, qué diferente de cuando hablábamos en el Tabor!

El Maestro presintió esta tempestad en el alma de Esther y le dijo a Simónides: —Permíteme buscar a tu nieta, pues creo que sufre mucho.

—Pasa Señor mío, ésta es tu casa... Esther —llama, el anciano—. El Rey de Israel quiere hablar contigo.

Salió Esther de su alcoba y se encontró con Jesús que le decía: —¿Por qué lloras, Esther?

—¿Y tú me lo preguntas, Jesús? Qué lejos está tu alma de la mía que no sabes por qué lloro. ¿No era bastante haber visto a mi padre ¡morir destrozado, sino que también tendré que soportar la humillación de la esclavitud?

—Esther... mi pura y dulce Esther, ven yo te convenceré de que no tienes ningún motivo para llorar, sino para abrir tu corazón para una nueva esperanza y para la felicidad futura.

Salieron al jardín y se sentaron en una banca de piedra, junto a un rosal.

—Así como caen esos pétalos —dijo Jesús—, sin dificultades ni sufrimientos así caerán las creaciones de tu imaginación por la sincera declaración de tu abuelo. Has de saber que Judá fue condenado a galeras perpetuas y su hermana y su madre al calabozo para toda su vida.

— ¡De veras! —preguntó Esther espantada.

—Sí y los otros dos muchachos galileos que vienen con nosotros, sufrieron cinco años como esclavos en las galeras romanas, de la misma manera que hubiera muerto tu abuelo si no hubiera sido liberado por el padre de Judá. Y tú te sientes desesperada cuanto te crees esclava del príncipe Judá que, por lo que ha sufrido, está curado de orgullos y egoísmos y que lo que menos haría sería tener una esclava. Además, he visto que él te ama; y si tú le correspondes, antes de un año te hará su esposa.

—Jesús, ¿crees que sólo siendo esposa de Judá pueda ser feliz? Yo era feliz en el Monte Tabor; lo era también en Ribia cantando los versos de Homero y nunca

me hablaste de esta manera. Tú mismo me impulsaste por este camino ¿y ahora quieres que tome otro rumbo?

—Esther, me agrada ver que razones con tanta serenidad y entiendo tu espíritu elevado, ninguna sugestión te vence; ningún fanatismo te doblega. La Verdad, la Belleza y el Bien son las tres cosas que constituyen el supremo ideal de tu vida. No es que quiera que cambies de rumbo, sino que la vida humana tiene sus exigencias, a las cuales no podemos escapar completamente.

—En el Tabor —continuó Jesús—, éramos niños, yo desconocía la misión que había de cumplir en esta vida; ahora es diferente, soy un hombre de 22 años; y tú has comenzado los 18. Yo terminé mis estudios en los Santuarios Esenios y fui consagrado Maestro de Divina sabiduría en el gran Santuario de Moab; allí recibí la iluminación del Padre Celestial acerca de la misión que tengo en este mundo.

—¿Y puedo yo acompañarte en esa misión? —le preguntó Esther.

—Sí Esther, siempre me ayudarás y lo harás con eficiencia; pero eso no impide que pienses en tu felicidad. Ahora que ya no tienes la protección de tu padre permíteme ser para ti un hermano mayor que te brinde todo su apoyo. ¿Me lo permitirás, Esther?

¿Por qué me lo preguntas? ¿Es que acaso dudas de que yo estaré contenta con tu protección? —contestó Esther.

No es que dude, Esther, sino que deseo tu pleno consentimiento. Analicemos detenidamente tu situación. Tu abuelo es ya un anciano; tu madre está delicada de salud. Por nuestra ley y costumbres no hay otro camino digno para una jovencita como tú, que un buen matrimonio con un esposo que te comprenda y tenga los mismos ideales y sentimientos; y tal hombre, es el príncipe Judá. Ahora dime Esther, ¿te he convencido?

—Pero Jesús, si pareces un agente del príncipe Judá para conquistarme

—dijo Esther un poco más alegre.

—No Esther, nada de eso; porque él nada sabe. Es sólo una clarividencia de mi espíritu que ve abrirse un camino de amor para dos almas muy queridas a mi corazón. Dios me ha tomado como instrumento de su bondad y de su sabiduría y por eso me concede ahora levantar en alto mi lámpara para alumbrar el camino de ustedes dos.

—Si tus palabras son reflejo de la voluntad divina obre mí, sólo Dios es quien hará florecer el amor en mi corazón. Hasta ahora sólo te he amado a ti; a mis padres, a mis hermanos y a mis compañeros del templo de Ribla. Pero ¿podré amar al príncipe Judá? No lo sé, Jesús, el tiempo lo dirá.

—Has hablado bien, Esther, Dios da a su debido tiempo lo necesario para que la vida se oriente al cumplimiento de sus divinas leyes. Ahora prométeme que no has de llorar más.

—Te lo prometo Jesús —dijo Esther.

Después de estas palabras, se encaminaron hacia donde estaban los demás.

Cuando entraron al despacho, todos los ojos se clavaron en ellos; Judá, que había estado mirando frecuentemente hacia el jardín, notó la gran influencia que ejercía Jesús sobre Esther y pensaba que quizá ella era la mujer que compartiría el trono con el futuro Rey de Israel. Era natural, pensaba, puesto que David, Salomón y todos los reyes habían tenido esposa. ¿Por qué ella que antes estaba llorando, ahora se veía tan feliz al lado de Jesús? No había duda, y ya con dolor pensaba, los dos se aman.

Jesús se acercó a Judá y le dijo: — Amigo mío tú piensas en algo que no puede ser realidad en mi persona. ¿Crees que yo puedo atar mi vida a una mujer en los pocos años que me quedan de vida sobre la Tierra, para que ello llore toda su existencia sobre mi tumba? Esther es para mí sólo una amistad de la infancia y ahora he hablado con ella para convencerla de que no rechace tu amor. ¡Adelante Judá! Dios te bendice en esto como en todo lo demás, porque has a ser un leal colaborador mío en mi obra de liberación humana.

Judá se quedó mudo de asombro al comprobar que Jesús leía sus pensamientos y le dijo: —¡Eres admirable, Jesús, tienes la luz de Dios! Créeme que no pensaba mal de ti; pero sí me dolía un poco el ver que se esfumaba mi sueño tan hermoso.

—Ven Esther —dijo Jesús—, dile a Judá que estás impaciente por conocer a su madre y a su hermana.

Esther mirando a los ojos de su abuelo, contestó: —Abuelito dirá.

—No es abuelito quien manda hoy aquí —dijo el anciano—, sino el Rey de Israel. Prepárate y vamos que yo me siento feliz de volver a caminar.

Salieron todos; Jesús iba con Simónides y Esther y Judá juntos, este último en el camino le dijo a Esther: —¿Y tú llorabas por odio contra mí Esther? Mal me juzgabas sin conocerme. Fuiste injusta; pero ¿es verdad que ya no lo serás más?

—Así se lo prometí a Jesús, Judá.

— ¿Llegarás a concederme tu amor? —Judá buscaba los ojos de Esther, pero ella escondía su cara.

—Estas rosas blancas que llevo a tu madre —dijo—, son símbolo de esperanza y de amor; abren al amanecer. Es cuanto puedo decirte.

— ¡Muy bien, niña mía! Esperaré ese amanecer y ojalá pronto resplandezca.

Llegaron a "Buena Esperanza" y después de los saludos y presentaciones, Simónides tomó a Jesús y a Judá y los llevó a la sala interior de la administración. Ahí les mostró un libro muy especial, contenía relatos, referencias y declaraciones de testigos oculares de los delitos, torturas y asesinatos hechos o mandados a hacer por los cónsules, gobernadores y procuradores romanos.

— ¡Todo esto es sangre! —decía con ira Simónides—. Quiero que el Rey de Israel y Judá sepan perfectamente lo que es Roma para los pueblos subyugados de acuerdo con Herodes y el Sanedrín del Templo.

—Eres ángel de justicia, buen Simónides —le dijo Jesús—. Cuando cerraron aquel libro rojo que contenía ciento ochenta y siete casos a cual más de terribles, Jesús se dejó caer en una silla y hundiendo la cabeza entre sus manos suspiró como llorando.

—Señor mío —le dijo el anciano—, ¿acaso no es justo que tomes cuanto antes posesión de tu reino para que remedies tantos males? ¿No ves cómo gimen nuestros pueblos bajo esta tiranía insoportable? Tienes a tus órdenes una flota de cincuenta navíos, veinte mil lanzas al mando del Sheiff Ilderín y tres legiones de Caballeros de Judá.

Al ver que el Maestro no respondía, el anciano se arrodilló y le preguntó: — Señor"... si te he lastimado con mi relato, perdóname no fue esa mi intención..

—Ten paz en tu alma, Simónides —le dijo Jesús—. La obra de ustedes, Simónides y Judá, es grande en esta ciudad de Antioquía al igual que en Roma, cómo será la de Faki en África del Norte, pero aún falta un poco de tiempo para que se cumplan mis palabras.

—Yo ya estoy en mi puesto para cumplir mi misión y he luchado abiertamente contra el mal que domina esta tierra —dijo Simónides.

—Ponme en contacto con las víctimas que tienes anotadas en tu libro rojo y si cuento con ustedes dos, todo ese dolor será transformado ¡se los prometo en nombre de Dios!

—Bien Señor mío, cuando quieras visitaremos Gisiva y Carandana, que son dos arrabales de esta ciudad; ahora transformados en dos hermosas aldeas edificadas con tu oro Judá, y por lo tanto son tuyas. Son doscientos treinta huertos con su casa habitación. En esas dos aldeas viven mis servidores, casi todos griegos, judíos y corintios; entre ellos están las víctimas a que se refiere el libro rojo.

— ¿Por qué lo hiciste, Simónides?

—Porque he tenido en cuenta las palabras de Dios, dichas por Jeremías: "Hagan Justicia, liberten al oprimido, no engañen ni roben al extranjero... etcétera, etcétera".

16

GRADUACION EN EL SANTUARIO DE MOAB

Dos días después, Juan, Jesús, Esdras y Eleazar, embarcaron para atravesar el Mar Muerto. Con ellos iba el Servidor Sadoc, quien debía presentarlos a Los Maestros y que comentó a Jesús: "hace 21 años les anuncié tu nacimiento y ahora te presento ante ellos para tu graduación. ¡Es un honor que no merezco!"

Esa misma tarde, los cinco viajeros entraban en el Gran Santuario de Moab, donde fueron recibidos con inmensa alegría, anunciándoles que por la noche se celebraría la primera asamblea precedida por los 70 ancianos, que integrados en grupos de diez, formaban los siete Consejos encargados de examinarlos sobre cada uno de los siete temas que abarcan toda la ciencia de Dios, de las almas, y de los mundos: (de Dios), Los Mundos, Las Almas, La Ley de la Evolución, La Ley del Amor, La Ley de la Justicia y Los Mesías o Inteligencias conductores de Humanidades.

Jesús disertó sobre cómo debía entenderse la Ley del Amor, base inconmovible de la solidaridad y armonía universal. Fue tal el entusiasmo que irradió su palabra que el Consejo de los setenta y los demás esenios que estaban allí estallaron en aplausos contra la costumbre establecida de no manifestar abiertamente su aprobación.

Sadoc y Esdras se levantaron de sus asientos sin poderse contener y abrazaron efusivamente al Maestro, afirmando que no podían desmentir el calificativo que le dieron desde su nacimiento: "Serafín del Séptimo Cielo de los Amadores..."

Juan por su parte, hizo una exposición sobre la Ley de la Justicia que lo mostró como era: un arcángel de fuego, puesto junto con Jesús para purificar y preparar el camino que el Verbo de Dios debía recorrer.

Concluidas las siete asambleas en que Jesús y Juan dieron amplias pruebas de sus conocimientos en la ciencia del espíritu, se procedió a la ceremonia de su consagración como "Maestros de Almas".

Todos los presentes vestían túnicas color violeta oscuro, con un cordel de cáñamo en la cintura, como señal de penitencia y humildad. Acompañados de sus salterios cantaron el Salmo 56: "Te alabaré, Señor entre los pueblos; te cantaré himnos entre las naciones, porque tu misericordia es grande hasta el cielo y tu fidelidad hasta las nubes..."

Terminado el salmo, guardaron silencio para meditar durante una hora en unión con Dios. Jesús tuvo, entonces, una tremenda visión que le dio a conocer claramente su mesianismo en medio de la humanidad.

Con los ojos internos del Espíritu, se vio a sí mismo de pie al borde de un abismo inmenso y muy oscuro. Sólo con grandes esfuerzos podía distinguir lo que allí sucedía... vio a la humanidad terrestre que entre ansias de muerte y estertores de agonía, se agitaba en grupos de repugnantes larvas, de gusanos malolientes, como sucias alimañas; revolcándose en una charca nauseabunda de lodo y sangre, de carne en descomposición y enloquecidos por la inmensidad de sus sufrimientos.

De aquella humanidad, una décima parte eran verdugos vestidos de púrpura, oro y piedras preciosas, que grotescamente se divertían en aplastar las nueve partes restantes, someténdolas a tremendas torturas, enfermedades, esclavitud y toda clase de miserias.

Entre la negrura de aquel abismo, vio algunas lucecitas como de cirios que ardían, pero eran tan pocas que no alcanzaban a iluminarlo. En la inmensidad del infinito, rodaban mundos apagados que, fuera ya de sus órbitas, se precipitaban a esos vacíos del espacio llamados "cementeros de mundos muertos". Jesús comprendió que en su vertiginosa carrera arrastrarían al Planeta Tierra, cuyas corrientes del Bien y del Mal estaban en completo desequilibrio, ya que el Mal era inmensamente mayor que el Bien; como un cuerpo orgánico que cuando se corrompe indica su destrucción. La visión situaba este acontecimiento en un futuro más o menos cercano.

Los mundos y las almas se parecen —pensó Jesús—, idéntica es la Ley de la Evolución que rige a ambos. Vio también que del fondo de aquel negro abismo se levantaba como una luna que subía lentamente, ensanchándose de pronto, llenando todo con su luz y que en el centro de ese disco se dibujaba la forma de una cruz similar a la que se usaba para ajusticiar a los esclavos que huían de sus amos, a los bandidos asaltantes de las caravanas y a los piratas bandoleros del mar. En la cruz aparecía un hombre ensangrentado y moribundo, que con ojos nublados por el llanto miraba con piedad aquella humanidad caída en todas las maldades y que aullaba en medio de horribles blasfemias.

Y, Jesús aterrorizado, se reconoció a sí mismo en aquel hombre que agonizaba en el madero infamante. Angustias de muerte hacían desfallecer su cuerpo doblado sobre el asiento. Entonces, percibió una grata claridad que lo bañaba todo y escuchó una voz dulcísima: "Ese es el altar de tu sublime sacrificio para salvar a la humanidad que perece. Eres libre de aceptarlo o dejarlo... Ninguna ley te obliga. Tu libre albedrío y amor decidirán. ¡Elige!"

Luego se contempló subiendo alturas luminosas, inaccesibles e incomprensibles para la mente presa de la materia; vio que con él se elevaba la

mayor parte de aquella masa de larvas y gusanos que yacía en el abismo y que se convertían en almas purificadas por su sacrificio.

"Elige —insistía la voz dentro de su visión —, es el momento decisivo de tu misión, mira que es el triunfo del Amor sobre el Egoísmo, de la Verdad sobre la Mentira; del Bien sobre el Mal".

¡Si lo acepto! ¡Acepto ese sacrificio para mí! —exclamó Jesús en voz alta y con tal fuerza que hubiera caído al suelo si los ancianos no lo hubieran sostenido en sus brazos.

Al día siguiente, todos los que vivían en el Gran Santuario de Moab, vistieron túnicas de lino y en su cabeza colocaron coronas de mirto y de olivo. El gran Servidor quemó incienso sobre el altar en que estaban las Tablas de la Ley y los libros de Moisés y de los profetas y se le preguntó al nuevo Maestro de Almas: "Jesús de Nazareth, hijo de María y José de la descendencia de David, ¿aceptas los Diez Mandamientos de la Ley inspirada por Dios a Moisés y la reconoces como la única capaz de conducir a la humanidad al amor fraterno que la salvará?"

—¡Acepto y reconozco su origen divino y su capacidad para salvar a los hombres! —contestó Jesús.

—¿Aceptas voluntariamente todos los sacrificios que tu misión de Maestro te impondrá de aquí en adelante?

—¡Los acepto, incluyendo hasta el de la vida misma!. —reafirmó Jesús.

En ese momento todos los ancianos levantaron su diestra sobre la cabeza inclinada del nazareno y pronunciaron en voz alta las solemnes palabras de la "Bendición de Moisés": ¡"Salve, Ungido de Dios, Sacerdote Eterno, Salvador de los Hombres, Salve a ti!"

Los esenios con sus rostros bañados en llanto abrazaron a Jesús. Cuando le tocó el turno a Juan éste le dijo: "El Padre Celestial habló por fin para ti..."

—Sí Juan —dijo Jesús—, pero habló tan fuerte que todavía —tiembla mi corazón por el eco de su voz.

Con igual ceremonia fue consagrado Juan como Maestro de Almas.

Por la tarde, los viajeros fueron llevados a la gruta de Moisés en el Monte Nebo. Jesús, Juan y los ancianos venidos de Jerusalén pidieron permiso para contemplar los libros de Moisés aceptados como escritos de su puño y letra y el Alto Consejo les permitió hacerlo.

Eran cinco pequeños rollos de papiro escritos, que decían: "El Génesis o Visión de Moisés", que narra la formación de nuestro sistema planetario y su evolución primitiva; "El Éxodo" narración de la salida de los israelitas de Egipto; "El Levítico o Libro Sacerdotal" que designa a la tribu de Leví para las funciones sacerdotales; y

las ceremonias como le fueron dadas a Moisés por el Mundo Espiritual; "El Libro de Registros o Números" y el "Libro de la Ley o Los Diez Mandamientos" con breves explicaciones.

Jesús comprobó que aquellos rollos auténticos, habían sufrido largas añadiduras quizá con el deseo de proporcionar mayor claridad al texto original en el que no existían castigos ni penas ya que esto se les dejaba al juicio de los Setenta Ancianos. Comprobó que a la mitad del segundo siglo de la muerte de Moisés, aparecía por primera vez la pena de "lapidación". Lo anterior hizo comprender a Jesús la diferencia entre la Ley recibida desde los planos espirituales y la reglamentación o serie de estatutos creados por los dirigentes de Israel desde Josué hasta los días actuales.

—Juan —dijo Jesús—, hemos de tener esto en cuenta en nuestras enseñanzas como Maestros de Divina Sabiduría.

—¡Eso les costará la vida, como ya sabemos! —comentaron acongojados los Maestros esenios.

17

LOS ESPONSALES

Para celebrar la llegada del Rey de Israel; el encuentro feliz con la familia del príncipe de Ithamar y su propia curación; Simónides mandó que se preparara una gran cena en el salón de honor del antes palacio de Ephifanes.

Jesús estaba al centro de la mesa; a su lado, Noemí Simónides, le seguían Judá con Esther, Faki con Thirza e Isaías y Othoniel.

Todo era alegría en aquel ambiente y era el Cristo encarnado el que irradiaba aquella íntima paz y felicidad.

Cuando los criados abrían las ánforas de vino de Chipre, Jesús pidió un momento de silencio a las risas y voces vibrantes de concordia y de sincera amistad.

Todos callaron; entonces Jesús, de pie dijo: —Cuentan las antiguas crónicas sagradas, que cuando Abraham quiso una esposa digna para su hijo Isaac, mandó a su mayordomo Eleazar a buscarla en el país de su nacimiento; y encontró a Rebeca al borde de una fuente de aguas dulces, de la cual dio de beber a él y a sus camellos.

Nuestro Padre Celestial —continuó Jesús—, amoroso y sabio en sus designios, ha querido que sea yo, como el mayordomo fiel de Abraham, que tuvo el acierto de elegir una santa compañera para el hijo de su amo.

—Simónides —dijo Jesús—, hombre justo, abuelo feliz: te pido la mano de Esther, para el príncipe Judá, hijo de Ithamar; y a ti, digna, matrona, viuda de Ithamar y madre dichosa pido la mano de tu hija Thirza para el Hach-Ben Faki de Cirene. Que esta unión sea como un rocío de bendiciones para todos ustedes y para la obra de liberación humana que el Padre Celestial nos ha encomendado.

El viejo Simónides, con voz temblorosa por un sollozo contenido, sólo pudo decirle: —¡Señor... mi Rey de Israel ¿quién puede negarte algo a ti que todo lo haces como si Dios mismo lo hiciera? Ninguna dicha será mayor, que ver a mi Esther, esposa del hijo de Ithamar.

Noemí reponiéndose de la emoción, contestó con dulce voz: —Si mi hija ama al Hach-Ben Faki, yo lo recibo en mi corazón como a mi propio hijo.

Todas las miradas se fijaron en Thirza y Esther.

Las dos jóvenes extendieron sus manos en silencio hacia los que pedían unir sus vidas a ellas; y quedaron así celebrados los esponsales. Las bodas se celebrarían juntas, seis meses después.

Tres semanas permaneció Jesús en Antioquía y casi nadie lo supo, porque todavía no había llegado su hora, como él decía.

18

EL SABIO BALTASAR EN THIPSA

Baltasar, el anciano sabio que había visitado a Jesús en Belén hacía ya 22 años; y luego en el Santuario del Hermón cuando Jesús tenía siete años, vivía en Susan; ciudad en la que tenía una escuela-Santuario del Divino conocimiento.

El Sabio que contaba entonces 80 años de edad, recibió una carta de Jesús en la que le avisaba de su estancia en Antioquía y en la que le pedía se encontraran en la hermosa ciudad de Thipsa, a la orilla del Éufrates. Navegó, pues, Baltasar por el gran río hasta Thipsa, donde Jesús ya lo esperaba.

El saludo fue un mudo y largo abrazo.

Jesús le presentó a sus amigos que le acompañaban: Judá y Faki. Después de un breve refrigerio, Jesús tuvo una plática en secreto con Baltasar.

Tenía el anciano un pequeño libro en el que iba anotando las noticias y revelaciones acerca del Mesías de la humanidad. El título del libro era: "El camino del Mesías".

—Amado hijo de Dios —le dijo Baltasar—, me he permitido avisar a nuestro amigo Gaspar para que venga a saludarte, pero desde el Indo donde se encuentra ahora, hasta aquí, hará catorce días de viaje.

— No importa —dijo Jesús—, le esperaré con gusto en Antioquía.

—¡Oh Hijo de Dios!, los tres unidos hablaremos del camino que te falta por andar. Porque te presentas ante el mundo para enseñar a los hombres la verdadera ley, nuestro idéntico origen y destino; porque salimos de Dios y hemos de volver a Él; en tiempo indeterminado que nuestro descuido o nuestra maldad alarga a veces inmensamente. Te presentas a decir al mundo que no debe haber esclavos ni ricos hasta la exageración, ni pobres hasta la miseria, que el que más posee más debe dar al que carece de todo y tendrás que echarles en cara su iniquidad, descubrirles sus mentiras y engaños; el despilfarro que hacen los poderosos, eternas promesas que no se cumplen.

—Entonces todo ese egoísmo herido por tus palabras —continuó Baltasar—, se volverá contra ti, para maltratarte y para que nadie pueda seguir el camino de la verdad. En mis sueños veo una legión inmensa que te ha de seguir con fe y amor. Pero la mayoría buscará en ti la grandeza del lujo y del poder que en verdad no es más que paja y humo, comparado con los tesoros infinitos de luz, de dicha y de amor. Te volverán la espalda, te despreciarán y te pisotearán como a un gusano...

—Tus palabras Baltasar, concuerdan perfectamente con la visión que tuve en el Santuario de Moab, la cual me anuncia un terrible sacrificio. Por esto te pido —suplicó el Verbo Encarnado—, que me ayudes con tu oración y tu amor para que mi naturaleza humana no predomine en lo que mi yo superior ya ha aceptado.

—No temas, porque en tu última manifestación en la Tierra, has venido sólo a triunfar sobre el Mal y el egoísmo humano.

Luego el sabio Baltasar, guió con sus palabras a los amigos de Jesús, Judá y Faki quienes habrían de ser en el futuro, cooperadores cercanos en la obra mesiánica de salvación.

Al día siguiente, Jesús y sus dos amigos volvieron a Antioquía dejando al anciano Baltasar muy consolado y fortalecido con la presencia del Hombre-Luz.

Llegaron a media noche a "Buena Esperanza". Todos los esperaban con inquietud; y Simónides se apresuró a decirles:

—Descansen bien, porque mañana nos espera mucho trabajo. Mi Señor de Israel ¡si vieras con que ansia te esperan en Gisiva y Carandama!

19

EN ANTIOQUIA DOS ALDEAS NUEVAS

A la salida del sol, toda la familia emprendió el viaje a los suburbios de Antioquía.

Al llegar al arco triunfal de Epifanes, vieron a un hombre harapiento y sucio que comía pescado. Tenía los pies desnudos y deformados por golpes y quemaduras.

—Buen día, Simón le dijo Simónides.

¡Buen día, amo! —exclamó asustado—. ¿Cómo es que caminas? preguntó Simón.

¡Gracias a un Milagro de Dios, Simón!

Noemí al ver aquella miseria pensó: —Ojalá que el Mesías haga algo por él—. Y Jesús al descubrir su pensamiento le dijo: —¿Ves este arco levantado por la soberbia humana? Pues bien, mira al que por vanidad se hizo levantar este arco —y señaló al mendigo. —¡Es su reencarnación! —exclamó Noemí aterrada—. ¡Qué tremenda es la justicia de Dios!

Jesús se acercó al mendigo y le preguntó: —¿Qué te ha sucedido en los pies?

—Trabajaba en la fragua y tuve un accidente —le contestó. —¿Crees en Dios? —volvió a preguntarle Jesús.

—Soy de Gao, pero me eduqué en Chipre, donde se cree en muchos dioses: en Júpiter, Baco, Marte...

—No, yo hablo de Dios, Padre Universal de todo cuanto existe —dijo Jesús emitiendo sobre él una poderosa energía.

—Por El puedo volver a caminar —interrumpió Simónides.

—Sí tu Dios es tan bueno como, dices..., sí creo —contestó el mendigo.

Entonces Jesús se arrodilló y tomó entre sus manos los sucios y desfigurados pies del mendigo, y le dijo: —Sabe que Dios quiere que camines en el camino de su justicia y de su amor. ¡Levántate, te lo mando en su nombre!

El mendigo dio un grito de dolor porque sintió que se enderezaban los huesos de sus pies; se extendió cuan largo era y luego se levantó. Iba a dar saltos y gritos de alegría, pero Jesús le dijo:

—Calla buen hombre, soy extranjero y me van a tomar por un mago.

—Ve a una tienda y compra un poco de ropa —le dijo Simónides dándole unas monedas—. Luego ve a Gisiva que ahí tendrás un hogar.

Mientras el mendigo hacía lo que le habían ordenado, Jesús y sus compañeros llegaban a un altiplano desde donde se veían las dos aldeas.

—Esa es Gisiva y aquella Carandana. Hace ocho mil años el Monte Casio a cuyas laderas fueron edificadas estas dos aldeas, se llamaba Monte Casson y sobre él la Fraternidad Kobda edificó un Santuario para las mujeres repudiadas por la Ley de las Esposas Únicas, promulgada entonces por la Gran Alianza de las Naciones, donde trabajaban y vivían honradamente hasta que encontraban un nuevo esposo —explicó Simónides y agregó: —la mayor parte de sus moradores son refugiados que han encontrado la tranquilidad; todos trabajan en lo que pueden, hasta los ciegos.

—Subamos por este camino —dijo Simónides.

A pocos pasos adelante, un enjambre de chiquillos llegó a su encuentro; entre ellos había varios deformes y enfermos. Jesús se fijó en uno que tenía una enorme joroba y acercándose a él le preguntó: ¿Cómo te llamas?

—Bueno, en realidad no lo sé, desde hace mucho tiempo me llaman "el jorobado". Mi madre se llamaba Nelia, si quieres, llámame Nelio —Contestó el chiquillo

—Tengo especial interés en este pequeño —le dijo Jesús a Simónides—, hablaré con él más adelante —Siguió Jesús acariciando a los demás niños y recibiendo las moras y cerezas que le daban.

—A la hora de la comida les daremos dulces que trajimos de la ciudad; y tú que eres el mayor —le dijo Jesús al jorobado—, ven con nosotros para que luego les digas a los demás dónde estamos.

Jesús lo tomó de la mano y le dijo: —Soy médico ¿te gustaría que te curara?

—¡Oh no podrás! —exclamó el jorobado—, desde—que me acuerdo soy así.

—Es verdad —dijo Simónides—. Nació con la espina dorsal doblada, a consecuencia de las torturas que sufrió su madre por resistirse a la seducción del tribuno Duilio, cuando su esposo fue asesinado.

—No me lastimen por favor, siento como que me van a romper la espalda —dijo el pequeño.

—No tengas miedo, Nelio —dijo Jesús—, permanece tranquilo; sólo paso mi mano por tu espalda para curarte. ¿Crees en Dios?

—Sí creo, mi madre me dijo un día que yo tenía un Padre bueno en el cielo y que El cuidaría siempre de mí.

—¿Nunca le pediste ser curado de tu espalda? —preguntó el Maestro.

—Algunas veces sí, sobre todo cuando los niños de la ciudad me lanzaban piedras. Aquí todos me quieren.

—Bien Nelio, yo te digo que Dios, que es el Padre bueno que tu madre te enseñó a amar, quiere curarte para que seas un hombre útil a tus semejantes. Mírame a los ojos... mira el cielo azul, a sol que todo lo alegra, mira las copas de los árboles que parecen llegar hasta las nubes. Mira otra vez... así ahora bendigamos juntos al Padre bueno que perfeccione tu cuerpo, para que seas misionero de su verdad y de su amor.

Al ir mirando hacia lo que le decía Jesús, se fue enderezando sin darse cuenta. Bajo la suave presión de la mano de Jesús, la espalda del niño quedó completamente vertical.

— ¡Me has curado, estoy curado! —le dijo el pequeño con lágrimas de alegría—, yo... yo no tengo con qué pagarte...

—lo único que te pido es que no te dejes ver ahora por tus compañeros. Ellos no guardarían el secreto y no es conveniente que se sepa.

—No te preocupes Jesús —dijo Simónides—, lo llevaré conmigo a la ciudad; allí encontraré trabajo para él.

—Ya llegamos a la antigua gruta de Gisiva —dijo Simónides— y a propósito, voy a contarles una antigua leyenda: "Gisiva y Carandama eran dos hermanas mellizas a quienes el rey, su padre, las condenó a vivir en aquellas grutas en castigo por haber amado a dos prisioneros de las tierras de los hombres rubios y por haberles ayudado a escapar. Tanto lloraron las dos princesas, que sus lágrimas formaron dos hilos de agua cristalina que salía por una gruta de aquellas rocas de su prisión".

Así platicando; llegaron a una plazoleta que estaba a la entrada de Gisiva frente a la gruta de la leyenda, ahí los esperaban Judá y Esther; y Faki con Thirza.

—¿Y este jovencito tan guapo de dónde vino? —preguntó Esther refiriéndose al ex jorobado.

—Es la primicia de esta jornada de nuestro Rey de Israel; y como tú pronto me vas a dejar, pues busco un relevo que me ayude.

En esto estaban cuando se acercó a Simónides el Gobernador de Gisiva y muy preocupado le dijo:

—Los chiquillos que recogen moras y cerezas allá abajo, preguntan por su jefe el jorobadito.

—Míralo... ahí lo tienes —dijo Simónides.

El gobernador, de origen israelita, abrió los ojos asombrado y exclamó: Alabado sea Yahavé, por las maravillas que obra entre nosotros.

Más tarde, Jesús y sus acompañantes visitaron a los refugiados, de Gisiva. Estaban allí representados todos los sufrimientos del alma y del cuerpo; y a pesar de ello, todos se dedicaban a trabajar con entusiasmo.

—Transformar el dolor en trabajo útil a la humanidad es una gran obra, Simónides. ¡Esto es hermoso... muy hermoso! —dijo Jesús.

—Ahora visitaremos a los dementes; entre ellos está un príncipe de Listra quien fue despojado de sus bienes; y en su presencia, mataron a su madre, se llevaron a su esposa y mataron a su recién nacido hijo.

—Acerquémonos a él —pidió Jesús a Simónides —, quiero hablarle.

Jesús se sentó junto al enfermo a oír la música que en esos momentos ejecutaba y extendió sobre él la red sutil de su pensamiento y de su amor. A su influjo, la música era unas veces como un sollozo, otras como tempestad; por fin se hizo suave y tierna como un canto que arrullara a un niño. De repente el enfermo cayó al suelo y rompió a llorar.

—Amigo mío —dijo el Maestro—, cuéntame tu pena, que el dolor cuando es compartido es más llevadero.

—Esa música que acabas de oír, la tocaba yo para dormir a mi niño cuando entraron los romanos. ¿Acaso eres tú uno de ellos?

—No, soy israelita, nazareno de Galilea. ¿Cómo te llamas? —preguntó Jesús.

—Jefté de Listra.

—¿Sabes dónde se encuentra tu esposa, si es que está viva?

—Se la llevó como esclava a Roma un tribuno llamado Marcio Fabio, es todo lo que sé.

Jesús anotó estos datos y le dijo: —Jefté, soy médico de cuerpos y almas. Tu alma sufre una lenta agonía, pero si lo deseas, Dios todopoderoso te puede curar.

—Ya no me ilusiona nada en la vida, extranjero, mejor si puedes, hazme morir —pidió Jefté.

—¿Y estos compañeros que te rodean, no significan nada para ti?

—Ni ellos me conocen, ni yo los conozco. Ellos no me sirven para nada ni yo a ellos —dijo Jefté.

Jesús irradió sobre él una fuerte corriente de amor que produjo en el enfermo un estremecimiento y luego le preguntó:

—¿Soy también para ti, vacío y olvido?

—Tú parece que sí me amas y que yo necesito amarte —murmuró el enfermo.

¡Hermano Mío! —dijo el Maestro—, para la bondad de Dios no hay dolor que sea incurable, todavía puedes esperar que una luz ilumine tu camino. ¿Quieres confiar en mí?

El enfermo se había quedado en silencio, parecía dormir. Jesús comprendió que ya se había curado y que su despertar sería a una nueva vida.

Simónides, emocionado, observaba a distancia y decía a media voz, volviéndose a sus compañeros: —¡Judá... Esther! acomoden a los lisiados y enfermos en el salón grande de la sinagoga para que nuestro Señor los cure a todos.

—¡Calma Simónides! —le dijo Judá—, acuérdate que Jesús no quiere publicidad.

—Tienes razón, hijo mío, la felicidad de tenerle entre nosotros, me vuelve loco.

Jefté despertó y miraba a todas partes con extrañeza.

—Judá, ven —llamó Jesús.

—Aquí estoy Jesús, ¿en qué puedo servirte?

—Supongo que entre tus amistades de Roma puedes averiguar qué hizo el Tribuno Marcio Fabio con la esposa de Jefté de Listra.

Marcio Fabio, ¡fue un grandísimo pillo, que murió acuchillado por uno de sus enemigos! —comentó Judá.

¡Justicia de los dioses! —exclamó Jefté—. ¿Qué habrá sido de mi querida esposa Soemía?

Al oír este nombre, Judá preguntó: —¿Soemía era tu esposa? Si es así, sé donde está: la compró Fulvia, noble matrona romana, que vive con su esposo paralítico en su villa; la que por cierto, está cerca de la que yo habité en Roma durante cinco años.

—¡Ya está hecho! —dijo Jesús—. Bendigamos a Dios que así lo quiere. Jefté ya no estás solo. Pronto verás de nuevo a tu esposa.

Judá pidió a Simónides le consiguiera un papiro para escribir una carta. Esta iba dirigida a Fulvia y decía: "Yo Judá de Ithamar, compraré a tu esclava Soemía, no para hacerla mi esclava, sino para devolverla a su verdadero dueño: su esposo que la llora desde hace muchos años, como muerta".

Jesús aprovechó esta ocasión para hacer con sus poderes internos una experiencia que todavía no había probado: "Deseo que al momento que la inteligencia de Fulvia acepte devolver a Soemía, el paralítico sea curado de su mal. ¡Lo quiero, Padre mío, Bondad Suprema!... lo pido yo que he aceptado el más grande sacrificio que puede hacer este hijo tuyo por la salvación de sus semejantes. ¡Lo reclamo con todas las fuerzas de mi espíritu!

Y con este pensamiento, cayó en éxtasis entregándose completamente en manos del Padre Celestial y en voz baja decía: ¡Todo para ti, Padre mío!... para mí, el dolor, la ignominia, el oprobio, los ultrajes y la muerte, ¡ Así lo quiero... lo reclamo... te lo pido!

Mientras esto ocurría, en la otra orilla del Mediterráneo, en la Costa Occidental de Italia, Fulvia la Matrona, le decía a su esclava: —Soemía ¿serías capaz de privarme de tu compañía y de tu música, si de pronto se te avisara que tus familiares viven?

— Señora. ¡Pensad cómo se ama a un hijo o a un esposo! —dijo Soemía.

— ¡Cuánto amas a los tuyos! Te prometo reunirte con ellos si los encontramos. Pero pondría precio a tu libertad; ya que todo lo perdiste, te adoptaría como hija conforme a la ley y vivirías siempre con los tuyos en esta casa de verano, tranquilos y lejos de Roma.

Este era el momento en que Jesús había entrado en éxtasis...

De repente, oyeron que Flaminio el esposo de Fulvia, gritaba: —Fulvia, ven.

Al llegar a su encuentro, lo vieron de pie junto a una ventana, gritando: ¡Estoy curado, estoy curado! Cuando dormía soñé que un hermoso mago me levantaba de mi lecho y me mandaba caminar. Cuando desperté vi que mis manos y mis pies me obedecían. ¡Los dioses han tenido piedad de nosotros!

En ese momento vieron la tenue e impalpable imagen de Jesús a lo que exclamaron: —¡Oh el mago que me curó!

—No soy un mago —les dijo Jesús—, soy el Mesías, Salvador de los oprimidos y de los que sufren. Soy la Fe, la Esperanza y el Amor en ustedes y estoy aquí para consolarlos —continuó la Divina visión y para decirles que Jefté el esposo de Soemía vive y pronto se le unirá. Cuenten dieciocho días desde hoy y les llegará una carta de Antioquía con esta noticia. Ustedes tendrán una nueva fe que será su estrella y consuelo en los años que vivan en la tierra.

Los tres en su pensamiento se preguntaban: —"¿Quién eres?"

—Soy el mensajero de ese Dios único del que les hablo, llámenle Dios Amor.

La aparición se fue esfumando como una nube.

Si años más tarde en Antioquía fue donde se oyó por primera vez la palabra Cristianos, para designar a los discípulos de Cristo, así también Gisiva y Carandama fueron, llamadas después: "Las aldeas de los santos", pues aquí floreció en verdad la fraterna caridad tal como la había soñado el Divino Maestro.

Veinte días llevaban nuestros amigos en Antioquía, cuando de Roma llegó el mensajero enviado por Simónides, con los documentos firmados por Seyano, ministro de Tiberio Emperador, en los que se manifestaba la reivindicación de la

esposa y los hijos del príncipe Ithamar de Jerusalén, en forma de que no pudieran ser molestados por ninguna autoridad representativa del César en Palestina y Siria, y gozaran de la libre posesión de sus bienes.

20

EL SHEIFF ILDERIN

Todos comentaban con alegría la reivindicación de la familia de ithamar, cuando se anunció la llegada del Scheiff Ilderín.

Era un verdadero príncipe oriental: vestía todo de blanco con un gran manto que flotaba al viento; su turbante era rojo con plumas blancas prendidas con un grueso broche de rubíes y sus armas estaban llenas de oro y pedrería.

El príncipe Ilderín había sido instruido por el sabio Melchor, en los caminos de la Ley de Dios; pero no podía entender cómo el Salvador del mundo, si era tal, no había de ser un Rey que se apoyara en un gran ejército.

Judá y Simónides, después de recibirlo, lo hicieron pasar al Salón de los Árabes.

—¡Oh Dios Eterno! —exclamó el Scheiff mientras se acomodaba en un sillón — bien sabes mi buen amigo Simónides, qué a gusto me siento en esta posada.

—Pues ahora te encontrarás en el paraíso, con la presencia de un arcángel de oro como lo es nuestro soberano Rey de Israel, Judá fue por El.

—Aquí tienes al esperado de Israel —dijo Simónides presentando a Jesús.

—Señor —dijo el árabe—, como abrazo al sabio Melchor, te abrazo a ti en quien veo brillar la llama de un verdadero afecto.

—Traigo para ti, oh Scheiff, esta carta de nuestro amigo Melchor.

—Graves asuntos ha de tratar la carta, pues eligió a tan gran mensajero. Con el permiso de ustedes... —y abrió la carta. Al terminar de leerla, exclamó: —El odio que anidaba en mí corazón desde hace 20 años, se ha ido apagando y hoy sólo tengo el deseo de ver brillar la justicia, la libertad y la paz. Si tú eres, Príncipe, Hijo de David, el que ha de darnos la justicia, la verdadera libertad y la paz, todo el desierto de Arabia se levantaría a mi voz para colocarte en un trono muy alto. Tú me dirás en que puedo servirte.

—Mi querido amigo —le dijo Jesús—, tú me hablas como un hombre de armas; en cambio yo te hablo como hombre que ha aprendido la Divina Sabiduría. ¿Has pensado alguna vez, cuál es la causa y origen de todas las dominaciones y esclavitudes? Es el atraso moral e intelectual de los pueblos; es decir, la ignorancia en la que se han forjado los eslabones de la cadena que esclaviza a nuestros países. La Luz de la Divina Sabiduría —continuó Jesús—, fue apagada desde hace siglos hasta olvidarse que todas las razas y pueblos tienen el mismo origen y el mismo destino.

Cuando se destruya la ignorancia que ensombrece a todos los pueblos, brillará la libertad. Créeme buen Scheiff, que no me ilusiona absolutamente oír que me llamen "Príncipe o Rey"; en cambio sí que me llamen "Maestro". Tú ¿quieres ayudarme llevando mi Luz a tus montañas y desiertos?

—Sí quiero ayudarte; pero ¿qué podrá tu Luz contra las legiones romanas que todo lo arrasan? —preguntó el Scheiff.

—Mi obra salvadora no es por corto tiempo, sino para muchos siglos; hasta que los hombres hayan aprendido que matarse unos a otros por unos metros de terreno, es la mayor aberración que cometen los habitantes de la Tierra.

—Pues en verdad te digo —continuó Jesús—, que los grandes conquistadores verán su espíritu errando y enloquecido escuchando por siglos y siglos las maldiciones de sus víctimas que no les dejarán un momento de reposo ni en el espacio infinito ni en sus futuras vidas físicas hasta que paguen a la Justicia Divina por la última lágrima que hicieron derramar a los caídos bajo el casco de sus corceles de guerra. La grandeza y la felicidad de los pueblos no se consiguen por las armas sino por la elevación de las masas.

—Profeta de Dios —dijo el Scheiff—, no alcanzo a llegar hasta la cumbre de Luz en que te veo, pero con toda el alma creo que Tú eres el Salvador del mundo; puedes contar conmigo y con mis aliados. Dios se dignará iluminarme cuando llegue la hora.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo Jesús—, que te conceda sus dones, porque eres fiel buscador de la Verdad Divina. Sé que ustedes cuatro se sienten fascinados ante la Verdad Divina que les he expuesto, ¿no es así?

—Sí, es verdad —respondieron.

—Pues ese triunfo del bien sobre el mal será obra de la Santa Alianza y la lucha durará veinte siglos completos que es el tiempo que le falta a la humanidad para cambiar de evolución —dijo Jesús.

—Entonces, ¿nuestro ejército en formación debe ser descartado? —preguntó el Scheiff.

—No está en contra de la Ley de Dios que el hombre sepa defender sus derechos. Hagan lo mismo que hace muchos siglos realizó la Fraternidad Kobda en los Valles del Nilo. Formó un gran ejército de arqueros alrededor de todos sus pueblos aliados para mantener el orden y hacer respetar sus derechos y poner un alto a la ambición humana —contestó Jesús.

—A propósito —dijo de pronto el Scheiff —, mi hijo mayor quiere casarse con una sobrina de Judas de Galaad, pero también la pretende un hijo del Tetrarca Felipe, que ambiciona más la dote de la joven que a ella misma.

—Conozco bien al Tetrarca Felipe —dijo Simónides—, es un hombre embrutecido por los vicios. Su mujer favorita, Herodías, es una mujer libertina y ambiciosa en exageración; capaz de vender su alma a cambio de oro o de piedras preciosas. Preséntate a Herodías con grandes dones y negocia el asunto para bien de tu hijo y de la hija de Judas. Es la única manera.

—Por cierto dijo —Jesús—, en esta misma posada se hospedan los dos únicos hijos del ilustre mártir, primos hermanos de tu futura nuera.

Al ser enterados Isaías y Othoniel de lo anterior, ofrecieron todo de su parte para evitar que su prima Nora cayera en manos del nieto de Herodes el idumeo.

La mediación de Herodías para con el hijo de su marido, costó al Scheiff Ilderín una diadema de oro y esmeraldas, un collar y unos aretes; además de un apacible huerto a las orillas de Cesárea de Filipos.

—¿Dónde se ha visto que tengamos que comprar la libertad y la dicha de nuestros hijos? —comentó el Scheiff.

—No ha llegado la hora, Scheiff —le contestó Jesús—, pero ten por cierto que cuando yo sea levantado en alto, los pueblos todos correrán hacia mí, y me llamarán como a Judas de Galaad: el gran mártir de la liberación humana.

21

LA MUERTE DE BALTASAR

Dos semanas llevaban en Antioquía cuando llegó de Roma la contestación de Fulvia en la que se le concedía la libertad a Soemía; y aún más, se la adoptaba como hija y le suplicaba también que fuera enviado Jefté de Listra a Roma para que vivieran juntos en la Villa de recreo de los ancianos.

Baltasar y Gaspar por su parte, estaban reunidos en Thipsa.

Jesús acompañado del Scheiff Ilderín, de Judá y de Faki, emprendieron el viaje a la mañana siguiente de haber recibido la noticia, para saludar a los dos ancianos.

Jesús, emocionado, dijo a sus amigos: —He pedido a mi Padre Celestial que Baltasar no se vaya de la Tierra sin que yo le dé el último abrazo. En el fondo de mi espíritu ha resonado la voz divina: "corre a su lado y le alcanzarás antes de que parta".

—En estos momentos —continuó Jesús—, es cuando dudo de Ser lo que ustedes creen. ¡Me siento tan débil, tan de carne humana!

Al llegar a la casa en que se hospedaba Baltasar, Jesús corrió a su lado y se arrodilló junto a él.

—Ya estoy a tu lado, Padre mío —le dijo con infinita ternura—. Nuestro Dios Amor no ha querido llevarte sin que nos diéramos el último abrazo.

Una sonrisa apareció en el rostro del anciano. Su respiración era muy fatigosa pero haciendo un esfuerzo, le dijo: —Hijo de Dios, tampoco yo quería partir sin verte por última vez. ¡Has venido y estás a mi lado!... Recibirás mi último aliento, mi última mirada y luego cerrarás mis ojos. ¿Qué más puedo desear? Mi espíritu libre te seguirá como una chispa de luz en todos los pasos de tu vida mesiánica. Te acompañaré en tu vida y en tu muerte. En la hora de tu victoria final, seré el primero que te recibirá en el Reino de Dios. Mi corazón que te ama tanto, te bendice ahora cuando va a dejar de latir, ¡Hasta pronto!

Un suspiro más largo y profundo fue el último y los ojos ya sin vida se quedaron fijos en el rostro del Hombre—Luz.

Jesús lloró sobre el pecho del anciano. Ya más sereno dijo: —Padre Mío, que tu claridad divina le siga en lo infinito, como le siguió en la tierra; y que tu amor le conceda la eterna recompensa.

Al arreglar el cuerpo de Baltasar, encontraron entre sus ropas, una petaquita de cuero negro que fue abierta por Jesús. Contenía la última voluntad del anciano y decía: "Yo Baltasar de Susan, Persia, declaro no haber tenido más hijos que los

discípulos de mi Escuela de Divina Sabiduría, no dejo deudas y nadie las tiene conmigo. Sólo tengo un pacto espiritual, con mis amigos Melchor y Gaspar nos hemos comprometido a cooperar en la salvación humana que ha venido a realizar el Hijo de Dios a quien lo reconocimos, en la cuna. La mitad de mis bienes serán para el sostenimiento de mi Escuela; y la otra mitad, debe ser empleada en colaborar en las obras que realice el Avatar Divino encarnado en la Tierra. Nombro ejecutores de mi voluntad a Melchor y Gaspar. Que el Altísimo a quien adoro y sirvo reciba mi espíritu.

Baltasar de Susan - Siervo de Dios".

El cuerpo de Baltasar fue llevado a Babilonia para sepultado en su escuela.

Jesús se despidió tristemente de Gaspar, y al hacerlo presintió que él sería el segundo en el gran viaje.

Ya de regreso con sus amigos en Antioquía, Jesús pensaba en todo lo que tenía que hacer en su tierra natal a la que deseaba volver antes de comenzar el verano; pero antes, habría de visitar la heredad del Sheiff Ilderín, quien se había adelantado al "Huerto de las Palmas" para recibir al Rey de Israel.

22

EL HUERTO DE LAS PALMAS

"El Huerto de las Palmas", posesión del Scheiff Ilderín, era un espeso bosque de grandes palmeras al sudeste de Antioquía y en medio tenía un pequeño lago.

El Scheiff había invitado a Jesús y a sus acompañantes a que visitaran su heredad. Para ello el Scheiff le mandó una escolta a acompañarlos, con la cual al día siguiente partieron rumbo a la heredad.

Cuando llegaron al "Huerto de las Palmas" el sol brillaba en todo su esplendor. El Scheiff Ilderín al verlos llegar no cabía en sí de gozo; había adornado su casa y las tiendas de los soldados como para una gran fiesta.

Más de tres mil hombres armados, que vivían ahora con sus familiares, formaban un pueblo numeroso a la orilla del lago; los tres mil lanceros hacían guardia con sus relucientes lanzas y jabalinas, y el viento hacía ondear los penachos de plumas de sus turbantes.

El entusiasmo de Judá y Faki no se pudo contener y desde sus caballos comenzaron a gritar: —¡Viva el gran Rey del Oriente, gloria de Israel!

Los tres mil lanceros les contestaron con un ¡Viva! ensordecedor al mismo tiempo que cruzaban en alto sus lanzas para que pasara debajo de ellas el joven Maestro.

Jesús al llegar, bajó de su cabalgadura y abrazó al Scheiff: — Me recibes como a un Rey y no soy más que un Maestro de la divina Ley del Amor.

Caminaron todos hacia el salón de recepción. Se sentían felices, sólo Jesús, con los ojos llenos de lágrimas extendía su mirada sobre aquella muchedumbre y sobre el lago. Recordaba la tremenda visión del Santuario de Moab: "Cuando yo sea levantado en alto —dijo Jesús pensando en voz alta—, todos los corazones se volverán hacia mí".

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Simónides.

—Cuando el velo del templo se rasgue de arriba a abajo y las tinieblas cubran la Tierra —contestó Jesús aún pensativo.

En medio del feliz ambiente, apareció de pronto un nuevo personaje: Era un anciano de alta estatura, enjuto y seco, de color trigueño y con unos ojos profundos y negros llenos de inteligencia y de bondad; vestía una larga túnica blanca ceñida con un cinturón de cuero y llevaba en sus dos manos una cinta de oro con setenta rubíes incrustados.

—Es nuestro Patriarca Beth-Gamul —dijo el Scheiff a sus invitados—. El ermitaño de los montes Tadmur.

El anciano se colocó ante Jesús y le dijo en arameo: —Profeta del Altísimo tus días comienzan y los míos terminan. Has llegado a tiempo ya que pronto seré llamado al Paraíso de Dios y el desierto quedará sin Patriarca. El ángel de las anunciaciones me dijo que Tú eras el enviado para iluminar a los hombres y me manda ceñir tu cabeza con la banda de sus elegidos.

—Y sin esperar respuesta ciñó la cabeza de Jesús, dobló una rodilla en tierra y dijo con voz fuerte: —¡Salve Maestro! —y este saludo lo repitieron tres mil voces.

—Paz y Amor a todos —les dijo Jesús—, ustedes se han postrado ante la Sabiduría Divina que me consagra Maestro del desierto. Yo también les dejaré, a su tiempo, un sucesor que los conduzca por el camino del único Dios y los aparte de los falsos dioses que han llevado a la humanidad al abismo. En esta Arabia pétrea está el Monte Sinaí en el que Moisés dio la Ley Divina.

El anciano Patriarca emocionado se adelantó y felicitó con un fuerte abrazo a Jesús, quien en voz alta le dijo: —En ti abrazo a todos estos lanceros del desierto a los cuales les pido que jamás empuñen sus armas, sino en defensa de los débiles, pues solo así les podré decir: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia porque el Eterno los saciará de ella.

Así terminó aquella solemnidad con la que los árabes entraron a la Alianza del Salvador del mundo, por la amplia puerta de su corazón, templo del Amor Divino.

Después de la comida, todos quisieron dar un paseo por el pequeño lago que pronto se llenó de embarcaciones. Jesús le dijo a sus amigos: —Vayan también ustedes. Yo haré compañía al Scheiff Ilderín, al Patriarca Ben-Gamul y a Simónides.

En esto estaban, cuando del lago, unos agudos gritos de auxilio llegaron a sus oídos. Jesús y los demás salieron de la tienda en el momento en que algunos soldados se desnudaban y se lanzaban al lago para ir al rescate de varios jóvenes, que en el centro del lago, habían naufragado.

Al darse cuenta de esto, Jesús les gritó: —¡Quietos!, Vuelvan a la orilla porque se ahogarán antes de que puedan llegar.

De pronto, una Luz envolvió al Maestro y una ráfaga de viento lo llevó sobre las aguas. Un grito de asombro escapó de todos al ver la blanca figura del Maestro que iba sobre las aguas a una velocidad tremenda.

El Scheiff Ilderín estaba muy pálido, ya que dos de sus hijos habían ido al desafortunado paseo.

Al llegar los náufragos contaron que en su ansiedad, se afianzaron de las manos, de los pies y de las ropas del Profeta que se mantenía como una roca blanca sobre las aguas, hasta que se acercaron los botes para recogerlos.

Todos ellos agradecían a Jesús con grandes voces: —¡Este joven Profeta ha de ser Elías que vuelve a la Tierra para hacer Justicia!

23

JESÚS Y JOSELIN EN NAZARETH

Tres días después, Jesús dejó al Scheiff Ilderín para regresar a su tierra natal. Parte del viaje lo realizó junto con Simónides y Esther, pero se separó de ellos en Tolemaida con la promesa de reunirse en la ciudad Santa en la Próxima Pascua

En el Puerto Galileo, ya lo esperaba su tío Jaime quien de inmediato le informó que José y su medio hermano Joselín estaban delicados de salud.

La llegada de Jesús fue un día de gloria para la casa de Nazareth y la mejoría de los enfermos fue clara; sin embargo Jesús comprendió que su padre y su hermano habían llegado al final de su Camino terrestre.

La misma noche de la llegada de Jesús a Nazareth y estando en casa de sus padres, se concentró en oración en la alcoba de Joselín y su espíritu profundizó en los designios divinos. Comprendió que su padre había terminado honrosamente la misión que se le había encomendado y que su cuerpo sólo resistiría unos pocos meses y que Joselín ansiaba ya morir pues había venido este mundo con la sola misión de servir de escudo a la infancia y adolescencia de Jesús y él ya era grande y fuerte.

Joselín se había quedado dormido y entre sueños le decía a Jesús: —¡amado hermano mío!... dame ya la libertad.

He cumplido mi misión contigo. ¿Por qué me retienes?

El joven Maestro abrazó a su querido y noble hermano y poniendo en él pensamientos llenos de amor le dijo: —Yo te doy la libertad, hermano mío, si Dios te lo permite, ¡vete!

Joselín durmió una hora más, luego dio un gran suspiro; era el último de su vida física; corta en días pero abundante en méritos por los caminos de Dios.

Fue este un golpe muy duro para José; y si no fuera por la presencia de Jesús, no lo hubiera podido resistir.

—¡Madre!... —le decía a Myriam consolándola—, no causemos pena a nuestro dulce y amado Joselín con nuestro llanto. Si él sólo buscó amar y servir a todos como podía, el Señor lo ha llevado a su Reino para premiarlo con su Amor que es Luz, Paz y Felicidad eterna.

Ana, la pequeña hermana de Joselín, veía desaparecer al confidente de sus tristezas y sus esperanzas. Jesús fue a su lado y le dijo: —Ahora seré yo para ti Joselín y Jesús al mismo tiempo. Tendrás dos hermanos en uno solo.

José, sentado en su sillón leía el libro de Job; "El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó... bendito sea su Santo Nombre". Luego añadió: —Jesús ocupará para nosotros el lugar de Joselín, él nos consolará porque es capaz de amar más que todos nosotros juntos. Myriam —dijo ya más sereno—, Joselín me espera; no tardaré mucho en irme con él. Tú tendrás la dicha de ver el triunfo de nuestro hijo, Profeta de Dios, antes de que abandones esta vida. Vamos juntos al comedor que debemos recibir a los que vienen a las oraciones de este día de duelo.

Cuando ya estaban todos juntos, Jesús llamó con el pensamiento a Joselín para consolar a los suyos; y parecía que les decía:

“Estoy feliz, y su llanto no tiene razón de ser porque estoy libre del agotamiento físico y de la fatiga de mi corazón. Tienen ustedes a Jesús, El los consolará”.

Los demás asistentes sólo sintieron una gran paz y se limitaban a decir: "Bendito el hogar que tuvo tal hijo". No así Jesús que en su corazón recibió un mensaje de Joselín: "En otoño dejará nuestro Padre el plano físico. Sería bueno que no te apartaras del hogar hasta que esto suceda”.

Momentos después Jesús decía en voz alta: —¡Altísimo Señor de los mundos! Que tu soberana voluntad se cumpla por encima de todas las cosas y que nosotros seamos capaces de aceptarla con gratitud y amor. ¡Te damos gracias por la paz y felicidad con que has colmado a nuestro hermano y te rogamos que sea también con nosotros, cuando quieras llamarnos a tu Reino inmortal!

Pasados los días de luto, Jesús se consagró por entero al cuidado de sus padres. Tenía con ellos conversaciones sobre la vida después de la muerte, y todo esto fue preparando a José para su viaje al mundo de la Ley del Amor para reunirse con Joselín.

José pensó hacer un último viaje a Jerusalén con su esposa y Jesús. En el viaje se les unieron algunos familiares y amigos.

24

DE NUEVO EN JERUSALEN

En el último tercio del año 22 de su vida, Jesús estaba de nuevo en Jerusalén, en casa de Lía, junto con sus padres.

Mientras recorría el huerto de la casa con el anciano José; ambos reían con los recuerdos que Jesús iba evocando... ¿recuerdas cuando murió el asno canelo sobre cuyo lomo paseaba? ¿Cuando me caí de las ramas de una higuera donde me había escondido resentido con Lía, porque me encontró dando a los tordos las mejores raciones de uvas?

Así entre recuerdos y risas transcurrían los últimos días de José junto a Jesús, quien encontró que sus amigos de Jerusalén discutían mucho al igual que los soldados romanos lo hacían con aquéllos que creían que ya había llegado la hora de la liberación de Israel.

José de Arimatea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco, no podían frenar del todo los ardores bélicos de los afiliados a la Santa Alianza; sobre todo entre los más jóvenes.

Para las celebraciones religiosas y fechas importantes de la familia imperial, los soldados romanos colocaban en las plazas y en las Calles, bustos de los dioses romanos y del César, adornados con guirnaldas; pero por la noche los jóvenes rebeldes los arrancaban y en su lugar escribían grandes letreros que decían: ¡A la horca con los tiranos! ¡Afuera los invasores! ¡A lapidar a los traidores a la Ley y al Templo!...

En represalia, se redobló la vigilancia y acoso de los soldados romanos a los hebreos. Treinta y seis jóvenes fueron encarcelados y llevados a la Torre Antonia.

Cuando Jesús lo supo, comentó: — Ahí tienen ustedes el resultado de confundir El Reino de Dios con el reino terrestre. La Santa Alianza tiene el objetivo de engrandecer las almas e iluminarlas por medio del Divino conocimiento, que da a los pueblos la fuerza para conquistar su libertad. Esto significa que entre nosotros, hay muchos que no han entendido los fines de la Santa Alianza ni su principal objetivo que es la unidad con disciplina moral, mental y física. Significa también, que si estos exaltados de la Santa Alianza llegaran a obtener el poder, procederían exactamente igual que los tiranos de ahora.

Averiguó que el comandante de la Torre Antonia era nuevo; y que el oficial al que había curado tiempo atrás, estaba ahora en la Ciudadela y era yerno del Comandante de la Torre Antonia. Jesús fue a visitarlo y al verlo el comandante se

mostró muy contento de ver de nuevo al profeta nazareno que le había salvado la vida. Todo le parecía poco para atenderlo.

El Maestro le expuso la aflicción que tenía por los treinta y seis jóvenes encarcelados en la Torre y le consultó la conveniencia de pedir su liberación.

—Él caso es muy grave —contestó el oficial romano—, mi suegro el comandante encargado de la Torre, está también desesperado porque su único hijo varón tiene lepra. Ha visto muchos médicos pero su mal avanza rápidamente, está a punto de perder los dedos de las manos y el labio superior. Tú eres profeta y médico ¿recuerdas? Si lo curas, cuenta con que hará lo que le pidas...

—Preséntame con él por favor y veré qué puedo hacer —le dijo Jesús.

—Vamos ahora mismo, estoy seguro de que él, en su desesperación, te recibirá como a un Dios del Olimpo.

Llegaron a la Torre y el comandante le presentó a su suegro a Jesús: —Aquí tienes a un profeta nazareno que cura la lepra.

Desconfiado el jefe de la guarnición preguntó a Jesús: —¿Eres Médico?

—Sí, lo soy, comandante. Mi Dios me ha dado el poder de curar las enfermedades por graves que éstas sean. Tu yerno me ha hablado de tu hijo enfermo y aquí estoy a tus órdenes.

—Si salvas a mi hijo, haré lo que me pidas, aunque sea renegar de mis dioses y del mismo César.

—Nada de eso te voy a pedir, sino que hagas obras agradables a mi Dios que es Amor y Justicia —le contestó Jesús.

—Bien, vamos —dijo el oficial —, dirigiéndose a Jesús y a su yerno.

Caminaron por largos pasillos hasta llegar a la celda de los leprosos. Entraron al compartimento que estaba destinado sólo a los romanos de alcurnia atacados por la lepra. El comandante abrió una puerta que daba a una sala bien iluminada y amueblada, pero llena de polvo y telarañas. Nadie se atrevía a limpiar aquel lugar. Al frente se veía un lecho y junto a la puerta había una mesa sobre la que se dejaban los alimentos y agua. El enfermo estaba recostado en el lecho y parecía dormir. Era un joven como de veinte años.

—¡Ábreme la puerta! —dijo Jesús.

—Pero... ¿vas a entrar? ¡Ni su madre me ha pedido esto nunca!

—Ábrele —le dijo el yerno—, el profeta es vencedor de la muerte.

—Grande es tu fe —dijo el Maestro al yerno del oficial —, y he de tenerla en cuenta.

Jesús entró y se acercó a la cama del leproso.

—¡Paulo Cayo! —dijo el Maestro en voz alta.

El enfermo se incorporó y miró a Jesús con ojos espantados. —¿Eres también leproso? —le preguntó a Jesús.

—No, gracias a Dios. Vengo a curar tu mal —le contestó Jesús. El muchacho soltó la carcajada y se acostó de nuevo, vuelto a la pared.

—¡Paulo Cayo! —volvió a decir el Maestro con energía.

El joven saltó del lecho y quedó de pie ante Jesús: —¿Qué quieres de mí?

—Que creas en el poder que mi Dios puso en mí para devolverte la salud —exclamó el Maestro.

—¡Creo, creo, creo en el poder de tu Dios, profeta! —dijo desesperado Paulo Cayo.

Jesús se concentró y extendió sus manos sobre el leproso: —¡Padre mío!... muestra a los hombres sin fe que Yo soy tu Hijo; al cual has transmitido tus poderes divinos sobre todos los dolores humanos...

—¡Paulo Cayo! ¡Mi Dios quiere que seas curado! —exclamó Jesús.

El joven se desplomó sobre el lecho, sin sentido, como herido por un rayo.

—¡Lo has matado! —gritó su padre.

—No, comandante, lo que ha muerto es el mal que lo consumía. Entren sin temor que aquí ya no existe la enfermedad.

El cuerpo del joven ya no mostraba señales de la horrible enfermedad.

Al verlo así, impresionado el padre gritó: —¡Llamen a su madre!

Un oficial, corrió a llamarla, ella llegó muy afligida pues creía que la llamaban a presenciar la agonía de su hijo.

—¡Nuestro hijo está curado! —le dijo el marido acercándola a la cama donde yacía su hijo todavía aletargado.

El Maestro mezcló agua y vino y con sus manos roció sobre la cara del joven el agua varias veces: —Paulo Cayo ¡despiértate! tus padres te esperan, le dijo Jesús.

El comandante llevó aparte a Jesús y le dijo que le manifestara lo quería como recompensa: —Estoy ampliamente recompensado al ver la felicidad de ustedes —le dijo Jesús.

—¿Y nada quieres para tus familiares? —volvió a preguntarle, el comandante.

—A mis padres y a mis hermanos nada les falta. Gracias a Dios, tienen salud, paz y alegría; pero tengo otra familia que sufre y que no es de mi sangre; para ellos sí pido tu favor y clemencia. Me refiero a los treinta y seis israelitas que están encarcelados en esta fortaleza.

—Pero ellos han ofendido al César.

—Lo sé comandante, ése no es el camino para alcanzar la libertad. No es a los justos, sino a los delincuentes a quienes hay que perdonar; por eso pido piedad para ellos.

— ¡Profeta de Dios... Nada puedo negarte. Hoy mismo quedarán libres.

Mandó traer a los treinta y seis jóvenes, y les dijo: —Este profeta de vuestro Dios me pide su libertad. ¡Ahora ya están libres!

Algunos que le reconocieron exclamaron: — ¡Jesús hijo de David, nuestro futuro Salvador!

—Sí, soy su salvador de la condena en que cayeron por imprudentes —les dijo con severidad—. ¿No se dan cuenta de que así sólo empeoran la condición del pueblo hebreo? El comandante me ha concedido su libertad, pero sólo con la promesa de que han de ser dóciles y pacíficos ante la eventualidad del dominio extranjero.

—¡Lo prometemos! —Contestaron —, pero siempre y cuando los soldados no se metan con nosotros.

El comandante les dijo: —Bien, de ahora en adelante todo será diferente. Yo respondo que los soldados respetarán al pueblo y el Profeta responde por ustedes.

—Nuestro Dios los quiere libres y justos. Regresen a sus casas. Y diciendo esto cayeron las cadenas de sus pies.

—¡Por Júpiter! — exclamó el comandante—. ¿Qué significa esto?

—Más difícil es matar la lepra de tu hijo; que romper las cadenas de los cautivos. ¡Mi Dios es dueño de cuanto existe y no hay poder como su poder! —dijo Jesús.

—¡Eres un mago poderoso y te harás dueño del mundo! Al ver esto casi olvido a mis dioses del Olimpo, por tu Dios Profeta de Israel.

—Hazlo como dices y serás muy feliz —dijo Jesús.

—Miren que es muy grande el poder de nuestro Dios y también puede dar la libertad a Israel, si fuera digno de ella; por eso esperen con paciencia; porque no está obligado a liberarlos una vez más. El Padre Universal ha manifestado su poder ante nuestros dominadores para que sepan que cuando El sea servido, nos dará el don de su libertad. Vayan tranquilos a su casa; sean prudentes al contar su salida de la cárcel porque el silencio es el mejor aliado de los oprimidos.

Entre los presos había un sobrino de Eleacín que fue corriendo al palacio de Ithamar y contó a su tío lo que había pasado.

Faki preparaba un viaje a Cirene, su ciudad natal, y Jesús aprovechó para enviar con él, cartas a Filón de Alejandría y al Príncipe Melchor, invitándoles a venir a Jerusalén, ya que pasaría en la ciudad todo el otoño por asuntos familiares.

Al despedirse en el Puerto Ascalón, Faki le dijo al Verbo Encarnado: —Considero como mi segunda patria al país de los hebreos. Dejo toda mi alma aquí, donde queda Jesús, Thirza, Judá y Noemí que ha reemplazado a mi madre.

La estancia de Jesús en Jerusalén con sus padres fue muy activa, sobre todo para tranquilizar a los afiliados a la Santa Alianza. Por otra parte, día a día se iba formando en su yo íntimo la conciencia clara de su misión Salvadora en el mundo. No había venido sólo para Israel, sino para todos los pueblos y razas de la Tierra. Con frecuencia iba al templo a consultar los antiguos papiros que los sacerdotes esenios le facilitaban.

Siendo Eleazar y Esdras ya muy ancianos, comentaban a solas con Jesús el ridículo sentido que le daban los malos sacerdotes a la Ley Divina: "Por todo y para todo debían acudir a un sacerdote para que diera "El visto Bueno" a cada situación y circunstancia de su vida". "Una mancha en la piel exigía la intervención del sacerdote que dijera si lo hacía impuro". "Tocar ropas u objetos de un cadáver, exigían intervención sacerdotal y ofrendas para la purificación...

Todo eso enfriaba la fe del pueblo, que naturalmente descuidaba el mandato fundamental del Amor de Dios y al prójimo. No había día en que no se vieran obligados a acudir a los sacerdotes, para "Purificarse" de las impurezas contraídas por cosas tan insignificantes que llegaban a lo estúpido y ridículo.

Un día a la hora de gran concurrencia de fieles, estaba Jesús en el Templo y un Doctor de la Ley explicaba las innumerables ordenanzas sobre las cosas impuras en cuanto a comida, bebida, acercarse a los sepulcros, a los animales, etcétera, etc.

—Tú que eres un Doctor de Israel —le preguntó Jesús—, ¿puedes decirme cuántos fueron los mandamientos que Yahavé dio a Moisés?

—¿Eres tú tan ignorante que no sabes? Fueron diez y son estos: "...” y recitó con énfasis los mandatos del Decálogo.

—¿Con qué derecho ustedes han corregido la plana de Moisés añadiendo una cantidad exorbitante de preceptos y de leyes que se necesitaría un carro egipcio para cargarlos? —preguntó Jesús.

—¿Quién eres tú, que haces frente a un Doctor de la Ley y miembro del Sanhedrín que puede castigarte por tu rebeldía? —le dijo el Doctor encendido en cólera.

—Soy el que te puede decir: "Calle tu lengua, porque está mintiendo ante Dios y ante el pueblo".

Rápidamente salió del Templo; el asombro de todos fue grande, porque el orador hacía grandes esfuerzos por hablar emitiendo sólo sonidos inarticulados.

Algunos salieron para apedrear al imprudente que había alterado la paz del Templo pero sólo encontraron a dos limosneros y paralíticos; a los que Jesús al salir, cubrió con su manto azul y luchaban por quedarse cada quien con una parte del manto que Jesús al salir les había puesto encima, sin darse cuenta de que sus piernas torcidas y contrahechas ya estaban curadas.

Los que salían a apedrear al Maestro, se arrojaron sobre aquel bulto azul, creyendo atrapar al rebelde y grande fue su asombro cuando vieron a los mendigos curados que corrían con el manto azul de Jesús cogido de los extremos y lo hacían flotar al viento como retazo del mismo cielo de Judea.

Mientras, el orador había recuperado el habla, pero se había postrado en tierra y rezaba llorando amargamente: "Señor Dios de Israel, el fuego de la Gehenna está encendido para mí, porque conociendo la verdad, he enseñado la mentira, Señor... ten misericordia de mí, que desde mi profundo abismo, clamo a ti, esperando tus promesas".

25

MUERTE DE JOSÉ

Una noche, Jesús despertó sobresaltado porque creyó oír la voz de su padre que lo llamaba. Corrió a su alcoba y lo encontró profundamente dormido. Se sentó a su lado y se puso a meditar; en esto estaba cuando de pronto, observó que una blanca silueta transparente se dibujaba junto a él: Era el cuerpo astral de su padre; mas no bajo el aspecto de un anciano, sino el de un hombre maduro.

Jesús sintió que el cuerpo astral le decía: "Mi cuerpo duerme su última noche en la tierra. Quiero dar este paso teniendo tus manos entre las mías. Ayúdame a entrar en el "Reino de la Luz".

La blanca y transparente imagen se esfumó sobre José, quien al momento despertó como buscando algo.

—¡Oh hijo, estabas aquí! Acabo de soñar contigo pero no recuerdo el sueño. Estás triste... ¿qué te pasa?

—Nada, sólo oraba a tu lado y ello me produjo gran emoción —le contestó Jesús.

— Debe ser muy temprano —dijo José incorporándose.

Jesús descorrió las cortinas de la ventana y una pálida luz rosada inundó la habitación.

—¡Es el amanecer! —exclamó José y agregó —: Cuando el sol se levante un poco más, verá la techumbre dorada y azul del Templo del Señor. Recítame el salmo de acción de gracias, porque el Señor me deja ver la Luz de este nuevo día.

Jesús hacía un gran esfuerzo por serenarse para que su padre no se diera cuenta del dolor y la tristeza, que oprimían su corazón.

—En este momento —le dijo Jesús apenas conteniendo su tristeza—, recuerdo un viejo papiro que me gustaba mucho leer cuando estaba en el Tabor, en él se refieren las hermosas visiones del reino de las almas, que tenía con frecuencia un maestro de Divina Sabiduría, que vivió en un continente desaparecido bajo las aguas hace muchos siglos. El continente se llamaba Atlántida y el maestro, Antulío.

—¿Y qué visiones eran esas? —preguntó José.

—Te relataré algunas: Antulío veía diariamente flotar como nubecillas blancas sobre la faz de la tierra, ángeles del Señor, que él llama Cirios de la Piedad, los cuales iban recogiendo de la tierra, como flores de un jardín, las almas de los que diariamente dejaban su cuerpo para pasar a los reinos de la Luz y son millares de

Cirios de la Piedad los que realizan esta misión: Desprender las almas de su materia física para introducir las en el plano espiritual que por su grado de evolución han conquistado.

—Oyéndote, hijo mío, pienso que es una ignorancia y una grande incompreensión el tener horror a la muerte. Ese Maestro de Divina Sabiduría debía ser un gran iluminado —decía José mirando serenamente a su hijo.

—Así es; y su notable clarividencia ha permitido a nuestras escuelas superiores formar grandes tratados sobre el asunto abriendo nuevos horizontes a los buscadores del Eterno Ideal.

En este momento apareció Myriam llevando leche caliente con miel y panecillos recién horneados, y dijo: —¿Cómo es que tan temprano estás aquí hijo mío?

—Vine porque creí oír que mi padre me llamaba —contestó Jesús.

—Jesús, busca el Libro de los Salmos, que ya el sol se va levantando —dijo José mientras desayunaba—. No te vayas Myriam, que los tres juntos daremos gracias al Señor porque hemos visto la luz de un nuevo día y porque nos colma de tantos favores.

Jesús tomó el libro y fue escogiendo los más bellos y sugestivos versículos que fueron llenando de suavidad el alma de José.

Los rayos del sol caían sobre las cúpulas doradas del Templo del Señor. El rostro del anciano pareció iluminarse de una serena beatitud, mientras iba repitiendo las frases que Jesús leía: "Como el ciervo ansia las corrientes de las aguas, así mi alma suspira por Ti, oh Dios. ¡Mi alma tiene sed de Dios! ¿Cuándo llegaré a la presencia de Dios? Envíame tu luz y tu verdad; que ellas me guíen y me conduzcan a tu monte santo, a tus tabernáculos. Llegaré al altar de Dios, al Dios que es la alegría de mi gozo y te alabare al son de la cítara, ¡Oh Dios mío! Espero en Dios, pues he de alabar al que es mi salvación, mi Dios...

José continuaba mirando el espléndido paisaje del sol sobre la cúpula del Santuario y ya no oía la lectura de su hijo, porque en voz baja repetía el último versículo de los salmos recién leídos: "¡Espero en Dios, pues he de alabar al que es mi salvación, mi Dios...!

Una ligera sacudida estremeció su cuerpo; y el gran silencio de la muerte envolvió a José.

Myriam que estaba en oración no se dio cuenta de lo que había pasado.

Jesús en voz alta dijo: —Recíbelo Señor en tu reino de amor y de luz, porque él te amó sobre todas las cosas y por ti amó a sus semejantes como a sí mismo.

Myriam al oír las palabras sollozantes de su hijo, volvió en sí y miró con espanto las pupilas inmóviles de su esposo.

—Ya nos abandonó; hijo mío —murmuró sollozando Myriam.

Jesús la abrazó tiernamente mientras le decía: —Está en el Reino de la Luz y del Amor, donde nos aguarda —la llevó al comedor y allí llamó a Lía, a los criados y a algunos familiares que vivían al otro lado del huerto.

Cuando José fue enterrado en la cripta del Rey David, Jesús fue acompañado por sus amigos de Jerusalén y por numerosos miembros de la Santa Alianza.

26

HACIA EL DESIERTO DE JUDEA

"Jesús el Profeta" es también descendiente de David, tanto que ha sepultado a su padre en la tumba real. Este pensamiento inquietó a los príncipes y doctores del Sanedrín. Los sacerdotes esenios recomendaron a Jesús se internara un tiempo en el desierto mientras se calmaban los ánimos.

Myriam, aún dolorida por la muerte de su esposo, y antes de la partida de Jesús hacia el desierto, fue enviada al palacio de Ithamar.

Poco después, el Maestro junto con Judá, Simónides y Shipro se adentraron por el Monte de los Olivos, en el árido desierto de Judea. Después de un día y medio de camino, llegaron a un refugio que los esenios tenían en aquel desierto para ayudar a los dementes.

Sólo dos semanas estuvo Jesús en este lugar. Shipro, que realizaba continuos viajes a Jerusalén para enterarse de la situación, les llevó la noticia de que José de Arimatea y Nicodemus habían logrado calmar el ánimo del Sanedrín.

Durante su estancia en el desierto, Jesús curó a cuarenta y dos dementes a los cuales llamaban "endemoniados". Entre ellos había una mujer que tenía la manía de cavar fosas para enterrarse a sí misma. Los esenios la vigilaban continuamente evitando se suicidara. Había quedado loca desde que en la Degollación de los Infantes mandada por Herodes, le habían degollado a su hijo, a su marido y a su padre. Las causas de casi todos los casos que había en este lugar eran: persecuciones, asesinatos, prisión y despojos.

Cuando Jesús vio aquel panorama doloroso de tanta tragedia humana, hundió su frente entre sus manos y sentado en una piedra lloró en silencio.

Shipro viendo el sufrimiento del Maestro, con mucha ternura se puso de rodillas ante él y le dijo: — ¡Príncipe de David, cuando yo lloraba abrazado a mi camello, Tú me consolaste... Ahora, Tú lloras y yo no puedo consolarte!

—Lloro, Shipro, por la maldad de los hombres —dijo Jesús—, y a veces me falta valor para sacrificarme por ellos. ¡Será el sacrificio de un cordero destrozado por tigres!

Judá que estaba oyendo la plática, le dijo emocionado: —Es el hombre el que habla en este instante: ¡Jesús Hijo de Dios!

Judá escogió para pasar esa noche una gruta limpia y seca y Shipro ayudado por seis de los dementes, dispuso los lechos.

A la mañana siguiente, Jesús fue a visitar a uno de los dementes ya curados. El hombre aún dormía. Cuando despertó vio al Maestro a su lado que le ofrecía pan y frutas secas con infinita amabilidad.

—Tú me has curado, pero siendo yo un loco furioso y poseído de los demonios, ¿no has pensado que puedo matarte?

—¿Serías dichoso si lo hicieras? —le preguntó el Maestro... —¡Oh no podría matarte aunque quisiera, porque tú eres un corderillo sin hiel! Te guardan los ángeles de Yahavé —respondió el ex demente.

—Bien eso está, mejor. Come y después hablaremos porque Yo soy el amigo que esperabas y que por fin viene a buscarte.

Simónides intervino en la plática y dijo: —Si él quiere, yo necesito en mi casa un hombre como él.

Una semana después, regresaron a Jerusalén: Judá y Simónides colocaron a los dementes sanados en trabajos dignos.

Jesús estaba preocupado por su madre, ya que el regreso a Nazareth le sería muy doloroso. Había salido de allí acompañada de José y regresaría sin él. Pero para tranquilidad de Jesús en el Palacio de Ithamar, Noemí, Thirza y Esther se encariñaron tanto con la Madre del Verbo Encarnado que ya no la dejaron regresar.

El tiempo anterior a las bodas de Thirza y Esther fue de incomparable dicha. Marcos el prometido de Ana estudiaba en el Gran Colegio de los esenios y era escriba. Al término de sus estudios fue colocado por Simónides en una agencia que él administraba en Joppe, para que pudiera ayudar a sus familiares.

A este grupo vino a reunirse Sabad, la madre de Esther, la cual había contraído nuevas nupcias.

27

EN LA SINAGOGA DE ZOROBABEL

Durante la larga estancia de Jesús en Jerusalén, se dedicó a visitar las sinagogas que había en la ciudad para confrontar los textos sagrados que cada una de ellas tenía.

Por recomendación de Esdras, Jesús visitó dos de ellas con especial interés: la de Zorobabel y la de Nehemías.

La primera se encontraba en un antiguo barrio del noroeste de la ciudad; y la segunda, en el barrio sur a pocos pasos de la Puerta de Sión.

"Quiero pasar como un desconocido en ambas sinagogas para evitar todo recelo", había dicho Jesús a sus amigos Doctores de la Ley.

Sin embargo, en la visita que hizo a la sinagoga de Zorobabel, Hilcías, el anciano escriba que también era clarividente, vio que al entrar Jesús toda la penumbra de la sinagoga se llenaba de luz dorada. Hilcías tenía una llaga en un brazo que no le permitía desempeñar bien su oficio y al ver aquella poderosa radiación, oró fervientemente a Yahavé: —"Señor, Dios de los cielos y la Tierra, si de Ti viene esta luz que percibe mi alma, que mi llaga se cure".

En unos momentos, vio azorado, que la llaga se secaba rápidamente y quedaba sólo una pequeña mancha rojiza sobre la piel.

—¿Quién eres? —le preguntó a Jesús quien ya se había acercado al anciano.

—Un hebreo que busca sabiduría —le contestó Jesús.

—Y un Profeta de Dios, ¿no es así?

—¿Tú cómo lo sabes? —preguntó Jesús.

—Porque la luz de Yahavé camina contigo y esa luz ha curado mi llaga; mira —le dijo mostrándole el brazo donde momentos antes estaba la llaga.

—Si el Señor te hizo depositario de sus secretos —dijo el Maestro—, es porque tienes capacidad para guardarlos. Sé pues fiel al Señor y que tu silencio te haga merecedor de nuevos dones. —Y sin decir más, el Verbo Encarnado se dirigió hacia una banca a meditar.

Momentos después sonó la hora en que debía explicarse la Sagrada Escritura y un Rabino se acercó a Jesús dándole el libro de Isaías, le dijo: —Maestro, mi Señor, dignate explicar el capítulo 66 del Profeta Isaías que corresponde al día de hoy.

Jesús leyó: "Esto dice Yahavé: El cielo es mi solio y la tierra basamento de mis pies. ¿Dónde está la casa que ustedes van a edificar para mí? ¿Y cuál es el lugar de mi reposo? Todas esas casas las hizo mi mano; y todas ellas son obra mía, dice Yahavé. ¿Y en quién pondré yo mis ojos sino en el pobre y humilde de espíritu que oye con respetuoso temor mis palabras?"

Jesús devolvió el libro al Rabino y explicó lo leído: —Entiendo que el Altísimo busca con agrado el amante corazón de sus criaturas, para reposo de su infinita grandeza, pero dice también que el corazón del hombre soberbio, no puede ser jamás santuario para el Supremo Hacedor.

"Es humilde de espíritu el que realiza toda clase de obras buenas para darle gloria y que clama ante a Divina Justicia: ¡No mires Señor mi iniquidad y miseria y acoge en tu misericordia a tu siervo, no por lo que es, sino por lo que tú quieres que sea!

"Es humilde de espíritu —continuó Jesús —, el que sólo quiere vivir para llenar de Amor sus obras elevándose por encima de todas las ambiciones y egoísmos..."

—¡Señor Dios de Israel! ¡Dios de nuestros Padres! ¡Dios de nuestro corazón! —dijo el Maestro en fervorosa oración: —Padre, muéstranos que nuestras vidas son tuyas y que nuestros espíritus florezcan en obras dignas de Ti. Muéstranos que nuestro corazón es humilde conforme al pensamiento de tu siervo Isaías. Abre Señor nuestro espíritu a tu Verdad y a tu Amor y que seamos luz en las tinieblas y aceite compasivo para las heridas de nuestros hermanos.

De pronto, cuando Jesús dijo esto, una fuerte sacudida de tierra abrió una grieta en la muralla de la Sinagoga y de ella salían gemidos como del fondo de una tumba. Todos junto con Jesús, corrieron hacia la abertura y contemplaron un horrendo espectáculo. Unos espectros se movían apenas y extendían sus manos como garras, su piel estaba seca y ennegrecida. Un espantoso olor salía por la hendidura. Herodes el Idumeo los había sepultado vivos en aquel oculto calabozo.

—¡Silencio! —dijo Jesús —. Lo que hace la bondad Divina no debe deshacerlo la cobardía humana y ayudado por todos fueron sacando uno a uno a los diez que aún tenían vida, de los cien que habían sido encerrados. Los ocultaron en el pajar de la Sinagoga.

Jesús sin preocuparse por lo que pensarán los demás, mandaba fuertes ondas de energía divina a aquellos seres.

¡La misericordia con los necesitados es un precepto fundamental de la Ley! —decía Sadoc, descendiente directo de Aarón el primer sacerdote consagrado por Moisés y Rabí de la Sinagoga.

Nicodemus y José de Arimatea quienes habían llegado a la Sinagoga momentos antes del terrible descubrimiento, fueron al mercado por víveres y ropas para los enfermos.

Los recién rescatados prisioneros no podían hablar. Algunos temblaban como si tuvieran mucho frío; otros, lloraban y miraban como atontados.

Al regresar Nicodemus y José do Arimatea los bañaron en agua mezclada, con vino de palmera, sustancia usada en esa época para desinfectar los cadáveres; y después los trasladaron a un lugar más cómodo en donde comenzaron a hablar.

Una vez que estuvieron instalados, Jesús les ordenó mentalmente que durmieran hasta el siguiente día.

A la mañana siguiente al despertarse los prisioneros creían estar soñando y más aún cuando vieron llegar a Jesús y a sus amigos cargando cestas con pan, queso y frutas. Dos criados preparaban varias mesas que eran atendidas con solicitud por Jesús y sus amigos.

Entre los liberados había un anciano con el cuello torcido hacia el hombro izquierdo, el cual temblaba de tiempo en tiempo.

—Una dislocadura —dijo el anciano al ver la mirada de Jesús en él, cuando me atormentaron. También el brazo lo tengo torcido.

El Maestro le tomó sus manos entre las suyas y con naturalidad le dijo:

—Quiero que mires al cielo azul que te envuelve como un manto y que tus manos puedan unirse sobre tu pecho, cuando ores al Padre Celestial para agradecer sus beneficios —así poco a poco el anciano recuperó su salud.

—Ahora dime: ¿por qué estabas en ese calabozo? —le preguntó Jesús.

—Porque fui yo quien guió a los tres magos a la casa de Gamaliel para que él les explicara las profecías acerca del Gran Rey que buscaban.

—¡Han pasado veintidós años! —exclamó Jesús sorprendido y agregó—. El necio temor de Herodes hizo que cometiera tantos crímenes. Este mundo evolucionará hacia la justicia y la paz, y él seguirá carcomido por la envidia y el mal.

Tiempo después, cuando los prisioneros estuvieron en condiciones de salir, fueron sacados uno a uno para que de nuevo se integraran a la sociedad humana.

28

EN LA SINAGOGA DE NEHEMIAS – LA HISTORIA DE MOISES

En la Sinagoga de Nehemías existía un gran Archivo, sólo comparable en su riqueza, con el de Ribla, el cual estaba bajo la dirección de Mardoqueo quien a su vez era el propietario de la Sinagoga.

Aunque mucho era el amor de Mardoqueo y su esposa Hogla a la Ley de Dios, en la casa de ellos no reinaba la felicidad, pues Hogla, no había podido tener un hijo.

Esdras, cuñado de Mardoqueo, enterado del inmenso tesoro de documentos antiguos que se guardaban en la Sinagoga, invitó a Jesús a que la visitara. Cuando estuvieron allí, Esdras le presentó a Mardoqueo y a su esposa diciéndoles: —Les traigo un joven Profeta, que llenará de dicha su vejez, pues con tan sólo recordarlo tendrán las bienaventuranzas de Dios.

Al oír esto, el matrimonio se puso feliz, pues se había cumplido lo que muchos años antes les habían profetizado Melchor, Gaspar y Baltasar: "Cuando suene la hora de Dios para ustedes, lo verán quizás hasta en su propia casa".

Esdras explicó al propietario de la Sinagoga el interés del joven Maestro en revisar el archivo y sacar notas de él. Mardoqueo aún conmovido por la dicha de tener a Jesús bajo su propio techo, de inmediato accedió y puso en las manos del Verbo Encarnado todo el archivo.

En la habitación en la que Mardoqueo guardaba su archivo, Jesús encontró importantes datos sobre la evolución humana desde la desaparición de la Atlántida y de Lemuria. Mientras el Verbo Encarnado buscaba en el Archivo, Hogla, sentada en un rincón miraba a Jesús con fascinación.

—Hogla —le dijo Jesús adivinando su sufrimiento—, deseas tener un hijo y padeces porque crees que ahora que ya te acercas a la vejez, será imposible. ¿No sabes que la naturaleza obedece a Dios cuando El así lo quiere? ¡Te digo en nombre del que me envió a la tierra, que antes de un año te nacerá un hijo que llenará de Luz Divina los siglos venideros!

—Tú eres el Mesías, Salvador del Mundo! —exclamó Hogla emocionada— ...He visto sobre ti la Luz de la que hablaban los tres reyes magos.

—Así es —dijo Jesús—, pero guarda el secreto hasta que haya nacido el hijo que te anuncio. Di a tu marido que me lleve este papiro escrito por Caleb, hijo de Jephone, para sacar una copia.

Jesús regresó con sus hallazgos al palacio de Ithamar. El papiro que había encontrado era una colección de narraciones entre las que se encontraba: "La

muerte de Thotmes I, de la XVII dinastía egipcia, la cual había acogido a José con benevolencia; y como los cuatro Amenopis junto con la reina Hatasu, habían dejado prosperar al pueblo hebreo con la agricultura y la ganadería, hasta la llegada de los Ramsés de la XIX dinastía, con la cual los israelitas fueron declarados esclavos. Esto era como un pequeño prólogo que conducía a la historia de Moisés.

Jesús comenzó la lectura del papiro, ante toda la familia reunida a su alrededor. "Libro de Caleb hijo de Jephone": "Amram, un joyero de la tribu de Leví, fue llamado una mañana por el Faraón Ramsés I, para que confeccionara las joyas que debería lucir su hija Thimetis el día de su presentación ante el pueblo, como heredera al trono de Egipto; ya que en los, quince años que tenía la princesa, no había nacido un varón que pudiera heredar el trono.

"El Faraón, quien tenía un desmedido orgullo, quería que su hija luciera las mismas joyas que dos siglos antes llevara en su coronación la gran reina Hatasu, quien tan gloriosa memoria dejó a su pueblo; sólo que las joyas, se debían adaptar al pequeño cuerpo de Thimethis.

"El joyero decidió instalar su taller en el palacio del Faraón y mientras Ramsés I se perdía en borracheras y orgías; entre Amram y Thimetis surgió un idilio secreto, conocido sólo por una fiel esclava etíope perteneciente a Thimetis.

"Cierta día Thimetis decidió que había llegado la hora de unirse a Amram y así se lo hizo saber, indicándole que además quería abrazar su fe y adorar al Dios de Abraham; pero que deberían tener cuidado de que no se enterase su padre pues no lo aprobaría. Por esto Amram pidió a los maestros ancianos, esclavos que vivían en las montañas, que los unieran en matrimonio, lo que hicieron poco antes de la presentación de la princesa, la cual se realizó como lo había planeado el Faraón.

"Al cabo de un año, la princesa quedó embarazada y por ello pidió a su padre la dejara retirarse a descansar de sus deberes por un tiempo, al palacio del lago Merick. El Faraón ocupado en desaparecer a todos los niños hebreos ante el aumento desmedido de la población judía, accedió de inmediato.

"Cuando la princesa volvió a palacio, quiso conservar a su hijo con ella, y para ello preparó un plan: Ella acostumbraba pasear a la vista del pueblo, alrededor de palacio por los jardines junto al lago. Una de sus fieles esclavas pondría al bebé en una canasta y lo dejaría en uno de los juncos. La princesa, al pasar haría como si "descubriera", al niño en la canasta, la recogería y la llevaría al palacio donde le pediría al rey le permitiera adoptarlo. Así se hizo; y Amram quien ya estaba al tanto del "descubrimiento" para no despertar sospechas en cuanto a la crianza del hijo de ambos, mandó a su tío Jacobet que tenía a Aarón aún de pecho, a que amamantara al recién nacido Moisés, que así fue llamado.

"Pasó el tiempo en el palacio del Faraón donde Amram además de ser el joyero real era el mayordomo personal de la reina.

Moisés y Aarón se criaron como hermanos recibiendo la educación correspondiente a los príncipes de la corte.

"El Faraón se casó nuevamente con una extranjera llamada Ghala; y dedicado por entero a atender a su mujer, no opuso resistencia cuando su hija le pidió retirarse nuevamente, al castillo del Mago Merick junto con Moisés, Aarón, Amram y Jacobet.

"Quince años pasaron y a la muerte de Ramsés I, el hijo mayor de Ghala que entonces tenía quince años, ocupó el trono de Egipto proclamándolo Ramsés II; pero, por su corta edad, Chala y los ministros decidieron que ellos llevarían la administración y el gobierno del pueblo de Egipto hasta que el pequeño Ramsés II tuviera edad suficiente para gobernarlo solo. Fue así como comenzaron las penas y las desgracias para el pueblo hebreo ya que sufrieron tan brusco cambio en sus leyes y su vida diaria, que pronto se desató entre todo el pueblo una ola inmensa de violencia.

"Mientras, en el palacio del lago Merick, Amram al enterarse de estas noticias, decidió que había llegado la hora de informar a Moisés su origen real; y así junto con Chala, Moisés fue informado que él era el heredero al trono; y le contaron la historia de su nacimiento. Después de esta confesión Moisés fue preparado para que algún día fuera el Guía y Salvador de los de su sangre. La soberbia del Faraón Ramsés II, llegó al máximo, cuando según él, por no coincidir con sus exigencias y malos tratos para su pueblo, su hermano menor fue encarcelado.

"Al enterarse la princesa Thimetis de la pena de su medio hermano, decidió ayudarlo proporcionándole su huida a Daphne en la tierra de Gosen, junto con Amram, Moisés y Aarón, para que juntos organizaran la liberación del pueblo hebreo. Ella se quedaría en el palacio del lago Merick para tratar de ayudar a su pueblo, junto con varios ministros que le habían sido fieles, hasta el regreso de ellos.

"La reina Chala molesta por las constantes intromisiones de la princesa decidió vengarse y poner fin a la vida de Thímetis. Para ello recurrió a un mago.

"Por su parte y mientras esto ocurría en el palacio de Egipto; Moisés tuvo un sueño: "Veía a su madre en peligro de muerte, atacada por Chala, los ministros y el mago". De inmediato fue a advertir a su madre del sueño. La princesa al verlo se asustó, ya que era un largo viaje que no estaba planeado sino hasta que regresaran todos juntos. Moisés le dijo que en su sueño había un mago que le llevaría flores envenenadas. La princesa no podía creerle, más en esos momentos, por entre los jardines apareció el mago con un ramo de flores en las manos.

"Moisés internamente dijo: "¡Dios de Abraham y de Jacob si es verdad que soy el elegido para beber el agua de tu sabiduría dame fuerzas para salvar a mi madre. Y en voz alta dijo dirigiéndose al mago: ¡Detente!... ¡Mal hombre! El mago al término de estas palabras, cayó al suelo como fulminado por un rayo.

Thimetis estuvo a punto de desmayarse, y le dijo a Moisés: "Huye hijo, que si el Faraón se da cuenta te matará.

"Moisés huyó hacia el valle del Nilo en donde a instancias de Thimetis, se dirigió a la antigua ciudad de Menfis de Misraim con un tío suyo. Atravesó el Nilo y se unió a una caravana que lo llevó a la ciudad de Paran, en el Monte Sinaí. Ahí se dispuso a descansar, mientras pensaba si sería conveniente buscar a su tío Jethró pues este había sido sacerdote del gran templo de Karnak y probablemente no encontraría justa su conducta.

En estas reflexiones estaba, cuando vio que por la ladera venían varias jóvenes con cántaros a recoger agua en el manantial. Moisés se acercó a ellas y les preguntó si conocían al anciano Jethró; grande fue su sorpresa cuando dos de ellas le dijeron que eran sus nietas, que su abuelo vivía en Parán a la orilla del mar y que allí era el patriarca, además de juez y maestro del lugar. Cuando Moisés se hubo identificado con ellas, lo invitaron a cenar para que conociera a su abuelo. Al llegar por la noche a casa del viejo Jethró el anciano estaba sorprendidísimo que Moisés fuera hijo de Thimetis, su sobrina a la que hacía años no había vuelto a ver.

Moisés permaneció con ellos largo tiempo, aprendiendo de Jethró la Divina Sabiduría, a la vez que le servía de lector escriba y traductor. Así la vida seguía, hasta que un día apareció una bella joven que venía huyendo y pidiendo ayuda a Jethró pues le habían escogido para que según la costumbre del lugar, un condenado a muerte la gozara antes de expirar.

"¡Jethró, ayúdame, por piedad! exclamaba llorando la joven. Y así se convirtió en una más de las nietas de Jethró.

"Moisés al paso del tiempo, se compadeció de Séfora y pidió al anciano se la diera en matrimonio, a lo que el anciano accedió gustoso. Un año después al nacer el hijo de Séfora lo llamaron Esén, quien tiempo después sería su más fiel seguidor hasta su muerte.

"Cierta vez llegó al monte Thimetis acompañada de dos ancianos sacerdotes buscando a Moisés. Los sacerdotes encontraron a Moisés, pero antes de llevarlo ante su madre le dijeron: "Eres un vaso elegido por el Altísimo para cumplir grandes designios en favor de la humanidad y a ella; de este vaso surgido de tu seno entre las aguas del Nilo, beberán los hombres que cumplan la Ley Eterna porque Moisés trae el fuego de Dios en su dedo índice y la Luz de la estrella polar en su frente. La ley que él dará a los hombres no se les borrará de la mente jamás".

"Al encontrarse con su madre, Moisés le platicó lo que habían comentado los ancianos. Moisés decidió construir un cenáculo como los que se usaban en Egipto para dedicarse al estudio y a la contemplación de las leyes divinas. Dad y Carmi, los dos ancianos, llegado el tiempo dijeron a Moisés: 'Hijo, hay en esta tierra un monte que se llama Horeb; está detrás de la espesura donde pastan las ovejas de Jethró.

Mañana irás ahí, pues te espera la grandeza del Eterno. Siete días y siete noches estarás en la caverna de este monte. Ve en paz y lleva lo necesario”.

"Moisés obedeció y partió rumbo al Monte Horeb con una vara de olivo, y una cesta con pescado y pan. Después de varias horas de camino y medio muerto de sed, oyó el rumor del agua cayendo en un peñasco. Se acercó al arroyuelo y bebió el agua y comió el pan quedándose dormido poco después. En sueños vio que unos zarzales ardían sin consumirse y que en las vivas llamaradas de aquel fuego se formaba una imagen semejante a la humana, pero de incomparable belleza y que aquella imagen le decía: ¡Moisés, Moisés!... ¡Yo soy el que Soy; el alma gemela que te sigue desde inmensas edades y que te seguirá eternamente porque el Supremo Amor nos ha unido y nunca más nos separaremos. Tú eres el instructor y Guía de la humanidad terrestre y debes conocer todo para iluminar con la verdad a los que caminan en tinieblas. La Eterna idea se descubre ante ti ¡mira!..., Y en su sueño vio Moisés una nube insignificante que crecía entre un negro abismo, luego, la misma nube era agitada por un torbellino y miles de chispas de fuego salían de ella formando un enjambre de abejas de luz que se perseguían sin tocarse. Por fin, una de aquellas luces se detuvo ante él y vio que era una masa informe de sustancias que hervían en borbotones inmensos y terribles. Vio también que aquel remolino se calmaba entre nieblas y claridades y que se iban diseñando paisajes entre aguas turbias y costas rocosas como montañas de cenizas humeantes. Observó que la aridez y la soledad reinaban en todas partes y en ella espantosos temblores precedían a estampidos terribles y que los montes vomitaban ríos de fuego. Entonces comenzó a aparecer la vida en aquel laberinto de fuerzas opuestas en acción por el Eterno Invisible. Primero, el reino vegetal, después el animal. Los valles se cubrieron de verdor y las aguas copiaron el azul del espacio infinito. En árboles pequeños anidaban las aves y las praderas se poblaron de animales monstruosamente grandes, lo mismo que las aguas profundas. Finalmente, aparecieron formas como de humanos, gigantes de piel cubierta de pelo, pero cuya mirada inteligente y vivaz demostraba la astucia con la cual debían dominar a los seres inferiores. Era la especie humana a la que debía guiar".

Siete días con sus noches duró el sueño de Moisés. Cuando despertó se encontró con que en pocos días había envejecido.

— ¡Dios de mis padres! — exclamó Moisés—. ¡Cuánto tiempo he pasado en esta caverna!

Oyó una voz lejana que le decía: "Sólo han pasado siete días y siete noches, pero los secretos del Eterno Invisible son tan grandes y su peso tan enorme, que soportarlos equivale a una gran parte de tu vida".

Séfora, quien ignoraba el motivo de la ausencia de Moisés, tomando a su hijo se dirigió a buscarlo al Monte Horeb, en donde los dos ancianos sacerdotes le habían dicho que podía encontrar a Moisés.

Al oír los gritos de su hijo y la voz de su mujer, Moisés se emocionó y saliendo a su encuentro dijo a Séfora: —Eres como un ángel del Señor, que llegas en los momentos más duros de mi vida.

En silencio regresaron los tres, para días después escribir su magnífica visión a la que llamó: "Génesis".

Aquí terminaba el manuscrito, al pie del cual se leía: "Doy fe de la fidelidad de este relato conforme a la palabra de Amram el Levita y de Jethró".

29

UN PAPIRO DE SALOMON

Al terminar Jesús la redacción de la copia del papiro de Caleb, regreso a la Sinagoga de Nehemías para devolverlo y seguir investigando los antiguos documentos. Allí se encontró a Mardoqueo con un viajero de Persépolis, llamado Sakbatan, quien había sido dejado por Baltasar al frente de su Escuela en aquella ciudad y quien no quería retornar a ella sin llevar algo de la sabiduría de Salomón.

Sakbatan había oído decir que Nehemías había encontrado, en un cofre, un rollo de papiro que decía: "Sabiduría del Rey Salomón. Las Leyes del Universo" y este indicio había llevado al científico persa a la Sinagoga de Nehemías.

Después de que Mardoqueo presentó al Verbo Encarnado con Sakbatan, le pidió a Jesús hiciera las veces de secretario del Archivo, puesto que él tenía que regresar a sus deberes como tejedor, a lo que el Maestro dijo: -Descuida Mardoqueo, te reemplazaré lo mejor que pueda.

Jesús y Sakbatan iban buscando y ordenando al mismo tiempo el Archivo, pero éste estaba en completo abandono por lo que era casi imposible que encontraran fácilmente lo que buscaban.

—Buen Patriarca Nehemías —exclamó Jesús en voz alta—, si nuestra búsqueda ha de ser para gloria de la Verdad Divina y bien de la humanidad, guíanos a Adonde está oculta la Sabiduría de Salomón.

El científico persa lo miró asombrado. Un movimiento involuntario de un cartapacio, hizo caer una de las placas de arcilla sobre algo que resonó como una piedra que se rompe. Era la tapa de un cofre de mármol, sobre la cual se leía en arameo antiguo: "Escrituras de Salomón Rey de Israel".

Sacaron el pequeño cofre y al ir revisándolo encontraron varios papiros de mucha importancia.

Es una lástima que la humanidad aborrezca la sabiduría —dijo Sakbatan, refiriéndose al pequeño cofre.

No toda la humanidad —le contestó Jesús—, porque tú y yo somos parte de ella y buscamos la sabiduría. Baltasar, el fundador de tu Escuela, fue también otro buscador de la Sabiduría.

— ¿Acaso lo conociste? —preguntó el persa a Jesús.

—No sólo lo conocí, sino que le vi morir en Thipsa. Nuestras vidas están unidas por un eslabón de oro.

— ¡Entonces tú eres el anunciado por aquella luz maravillosa!... ¡Ahora veo brillar esa luz en tu frente! —exclamó el persa.

—Tú lo has dicho y puesto que eres un discípulo de Baltasar, que él te haga guardar el secreto hasta que llegue la hora.

Jesús y el persa decidieron entonces dar lectura al papiro que habían encontrado en el pequeño cofre y que decía; "Esposos Eternos" —"Yo soy la Sabiduría, la Esposa del Eterno Invisible. Amo a los que me aman y me buscan en el albor de su vida y hasta en el borde de su sepulcro. Mi esposo me permite darme a los que me aman porque mis velos de luces y de sombras les deslumbran y no pueden herirme, dañarme, ni tocarme.

"De aire, agua, fuego y polvo, fueron hechos los mundos en la noche eterna en que dormían los abismos, hasta que el Eterno invisible y Yo, nos engendramos en soberano connubio; y fuimos, y nos amamos, y esparcimos como frutos maduros, los soles y las estrellas para moradas eternas de los que en las edades futuras debían ser nuestros amadores, nuestros hijos, nuestra continuación. Nuestra propia vida renovada hasta el infinito.

"No hay arriba, ni abajo, no hay base ni techumbre; no hay principio, ni fin en las obras nacidas de Él y Yo Eternos.

"Vida, Fuerza, Movimiento, Vibración, Sonido y Silencio; eso sólo hay y habrá para siempre jamás...

"Hombre terrestre: Purifica, tu corazón si quieres que Yo te ame. No te encierres en el huevo negro depositado en el pantano, como el cocodrilo que sólo espera la presa para devorar. Así es el fanatismo y la soberbia.

"Hombre terrestre. Sólo Me es permitido manifestarme a los que aman y madrugando me buscan porque El y Yo te hemos dado tres alas poderosas: Entendimiento, Memoria y Voluntad, Agítalas en la inmensidad y nos encontrarás y nos amarás; y encenderás tu lámpara en nuestra luz; y vivirás la verdadera vida que es el Conocimiento, la Paz y el Amor por toda la eternidad.

"El Altísimo lo da todo. Bienaventurado el que tiende su mano para recibir y pone su oído para oír y abre su boca para beber.

"El Conocimiento es el cofre de oro que lo encierra todo. Bienaventurados los que aciertan a abrirlo para poseer sus tesoros porque serán ricos y felices por toda la eternidad.

"¡Alabado sea Yahavé!"

"Yo: Salomón, hijo de David".

Caía el sol cuando el Maestro y Sakbatan se dirigieron al palacio de Ithamar. Al llegar platicaron a todos de sus hallazgos. Referente a los papiros decidieron hacer

veinte copias y dejarlos en los libros de apuntes de los alumnos del Gran Colegio, sin explicar su procedencia.

Tres días después de entregadas las copias, había grandes revuelos en el Gran Colegio.

—Esas copias son un espada de doble filo si caen en manos inexpertas ...o me entregan las copias, o quedan expulsados del Gran Colegio —decía Anás—, encargado del Colegio, fuera de sí a los alumnos que ya habían obtenido algunas de ellas. Sin embargo, no obstante las amenazas de expulsión, los Maestros no pudieron recuperar todas, ya que hubo alumnos que prefirieron renunciar e irse del Gran Colegio antes que entregarlas.

30

LAS CARTA DE EGIPTO

Cuatro meses llevaba Jesús en Jerusalén cuando recibió carta de Faki de Cirene, Melchor de Horeb y Filón de Alejandría.

La primera, de Faki de Cirene, decía: "Arcángel de Amanai: La muerte de nuestro Rey Amenokal ha traído grandes desórdenes y ambiciones a nuestra tierra. La reina Selene, su viuda, mi padre y yo, esperamos de ti una sola palabra para que mi patria se ponga en paz.

Mi amor para todos, y para ti, Jesús, un gran abrazo,

" Faki".

La carta de Filón de Alejandría: "Divino pensamiento hecho hombre; Tu presencia en Alejandría abrió nuevos horizontes a mis escritos, sobre todo, Las Escrituras del Patriarca Aldís que me diste para corregir la historia de Caín y Abel.

Nuestro arqueólogo ha descubierto en la pirámide de las lozas rotas, un compartimiento con momias de mujeres empedregadas por el tiempo, que parecen pertenecer a la primera dinastía de los Faraones de Menfis.

Los sabios persas y caldeos que investigan bajo mis órdenes, dicen que no tienen estas momias más de 14 mil años, ni menos de 8 mil. Cuando logremos traducir los signos que aparecen en los sarcófagos, te contaré lo que parezca más verdadero en la distancia de tantos siglos.

Filón".

La carta de Melchor de Horeb: "He meditado mucho, después de la muerte de nuestro amado Baltasar y me preparo para remplazarlo y ayudarte en tu misión.

Hemos encontrado por fin, la gruta de la visión de Moisés; y hemos podido identificarla por unos jeroglíficos grabados sobre el basalto de las paredes. Algunos nombres que aparecen claramente son: Ohad, Carmi, sacerdotes de Menfis; y Thimetis y Amram, padres de Moisés.

La gruta está en la ladera de un cerro frente a Parán. Aquí podría verificarse una de las reuniones pactadas por ti y Baltasar. La gruta de los secretos de Dios revelados a Moisés, bien merece ser el Santuario donde se renueve la palabra de Dios por labios humanos.

Otra de las reuniones podría realizarse en la ribera oriental, del Golfo Pérsico, donde reside Gaspar con la más antigua de sus Escuelas.

Presenta la ofrenda de mis afectos, a tus familiares y amigos de Jerusalén, y para ti, ésta sola palabra: Te amo por encima de todas las cosas de la tierra.

Melchor".

—¡Qué cartas, Señor mío, qué cartas! Ellas dicen que tu reino no tiene límites —comentaron Judá y Simónides después de oír a Jesús.

—Vengan mis amigos, vamos al patio que quiero mostrarles algo —les dijo Jesús.

—¿Ven este caminito que han hecho las hormigas, en su acarreo de granos de centeno y cascara de bellotas? Miren ahora más acá, cerca de los cántaros de miel y los sacos de frutas secas. Vean como todo lo dejan por la miel y la fruta,

Simónides y Judá se miraron interrogantes. —Los hombres de esta Tierra son más o menos como las hormigas que corren afanosas detrás de lo que les halaga y nada más —continuó Jesús—, así cuando yo les diga lo que les tengo que decir, me abandonarán como a los granos y las cascara de bellotas y correrán a la miel de los goces materiales que halagan sus groseras pasiones. Convézanse, la palabra del Ungido, sólo será comprendida por una minoría de escogidos.

—Pero Señor, ¿qué las Profecías no nos hablan de un Rey cuyo reino será universal y no tendrá fin? ¿Acaso mienten las profecías?

—No mienten, pero necesitan ser interpretadas según el pensamiento divino que encierran. "El que merezca comprender, que comprenda", dice Salomón. ¿Crees tú Simónides que el Verbo de Dios fundará un reino como el que fundó David, con base en matanzas, despojos, incendios, traiciones y engaños? También dicen las profecías: "Que su Reino será de Justicia; que será llamado El Justo, El Santo, que no apagará la mecha que aún humea, ni romperá la caña que está cascada".

— Oh mi Señor, no mates mi única ilusión de verte coronado Rey de Israel, a mis setenta años de vida —le dijo Simónides a Jesús.

—Bien Simónides ...perdona si te he causado pesar con mis palabras, diferentes a tus pensamientos. Esperemos la hora en que Dios nos hable y merezcamos descubrirla.

En esto estaban cuando Esther les llamó para la comida.

No era todavía la hora de que el buen anciano y Judá comprendieran.

31

EN LAS GRUTAS DE JEREMIAS

Al día siguiente, Jesús avisó a su madre y a sus amigos que pasaría el día con los Maestros esenios Eleazar y Esdras, ya que necesitaba consultar con ellos la contestación que debía dar a la carta de Faki.

Atravesó la ciudad y salió por la puerta de Damasco. Por barrancos cubiertos de arbustos, llegó a la gruta que según la tradición fue habitada por el Profeta Jeremías.

Entró a la gruta y con un guijarro que tiró hacia el fondo dio la clave y apareció un viejecito con un madejón de cáñamo.

— ¡Oh, qué Luz nueva me trae el Niño-Sol! —exclamó el anciano.

—Buen Isaac, ya sabes que aquí vengo cuando soy Yo el que necesita luz.

—¿No vienen hoy los Maestros? —le preguntó Jesús.

—No han llegado, pero si los necesitas con urgencia, ya sabes que puedo mandarles llamar.

—Por favor, avísales que les espero aquí para un trabajo importante.

El viejecito salió y dio unos fuertes silbidos.

Después del mediodía llegaron Eleazar y Esdras.

—¿Qué asunto te trae a la gruta de Jeremías, Niño de Dios? —le preguntaron.

—Pasemos, se los diré allí dentro —los contestó Jesús señalando una puerta.

Sobre una roca pulida en forma de cuadro, se leía en arameo: "Aquí recibió la Luz Divina el Profeta Jeremías, aquí resguardó su vida cuando se vio perseguido por declarar la Verdad a los poderosos: y aquí entregó su alma a Dios cuando El lo llamó". También había unas tablas de madera en los muros, que decían: "Bueno es Yahavé para los que en El esperan". "El Señor no abandona para siempre". "Ay del que edifica su casa en la injusticia, sirviéndose de su prójimo, sin darle el precio de su trabajo". "Toma como tuya, la causa del afligido y del abandonado, y entonces obrarás bien".

Cuando los tres estuvieron sentados, Jesús les mostró la carta de Faki.

Después de leerla, los ancianos dijeron a Jesús: —Tú quieres pacificar aquellos pueblos del Sahara, ¿verdad?

—Cierto, y espero que mi Padre que es Amor, Poder y Energía me dará la fuerza necesaria para realizar mi deseo desde aquí.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres de nosotros?

—Que me ayuden con su pensamiento de amor para transportarme al palacio de Toavareks, en el desierto del Sallara, y hacerme presente entre los hijos de Amenokal, de la reina Selene y de sus ministros. ¿Creen que esto es justo y bueno?

Así, Jesús se sometía humildemente al precepto de la ley esenia que decía: "Aunque seas un Maestro de Sabiduría, somete tu juicio al Juicio de los Ancianos que vivieron y sufrieron más que tú; y el Altísimo te hablará por su boca",

—Sí, es justo y bueno evitar tantos males —le respondieron los ancianos.

—Entonces... que el Poder Divino sea con nosotros y que me asistan las inteligencias guías de la raza Tuareghs —dijo Jesús, entregándose a la concentración mental!

Un profundo silencio se hizo en la gruta, y a la amarillenta luz de tres cirios, Jesús entró en un profundo sueño hipnótico.

Mientras tanto, en el desierto del Sahara; la reina Selene recibía al anciano profeta más venerado entre ellos, quien les dijo: —Acabo de oír la voz de Amanai, nuestro Dios, quien me dijo: "Al comenzar la tarde tu reina será consolada en su dolor, si hace venir a sus dos hijos, a sus consejeros y a sus jefes de guerra".

¿Qué debo decirles? —preguntó la reina.

Nada, pues ellos te dirán: "Hemos comprendido cuál es el verdadero camino de la paz y la dicha para nuestro pueblo".

Minutos más tarde, en la gran sala del "Buen Consejo", se reunieron los dos hijos de la reina, sus tres consejeros mayores y sus setenta jefes de guerra entre los cuales estaban Faki y su padre Buyaben.

—Nuestro Profeta, aquí presente —les dijo la reina—, ha prometido que Amanai hará conocer en este día su designio a su pueblo.

De pronto, en el centro de la gran sala, apareció una luz dorada. En medio de esa luz se dibujó la imagen de un hermoso joven. Faki y su padre de inmediato lo reconocieron: era el Verbo Encarnado.

Cada uno de los presentes oyó, en lo profundo de sí mismo, una voz que le decía: —"Esta es la hora de la justicia, del Amor y de la Paz. A la piedad de la reina Selene, Dios responde con Amor y Piedad. Tú eres y serás la madre de tu pueblo y tus hijos no verán la luz del sol, hasta que hayan abandonado sus ambiciones de poder. El Altísimo ha secado tu llanto y te da la paz porque oíste su voz y te dará paciencia para tu nuevo dolor".

Los hombres, llenos de temor, se habían postrado en tierra. La reina se había acercado al lugar en que parecía estar aquella etérea figura y besó la tierra, al tiempo que la visión se iba esfumando lentamente como una nubecilla de oro.

Faki se acercó a Selene para levantarla y le dijo: —"Es la aparición de Jesús, el Ungido de Dios, que visitó Alejandría. Ya le has conocido ahora y su palabra te ha consolado y fortalecido".

Ella subió al estrado y llorando le dijo: —Mira a mis hijos como dos momias ciegas, castigados por Amanai a causa de su rebeldía y su ambición.

Los dos jóvenes gritaban: —Preferimos la muerte a vivir ciegos.

—Su ambición y orgullo les trajo este castigo —les dijo el anciano profeta—, hasta que cambien su comportamiento y sean justos y buenos, recuperarán la vista.

Al mismo tiempo que en el palacio de la reina Selene desaparecía la imagen etérea de Jesús, en la gruta de Jeremías los ancianos decían al Maestro: —Cuéntanos, si lo recuerdas, lo que has visto y oído.

—Sé que estuve entre los dirigentes del pueblo Tuareg, pero sólo tengo la impresión de que hemos Tenido éxito y no recuerdo más —comentó Jesús.

32

BODAS EN LA CASA DE ITHAMAR

Un mes después, sin avisar, llegó Faki a Jerusalén, y después de narrar la visión de Jesús ante su pueblo, —lo que causó gran alegría a todos, les informó que la visita espiritual del Hombre-Luz, había puesto en paz a la tierra de los Tuareghs.

Pocos días después de su llegada, se celebraron, silenciosamente en el Palacio de Ithamar, tres bodas: Judá con Esther, Thirza con Faki y Marcos con Ana. Ceremonia que sólo fue presenciada por los familiares y amigos íntimos de cada pareja.

Aquellas felices nupcias, bendecidas por Jesús, no podían traer sino paz, dicha y alegría para todos.

El alma delicada de Myriam por su parte, aún no se reponía completamente por la muerte de José, con quien había convivido durante 23 años. Sin embargo la noche de las nupcias, se replegó al amor de Jesús y sólo en Él encontró quietud y paz. De acuerdo con su hijo, pidió al tío Jaime que vendiera el taller de José y diera en arriendo la finca a unos parientes. —Dejaré pasar varios años, decía Myriam, hasta que el ruido de los pasos de José se haya perdido en el viento; entonces, puede ser que regrese a Nazareth. ¿Qué haría yo sola en aquella casa tan grande?

Todos le aseguraron que no la dejarían sola. —Esta casa será el centro de operaciones de mi soberano Rey de Israel —dijo Simónides—, la casa de Ithamar será tu morada mi Señor y la de tu madre.

Por ese tiempo supo Jesús que en Alejandría se había colocado en el Serapeum del Ptolomeo I, el templo más importante, una estatua suya en alabastro con estas palabras: "Horus, hijo de Isis, nuevamente bajado a la tierra para salvar a los hombres. Es Horus, Jesús, que está de nuevo en la tierra para recibir la adoración de los hombres"; y que en el célebre bosque de Dafne, lugar en donde aparecía la más refinada corrupción, se había instalado, entre jazmines y glicinas una estatua del Maestro de Nazareth con esta leyenda: "Jesús, hermano de Adonis, que otorga las dulzuras del amor, de la alegría y de la paz".

Estas noticias fueron un amargo desengaño para el Maestro. Jesús pensaba: "De manera que a los hombres no se les puede hacer el bien con libertad, usando los dones de Dios... ¿de qué estarán hechos los hombres de esta Tierra que aun del bien sacan el mal y del amor su propia perdición?" "¿Como he de hacer Señor, para encaminar a esta humanidad hacia ti, si se empeña en alimentarse de los mendrugos de carne muerta que van dejando tus enviados a lo largo del camino?" "Cuando me vean despedazado y muerto como un gladiador, me maldecirán

gritando: No era Horus, ni Mitra, ni Adonis, era un falso profeta embaucador de multitudes..."

— ¡Dios de Abraham, de Isaías y de Jacob —exclamó Jesús en voz alta—, si no tuviera yo otra manifestación de tu grandeza que tu eterno amor a las miserables criaturas de esta Tierra, eso sólo me bastaría para caer de rodillas gritando: ¡Porque eres la Luz Eterna, sigues alumbrando a la humanidad de esta Tierra! ¡Porque es tu Amor eterna energía creadora, multiplicas aquí la vida sin preocuparte del uso que hacen de la misma..."

Judá, tratando de calmar a Jesús, corrió la cortina que dividía aquella sala y Jesús vio a su madre, a Noemí, a Thirza y a Esther que arrodilladas lloraban y oraban por El.

Sin poderse contener el Maestro fue corriendo a su madre y se abrazó fuertemente a ella.

Por todo lo anterior, Jesús desde los 23 hasta los 25 años se dedicó a combatir el culto a su persona que en muchos pueblos era exagerado.

33

EN LA FORTALEZA DEL REY JEBUZ

Ya se ocultaba el sol cuando Simónides, en compañía de Jesús, salió del Palacio de Ithamar, siguiendo la misma ruta que minutos antes habían recorrido Judá, Marcos y Faki.

El Verbo Encarnado, extrañado, observaba como Simónides compraba bagatelas al parecer sin ton ni son en el tumultuoso mercado de la Puerta de Jaffa; atrayendo con señas, a innumerables cargadores, los cuales al acercarse recibían invariablemente la misma frase: "Vayan a mi almacén en la calle Joppe".

Cuando llegaron a la bodega de Simónides, una larga fila de "cargadores" los seguía casi imperceptiblemente.

Dentro de la bodega cruzaron innumerables salas hasta llegar a un pequeño cuarto, con aspecto de covacha. Ahí Simónides, empujando unos sacos de lana, dejó ver una pequeña puerta de hierro la que se abrió después que el anciano tocó tres veces. Tras la puerta apareció una antesala en la que veinte hombres vestidos a la usanza persa con su lanza al hombro, se paseaban solemnemente.

—¿Qué significa esto? —Preguntó extrañado, Jesús.

Judá y Faki que se habían acercado a recibir a Jesús, le contestaron: —Son los "defensores" de la Santa Alianza.

—No censuro lo que ustedes hacen, pero sí lamento que se vean obligados a tomar estas medidas tan extremas.

—Has de saber, Maestro —dijo Faki— que tenemos guardias para custodiar el tesoro de la Santa Alianza.

El recinto donde entraron los cuatro amigos, era un amplio salón excavado en la misma roca, la que, según Simónides, había sido refugio y fortaleza del rey Jebuz; y que en épocas remotas cuando el monarca había sido aliado de los Kobdas y de la dinastía jebusita, fundadora de la antigua Jarar, había sido utilizado por alrededor de tres mil personas que se refugiaron en ella.

—Esto se parece a la antesala de los templos de Egipto —dijo Jesús al contemplar la decoración a base de ornamentos de madera. —Dime, Jesús —preguntó Simónides—, ¿qué te parece todo este trabajo?

—Bien, Simónides, ahora ya tenemos un alojamiento seguro para la Santa Alianza, de la cual esperamos tanto para el futuro —contestó Jesús.

También llegaron: José de Arimatea, Nicodemus, Nicolás y Gamaliel, doce alumnos del Gran Colegio, un sobrino del viejo Hillel y, en fin todos aquellos que ansiaban conocer al gran rey vislumbrado por los profetas desde hacía ya varios siglos.

Jesús observaba en silencio todo aquel movimiento de seres ansiosos de justicia, de liberación y de paz.

Más tarde llegó el Scheiff ilderín con veinte de sus hombres. Sus ojos negros buscaban a Jesús. Cuando llegó ante él le dijo saludándolo con profunda reverencia: —Príncipe de David, por fin te veo en la ciudad de tu gloria y cercano al triunfo; pero me parece que en lugar de haber en ti entusiasmo por el principio de tu obra, casi diría que tienes melancolía en tus ojos.

—No me hacen feliz las muchedumbres engañadas por la ilusión, querido Scheiff —dijo Jesús sentándose a su lado—. Todos los grandes de la tierra en que estás pensando cómo fueron: Aníbal, Darío, Alejandro y el mismo Rey David dejaron a sus pueblos a merced de los nuevos conquistadores que les sucedieron. De nuestro Rey David, no queda más que su tumba abandonada. Quedan también sus salmos en que pide misericordia al Señor por sus crímenes y no se atreve siquiera a tocar las piedras que formarán el templo de Yahavé. Te digo, Scheiff que lo único que vale de David es su arrepentimiento de los males que causó como conquistador en esta Tierra.

—Joven de los cabellos de oro, ¿por qué hablas con tanto pesimismo? —le preguntó alarmado el Scheiff.

—Por la misma experiencia de la vida de los hombres —contestó Jesús— Mas no creas que yo quiero cruzarme de brazos y dejar que todo lo arrastre el viento, también sueño una vida mejor para todos los pueblos de la Tierra y ansío que todas las razas del mundo sepan que somos hijos de una misma madre: La Tierra, y dé un solo padre: El Eterno Hacedor de todo cuanto existe.

—Quiero enseñar a mis hermanos, los hombres —continuó Jesús—, que la Tierra es para sustentar a todos; como el aire, el agua y la luz; y que nadie tiene derecho a privar a nadie de un girón de tierra donde pueda construir su casa y donde pueda después, cavar su tumba. Enseñarles que los caudillos por grandes y poderosos que sean, son de la misma carne que el último de sus súbditos.

—Grande y sabio es lo que dices, Maestro, y muchas de tus ambiciones de amor —comentó el Scheiff.

—Y más aún —dijo Jesús—, quiero enseñarles la Ley Divina que las Escuelas de Sabiduría llaman Pre-existencia. Es decir, que las existencias físicas repetidas continuamente en el correr de los siglos y las edades, tan admirablemente ordenadas, que el que hoy es un soberano déspota y cruel, en otra encarnación, vendrá a la vida en el último de sus criados, para que otro déspota lo pisotee como a

un gusano. Este es mi sueño —finalizó el Maestro—, y mientras no lo vea realizado, lloro ante el cadáver de esta humanidad.

El rostro de Jesús resplandecía por el entusiasmo que había puesto en sus palabras.

El caudillo árabe tomó sus manos entre las suyas y le dijo: —Tu sueño, joven nazareno, no es de un hombre... ¡Es el sueño de un Dios! Pero ¿Comprendes que no de un solo martillazo convierte en obra de arte el escultor, el bloque de mármol que arrancó de la cantera?

Jesús se levantó y abrazando al árabe le dijo: —Me has comprendido Scheiff Ilderín y sólo esto acaba con mí pesimismo y hace florecer en mí de nuevo la ilusión —dijo refiriéndose a la Santa Alianza.

Cuando llegaron sus compañeros de Belén: Elcana, Josías, Alfeo y Eleazar junto con otros treinta seguidores, fue la señal para comenzar la reunión. Jesús los vio llegar y fue a saludarlos; en ese momento, llegaron Jacobo y Bartolomé del Santuario del Quarantana acompañados de algunos más.

El turno de comenzar la asamblea fue para Nicodemus. Se colocó al centro del estrado junto con Jesús que estaba a su derecha. Cuando todos habían guardado silencio, Nicodemus invocó a Dios y en oración le pidió amor y paz para todos los presentes, los cuales se inclinaron en ferviente oración.

En el alma de Jesús, repercutían los pensamientos y esperanzas que cada quien manifestaba en la oración; todos extendían sus manos al Padre Universal para pedirle bienes materiales, favores a familiares o éxito en sus negocios, pero ninguno decía: Señor, te amo sobre todo; no te pido otra cosa que la alegría de amarte sobre todas las cosas hasta el último aliento de mi vida.

Después Nicodemus habló sobre la justicia y equidad que debe tener un verdadero adorador, del Dios único, fuente de todo bien.

Era ésta la décima asamblea de la Santa Alianza y tocaba tratar especialmente el décimo mandamiento de la Ley de Moisés: "No codiciarás los bienes ajenos". Tema que desarrolló el mismo Nicodemus, llegando a la conclusión de que la estricta observancia de este mandamiento es fuente de paz para los hombres de buena voluntad.

Al terminar Nicodemus su plática, todos pidieron oír las palabras de Jesús de Nazareth, quien ante su insistencia se puso de pie y dijo: —El Eclesiastés en el capítulo IV, versículo I, dice: "Me, volví, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y vi las lágrimas de los oprimidos; y no tenían quién los consolara y vi la fuerza de la mano de sus opresores y que para ellos no había consolador."

—Para estos amigos míos que sufren, ha nacido la Santa Alianza —dijo el Maestro—, que es un beso de paz para todos los que padecen angustias de muerte,

para los que sientan el azote de la humillación y del oprobio; es la Santa Alianza una lámpara encendida en las tinieblas para los que buscan a tientas amor y comprensión. La santa Alianza quiere practicar la única Ley que iguale a todos sus miembros, puesto a que a todos les dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo"; "No hagas a otro lo que no quieras para ti"; "Honra a tu padre y a tu madre"; "No quites la vida ni la honra, ni los bienes a tus semejantes"; "No manches tus labios con juramentos falsos" y por último, "Ni tu corazón con impúdica lascivia".

—Esta es, amigos míos, la Santa Alianza de la que todos formamos parte; en la cual procuraremos amarnos unos a otros; que el dolor de uno, sea el dolor de todos y que la alegría del más pequeño sea compartida por todos. Más este no es un levantamiento armado para echar por tierra poderes constituidos —continuó Jesús—, sino un levantamiento espiritual, para perfeccionarnos hasta hacernos dignos del nombre que nos hemos dado de: Pueblo Elegido. Hasta hoy no hemos merecido esos nombres, porque toda nuestra historia desde la muerte de Moisés, hasta hoy, es una historia de ignorancia, de ignominia y de crimen; de engaños y de falsedades. Cuando nuestros caminos se hayan enderezado y nuestros labios se hayan purificado como los de Profeta Isaías, en el fuego divino y no destilen el engaño y la mentira; cuando nuestras manos estén limpias como el pan de flor de harina que adorna nuestra mesa y nuestros ojos no se deleiten en los placeres lúbricos y sólo busquen gozarse en las obras de Dios para alabarle, entonces amigos míos/ caerán sin esfuerzo los tiranos y los déspotas; se romperán las cadenas de todas las esclavitudes..."

Tal es el sueño que surgió en mi mente con el ideal de la Santa Alianza que los congrega a ustedes en torno mío, como una inmensa cosecha de flores y de frutos para alegría de quien las cultivó; si cada uno de ustedes realiza en sí mismo mi sueño, me darán una gran alegría porque esa será la más pura e inmensa felicidad que puede gozar un alma humana encarnada en esta Tierra. Pido al Señor de los cielos y de la tierra, que yo sea para todos ustedes el ángel que purificó al Profeta Isaías, para que ya no sean los hombres de ayer, sino los hombres del mañana glorioso de mi sueño convertido en realidad — finalizó el Verbo Encarnado.

Cuando terminó de hablar Jesús, sus amigos íntimos sin poderse contener, se precipitaron sobre él levantándolo en hombros y diciendo: —¡Hosanna al Profeta de Yahavé; al que viene en nombre del Señor, al Salvador del pueblo de Israel!

—El hombre de bien se salva a sí mismo —les decía Jesús a todos los que querían estrechar sus manos.

Cuando por fin Jesús y sus amigos se quedaron solos, Simónides les mostró a todos los numerosos almacenes repletos de mercancías y les dijo:

—Ya llega el invierno y los pueblos conocerán que el Rey de Israel no construye su trono con oro y piedras preciosas, sino con corazones agradecidos.

Todos elogiaban a la Santa Alianza; Jesús miraba sereno y en silencio todo. Pensaba en lo fácil que es alentar la ilusión de los pueblos mediante dones materiales como aquéllos; pero cuando él les dijera que su misión consistía en ser Salvador de Almas, la ilusión se desvanecería. ¿Qué pensarán y qué sentirán esas muchedumbres desengañadas? ¿Cuántos permanecerán a mi lado?

34

EN EL MONTE HOR

Un mes después, Jesús en compañía de su tío Jaime, se incorporó a la caravana que iba desde Jerusalén hasta Hesbón y de ahí a Edor donde los esperaban Melchor y Gaspar para celebrar la reunión que acordaron el día de la muerte de Baltasar. En su paso a través de los peñascales de Moab, Jesús recogió a los 70 ancianos del Santuario de Moab, los cuales también participarían junto con sus amigos, en la reunión.

Una vez reunidos, Jesús les dijo: —Muchos acudirán a la Santa Alianza, como se acude por aguas la fuente; entonces será el momento de decirles: "No sólo de pan vive el hombre, sino también de la palabra de Verdad que les enseña el conocimiento de Dios y las leyes que los unen a él".

—Los que comprendan estas palabras serán los únicos con quien podremos realmente contar; tengan en cuenta que al hablar de muchedumbre no me refiero sólo al pueblo de Israel, sino a todos los pueblos de la Tierra, en medio de la cual hay algunos centenares de almas de evolución avanzada —dijo Jesús recordando la Terrible visión que tuvo en el Santuario de Moab la primera vez que fue y prosiguió:— El egoísmo de lo "tuyo" y lo "mío" está todavía muy arraigado en esta Tierra y el aprecio por los bienes materiales es mil veces más fuerte y avasallador, que el deseo de los bienes del espíritu; la Sabiduría, el Amor Fraternal, la Gratitude y la Generosidad, en una palabra: el Amor de Dios sobre todas las cosas; es casi una pálida sombra.

—Voy comprendiendo Rey de Israel —le dijo Simónides—, ahora se realiza un sueño que tenía desde que era niño: "Cuando el Mesías venga a esta Tierra, me prenderé de su manto y le diré: llévame a tu servicio, Señor, porque sólo contigo seré dichoso".

—Mi buen Simónides, ya estás conmigo —le dijo Jesús —, y te aseguro que será para no separarnos.

—Esas palabras quería oír de tu boca, Señor, para sentirme feliz.

Después comenzaron a discutir sobre el cumplimiento de la profecía.

José de Arimatea decía que el reino del Mesías sería ante todo un reino Espiritual. Gamaliel por su parte, hacía notar la diferencia entre los capítulos III y IV de Malaquías y el capítulo XXIII de Jeremías. Todos volteaban a ver a Jesús como pidiéndole su ayuda.

— Soy el menor de todos mis amigos, ¿por qué buscan en mí las respuestas? —les decía Jesús.

Josías señalando a Eleazar, Alfeo y a Elcana, intervino para decirles: —Nosotros en Belén, fuimos testigos del glorioso nacimiento de Jesús. Desde esa noche bendita, nosotros no hemos cambiado nuestro pensamiento. No pensamos en Jesús como en David o en Salomón, grandes por su poder, sino como lo que es: El Ungido de Yahavé para traer la Paz, el amor y la justicia a la Tierra.

Por fin, viendo que Gamaliel y José de Arimatea no llegaban a un acuerdo, Simónides en nombre de Jesús, les dijo. —Ya lo ves mi Señor, si tu no hablas, no podremos entendernos. ¡Por favor ilumínanos!

"Soy el Mesías anunciado por los Profetas y todos ustedes verán la grandeza y la gloria a que me elevará el Padre, cuando sea llegada la hora" —les dijo Jesús.

En Sela, por intervención de Melchor y Gaspar, les esperaba un guía para conducirlos al Monte Hor. Ese mismo día por la tarde, llegaron a su destino.

Jesús al no ver ninguna construcción en los alrededores le preguntó a José de Arimatea: ¿Y la casa a donde vamos, dónde está?

—Está escondida tras esas rocas —les dijo el guía, llevándolos hasta el lugar señalado; con un silbato dio el aviso apareciendo Melchor; y al momento aquella meseta se poblaba de personas vestidas de blanco que traían antorchas en sus manos. Eran como cincuenta hombres. Melchor seguido por los demás, los guió a través de una escalera hecha sobre la roca hacia una cuesta.

Al subir la cuesta, llegaron a una plazoleta rodeada de acacias y naranjos: Al frente de ella, había un gran muro blanco en el que había sido esculpido un inmenso libro abierto y tenía, grabados en negro, los Mandamientos de la Ley de Moisés. Arriba del libro había una caja de piedra en forma de estrella de cinco puntas, en la cual ardían siempre lámparas de aceite.

—Tu Escuela de Sabiduría Divina, querido Melchor, no podía tener mejor presentación que ésta: "El libro de la Ley y la Eterna Luz que le alumbra" ¿Pero dónde está la puerta de entrada?

—Está entre las bases que sostienen al libro —le dijo Melchor haciéndolos pasar al interior.

El recinto central de los salones estaba destinado a la enseñanza de la Divina Sabiduría y de las ciencias humanas. De los salones laterales, uno era para las concentraciones espirituales de los Maestros y discípulos adelantados; el otro, para los ejercicios de desarrollo de los principiantes hasta el tercer grado.

Alrededor de los salones había estrados de madera, escritorios, atriles y mesas necesarias para las ceremonias y el estudio.

El recinto al que fue introducido Jesús, era bastante amplio y estaba rodeado de pequeños salones en los que los maestros enseñaban y explicaban los Santos Textos. Tal era el lugar al que entraba Jesús para sustentar una conferencia sobre la Divina Sabiduría con: Gaspar y Melchor, con el hindú Goda-Very sucesor de Gaspar, y con Abbas sucesor de Baltasar.

El fin de la reunión era informar la enseñanza que debía darse a las multitudes afiliadas a la hermandad de la Santa Alianza: en Siria y Palestina llamada, "Collar de Hierro"; en el Indo, "Huerto de las Palmeras"; en Egipto, "Corona de Oro"; y en Arabia y Persia, "Antorcha Encendida".

Jesús hubiese querido que en todas partes tuviera el mismo nombre: "Santa Alianza", pero los ancianos tuvieron el cuidado de llamarla de distinta forma, propia de cada país, evitando que fuera interpretada esta institución como una organización internacional para derrocar a los gobernantes de diferentes patrias.

Se iniciaron las reuniones en la gran sala central de la escuela con diez asistentes: Jesús y dos ancianos de Moab'; Gaspar y sus dos compañeros; Filón y el Profeta de los Tuareghs y el maestro Dan-Egadesh elegido para ser el sucesor de Melchor.

Según la costumbre de las Escuelas de Divina Sabiduría, Jesús abrió la primera sesión con esta plegaria: "Padre nuestro que alientas en todo cuanto existe en el Universo, por tu Poder Infinito, por tu Amor Supremo y por la Caridad Eterna de tu presencia, estamos dispuestos a realizar sobre este mundo, tu Divina Idea, si somos dignos de ser tornados como instrumentos de tu Divina Voluntad". ¡Háblanos Padre Nuestro, que tus hijos te escuchan!

Todos hicieron un profundo silencio para buscar, cada uno, la unión con la Divinidad.

Inició Jesús la reunión con el siguiente informe: —El Eterno ha encendido sus lumbreras en distintas regiones de la Tierra, pero pocos siglos han permanecido prendidas ya que las apagaron los dirigentes de los pueblos con la oscuridad de sus errores hechos ya leyes.

—Ahora tienen ustedes la palabra para manifestar sus respectivos programas —pidió Jesús.

—Volver a la obra regenerada de Krishna y de Buda — dijo Gaspar.

—Volver a la Ley de Moisés —dijo Melchor, y añadió: —Que el actual Mensajero de la Eterna Idea, Jesús de Nazareth, nos dé una síntesis de su Doctrina en esta hora de su Mesianismo y nosotros pondremos todo nuestro empeño en ser sus eficientes colaboradores.

Pienso —dijo Jesús—, que un verdadero Maestro de Divina Sabiduría nunca puede destruir lo que otros auténticos Maestros han enseñado, porque si son

enviados por Dios como instructores de la humanidad, enseñan la misma verdad que puede tener algunas variantes sin importancia. Si analizamos por ejemplo, las enseñanzas de los Kobdas que civilizaron a tres continentes, no es diferente de la de Krishna, Buda y Moisés. Fue fundado aquel período en obras de bien y de justicia para formar aquella gran asociación de países: "La Gran Alianza". Krishna y Buda fueron enviados al Asia Oriental, Abel y Moisés al Asia Occidental. En cuanto a mí, no hago más que proseguir la misma tarea de enseñar la Divina Sabiduría ya que todos copiamos de la Eterna Idea Madre ¡El Amor Universal! base de toda doctrina de los instructores; es la gran Ley que" rige los mundos. La enseñanza de Krishna fue un fiel reflejo de los antiguos Kobdas, de los cuales estaba aún cerca. Tres siglos han pasado y en el Oriente, lo recuerdan como un gran príncipe que luchó contra los usurpadores. Sólo en algunos Santuarios-Escuelas se lee su Baghavad-Gita que contiene una parte de sus enseñanzas.

Jesús continuó: —Siglo y medio hace que Moisés grabó la Ley Divina en tablas de piedra para su pueblo en cinco libros para que todos pudieran avanzar. Seiscientos años hace, que Buda se despojó de todo, para enseñar con su propia inmolación, el desprendimiento de todos los goces materiales y groseros como condición para llegar a una gran altura espiritual. La enseñanza de Krishna, Moisés y Buda, ha sido igualmente falseada adulterada y proscrita de todas las mentes y de todos los corazones, para sustituirla por un monumental catafalco de prescripciones, ordenanzas y ritos, según los intereses de los dirigentes de los pueblos y de los interventores en el Santuario de las conciencias.

Prosiguió Jesús. —Mi enseñanza será la misma, pero por la evolución de la humanidad, habrá un mayor número de lámparas encendidas en las tinieblas, que vendrán después de mí; lámparas que resistirán ardiendo hasta morir en los patíbulos, en las hogueras, en los circos, donde los arrojarán como a los prisioneros en las guerras de conquista. El fraude, el engaño, la errónea interpretación de la Idea Divina, volverá a subir a flote enturbiando todas las aguas, hasta que los huracanes del final, hayan barrido de la superficie a todos los falseadores de la Verdad Eterna. Su cooperación —les dijo—, ha de ser reunir cada quien, en su país, grupos de discípulos entusiastas para que ellos sean los Maestros del porvenir, así conseguiremos que sean más los salvados que los perdidos en las tinieblas de una nueva evolución en planetas inferiores, donde las condiciones de la vida física no causarían espanto a los hombres de la actualidad. Para terminar, os digo: que mi enseñanza para los pueblos estará basada en estas palabras de la Ley de Moisés: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a Ti Mismo"

—Pero todo esto —dijo Filón—, es norma para las masas que se conforman con un tranquilo bienestar material; y para nosotros, Jesús para los que aspiramos a conocer y amar más a Dios, ¿qué nos das?

—El Enigma y el Misterio nos rodea por todas partes —dijo Jesús.

—Presentimos, adivinamos casi, la gran actividad, los torbellinos de vida que nos rodean y que hay en nosotros mismos —dijo Filón—. La Ley de la evolución y la pre-existencia nos dicen mucho; pero son aún muy densas las sombras, y tú que eres la encarnación del pensamiento Divino, eres el llamado a disiparlas.

—Filón, amigo mío —dijo Jesús después de un momento de silencio—, estás en lo justo y yo también lo estoy en lo que te digo. Cuando la Ciencia corre más aprisa que la moral, sobreviene un desequilibrio de fuerzas que nada ni nadie puede contener. Así, por tener más ciencia que moral, fueron tragadas en el abismo las civilizaciones Lemúrica y Atlántida. "Juno y Numú alumbraron a Lemuria con la antorcha ardiente del Amor Fraternal, antes de que llegará a ellas la luz de la ciencia. Lemuria rompió los velos del Eterno Enigma antes de tiempo y fue tragada por el eterno silencio. Anfión y Antulio iluminaron a la Atlántida y este último le dio más de lo que podía dárseles a los poco evolucionados y desató el tremendo desbordamiento de fuerzas desconocidas y la sepultó también en el eterno silencio.

"El simbolismo incomprendido —continuó el Maestro—, de Adamú y Evana, quienes perdieron el paraíso por haber comido del árbol de la Ciencia, que igualaba en sabiduría al hombre con su Creador, nos dice sencillamente que el ser humano no es sino un organismo en formación y es pueril vanidad y hasta locura, pretender que de un salto una inteligencia poco evolucionada como la humana suba a la altura mental a la que llegaron en cientos de siglos las inteligencias guías que cooperan con la Divina Potencia. Lo que le sucedería a un embrión humano, si éste pudiera pretender nacer prematuramente, es lo que te ocurriría a ti. ¡Oh Filón, amigo mío! ...creo que he hablado más de lo conveniente y que con lo que he dicho, tu corazón ansioso de ver maravillas, se habrá aquietado ante el impenetrable Enigma, cuyo amor sus diminutas criaturas le hace esconderse aún para que ellas pueden crecer y vivir en sano juicio y espíritu, hasta que alcancen una etapa de evolución lo suficientemente elevada para lo que lo puedan entender en su infinita gloria.

Filón corrió hacia el Maestro, lo abrazó con efusión y ternura, diciéndole: —Has aquietado mi corazón para siempre.

Los otros maestros sentían, que habían aprendido más en esta conferencia, que en todos sus estudios anteriores.

—Maestro —dijo Melchor—, estamos convencidos de que en nuestra hora, sólo el Amor puede tender un puente sobre el abismo que hay entre la inteligencia humana y la Suprema Inteligencia de Dios. Creo que el Amor es lo que más dulcifica la áspera vida humana en este planeta.

—Los peñascos del Sahara se cubrirán de rosas rojas —añadió el Profeta de los Tuareghs—. Veo manchas de sangre en los peñascos del África del Norte; son tus mártires del mañana.

Así, terminó la primera reunión. Al final se dijo una oración de acción de gracias a la Suprema Inteligencia.

En la segunda reunión, se estudiaron los principios básicos de las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría, de las cuales se hizo un extracto para que pudieran darlas a conocer los instructores de las Escuelas.

Primero: La inmortalidad del alma humana y su progreso constante a través de múltiples existencias físicas para conquistar su propia felicidad.

Segundo: La Suprema Potencia es el Bien, el Amor y la Justicia; y ha grabado en la esencia misma del alma humana el principio eterno: "No hagas a otro lo que no quieras para ti". Los dolores, los males, las llamadas desgracias ocurridas a los seres no son castigo de esa Suprema potencia; son tan sólo, consecuencias de las transgresiones del hombre a la Divina Ley, si no en la vida presente, en una anterior; y por último:

Tercero: La Suprema Potencia no tiene seres privilegiados.

Tomaron también la resolución que cada uno de los Maestros hiciera, en su tierra, un tratado que se llamaría: "Comentarios a los catorce principios de Divina Sabiduría" y que en cuanto fueran escritos habrían de ser mandados a Jesús para que les diera su Aprobación.

Terminado el trabajo de los diez ancianos. El príncipe Melchor como dueño de la casa quiso obsequiarles con un festín al cual invitó a estudiantes de otras Escuelas.

Los recién llegados buscaban a Jesús con ansia.

A la sazón Jesús contaba con veinticinco años de edad.

Jesús se acercó a los jóvenes que se mostraban temerosos y deslumbrados por el poder y la sabiduría divina.

El banquete fue preparado en la plazoleta de la entrada, rodeada de acacias y naranjos. Era el anochecer y a la luz de las Antorchas tomaban su lugar los invitados.

—¿Me permites elegir mi lugar? —preguntó Jesús a Melchor. —Desde luego, hijo mío, tú mandas aquí —le dijo Melchor.

—Gracias príncipe. Deseo sentarme en medio de aquellos dos hermanos —dijo Jesús señalando a los dos jóvenes que viera al llegar.

—Qué casualidad, Maestro, que hayas quedado entre nosotros —le dijo uno de los muchachos.

—No es casualidad, sino Ley. Desde el primer momento que les vi, mi corazón ha sentido el deseo de ayudarlos.

—Gracias Maestro, en verdad que sí necesitamos ayuda. Mi nombre es Dam-Biri y mi hermano gemelo se llama Aboulahi. Nuestro padre es griego y vino a esta tierra y amó a nuestra madre que tenía apenas doce años de edad. Su amor fue un secreto por oposición materna. Nosotros hemos crecido creyendo que éramos huérfanos. Un día nos sorprendió nuestro abuelo, trepados en la ventana de su cuarto porque queríamos entrar. El abuelo tampoco sabía que su hija era nuestra madre y como era muy violento, nos agarró por el cuello y nos quiso echar al precipicio. Nuestra madre despertó y saltó como una fiera, y en la lucha gritó: Los defenderé con mi vida porque son mis hijos. Su padre, al oírla, la estranguló y la arrojó al precipicio. A nosotros nos vendió en el Mercado de Alejandría como esclavos. Después el príncipe Melchor pagó nuestro rescate y nos trajo a la Escuela de Esio-Geber. Hemos terminado los tres años que teníamos de prueba para escoger libremente nuestro camino. Tenemos veinticinco años y aún no sabemos qué hacer.

—Les doy mi palabra —dijo Jesús—, que antes de regresar a mi país, verán ustedes sus vidas reconstruidas y sabrán qué hacer.

—Gracias Maestro, Dios acepte tu Santa palabra y tenga misericordia de nosotros.

Después de la comida, siguió una velada con canciones de aquella juventud y un magnífico concierto de cítaras y laúdes, en que dejaban entrever sus recuerdos, sus pensamientos y sus anhelos.

Terminada la velada todos se fueron a descansar; no así Jesús y Melchor que se quedaron conversando acerca de aquellos cuarenta y dos jóvenes, de los cuales ninguno tenía más de 26 años.

—Pues de todos estos jóvenes que preparas para Maestros de Divina Sabiduría, dos terceras partes no pueden perseverar en esta vida —dijo Jesús a Melchor.

Ya lo sé, hijo mío. Pero saldrán con una visión muy clara de las verdades y leyes eternas que aquí aprendieron y adonde quiera que vayan difundirán estas enseñanzas —respondió Melchor.

—Sus canciones y su música están llenas de melancolía, nostalgia de amor y de las emociones de la vida afectiva en el hogar —prosiguió Jesús— son muy pocos los seres que pueden elevarse sobre la Ley de la vida en este planeta. Los Maestros de Divina Sabiduría debemos saber distinguir, con claridad, cuándo un alma puede vivir sola con Dios, y cuándo necesita de los amores humanos y de los afectos familiares.

—Todos ellos, dijo Melchor, han sido maltratados por sus semejantes.

—Exacto —contestó Jesús—, los que tienen todo en la vida material no piensan que tienen alma inmortal por lo que han de vivir indefinidamente y en condiciones por completo opuestas a las que tuvieron en la vida presente. Te aseguro que los estudiantes de tus Escuelas fueron traídos por el dolor y el desengaño.

—¿Pero dónde colocarlos cuando salgan de aquí? Además hay que evitarles el dolor y la vergüenza de declararlos ineptos para esta clase de vida —añadió Jesús.

—Hemos pensado en esto y los Maestros les vamos a invitar a que manifiesten claramente sus deseos, de permanecer aquí o salir al mundo a sembrar el conocimiento de la Eterna Ley. Quería pedirte tu opinión, Jesús, si permites que ellos te ayuden en tu obra de instructor de la humanidad en tu propio país, para que estando cerca de ti avancen en sus conocimientos.

—¡Muy bien pensado! Que el Eterno Amor los guíe al lugar que les tienen reservado. A propósito Melchor —dijo Jesús— quisiera ayudar en especial a los dos jóvenes con los que me senté en el banquete.

—Iba a pedirte, Jesús, que les llevaras contigo para que se rompa la cadena que arrastran desde lejanos tiempos, ya que según nuestros videntes: "Cuando Buda pasaba por la Tierra, Abdulahí y Dan-Biri eran dos jóvenes brahmanes que defendieron a Buda para que no lo mataran, pero impacientes por el hambre y las piedras que les lanzaban en todas partes, incendiaron un poblado causando la muerte de muchos inocentes". Ellos te ayudaron en aquel tiempo y ahora lo harán también y se purificarán.

—Está bien —dijo Jesús—, si ellos quieren ir conmigo, los llevaré a Jerusalén. Simónides y Judá los colocarán en sus negocios que tienen en la Ciudad Santa y en el puerto de Joppe.

Al día siguiente, los jóvenes hablaron con entera confianza y resultaron veintinueve los que deseaban salir al mundo si se les daba la oportunidad de llevar una vida honorable y justa; y trece de ellos decidieron continuar en el retiro de las Escuelas de Divina Sabiduría.

Dos días después, ya entrada la noche, los diez Maestros estaban reunidos en un salón con nueve de los estudiantes. Después de la invocación al Supremo, entraron todos en hipnosis. Aldebarán, Nerebín y Yosufu-Dan fueron esta noche, los hombres a través de los cuales se manifestaron las inteligencias superiores: Aheloim y Ariel. Al entrar en el éxtasis unieron sus manos en una fuerte cadena fluídica de la cual fue emergiendo, lentamente, una nebulosa de colores que hizo desaparecer los muros, el techo y la misma montaña. Sólo quedaban, como suspendidos en ella, los diecinueve seres que estaban ahí reunidos. Poco a poco, fueron perdiendo la conciencia de su existencia material y por fin, todos quedaron sumergidos en una indescriptible felicidad que ni siquiera habían soñado.

Ya libres sus espíritus, aquellos tres poderosos guías etéreos: Aheloin, Ariel y Shamed representados en Aldebarán, Nerebín y Yosufu Dan, les presentaron el desfile infinito de la grandeza del Absoluto... del Supremo. Más no sabían definir si eran ellos los que corrían arrastrados por vertiginosa carrera, o era aquella cascada interminable de luz, la que corría ante ellos.

-Cincuenta millones de sistemas planetarios vistos en esta vertiginosa carrera —dijo Shamed quien dirigía aquella estupenda manifestación, y cada planeta encierra innumerables vidas desde las más rudimentarias, hasta las más evolucionadas; y todas ellas respiran y viven Por la energía de Dios. "No comprenderán ustedes al Eterno Enigma, mientras lo busquen fuera de ustedes mismos, continuó Shamed, cuando obren el bien sin violencia, cuando amen desinteresadamente, cuando lloren con el que llora y rían con el que ríe; cuando levanten al caído y derramen como rocío su piedad sobre el dolor de sus semejantes, serán como pequeñas imágenes de Dios que es el Eterno Amor por encima de todas las cosas. Dios no tiene forma definida, porque sólo la materia la tiene. Infinitamente múltiple en sus manifestaciones, que las inteligencias pueden apreciar en todos los mundos, la Eterna Esencia es luz en el éter, es frescura en el agua, es fecundidad en la tierra, es calor en el fuego y es el Bien; la Sabiduría y la Justicia perfectas. En el conjunto de ellas reside el poder creador, la fuerza vital, la voluntad directriz de cuanto vive y alienta en el Universo. En la unificación de ustedes con ellas reside toda la fuerza, toda la Luz, toda la belleza que puede tener en si un espíritu encarnado en planos físicos.

—Jesús —continuó Shamed—, tú eres el hilo de oro, conductor de todas las perfecciones de la Divina Esencia entre tus hermanos terrestres. El que a ti se une a Dios se une. El que a ti te ama, entra en el concierto maravilloso de los amantes de Dios. El que comparte contigo la obra de redención humana es luz de Dios flotando por los caminos de las almas. ¡Benditos sean para siempre los seguidores del Ungido del Amor, porque al entrar en el Reino de Dios, será el Amor, su eterna recompensa!

La hipnosis de este ser sensitivo terminó, mas la resplandeciente y sutil bruma de oro continuó flotando en el ambiente. Cada uno, en los profundos dominios de su conciencia, prometía al Eterno Amor, todo de cuanto es capaz el alma humana cuando ha absorbido en unión con Dios, la energía, el poder y la fuerza. Se habían encendido en esos momentos diecinueve lámparas vivas que iluminarían a todas las almas merecedoras de la Luz Divina. Puede decirse con toda verdad, que ese instante fue el comienzo de la obra de salvación humana, realizada por el Verbo Divino, en esta etapa de su manifestación en medio de esta humanidad. Cuando se hubo calmado un tanto en todos los presentes aquél intenso estado vibratorio, los otros dos Guías que aún mantenían la hipnosis en los seres escogidos, iniciaron entre ambos un diálogo sobre las corrientes astrales y etéreas que era necesario

establecer alrededor de Jesús, para que pudieran tener entre sí comunicación espiritual, los Mesías compañeros, que en esferas diferentes estaban encarnados al mismo tiempo en Jesús en la Tierra.

Los dos guías hicieron una suprema invocación a los Setenta Mesías de la Alianza como si se hubiera abierto un horizonte inmenso. Los encarnados de la cadena fluídica se creyeron flotando sobre un mar de olas inteligentes y vivas. El vaivén de aquellas olas radiantes se acercaba y se alejaban en un maravilloso ritmo. Infinidad de seres diáfanos. Eran las numerosas legiones que siguen en el espacio infinito a los Setenta Mesías de la Alianza. Por fin y como flotando sobre aquel inmenso mar de bellezas inmateriales, fueron destacándose Sesenta y Nueve lámparas luminosas, de tan magnífica claridad, que los seres encarnados que presenciaban esto, cayeron en hipnosis, su materia, no podía resistir una corriente espiritual tan formidable. Sólo Jesús, sostenido por sus dos guías íntimos, se mantuvo despierto, si bien, en un sutil arrobamiento que le permitió comprender el pensamiento excelso de sus hermanos. "Bebe hasta saciarte del agua viva de la inmortalidad y del amor, en esta hora de tu destierro ¡Oh Ungido del Eterno! porque se acerca aceleradamente el día de tu inmolación, en que pedirás y no recibirás, buscarás y no encontrarás, llamarás y nadie te responderá."

Una vez terminado el pensamiento, los dos guías íntimos de Jesús se desprendieron de los seres que les habían servido de instrumento terrenal, dejándolos dormidos. Jesús por su parte y en su estado de arrobamiento, fue llamando uno a uno a las Sesenta y Nueve lámparas luminosas, las cuales le iban respondiendo con el símbolo de su nombre:

Sirio	—	"Resplandor de la Sabiduría"
Osiris	—	"Mi reposo es Dios"
Orión	—	"El que abre caminos"
Minerva	—	"Mensajero del Poder de Dios"
Venus	—	"Soy un beso del Eterno Amor"
Alpha	—	"Bálsamo de la Piedad"
Vehga	—	"Luz que da vida"
Andrómeda	—	"Despertador de durmientes"
Arcturo	—	"Portador del fuego divino"
Shamed	—	"Libre de ilusión"
Ghamma	—	"Templo de Dios"
Neptuno	—	"Ebrio del Agua Divina"
Mercurio	—	"Fortaleza del Eterno"

Júpiter	—	"Hijo de la Sabiduría"
Urano	—	"Fuego Purificador"
Saturno	—	"Lágrimas de Salud"
Marte	—	"Espacia Justiciera"
Kapella	—	"Intima vibración de Dios"
Castor	—	"Abrazó del Supremo"
Virgho	—	"Reflejo de la Divina Luz"
Polux	—	"Siembro la Paz"
Tsadhe	—	"Siempre fijo en la Luz"
Thaw	—	"Vibración del Alma Universal"
Thoth	—	"He descornado el Velo"
Mahalaet	—	"Voz de Dios que flota en el viento".
Proción	—	"Dardo que hiere y sana"
Isis	—	"Duerme para crear"
Orfeo	—	"Canta el amor en Mí"
Apolo	—	"Carroza de Luz Eterna"
Diana	—	"Flecha de Amor que no mata"
Uranio	—	"Sondeo el infinito"
Juno	—	"Soy el canto de la Paz"
Dyadha	—	"Creeceré eternamente"
Beth	—	"El que une Corazones"
Ghimel	—	"Plenitud de Dios"
Horo	—	"Hijo del Amor y de la Luz"
Daleth	—	"Eterna transformación"
Sishav	—	"Luz vivificante"
Saetha	—	"Me impulsa el soplo Divino"
Régulo	—	"Como perfume me quemó al fuego"
Khap	—	"Eterno viviente"
Nunzain	—	"El que avanza siempre"
Sekania	—	"Amor piadoso"
Reshai	—	"Resplandor de la Idea Eterna"

Delphis	—	"Vaso lleno de rocío"
Japeth	—	"Palabra que da vida"
Pallus	—	"Eterna Victoria"
Tzabaot	—	"Resplandor del fuego viviente"
Hams	—	"Ola de Energía Divina"
Shemonis	—	"Aire que apaga incendios"
Ariel	—	"Amor compasivo"
Healep	—	"La unión es fuerza"
Aelohim	—	"Sembrador Eterno"
Zaim	—	"Mi querer es mi Poder"
Yod	—	"Agua que purifica"
Mem	—	"El Eterno me Vela"
Jayín	—	"Palabra de Sabiduría"
Phifs	—	"La Eterna Armonía"
Shifo	—	"Morir para vivir"
Tauro	—	"Siervo de la Majestad Divina"
Gedulá	—	"Soy y seré"
Keterei	—	"Espejo de la Eterna Belleza"
Thípert	—	"Llamada de Dios"
Binahiu	—	"Voz de la Sabiduría y Justicia"
Okmaya	—	"Muro de fortaleza divina"
Geburain	—	"Sacerdote del Amor"
Malkuadonai	—	"Vengo del Dios Vivo"
Yedosei	—	"Camino al único fin"
Adriston	—	"Luz de las Almas"

Y todos a una sola voz: sonora y dulce dijeron: ¡Jesús! ¡Jesús!

Jesús de pie con los ojos iluminados por una viva luz, contestó abriendo sus brazos como para estrecharlos a todos: —"¡Busco el Amor Eterno!" que es el símbolo espiritual de su nombre y el glorioso lema que predicó en todas sus vidas terrestres.

El Verbo Encarnado se desplomó en su sillón y rompió a llorar. La esplendorosa visión, se fue esfumando y el recinto quedó sumido en la amarillenta penumbra de los cirios.

Los demás fueron despertando poco a poco, exclamando:

—Jesús nos ha llevado al cielo por unos momentos —dijo Melchor.

—¡Oh el cielo de Jesús! ...¿Qué deberemos hacer por ti, Hijo de Dios, después de este desbordamiento de luz y de belleza?

—preguntó el anciano Gaspar.

—Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos —contestó el Maestro.

35

EL SECRETO DE ABUD – ARISH

Acompañado de los 29 jóvenes y de su tío Jaime, el Maestro emprendió el regreso a Nazareth. Habían pasado ya varios días de viaje cuando llegaron a Engedí, donde encontró muy afligidos a los hermanos Jacobo y Bartolomé porque su anciana madre se hallaba gravemente enferma.

Jesús se dirigió a la casa de los hermanos y al llegar se acercó al lecho de la enferma diciéndole: —Avecilla del Padre Celestial, dándole a beber agua vitalizada por su aliento, aún no es hora de que abandones tu nido terrestre.

La viejecita se sintió como renovada, se levantó y dijo a sus hijos y nietos: ¡Vamos, vamos!... a preparar una fiesta porque ha llegado la alegría con nuestro Jesús.

— En verdad que ya está curada —les decía Jesús a todos.

Mientras preparaban el festín, pasó Jesús a visitar a los siete esenios que vivían en las grutas cercanas y supo por ellos que entre los penitentes de las grutas vecinas había un hombre que sufría una gran depresión; no quería hablar con nadie.

Jesús fue hasta su cueva. El hombre estaba tendido sobre un montón de paja, con la vista fija en el techo.

—Amigo mío —dijo Jesús sentándose junto a él en el suelo—, sé que estás enfermo y que tu alma padece angustias de muerte.

Quiero que me cuentes tu pena porque tengo el poder de librarte de ella y devolverte la paz. Eres todavía joven, puedes ser aún útil a la humanidad.

El enfermo se incorporó y gritó: —¿Yo útil a la humanidad? Antes daría de comer a una pantera que a un ser humano.

—No sabes lo que dices: eres apenas un muchacho. Vamos amigo, no me des la pena de ver tu dolor y no poder remediarlo. Ya sé que hay en la Tierra seres perversos y que gozan con el dolor de la humanidad; pero, ¿por qué solo tomas en cuenta a los que te hacen daño? Sé razonable amigo mío, que acaso en mí mano ha puesto Dios tu felicidad y tú la rechazas. Vienen conmigo, desde el Monte Hor, veintinueve jóvenes árabes que también han sufrido mucho.

—¿Y quién eres tú para ayudar a esos desdichados? —preguntó el hombre.

—Un hombre que ha elegido la misión de consolar las víctimas de las maldades humanas —contestó Jesús.

—Has hablado de jóvenes árabes. Allí vive el asesino autor de mi desgracia, en el Yemen, en Abu—Arish.

—"Del jardín de las rosas más bellas del mundo" —dijo el Maestro irradiándole paz y amor—. Y bien, amigo mío, ¿crees que yo podría remediar tu desgracia? Todas las tragedias humanas se parecen: un amor desventurado, un déspota que destroza la vida y algo imposible que aplasta el corazón entre dos piedras de molino.

—En Abu—Arish tenía una rica plantación de azafrán —comentó el hombre—. Ahí me enamoré de una hermosa niña. Su padre era jefe de guardias del Imán de Sana. Era un hombre muy celoso de su mujer y de su hija, a las que tenía escondidas. La madre de la niña siempre triste por la tiranía del marido murió joven, dejando a la pequeña al cuidado de viejas esclavas, las cuales favorecieron nuestro amor. De nosotros nacieron dos gemelos y una de las esclavas declaró que los había encontrado abandonados en una plantación de azúcar. Alguien denunció al padre nuestro secreto de amor y fui condenado al destierro y a la incautación de todos mis bienes. Así, un día me encontré atado de pies y manos, herido, medio desnudo en una isla en el Mar Rojo. Varios años más tarde, supe que ella había sido estrangulada por su padre y que a los gemelos los había vendido como esclavos en Alejandría.

—Fui allá como remero de piratas —continuó el enfermo—, pero los esclavos jóvenes ya habían sido comprados. Esta es mi historia... Veamos ahora, Señor cómo te las arreglas para devolverme a mi esposa asesinada y a mis hijos vendidos como esclavos...

Jesús sonrió tranquilamente; y pensó en los dos gemelos que habían venido con él.

—¿Cómo se llaman tus hijos? —le preguntó Jesús.

—Castor y Pólux; pero dicen que aquel hombre mandó que les llamaran: Abudalahi, que quiere decir "encontrado" y Dum-Biri "hijo del mono" —contestó el hombre.

—Pues le doy gracias a Dios, porque aquí cerca se encuentran tus hijos. Vamos con ellos. No así te puedo devolver a tu mujer, pero ella ya está en paz en el reino de los cielos.

Guiados por uno de los maestros esenios, regresaron a donde se encontraban los veintinueve jóvenes árabes. Cuando llegaron, Jesús llevó al hombre hasta los jóvenes y a una señal suya el esenio pidió a Abudalahi y a Dum-Biri se acercaran a Jesús y al hombre que los acompañaba.

—Es el padre de ustedes —les dijo Jesús—; despierten los recuerdos de su adolescencia.

—¡Es Abu-Arish! —exclamó espantado Abudalahi.

- ¡Así es! —dijo Dum-Biri.
- Nunca nos dijiste que eras nuestro padre —dijeron los gemelos.
- Debían haberlo adivinado por el inmenso amor que le tuve a su madre.
- ¡Nuestra madre! ¡Pobrecita! —comentaron todos.

36

DE NUEVO EN NAZARETH

El tío Jaime narraba a Jacobo, a Bartolomé y a la madre de ellos, Bethsabé lo que había ocurrido en el Monter Hor y en todas partes donde había acompañado al Hijo de Dios.

Bethsabé, originaria de Jerusalén, no perdía una palabra de cuanto decía el tío Jaime referente a Jesús en la Ciudad Santa y fuera de ella.

—Los criados cumplieron ya con su deber, y el banquete está listo, pero los dueños de la casa no aparecen —interrumpió Jesús.

—Allá vamos... rayo de sol —exclamó la anciana levantándose y dirigiéndose a la mesa.

—Qué cuadro tan hermoso es éste —dijo ella mirando a Jesús, quien estaba sentado a la cabecera —, quizá no lo vuelva a ver otra vez.

—Pero, ¿en qué quedamos abuela? —dijo Jesús—, Acabas de decir que te sientes con fuerzas como para vivir otros diez años más y ahora dices que ya no lo verás.

—Sí, mi niño, sí lo volveré a ver muchas veces más.

Al día siguiente entraban al atardecer, a la Ciudad Santa, unos por la puerta de Sión con el tío Jaime y los otros, con Jesús, por la puerta de Jaffa para no llamar demasiado la atención.

Los jóvenes árabes fueron conducidos al gran almacén que era lugar de reuniones de la Santa Alianza, allí los esperaban: Simónides, Judá, Faki y el Scheiff Ilderín que conversaban con ellos para darles confianza.

Una hora después, Jesús abrazaba a su madre, en su casa de Nazareth.

Dos semanas después, los árabes estaban colocados en su nuevo camino ayudados por los cuatro Doctores de Israel, especialmente por Nicodemus y José de Arimatea, quienes además fueron reconstruyendo los datos históricos y filosóficos de las antiguas civilizaciones: Egipcia, Sumeriana y Caldea; por medio de los papiros encontrados por el Maestro Filón en la cripta del laberinto del lago Meris.

De los 25 a los 28 años, Jesús se dedicó al estudio de la Teología, de la Psicología y de la Física, que desde muy remotos tiempos, los Maestros habían dado a la humanidad.

Simónides, quien se había quedado voluntariamente con Jesús en su encierro, le decía: —En el mundo exterior trabajamos nosotros, tus amigos, mi amado Señor, porque esperamos ver tu reino extendido por toda la Tierra.

— Bien Simónides, mientras ustedes trabajan por el reino, yo me preparo para gozarlo dentro de unos años.

Simónides se refería al reino material sobre todos los pueblos de la Tierra, Jesús en cambio, se refería al muy elevado plano espiritual que había dejado para encarnar en este planeta.

El año 29 de su vida, lo pasó en Galilea entre sus familiares y amigos. Visitó de nuevo el Monte Tabor, el Carmelo y el lago de Tiberiades. Lo acompañaron en este viaje, su madre y el tío Jaime. Cuando estuvo en el Santuario del Tabor uno de los ancianos en estado hipnótico, le transmitió la palabra de Aheloim, uno de sus guías: “Ya es hora. El mundo te espera. La voz de Juan, como un huracán de fuego, abraza el desierto de Judea anunciando la hora de penitencia, de la justicia y de la purificación del espíritu. Tú eres la luz que debe alumbrar sus caminos sombríos, helados y fangosos. Amante Divino de la humanidad de este planeta: Ella te espera no vestida de fiesta, sino de inmundos harapos...

"Está leprosa, está ciega, está inválida. La hora es llegada, anda, ¡Sálvala! es tuya por los siglos de los siglos!"....

Cuando volvió a su casa de Nazareth, su madre le entregó una carta de su primo Juan que decía así: "Al despedirme por última vez del gran Santuario de Moab, he pensado mucho en ti, Ungido de Dios; y te dirijo estas breves líneas: he bajado de las montañas como un águila hambrienta de inmensidad a la orilla oriental del Jordán, hacia cuyas aguas llamaré a nuestros hermanos para que se purifiquen y se vistan túnicas nuevas para esperar tu llegada.

¡Jesús, hermano mío! La humanidad nos llama. La inmolación nos espera. La gloria de los mártires teje ya nuestra corona.

"Unido a ti en la justicia, la verdad y el sacrificio"... Juan de Hebrón".

Su madre al verlo, adivinó la dolorosa lucha que lo agitaba y le preguntó: —¿Trajo alguna mala noticia esta carta?

—No, madre, una muy buena. Es del primo Juan que me anuncia que ha comenzado su misión de apóstol a las orillas del Jordán. —¿Quién le ha encomendado a él esa misión? —le preguntó Myriam.

—Quien ha de ser, sino Nuestro Padre Celestial —contestó Jesús—, y pronto comenzaré también la mía.

—Creí que ahora te consagrarías a tu madre, Jesús.

—Desde la muerte de mi padre he estado consagrado a ti, madre mía. ¿No es verdad tío Jaime?

—Así es Jesús, pero el corazón de una madre como la tuya no se contenta sólo con el pan abundante sobre su mesa; ella quisiera que estuvieras siempre a su lado. Teme que te suceda como a tantos hermanos que perecieron en el cumplimiento de su misión.

—¡Madre mía!... eras un lirio guardado en el Templo de Jerusalén. —¿Por qué dejaste aquel apreciable retiro, donde no tenías otra preocupación que cantar los salmos y tejer el lino?

—Porque los ancianos sacerdotes y las viudas que me protegieron a la muerte de mis padres, me dijeron que era voluntad del Señor que siguiera a tu padre hasta aquí, como se sigue a un ángel guardián que nos precede en el camino.

—¡Muy bien, madre mía! ...Fue tu cumplimiento y tu deber para con Dios; ahora yo debo cumplir también el mío sometiéndome a su voluntad Soberana.

—Tienes razón, hijo mío, hablas como un verdadero Ungido del Señor. ¡Perdóname! ...Pero es grande mi temor porque los tiempos son malos para los profetas que enseñan la palabra de Dios. ¿Quién te defenderá hijo mío de la iniquidad de los hombres sin Dios y sin Ley?

—Nadie tocará un cabello de mí cabeza, sin el permiso de nuestro Padre Celestial, tenlo por seguro, madre mía; y no temas por mí. Lo que Dios quiere que sea, eso será; y El jamás quiere sino el Bien y la felicidad eterna para todos sus hijos. Si el Eterno Amor te eligió para ser mi madre, estaba cierto que tú tendrías con El y conmigo, un mismo pensar y sentir.

—¡Que se cumpla en ti la voluntad del Señor! —le dijo Myriam llorando.

—Mi corazón no esperaba menos de ti. Además no estarás sola. Vive en esta casa tu prima Martha con sus hijos e hijas que tanto te quieren, si es que deseas permanecer en Galilea. Si prefieres vivir en Jerusalén, allí tienes la casa de Lía y la de Noemí, donde siempre reclaman tu presencia y, además el tío Jaime será como tu sombra.

—Y tú, Jesús hijo mío, ¿a dónde irás? —le preguntó Myriam.

—A todas partes, madre, donde haya dolor e ignorancia allí estaré. Si soy Hijo de Dios, debo dar a conocer a los hombres la bondad, la justicia y la gloria de mi Padre.

Terminada la comida, Jesús buscó la soleada tranquilidad del huerto para meditar: "Mi espíritu busca la inmensidad, para dilatarse como una llama que quiere consumirlo todo. Pero mi corazón humano se estremece ante los ojos suplicantes de la mujer, en cuyo seno se formó esta materia que me aprisiona. No tengo patria. ¡Soy de todos y para todos! ...Mi corazón está acongojado porque voy a abandonar

Nazareth, el hogar que me recibió en la tierra. A la dulce mujer a quien llamo madre, todo lo que ha sido para mí como un nido de plumas y de seda. ¡Patria! ...palabra humana pero sin sentido para un espíritu que conoce su lejano pasado que ha tenido tantas patrias: Sumeria, Atlántida, el Éufrates, la India, Egipto ...¿he de apegar mi corazón a Nazareth de Galilea o á Palestina porque he pasado en ella veintinueve años de vida?...

¡La Familia! ...Esta es una tierna palabra, pero mi espíritu eterno tuvo muchas familias en los planetas que le dieron morada, de tal manera, que por Ley de Alianzas Universales, puedo decir que mis familiares son tan numerosos como las arenas del mar. No quiero padecer porque dejo a Nazareth de mi infancia; ni a Jerusalén; con su ciencia y su templo dorado. Todo el mundo será para mí la Tierra nativa. ¡Todos los hombres serán mis hermanos! ...Encontraré calor en todas las manos que estrechen las mías..."

La voz del tío Jaime que lo llamaba desde la casa, cortó el hilo de los pensamientos de Jesús.

—Aquí estoy, tío Jaime. Ven y siéntate a mi lado.

—Has de comprender, hijo mío, que tu madre no quiere ser obstáculo al cumplimiento de tu misión y que su único deseo es que yo te acompañe para cuidarte.

—¡Pobres mártires! ...tío Jaime, pobres madres de los misioneros de Dios, ¡cuánto padecen! ...Estoy de acuerdo en que me acompañes en esta primera salida como apóstol del Señor. Vamos, quiero decírselo yo mismo a mi madre.

—Madre mía —le dijo acariciándola tiernamente—, no acobardes el corazón de tu hijo antes de comenzar el encargo del Padre Celestial. El me manda abarcar al mundo; y tus lágrimas me retienen. No quiero verte llorar.

Ella levantó la cabeza secando sus lágrimas. —¡Perdóname! hijo mío... ¿Qué madre no tiene un momento de debilidad, cuando ve perder a su hijo?

—No me pierdes madre, sino que me engendras de nuevo para la gloria de Dios. ¿Comprendes madre, el divino arrebató de amor que arrastra mi alma hacia todos los seres de Dios, como si fuera yo una burbuja de luz escapada de su seno infinito, para encender luz viva en todas las almas nacidas de Él?

—Sí, hijo mío lo comprendo todo, y te prometo no estorbar jamás tu glorioso camino de apóstol. Sólo te pido me permitas seguirte de lejos con mi pensamiento convertido en oración y que el tío Jaime cuide de tu persona.

37

EN EL TIBERIADES

Un tranquilo amanecer, después de enviar varias cartas a sus amigos de Jerusalén, Tiro, Sidón, Antioquía y a Damasco encargándoles la Santa Alianza; Jesús acompañado del tío Jaime emprendió su viaje hacia el Norte por el camino de las caravanas. Al atardecer de ese día, llegaron a Tiberias a la casa de Hannan, hermano de Lidda y encargado de la Santa Alianza en ese lugar.

Hannan era tapicero de oficio, vivía con su esposa Suloma, su madre Salma, y sus dos hijas Martha y Fatmé que era la menor y estaba enferma de tuberculosis.

Cuando Jesús vio a Fatmé, comprendió de inmediato su enfermedad que no sólo era física sino moral. Estaba tan deprimida que quería morirse. La tarde en que llegaron Jesús y su tío Jaime, no quiso sentarse a la mesa para no molestar con sus tos a los huéspedes.

Jesús al ver esto le dijo: —Te sentarás a mí lado porque quiero que seamos dos buenos amigos.

—¡Señor, pero estoy enferma!

—Nada de Señor, me llamo Jesús. ¡Ven a mi lado! —le dijo Jesús.

—Obedece hija —le dijo Su lama.

—Comerás conmigo de esta fuente y de este canastito; comerás todo cuanto yo coma; beberás vino de mi vaso; y este hermoso pan dorado es para los dos.

Los familiares se quedaron admirados de lo bien que comió Fatmé, y no le dio la tos.

—Ahora daremos un paseo por el lago; quien quiera acompañarnos que nos siga —invitó Jesús.

Se embarcaron en una barquita propiedad de Simón cuñado de Marinar, junto con éste iba también el tío Jaime, Jesús y Fatmé.

—¿Te gusta el lago? —preguntó Jesús a Fatmé.

—Sí, Señor mucho, pero como hay mucho trabajo en casa, apenas puedo venir los sábados. Los pescadores nos convidan de su merienda o bien las muchachas del castillo nos regalan dulces y frutas.

Jesús intrigado preguntó a Fatmé de quién era el castillo.

—El dueño era un hombre griego muy rico, quien murió hace tiempo, ahora es de su hija. Vive con una aya y un anciano maestro, así como con sus criadas con las

cuales salía a pasear en una hermosa barca. Eran mis amigas, pero desde que saben de mi enfermedad ya no se me acercan, quizás tienen miedo, Desde entonces, tú eres Jesús, el único que no ha tenido miedo de mi mal.

—Fatmé —le dijo Jesús—, ¿crees que el Divino Poder es capaz de curarte? Lo haría por mi medio, ¿lo quieres tú así?

—¡Oh sí señor! ...Tú pareces un Profeta de Dios —contestó la pequeña.

—Bien, tu íntima adoración a Dios, te prepara para tu curación. Tu fe en mí aumenta este poder del Bien sobre el mal. Así, Jesús, Profeta del Señor, te dice: "¡Criatura de Dios, estás curada!".

La enferma se sacudió, ligeramente, al impacto de estas palabras y casi dormida, se recostó en el hombro de Jesús.

Marinan que se percató de lo sucedido, sin entender qué pasaba, se acercó a Jesús y le preguntó si su hija había empeorado.

—Claro que no —le dijo el Maestro—, al contrario ¡tu hija está curada! Sólo necesita un poco de reposo. La despertaré cuando sea necesario.

La barca siguió su camino, pasando cerca del Castillo de Magdala, desde donde, se oían risas y música.

Hannan comentó al respecto: —La griega recibe esta noche al Rey Antipas, el cual se cree un rey pero no es más que un perseguidor de mujeres incautas y vanidosas. Dicen que ha reñido con su tercera mujer y quiere sustituirla con la griega, pero ésta se le escapa como una águila, porque según dice, espera un príncipe azul del otro lado del mar.

Jesús se apartó un poco y continuó pendiente de Fatmé, la cual seguía dormida.

Al ver que Jesús estaba distraído, Hannan preguntó al tío Jaime: —¿Quién es en realidad este hombre al que ustedes llaman Jesús?

—Jesús es hijo de Myriam y de José de Nazareth —respondió el tío Jaime.

Sí, eso es lo que se dice; pero parece haber más. Se rumora en Jerusalén que es el Mesías, el futuro Rey de Israel; tanto que muchos jóvenes galileos se han ido a las montañas de Jebel, para adiestrarse y formar parte del gran ejército que ha de arrojar de esta tierra a los idumeos y a los romanos.

Mientras, Jesús había despertado a Fatmé, la cual le decía: —Creo que me quedé dormida, Jesús... ¡Qué felices deben ser los habitantes del castillo! —comentó al oír las risas y la música que llegaba hasta ellos.

—Más feliz eres tú, pequeña —le dijo Jesús—, que has atraído la Bondad Suprema del Padre, para curar tu mal. ¡Estás curada!... y en el castillo sólo viven muertos que ríen y danzan, porque no saben que están muertos en vida.

—¿También María está muerta? —preguntó asustada Fatmé.

¿Quién es María? —preguntó Jesús.

La dueña del Castillo la que era mi amiga —contestó la pequeña.

—¿Llamas amiga a quien te abandona en el dolor, como lo ha hecho ella?

—Estimamos más la vida que a los amigos; más aún cuando están acompañados de salud y riqueza; y yo no tengo ni una ni otra —dijo Fatmé.

En eso estaban, cuando nuevamente se acercó a ellos Hannan.

Fatmé al verlo le gritó: —Padre, padre, ¡estoy curada!

Hannan, feliz de ver a su hija ya curada, emprendió el regreso a la costa para dar la buena nueva a todos.

Cuando llegaron y Hannan les contó sobre la milagrosa curación de Fatmé, todos querían ver a Jesús y poder tocarlo. La abuela de Fatmé, Salma, se le acercó besando su túnica y le dijo: —La has curado, ¡En verdad que eres el Mesías que Israel esperaba! —Cuando el labrador recoge los frutos, bendice al Señor, pero cuando llega la tempestad y el huracán destroza los árboles, el ánimo cae por tierra y el pensamiento de Dios se pierde entre las quejas y las lamentaciones —dijo el Maestro.

—¿Quieres decir, Jesús, que aún tendremos más desgracias? —preguntó Hannan.

—No, amigo mío —respondió Jesús—, sólo quiero decirles que fortalezcan su fe con los dones de Dios, ahora que los reciben. Dios visita con sus favores a sus hijos cuando El quiere y los prueba con el dolor. El está tanto en el dolor como en la alegría y hemos de tener nuestra fe despierta para encontrarle, lo mismo entre lágrimas que entre sonrisas.

Al acabar de decir esto, Hannan le dijo al tío Jaime: —Acabo de convencerme de que Jesús es el Mesías anunciado por los Profetas. Isaías lo dice: "Le llamarán varón de dolores, será llevado a la muerte como una oveja..."

—Ahora entiendo yo también —comentó el tío Jaime—, el por qué de las polémicas sobre este asunto de las Profecías Mesiánicas que he oído en el Templo de Jerusalén.

Después de estos comentarios, se sentaron todos a la mesa en medio de una desbordante alegría; sólo Hannan estaba pensativo y Jesús adivinando su pensamiento, le dijo: —Si Hannan, tengo que irme, pero cada vez que venga a Tiberias me hospedaré en tu casa.

—¡Oh mi Señor! . . .y ¿cuántas veces más vendrás? —le preguntó Hannan.

— ¿Por qué me dices ahora Señor y no simplemente Jesús?
¿Quién me engrandeció ante ti?

—Tus obras, Señor. Mi corazón que ahora grita; ¡Es él, es él y este mundo no lo sabe!

“Dios da luz a los humildes; pero la esconde a los soberbios”, dicen las escrituras — Comentó Jesús.

—Señor, me has dado mucho más de lo que yo merezco: ¡La luz de Dios ha bajado a mi casa! —dijo Hannan.

Acaba de encontrar al Mesías anunciado por los profetas.

38

EN CORAZIN

Al día siguiente. Jesús en compañía de Hannan y el tío Jaime emprendió el viaje a la ciudad de Corazín.

Al tranquilo paso de los asnos iban platicando de las numerosas arbitrariedades cometidas por los sacerdotes del templo así como por los romanos.

—El pueblo —decía uno de ellos—, a causa de los impuestos está cada vez más pobre y ya nadie quiere trabajar porque dicen que es como trabajar para otros.

Jesús los escuchaba en silencio y pensaba: "Los donativos de la Santa Alianza, aunque son abundantes, no alcanzan a cubrir tantas necesidades".

Llegaron a la ciudad de Corazín y poco después a la casa de los hermanos de Hannan llamados Semei y Joab.

Jesús antes de entrar, se dio cuenta que la casa estaba rodeada de un hálito de tristeza, a lo cual le preguntó a Hannan si sabía qué es lo que les pasaba.

—Jesús —respondió Hannan—, realmente no lo sé. En el camino me he encontrado con un familiar el cual me dijo que mis hermanos tenían problemas con sus esposas, pero como ellos son integrantes de la Santa Alianza no le creí. Me informó que mis hermanos casados ambos con dos hermanas árabes Aminé y Zarga, estaban a punto de separarse porque ellas no querían circuncidar a sus hijos según nuestras leyes.

Cuando Jesús y sus compañeros entraron a la casa, les fueron presentados los dos hermanos de Hannan.

Jaime preguntó por sus mujeres y sus hijos.

—En sus alcobas, querido hermano —le respondió el menor.

Jesús cansado del viaje se sentó en un banco cerca de la puerta, mientras el tío Jaime se paseaba por la habitación.

—Miren, Jesús es un gran Profeta de Dios —le dijo Hannan a sus hermanos— el juicio que él dé acerca de su matrimonio será una ley que han de seguir.

Semei contemplando atentamente a Jesús, dijo a Hannan: —Qué gran majestad lo rodea; parece un rey. ¡Y lo has traído a mí casa manchada por mujeres rebeldes a nuestra ley!

—Hannan, tus hermanos no saben realmente los fines que persigue la Santa Alianza —dijo de pronto el Maestro.

—¿Por qué, Señor? —le preguntaron los dos hermanos.

—Porque sé que tienen ustedes esposas e hijos pequeños que son la belleza del hogar y los han relegado a un rincón como si fueran un estorbo. La Santa Alianza es Amor ...sólo Amor; en cambio aquí solo hay recelo y desconfianza. Quizá cuando ustedes se alistaron en la Santa Alianza no les explicaron lo que ella significa —contestó Jesús.

—Sí, Señor... nos lo explicó el Patriarca Zacarías... pero hay circunstancias especiales en la vida, que nos ponen obstáculos insalvables —dijo Joab.

—Amigos míos, ustedes están en un error —les dijo el Maestro—. No hay obstáculos insalvables cuando hay un amor verdadero.

Los dos hermanos se miraron sorprendidos.

—Perdonen, pero quiero hacer desaparecer la tristeza que reina en esta casa porque viajo para llevar paz y tranquilidad a todas las almas. Traigan por favor a sus esposas y a sus hijos.

—Señor —le dijo el mayor, cometimos la locura de casarnos con mujeres de otra raza y ellas son rebeldes a nuestra Ley. Hannan, tú que conoces bien la Ley de Moisés ¿Quieres decirla en voz alta? —dijo Jesús.

Hannan, comenzó a recitar uno de los diez mandamientos: "Amarás al Señor Dios tuyo con todas las fuerzas de tu alma", y así sucesivamente ...cuando terminó Hannan, Jesús les preguntó: Muy bien, ahora díganme ustedes ¿contra cuál de estos Mandamientos se han rebelado sus esposas?.

—Contra ninguno de ellos, Señor. Pero se oponen a que nuestros hijos sean circuncidados y ya tienen varios meses de edad.

—Esa no es una Ley emanada de Dios —dijo Jesús—, sino creada por los hombres, como muchísimas otras ... y que sólo favorecen el completo separatismo de razas y religiones. El hombre es culpable, cuando atribuye al Supremo Creador sus prejuicios; su egoísmo en interpretar la dependencia de unas almas de otras; y todas de la Suprema Potencia Creadora —Jesús continuó—: El fundador de la religión arábica se llamaba Beni—Abad, pertenecía a la Fraternidad Kobda del Nilo y dio a aquel país de Arab normas justas de vida, y una forma de adoración al Supremo Creador. Nuestro padre Abraham, modelo de justicia y sumisión al Señor Dios que adoraba, bebió su norma de vida y su comprensión de la Divinidad de su hermana mayor Whada, Matriarca de un refugio Kobda.

—En los orígenes de las dos civilizaciones —continuó Jesús—, no existió otra Ley que ésta: "Tratarás a todos tus semejantes con el mismo respeto que deseas para ti". Ahora yo les pregunto: ¿Es justo ante Dios, dueño y Padre de todas las almas que un hijo de Abraham desprecie a una hija de Beni-Abad como si fuera de raza inferior?

—¡No, desde luego que no, Señor! —contestaron los hermanos.

Mientras, Jesús había observado que detrás de unas cortinas se asomaban dos rostros femeninos, pero había preferido esperar. Una vez terminada su explicación se acercó al lugar y corrió las cortinas dejando ver a las esposas de los hermanos con sus hijos dormidos en brazos.

—¡Vengan pobres Víctimas de la ignorancia! ...¡Vengan a vivir la vida libre y santa de los hijos de Dios! —les pidió Jesús.

Ellas le ofrecían a Jesús sus hijitos como pidiéndole protección contra sus esposos.

—Creo que han comprendido, que es un crimen separar lo que Dios ha unido; y por razones de tan poca importancia. Abracen a sus hijos —les dijo Jesús—. Ellos al oír las voces se despertaron y con ojitos asustados veían para todos lados.

—Estoy seguro —añadió el Maestro —, que desde que pasaron los ocho días de su nacimiento, no les han dado ni un beso a sus hijos.

Joab y Semei se acercaron a sus esposas y comenzaron a besar a sus hijos.

Hannan abrazaba a sus cuñadas que también lloraban en silencio. Las acercó a sus hermanos y les dijo muy emocionado: —Yo bendigo el matrimonio de ustedes, en lugar de nuestro padre muerto; ruego al Dios de Abraham que sepan aceptar en sus corazones la Luz Divina que hoy ha entrado en su casa.

—Ahora podré alejarme feliz de su casa —les dijo Jesús—, porque el amor ha florecido de nuevo bajo la mirada de Dios.

Al día siguiente, Jesús acompañado de los hermanos de Hannan siguió su viaje a Damasco. Cuando llegaron al puente llamado de "Jacob", les salieron al encuentro unos mendigos. El Maestro se detuvo e hizo que vaciaran allí los sacos de víveres que traían consigo.

—Vamos a convidarles de nuestra comida —les dijo Jesús sonriente—, pero antes vamos a lavarnos en el agua de este hermoso lago. Dios quiere la limpieza de los cuerpos antes que comamos el pan que nos da.

— Ayúdame Joab —le dio Jesús —. Llévalos hacía el lago.

Jesús tomo de la mano a un ciego y lo condujo junto con los demás.

—Yo no puedo —dijo un hombrecillo que estaba sentado sobre piel de oveja, —mira cómo tengo las piernas deformes por un reumatismo de años.

—¡Ah! —exclamó Jesús —. Eso es otra cosa, pero todo se arregla en la vida. —Y sin más, cargó con él y lo llevó al lago.

Joab hizo lo mismo con otro mendigo que tenía imposibilitada una pierna.

Cuando Jesús vio que llegaron todos al lago, tendió sus brazos sobre las aguas; todos vieron que su rostro se transfiguraba y que sus manos irradiaban largas y finas hebras de luz que parecían caer en menuda lluvia de chispas sobre el agua serena del lago. Cuando terminó la vibración de sus manos, se quitó el manto y la túnica; y quitando al paralítico sus pobres ropas, lo sumergió en el agua hasta el cuello. —Sumerge siete veces tu cabeza en el agua —le indicó Jesús.

Cuando Jesús vio que todos estaban dentro del agua, extendió de nuevo sus manos sobre ella, concentrando su pensamiento en una fervorosa oración a la Eterna Potencia Creadora y dijo con voz profunda y llena de amor: —Todos ustedes quedan limpios del alma y del cuerpo por la bondad y voluntad de nuestro Dios que es Amor y Bondad. ¡Pueden salir!

Todos gritaban de asombro cuando vieron al ciego, al paralítico y a los demás enfermos, salir por sus propios medios. Corrían todos a vestirse con sus harapos, pero Jesús les dijo: —No está bien que se cubran de inmundicia ustedes que han sido purificados por el Amor. ¡Vengan! ... ¡Mi manto alcanza para todos!

Y de su manto blanco de Cachemira que estaba doblado en el prado y de su túnica, fue sacando túnicas para cada uno de ellos, que mudos de asombro no querían cubrirse con ellas.

—No se espanten —les dijo el Maestro—, ustedes deben creer que el Padre Celestial regala sus dones cuando la fe resplandece como una antorcha en las almas.

El Maestro se vistió de nuevo su túnica y su manto y les dijo a todos: —Ahora que estamos limpios de cuerpo y alma, vamos a comer el pan que Dios nos da.

39

EN ITUREA

Al segundo día llegaron a la "Gruta de las Caravanas" en donde hicieron un alto para descansar antes de internarse en la selva. Como ya era de noche una cuadrilla de leñadores, conocidos de Joab y Semei, les ayudaron a preparar la cena y poner las camas.

Durante la cena les dieron a conocer las noticias que hasta ahí habían llegado.

"Se habló de un brujo al que llamaban "El Tibetano". Se decía que tenía gran poder para sugestionar tanto a las jóvenes hermosas como a los adolescentes, los cuales desaparecían sin saberse a donde iban. El brujo vivía en unas grutas cerca de Cesárea de Filipos. En la plaza central de Cesárea se sentaba bajo un toldo amarillo y comenzaba a tocar una flauta mientras unas serpientes salían de sus canastas, atrayendo con esto a la gente..."

Jesús al oír estas noticias, pensaba: "Quiera el Padre Celestial ponerme en su camino para sacarlo del abismo en que ha caído".

Cuando la luna estuvo en lo más alto, los leñadores le hicieron una gran reverencia y se encaminaron a la cima de una montaña donde a la luz de las antorchas quemaron resinas olorosas con frutas secas.

—Cada loco con su tema —dijo el viejo patrón de la cuadrilla—, ¿qué le aprovecha adorar a la luna o a Astarté, si su vida sigue igual; llena de calamidades. No creo más que en lo que está al alcance de mi mano por mi trabajo, pero ellos siguen con sus antiguas costumbres de adoración a la luna.

—Razonas bien —dijo Jesús—, pero es natural! en el hombre buscar algo superior que pueda servirle de protección. En ésta búsqueda es cierto que el hombre se equivoca en su elección y a veces toma como a un ser superior, lo que sólo es una obra y manifestación del Supremo Creador de todo cuanto existe; y siendo El una Potencia y Fuerza invisible a nuestros ojos terrenos; el hombre cree encontrarlo en lo que le llama más su atención.

—Si —añadió el anciano—, creo que si hay un Dios Creador de Todo, que debe ser invisible; porque todo lo que se ve y se toca es algo creado y formado, pero... ¿por quién? Ese ser que no vemos ni tocamos, es el único Superior a todo lo creado en el mundo. Pero cuando nos encontramos con un árbol, una flor o una estrella, es natural que nos preguntemos: ¿Quién lo hizo? ¿Cómo lo hizo? ¿Por qué lo hizo? y es entonces cuando surge en nuestra mente la idea del Eterno invisible, a quien debemos toda nuestra adoración, nuestras acciones de gracias, nuestras ofrendas,

que deben ser invisibles como El, es decir, nacidas de nuestro entendimiento y de lo más íntimo de nuestro ser. Esta es y debe ser la religión de todo hombre que ha desarrollado su mentalidad.

—Jesús, eres todo un Maestro para ser tan joven, pero tengo una pregunta que me atormenta y no quiero morir con ella ¿Es el Gran Poder Invisible la suma justicia y el Sumo Bien?

—Así es justamente —contestó Jesús.

—Entonces, ¿cómo se explica este mal tan grande de la dominación que padecemos, si nosotros no hemos hecho mal a nadie en la vida?

—Ahora te lo explicaré —dijo el Maestro—. Todos hemos vivido muchas vidas antes que ésta y si en la vida presente creemos obrar bien, en las anteriores quizá no fue así. ¿Cómo han de corregirse o pulirse las almas? Pues de la misma manera como un padre corrige a sus hijos en la primera edad; no satisfaciendo sus deseos desordenados corrigiéndolos de muchas maneras y aún con el sufrimiento ¿Crees que por esto podemos decir que tal padre es injusto? No. en cuanto a los sufrimientos de nuestro pueblo hay un antiguo proverbio que dice: "Lo que siembras, eso recoges". ¿Conocen ustedes algo de la historia del pueblo hebreo? El Patriarca Abraham, hombre justo, fundó su pueblo en las creencias del Dios Invisible, pero el pueblo no siguió su ejemplo y ya con bisnietos, comenzaron los desacuerdos, los crímenes y violencias. Lo hijos de Jacob vendieron a su hermano José por envidia. Desde entonces, el camino seguido por este pueblo, está todo regado de sangre. El pueblo de Israel ocupó la Palestina, matando sin piedad a todos los habitantes que no quisieron someterse. David y Salomón se hacían pagar fuertes tributos y diezmaban a los pueblos dominados por ellos.

—¿Puede quejarse el pueblo de Israel de sufrir la dominación extranjera? ¿No hizo este pueblo lo mismo con todos los pueblos más débiles que encontró a su paso? Por otra parte, la razón de los actuales sufrimientos es: La desunión, el odio y el separatismo entre Judíos, Samaritanos y Galileos. Los tres forman el pueblo de Israel, pero los divide un profundo antagonismo, un odio que no tiene otra explicación que la dureza de corazón de la mayoría. Judea no perdona a las otras dos provincias porque no aceptaron por rey al hijo de Salomón. Mil años han pasado y el odio continúa vivo. Esta división ha sido utilizada por la codicia de los idumeos; y uno de ellos se proclama rey de acuerdo con los romanos y fundó la dinastía que hoy esclaviza a Israel. ¿Podemos cargarle al Eterno Invisible, a la Suprema Justicia, la responsabilidad de lo que sufre actualmente el pueblo hebreo?

—¡No, claro que no! —contestó el anciano—, el pueblo de Israel cosechó lo que sembró ayer.

—No piensen que es castigo de Dios —finalizó Jesús—, ya que El es fuente de todo bien, sino "consecuencia" de los propios errores individuales o colectivos. La ley

de "La Causa y del Efecto" es una de las leyes inmutables de la Suprema Potencia, se cumple necesariamente. Un pequeño ejemplo: Si ahora apagamos imprudentemente las hogueras que nos defienden de las fieras ¿podremos con justicia quejarnos si nos atacan?

—¡Oh Profeta! —exclamó el anciano— tu palabra es una antorcha que alumbra las profundidades del corazón humano.

40

EN CESAREA DE FILIPOS

El tercer hijo de Herodes reinaba en esa época en Tetrarquía, cuya capital era Cesárea de Filipos. Su poca capacidad de gobierno había convertido a esta, ciudad en un foco de libertinaje y de crimen. Herodes estaba casado con una sobrina suya, Herodías hija de Salomé, la cual era digna nieta de su cruel y despótico abuelo, pues corrompida y soberbia en extremo, quiso hacer de la ciudad una copia de los misteriosos bosques de Dafne, cerca de Antioquía.

En la parte más antigua de la Ciudad, vivía Nabat con su esposa. Fue aquí donde Jesús y sus compañeros se hospedaron.

Después de los saludos, Nabat les contó que en un bosque fuera de la Ciudad Herodías había mandado construir una gran piscina de mármol negro, aprovechando un brazo del río Jordán, en donde todos los dioses paganos eran adorados.

A este lugar de vicio y placer nadie podía entrar sin un pase de Herodías y nadie podía salir si no le abrían la puerta los gigantescos guardias Nubios.

Últimamente se había añadido una abominación más, según Nabat, Herodías hizo venir a su bosque a un hombre que llamaban "El Tibetano"; sujeto que traía consigo unas serpientes grandes y horribles de su tierra natal.

"El Tibetano" —decía Nabat—, tiene una tienda amarilla en la avenida de mayor comercio. Tenía a su espalda la puerta trasera del gran Circo de Cesárea, por donde entraban los caballos para las carreras; y en general, todos los animales que habrían de trabajar en el circo.

Jesús, después de oír estos comentarios, pensaba que el hombre era un hipnotizador que obraba además bajo la influencia de inteligencias perversas.

—Nabat —le dijo el Maestro—, harías una buena obra al Altísimo si me pones cerca de ese infeliz autor de tantos males.

Al otro día, el anciano acompañó a Jesús y a su tío Jaime a la plaza de las caravanas, en donde "El Tibetano" se encontraba ya bajo su tienda.

Jesús lo observaba a distancia para no llamar su atención. El brujo permaneció unos minutos sentado para después levantarse y desnudarse el torso. Tomó una flauta de bambú y comenzó a tocar. Las cestas, en las que estaban las serpientes, comenzaron a moverse y sus tapas se levantaron pausadamente. La gente comenzó a acercarse al tiempo que las serpientes asomaban sus cabezas.

Jesús, con sus acompañantes, se mezcló entre los curiosos y con sus ojos fijos en aquel hombre evocó a sus grandes alianzas espirituales, e irradió toda su fuerza de bien, de amor y de justicia sobre él.

El mago comenzó a estremecerse atacado por fuertes dolores, la flauta cayó de sus manos y las serpientes se hundieron de repente en sus cestas dando silbidos.

Casi todos los curiosos huyeron asustados, otros se burlaban y los demás se enfadaban por no ver terminada la función.

Jesús se acercó a socorrerle.

—¿Quién eres tú? —preguntó el "Tibetano".

—Un médico que pasaba cuando sufriste la crisis y he acudido a verte.

El Maestro se retiró dejando ahí al tío Jaime y a Nabat.

"El Tibetano" ya repuesto, tomó de nuevo la flauta y comenzó a tocar pero las cestas ya no se movían. Entre silbidos y gritos de algunos espectadores abrió con ansias las ocho canastas y vio que sus serpientes estaban muertas.

Todos los asistentes huyeron, menos el Tío Jaime y Nabat, que veían la desesperación del "Tibetano". En esto vieron cómo de la puerta trasera del circo salió un gigantesco guardia Nubio, que en sus brazos, se llevó al "Tibetano".

Ahora comprendía el anciano Nabat por qué desaparecían los jóvenes y por dónde. Todo estaba conectado con el circo de Cesárea y el "Bosque de los Misterios" que era a donde iban a dar los secuestrados por "El Tibetano".

Ahora comprendía el anciano Nabat por qué desaparecían los jóvenes y por dónde. Todo estaba conectado con el circo de Cesárea y el "bosque de los Misterios" que era donde iban a dar los secuestrados por el "Tibetano".

Jesús, por su parte, esperaba a sus compañeros junto a una fuente que había al centro de la gran avenida. Pensativo pero con voz calmada les dijo: —Ustedes piensen como quieran, pero yo no puedo consentir que por mi negligencia, se pierda una sola de las almas que me fueron confiadas —les dijo Jesús a Nabat y al tío Jaime una vez que se reunieron—. Así como los Kobdas de la prehistoria se entrevistaron con Shamurance, así también yo.

—¿Qué quieres decir con esto? —Interrumpió Nabat—. ¿Quién es Shamurance?

—Shamurance y Herodías son el mismo ser. Han pasado ocho milenios y no ha querido ella aceptar la luz. Ahora le llama por última vez, a través de mi voz, el Altísimo.

—¿En qué quieres que te ayudemos? —le preguntaron Nabat y el tío Jaime.

Quiero que vayamos al circo, como visitantes; bajaremos a las cuevas de las bestias que es donde creo deben tener al mago.

No tuvieron dificultad para entrar ya que a esa hora el circo estaba casi desierto. Entraron a la gran plaza, dieron vuelta por las tribunas y palcos y bajaron a las cuadras que estaban a nivel de la arena, registrando una por una. Todas las puertas estaban cerradas con llave, menos una. Jesús se acercó a ella y pudo oír una respiración fatigosa. Vio que era "El Tibetano" y acercándose más a la puerta le dijo: —Vengo a curarte hermano, soy médico.

—¿Te manda ella para curarme? —le preguntó el mago.

—¿Quién es ella? A mí no me manda nadie, vengo por mi voluntad.

Jesús fue palpando suavemente con sus manos los moretones de aquella cara casi desfigurada por los golpes que le habían dado los Nubios; con su pañuelo mojado le contuvo la sangre que emanaba de su nariz y boca.

—Eres piadoso como los monjes de Buda —le dijo "El Tibetano"—. Si yo les hubiera hecho caso a ellos, no me vería en esta situación.

—El despreciar el consejo de los justos trae siempre desgracia —le dijo Jesús—, pero aún estás a tiempo de enmendar tu vida. Es muy triste que a tus años tengas que soportar esto, por un puñado de oro, que no tardaras en abandonar aunque no quieras.

—¿Quieres decir que me voy a morir?

—Naturalmente que todos hemos de morir. Es preferible esperar la muerte bajo un techo honrado y tranquilo, que verla llegar a la cárcel y a manos de un verdugo —le dijo el Maestro.

—¡Oh, ya me siento mejor! —dijo el mago—. Tus palabras son un bálsamo para mis heridas, ¿cómo te pagaré el bien que me has hecho?

—Dejando esta vida que llevas y siguiéndome. El hombre de bien es fuerte por el bien mismo y no necesita ayuda de seres inferiores o de fuerzas tenebrosas para vivir dignamente.

De repente oyeron un ruido en la puerta principal del circo. —¡Huyan, pronto huyan! —Gritó asustado el mago—. Es ella, Herodías.

—No tenemos por qué huir, porque ningún mal hemos hecho —dijo Jesús.

Pronto vieron que se acercaban cuatro enormes Nubios cargando una lujosa litera, de la cual salió una mujer hermosa, ricamente enojada.

La dama al verlos, enfurecida le preguntó al "Tibetano" quiénes eran.

—Señora, son extranjeros que oyeron mis gemidos y se acercaron a ayudarme. —El más joven es médico.

—Mereces cincuenta azotes —dijo al mago—, y volteando hacia los demás les dijo: Sus servicios no son necesarios aquí, pueden retirarse.

—¡Grandeza! —dijo el mago—. He perdido todo. Ya para nada puedo servirte. En cambio este médico se ha apiadado de mí y me llevará con él —viendo al Maestro, le dijo —: ¡Señor! ...no te olvides de tu promesa.

No la olvido, te esperaremos afuera del circo —le dijo Jesús saliendo con Nabat y el tío Jaime.

—Ya habían salido cuando Herodías comentó: —¡Qué hermoso es ese hombre! De seguro es un príncipe. ¿Sabes quiénes son, mago?

—No, señora. Sólo sé que el joven es un hombre piadoso y bueno además de ser médico —contestó "El Tibetano".

—Entre tú y yo todo ha terminado. Aunque sabes muchas cosas de mí no te temo, porque has perdido tus poderes. Pero los de tu raza son traidores y no me fío de ti. ¡Bebe esto! —dijo Herodías sacando un frasquito que el mago ya conocía.

—¡La droga que hace olvidar! —dijo con terror "El Tibetano". —¡Así es, tú mismo lo preparaste y nunca ha fallado! —gritó Herodías al mago... ¡Anda bébelo! si no obedeces mandaré a mis Nubios que te estrangulen aquí mismo.

En esto estaban cuando se percataron de la presencia de Jesús. Herodías furiosa le dijo: —¡Te mandé irte y has regresado! —Calla mujer, que tú eres nadie para mandar sobre mí —dijo Jesús con una voz que parecía venir de lejos—, vuélvete sobre tus pasos y arrepíentete de tus errores. Devuelve a sus hogares a los jóvenes que tienes secuestrados, porque el llanto de sus madres está pidiendo a Dios justicia; y su justicia caerá sobre, ti.

De repente una extraña fuerza paralizó a la mujer, dejándola sin habla.

El mago sin comprender, salió corriendo rumbo a la salida.

—¡Herodías! —Continuó Jesús—. Hace ocho mil años que la Eterna Ley espera tu rendición, ¿hasta cuándo resistirás a la Bondad Divina?

Con estas palabras el doble astral del Maestro se fue desvaneciendo ante los desorbitados ojos de Herodías.

Cuando pudo moverse y convencerse que no había sufrido daño alguno, gritó a sus Nubios para que vinieran a ayudarla, pero al ver que no obtenía respuesta fue a buscarlos encontrándolos dormidos en el suelo.

A puntapiés los fue despertando y subiéndose a su litera, les gritaba: —¡Al bosque, al bosque!

En su recorrido se fue dando cuenta que los guardias y sus adeptos dormían en el suelo y al llegar al bosque y no encontrar a los jóvenes secuestrados, comenzó a gritar, refiriéndose a Jesús: —¡Lo buscaré, lo encontraré y me vengaré haciéndolo esclavo de mis caprichos y deseos!

Ya lejos de ahí Jesús les decía al mago, al tío Jaime y a Nabat: —Quiero que aprendan a amarse unos a otros porque sin amor ninguna alianza es santa.

41

EN EL MONTE HERMON

Jesús, su tío Jaime, Nabal y el tibetano dejaron el camino de las caravanas y comenzaron a subir por el lado oriental del Monte Hermón contemplando la maravillosa fertilidad de la región.

Apenas se habían, internado entre los bosques que rodeaban el Monte, cuando una de las frecuentes tormentas que caían en la zona, los alcanzó obligándolos a refugiarse en una choza de leñadores en donde atemorizados por la lluvia, el viento, los relámpagos y los truenos, muchas personas se habían acercado donde Jesús y sus acompañantes estaban guarecidos.

Jesús extendiendo sus manos sobre ellos, les dijo: —El Padre Celestial nos ama a todos por igual.

Abrió la puerta de la choza y tomando un extremo de su blanco manto lo levantó ante la lluvia y el viento. Por la inmensa fuerza espiritual que le daba su comunión con las inteligencias superiores, unidas todas en la Divinidad, apagó inmediatamente la furia de los elementos quedando sólo el ruido sereno de la lluvia. Cerró suavemente la puerta y se sentó junto a la hoguera. Reinó un silencio de admiración y todos miraban al Maestro que había aquietado la tempestad. Los niños dormían tranquilos.

—Estoy seguro —les dijo Jesús—, que ahora me tienen ustedes tanto miedo como a la tempestad y piensan que soy un genio del bosque o algo así.

—¡Señor! ...pensamos que eres más poderoso que las tormentas y que eres el mismo Padre Celestial de quien nos hablabas.
Déjanos tu manto y con él nos defenderemos de los rayos y los truenos.

Les dejaré algo que vale más que mi manto. Les dejaré la fe firme de verdaderos hijos de Dios con la cual me tendrán también a mí y a aquel que me ha enviado a la tierra. Esperen del Padre—Amor todo lo que necesitan para ser felices; ya han visto esta tarde lo que sucede cuando hay corazones limpios que son como lámparas encendidas por la fe.

A la mañana siguiente, emprendieron el camino al Santuario del Hermón, guiándose por una señal que de tramo en tramo habían dejado los esenios, grabada en el tronco de los árboles, era la "Estrella de Cinco-Puntas".

El sol ya estaba en el ocaso cuando oyeron el sonido de una campanita que se acercaba por momentos. Pronto apareció un perro grande, blanco y de largas lanas.

Jesús bajó de su asno para acariciar al noble animal que agitaba su cola amistosamente.

—Tú no puedes ser aquel cachorro con el que jugaba cuando tenía cinco años y se llamaba "Nevado".

Aparecieron dos terapeutas jóvenes que traían tres asnos ensillados.

—¿Quién les avisó de nuestra llegada? —les preguntó el tío Jaime extrañado.

—La voz del silencio —respondió sonriendo uno de ellos—, mirando a la vez al "Tibetano".

Cambiaron sus cabalgaduras y el Maestro les explicó el caso del "Tibetano" ya que había visto la pregunta reflejada en sus miradas. Después del relato les indicó que "El Tibetano" habría de hospedarse, en el Refugio para viajeros que existía fuera del Santuario.

Desde que los cuarenta solitarios del Hermón se enteraron de la llegada del Maestro al Santuario, se dedicaron a la oración para que el Hombre—Dios encontrara descanso en el silencio de sus grutas llenas de paz y de amor.

La llegada de Jesús a aquel viejo Santuario entre las rocas, fue el más grande acontecimiento que los solitarios pudieron pensar.

Ahora que lo veían ya un hombre de 29 años, circundado de la triple corona de: Maestro, Taumaturgo y Santo, le decían al Padre Celestial en sus momentos de fervorosa oración: "Aunque no hubiera en esta tierra otra obra tuya más que ésta, ella sola basta para reconocer tu Amor Infinito y tu Omnipotencia".

Jesús regaló a los ancianos una copia de los papiros que halló en la Sinagoga de Nehemías. Ellos a su vez le mostraron sus conquistas de los últimos años: las escrituras caldeas del Palacio de Beleis y de los templos de la antigua Tiphsa, y habían encontrado tras el oscuro simbolismo, las grandes verdades que se hermanaban en muchos puntos con los pensamientos de los Dacthylos y de los Kobdas. Al cuarto día lo llevaron a visitar la gruta y una grieta en los peñascos exteriores, por donde se lanzaba el agua que daba origen al río Jordán. A esta gruta la llamaban: "El Manantial" y en ella los ancianos se habían ingeniado para colocar un tablero de mármol blanco con la escena de cuando Moisés hizo brotar agua de las peñas en el desierto.

Cada siete días iban allí los cuarenta solitarios para bendecir aquella agua que habrían de usar tantas gentes a lo largo del río Jordán, como aquellos de quienes hablaba Juan de Hebrón, el Bautista, en su carta a Jesús: "Llamo a mis hermanos a las orillas del Jordán a purificarse en sus aguas y que vistan túnicas nuevas para esperar tu llegada".

— Aquí están grabados también, como puedes ver, los nombres de los siete primeros esenios que cantaron aquí salmos al Altísimo —dijo el anciano Servidor.

Estaban pues aquellos hombres, deseosos de colaborar en Su obra de la Redención humana; y por ley de afinidad espiritual tuvieron el mismo pensamiento: "Que la poderosa vibración de amor del Hijo de Dios, vitalice las aguas de este manantial; y que sea fuente de salud y bienestar para todos los que beban y utilicen..." Cuando todos así pensaban, mirando el raudal que puro y alegre brotaba del peñasco, Jesús se acercó a él en silencio y recibió en sus manos la limpia caída del agua. Era el primer beso del Hijo de Dios a las aguas del Jordán.

—Todos los dones de nuestro Padre Celestial —les dijo Jesús una vez que regresaron al Santuario—, son hermosos; pero el agua con la luz y con el aire forman un triple regalo de Dios que es como la corona de sus obras en la Creación Universal.

Después de la comida, Jesús fue al archivo a estudiar las placas de barro cocido y comprobó los datos acerca de los antiguos países de Ethea, Nairi y Ur Bau. Ayudado por dos de los ancianos maestros en lenguas muertas, pudo leer aquellas placas donde los sabios de Caldea y Siria, habían dejado escritas su ciencia y su misma vida.

Sobre todo llamó su atención una escritura grabada en treinta y dos placas cuyo título era: "Los muertos mandan". Eran tres relatos diferentes. El primero, sobre el incendio del Valle de Shidin en el que desaparecieron las cinco ciudades: Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim y Bela. El segundo, se refería al Valle de Ghor, ahora Valle del Jordán y el tercero, refería tradiciones orales de hechos que sucedieron en el desconocido Continente Atlante y del cual quedó como última señal la isla Poseidón frente a las Columnas de Hércules.

—Estos relatos —dijo Jesús—, son una buena base para probar a los desconocidos que el alma humana no muere jamás —y tomando los documentos, leyó **el primer relato**—: "Cuatro reyes de las cinco ciudades se unieron para tiranizar a las gentes; ultrajaron a las mujeres, degollaron a los rebeldes, enterraron vivos a los ancianos y a los inútiles para el trabajo. Los hombres hábiles fueron escapando en grupos de veinte o treinta, y decían: "Que nuestros muertos pidan a Yavé justicia para nosotros". Y se dispersaron por tierras lejanas.

"Una de las fuentes de riqueza de aquellas cinco ciudades, eran las minas de carbón, betún y azufre. Pero un día, Yavé permitió que las almas de los degollados, enterrados y quemados en las cinco ciudades del Vallo de Shindin, se presentaran a los tiranos como un viento de fuego que hizo explotar las minas; y en catorce días, todo quedó reducido a un negro lago de betún que ardió durante cuatro meses seguidos.

"El antes florecido valle de Shindin es y será el "Lago de la Muerte". "Los muertos mandan sobre los vivos".

El segundo relato: "En época muy remota, un poderoso rey quiso limpiar sus ciudades de gente inútil, enferma o contrahecha, y para ello ordenó a sus soldados que empujaran a los impedidos al profundo barranco de Ghor. Muchos perecieron de hambre a los pocos días, pero otros pocos lograron escapar hacia regiones lejos de ahí, llorando amargamente por sus muertos. "Haremos brotar agua del Monte Cabeza Blanca (el Hermón); les decían sus muertos en sueños, porque entre los vivos y los muertos Dios siempre hace justicia.

"Así un día vieron que aquella montaña crujía tremendamente hasta que se abrió una grieta negra y profunda en sus laderas y comenzó a brotar un delgado hilo de agua que pronto se convirtió en un gran torrente que arrasó con la ciudad del tirano rey. Y decían: "Nuestros muertos nos mandan el agua".

El tercer relato: "En una edad muy remota, cayó del firmamento, en medio de rojizas llamaradas, ruidos y temblores; una enorme masa de rocas en una populosa ciudad de la Atlántida. Cuando ésta ya comenzaba a hundirse en el mar, aquella masa inmensa hizo desaparecer la ciudad entera, quedando en su lugar una gran montaña.

"La ignorancia atribuyó aquello a la cólera de los dioses. Los sabios de otras ciudades dijeron que se trataba de una enorme masa de pórfido, piedra hermosísima de un rojo casi púrpura con vetas verdosas, azuladas y amarillentas, lo suficientemente grande para edificar muchos edificios. Los magnates de las ciudades vecinas, mandaron a sus esclavos a sacar piedra de aquella cantera y por esto pronto comenzó la lucha entre los ambiciosos explotadores trayendo la muerte de cientos de esclavos.

"Las almas de los esclavos y de los desaparecidos con la caída del enorme aerolito en la ciudad, veinte años después, comenzaron a hacerse visibles a los esclavos que iban a sacar el pórfido de aquella cantera. ¡Huyan de aquí, decían los muertos, porque esta roca es nuestra sepultura! y si algún terco había que obligara a los esclavos con el látigo, los muertos materializándose les arrancaban el látigo de las manos y les devolvían los azotes,

"Un gran Profeta llamado Ántulio que amaba a los pobres, a los enfermos y a los pequeños desvalidos, convenció a algunos príncipes que construyeran en la cumbre de aquella montaña roja un refugio para madres desvalidas; y niños muy pobres contrahechos y enfermos. Aquella especie de casa—cuna fue respetada por los muertos.

"Ántulio, el gran Profeta, tres años después moría envenenado por los reyes y sacerdotes que veían en sus palabras un peligro para su ambición. A los pocos años de la muerte de Ántulio, llegó la gran inundación, quedando sólo la casa—cuna,

hasta que los refugiados en ella pudieron emigrar. "Los muertos viven y mandan en nombre de Dios, a los vivos de la Tierra".

—Quisiera saber —dijo pensativo el Maestro—, si estas placas dicen la verdad.

—Ya nos hemos hecho esta pregunta —le contestó uno de los esenios intérpretes—, y hemos sacado en conclusión: Aquellos náufragos atlantes que se salvaron en las cumbres de las montañas que quedaron a flor de agua: Creta, Rhodas y Chipre; en la capital de esta isla, que es Salamína, se estableció un gran rey Atlante y con sus naves llegó hasta el Ática, pues en unos pequeños cilindros de hueso, en grabados, se menciona a una ciudad: Arados, que en las cartas de navegantes muy antiguas, aparece frente a Salamina, allá en la costa de Fenicia. De Arados a Tempsaco (Thipsa) sólo había tres días de viaje en camello.

—Pienso también —dijo Jesús—, en la responsabilidad de este Santuario esenio respecto al futuro de la humanidad, ante la fe y ante la historia, porque días vendrán en que desaparezca la Fraternidad esenia, como desaparecieron los Profetas Blancos, los Flámenes, los Dáctilos y los Kobdas; y ¿qué será de estos archivos ocultos en el seno de las montañas?

—La Divina Sabiduría proveerá —dijo el esenio—, para que se encuentren guardianes fieles de sus tesoros. En último caso, aunque todo fuera destruido por descuido de los humanos, ellos no podrán destruir el Eterno Archivo de la Luz Increada en que siguen viviendo hasta los pensamientos más fugaces de los habitantes de la tierra.

Jesús exhaló un profundo suspiro de descanso y dijo con voz de inspirado: —Yo se que después de mi partida vendrán vendavales furiosos que arrancarán mi siembra y que los caminos de mis seguidores se empaparán de sangre, mas el Padre me da firmeza y plenitud en mi fe para que no tenga ni la sombra de una duda, hasta conseguir la realización de mi ideal de amor a los humanos.

Al otro día muy temprano, emprendió el camino hacia Damasco acompañado de sus compañeros y del más joven de los terapeutas, originario de Ecdépa de Galilea, su nombre era Zebeo y fue más tarde, uno de sus doce apóstoles.

42

EN DAMASCO

Jesús descendió del Hermón acompañado de Zebeo y se encontró ante una hermosa llanura regada por dos ríos: el Farfar y el Abaná.

Fascinado, Jesús detuvo su asno para contemplar aquellos jardines del Padre Celestial. —¿Cómo podrían ser malos quienes habitan en esta hermosura? —dijo el Verbo Encarnado en voz alta.

—Pues aun en medio de tanta belleza como lo es, esta pradera del Abaná, hay seres que son malos, movidos por la venganza —se atrevió a decir Zebeo.

—En realidad —dijo Jesús—, hace diez años cuando pasé por aquí camino a la Ciudad de Ribia, esto me llamó tanto la atención como ahora. ¿Qué sucedió?

Zebeo comenzó la historia: —"Fue una venganza contra el rey Hareth, quien repudió a su esposa favorita para casarse con una princesa persa. La mujer, ofendida, junto con sus familiares, propagó un terrible incendio que amenazó con el hambre al reino. ¿Ven aquel promontorio al norte de la ciudad? Allí pagan su delito los incendiarios.

"En tiempo de los caldeos, según dicen, era un templo al dios de las tempestades llamado Ramán, el cual ofrecían cada mes sacrificios humanos; pero desde el año del incendio el rey Hareth lo convirtió en presidio; y esto por voluntad de su esposa persa que teme daños para su esposo si los condena a muerte."

—Zebeo ¿podríamos visitar ese lugar? Me gustaría hablar con los que están ahí prisioneros —dijo Jesús.

—No lo creo, no tenemos a nadie que nos lleve con el príncipe Hareth que es quien tiene que darnos el permiso —le contestó Zebeo.

Cuando llegaron al foso que rodea la ciudad, Jesús vio a dos muchachos esbeltos y morenos. Sus miradas se encontraron.

—Maestro —le dijeron—, ¿te acuerdas de nosotros?

—Claro que sí, tú te llamas Ahmed y tú Osman. ¿Qué hacen aquí?

—Trajimos una recomendación de Simónides para el Etnarca de esta región —dijo Ahmed.

—Si quieren hospedarse en nuestra posada, el dueño es amigo de Simónides —dijo Osmán.

—Vamos allá —dijo Jesús.

El Etnarca Hareth era joven y estaba recién casado. Su esposa era descendiente de los reyes caldeos. Su padre era un sabio astrólogo y mago de grandes poderes, según todos creían. La esposa del Etnarca se consumía por una misteriosa enfermedad que la tenía sumida en una continua depresión, lo mismo que a su pequeño hijo. Caía a veces en tan gran tristeza y angustia que buscaba la muerte de cualquier forma.

Cuando el Etnarca supo por los dos muchachos árabes quién era Jesús, quiso verlo enseguida. Esa misma tarde, llegaba el Maestro al palacio del Etnarca, quien lo llevó inmediatamente al pabellón donde se encontraba su esposa y su hijo.

La mujer estaba recostada en un sofá con un profundo desaliento, mientras su hijo era mecido en su cuna por una esclava.

—Esta es mi familia —le dijo el Etnarca a Jesús—, pero ¿de qué me sirven las riquezas si me falta la alegría y la salud de quienes tanto amo? Cuando mi suegro se declaró impotente para curarlos, mandé traer sabios médicos y astrólogos de Persia y del Indostán y ya ves cuál es su estado.

Después de observar a los enfermos, Jesús le dijo: —Manda salir a las esclavas —ya que estuvieron solos prosiguió—: ¿Tienes odio a alguien cerca o lejos de ti?

—Quien ocupa una posición como la mía, odia y es odiado de la misma manera que ama y es amado. Por qué me preguntas eso, Profeta?

—Porque el mal de tu esposa y de tu hijo no está en su organismo físico, sino en su alma, —dijo Jesús.

—Profeta de Dios, te revelaré secretos de mi familia, pero que sólo sean usados para bien de los míos, —dijo con severidad.

—De eso puedes estar seguro; y si no confías en mí no me hayas ninguna revelación.

—Sabe Dios que no desconfío de ti. Óyeme pues: Soy hijo de la primera esposa de mi padre, la cual murió dejándome muy niño. El tomó otra esposa de la casa reinante en Sidón; y apenas le dio un vástago, la repudió a causa de sus costumbres licenciosas. Tomó mi padre una tercera esposa, una princesa persa, con quien vive feliz, y en paz. La repudiada, con sus familiares y seguidores se vengó de mi padre incendiando nuestros campos en varias ocasiones. Fueron apresados y condenados a muerte; pero la actual esposa de mi padre obtuvo de él que los incendiarios pagarán su culpa con prisión perpetua en el Peñón de Ramán.

Mi padre se fue con su esposa persa y me quedé en Damasco; desde entonces, la cautiva me ha mandado pedir clemencia. No se la he concedido porque eso sería enemistarme con mi padre; por esto ella juró humillarme y herirme en lo que más me doliera.

Primero, mandó a mi casa galanes para corromper a mi esposa; después hizo varios intentos de hacernos daño. He redoblado la vigilancia en mi casa, en la ciudad y hasta en el campo. Esta es la historia del único odio que tengo.

—Etnarca Hareth —exclamó el Maestro —, tu padre y tú son hombres justos; y porque tú lo eres, te hace daño la vibración del odio de esa mujer. ¿Cuántos son los prisioneros que están con ella? —En total son treinta y dos —le contestó el Etnarca.

—Quieres Etnarca que yo vaya a hablar con ellos? —le preguntó Jesús.

El se acercó a Jesús y en voz baja le dijo: —Si con tu poder puedes matarlos sin dejar rastros de sangre, hazlo; así terminaremos este asunto y mi padre nada podrá decir.

—Te engañas, Etnarca. Vivos o muertos su odio te alcanzará de la misma manera. Puedo decirte que muertos, pueden hacerte más daño todavía. ¿No sabes que muerta la materia, el alma adquiere libertad y fuerza para continuar la maldad comenzada en la vida? —le dijo Jesús.

—¿Entonces estoy a merced de esa mujer para siempre? —le preguntó el Etnarca.

—Ten calma y óyeme —le pidió Jesús—, No odies a esa mujer, el medio para salvar a seres tan sensitivos como tu esposa y tu niño es éste. No la odies más. ¡Perdónala!

—¡Profeta! —gritó fuera de sí—, ¡no te burles de mí!... ¿Cómo puedo perdonar a esta mujer que ha causado tantos daños y tantas muertes?

—¡Cálmate Etnarca! —le dijo Jesús—, Quiero traerte la salud y la felicidad.

—Yo la perdonaría, pero mi padre, nunca —dijo el Etnarca cambiando su actitud ante las palabras de Jesús.

—Por el momento me basta tu perdón. Ahora comienzas a vencer a tu enemiga, porque te has vencido a ti mismo. ¿Me permites visitar a los cautivos del Peñón y hablar a solas con cada uno de ellos?

—Eres tan grande como el Profeta Elías que no temía a nada.

— ¿Crees en el Poder Supremo del Creador? —le preguntó Jesús al Etnarca.

En él creó desde niño.

—Bien, haz que me conduzcan al presidio del Peñón —dijo Jesús despidiéndose.

Salió Jesús hacia el Peñón de Ramán acompañado de cincuenta guardias. Al pie del peñón, Jesús pidió que lo dejaran solo unos instantes para poder ponerse en oración. Después pidió al guardián, que estaba en la puerta de la entrada a la prisión que le abriera y lo llevara a la celda de la cautiva.

Pasaron por un túnel oscuro y nauseabundo, hasta llegar a un recinto amplio, iluminado por una claraboya. Sobre un altar semidestruído se veía una grotesca escultura de piedra: era Ramán, dios de las tempestades; la escultura tenía grandes alas y sus dedos con garras que sostenían cadenas y sogas.

—Esto era el templo —dijo el guardia—, detrás de esto están las cuevas de los esqueletos. —Al entrar a las grandes cuevas, Jesús se estremeció cuando vio aquella cantidad de esqueletos. Se acercó a ellos y tomó uno de los cráneos en sus manos. —¡Dios Infinito y Eterno! ...pudo haber sido una buena hija, una fiel esposa o madre de inocentes niños. ¡Almas que animaron estas osamentas! ...sí aún están perturbadas por la muerte terrible que padecieron yo las invoco a todas y les digo: vuelvan a la vida; y que los sufrimientos que padecieron les hagan comprender que la verdadera y única religión de Dios es el amor a Él y al prójimo.

Más adelante pasaron por varias cuevas vacías deteniéndose en una que tenía una reja de hierro en la que veía tirada una mujer sobre un montón de paja, sujeta al muro por una cadena que le rodeaba la cintura.

—Mujer —se acercó Jesús—, óyeme, puedo cambiar tu situación.

—No quiero lástima sino justicia —contestó ella con dureza. —Todos reclaman justicia, los que hacen daño y los que lo reciben. Tú de seguro quieres la libertad que es don de Dios; pero no podrás tenerla si no renuncias a tus malas obras y te decides a vivir conforme a la justicia y la verdad —le dijo Jesús.

¿Quién eres tú para ofrecerme la libertad? —le preguntó la mujer.

—Soy un Maestro que enseña el Amor Fraternal a los humanos. Pedí permiso al Etnarca y por eso estoy aquí. Me llamo Jesús.

—Ese es un lagarto asqueroso que me tiene miedo porque soy más fuerte que él y se lo voy a demostrar matando a su esposa y a su hijo, a pesar de estar aquí encadenada —comentó la mujer.

—Ni a ella ni a su hijo matarás —le dijo Jesús.

—¿Quién me lo impedirá? —le preguntó.

¡Yo, en nombre de Dios! —le contesto el Maestro con firmeza.

Ella dando un aullido se levantó furiosa y se puso ante Jesús hasta donde la cadena se lo permitía y se quedó mirándolo fijamente como si quisiera fulminarlo. Poco resistió ella la mirada serena de Jesús y llorando se tiró al suelo.

El Maestro levantó sus ojos, llenos de lágrimas al cielo: —¡Padre mío! —oró—, si algo significa mi vida ante tu infinita grandeza tómala a cambio de estas almas, quiero salvarlas ya que desviaron su camino y se hundieron en el abismo de la maldad.

La mujer se había calmado y no podía creer lo que veía. Asombrada le preguntó: —¿Por qué lloras?

—Lloro por ti, que no comprendes el mal que haces a los demás. ¿Por qué rechazas la felicidad que Dios—Amor quiere darte? —preguntó Jesús.

—Pregúntaselo al Etnarca que es el causante de mi desgracia.

—La justicia humana te ha encerrado aquí para que no causes otros males, mujer, ¿crees en Dios? —le preguntó Jesús.

—Yo soy Sidonia y creo en Marduk. El me vengará —le contestó la mujer.

—Mientras pienses en la venganza pasarás aquí toda la vida; el día que pienses amar a tus semejantes como a ti misma, entonces serás muy dichosa. Elige pues tu camino —dijo Jesús.

—¿Qué me darás por renunciar a la venganza y al odio?

—En primer lugar la libertad y después la paz y la dicha que lograrás por tus buenas obras; pero antes darás pruebas de haber abandonado para siempre el odio y aceptar la fraternidad y el amor —contestó Jesús.

—Acepto tu propuesta —dijo ya muy cambiada la mujer—, pero tendría que hablar con los que me ayudaron a causar mal. Estoy segura que ellos harán lo que yo haga.

Jesús trató la liberación de la mujer con el guardián, quien ayudado por dos de los soldados del Etnarca, desencadenó a la mujer, la cual se internó de inmediato en una cueva cercana.

Con voz queda, el Maestro dijo al ver a los prisioneros, con los que había hablado la mujer: —"Mi Dios me permite hacerlos libres y dichosos si ustedes llevan en el futuro una vida conforme a su voluntad. Me informaron que eran treinta y dos, pero no cuento más que veintisiete. ¿Qué les pasó a los demás?

—Unos se suicidaron —dijo el guardián—, golpeándose la cabeza en las rocas, otros se dejaron morir de hambre; sus cadáveres fueron quemados con la basura de la ciudad.

—Estamos de acuerdo —Intervino la mujer—, ¿Qué harás con nosotros?

— Por lo pronto, presentaré su promesa de bien al Etnarca y procuraré convencerlo, para que apruebe la nueva vida que van ustedes a emprender. Al mediodía volveré para traerles la respuesta definitiva.

—¿Ves —le dijo Jesús al viejo guardián—, cómo han dejado de ser fieras para ser ahora corderos?

—Nunca tuve cerca un Profeta de Dios, hasta hoy Señor. ¡Acuérdate de mí; tengo a mi mujer ciega y a dos hijos leprosos! —le suplicó el guardián.

—En nombre de mi Dios te digo que mañana estarán los tres curados. Ve por ellos a tu casa y báñalos en el río Abana —le dijo Jesús.

Jesús volvió ante el Etnarca y le dijo: —Las fieras se convirtieron en corderos. Esperan clemencia y prometen cambio de vida.

—Estoy feliz Profeta, porque mi esposa ha dejado el lecho y mi niño sonrío contento en su cuna. Por mi parte estoy dispuesto a perdonarlos. Falta lo que diga mi padre —comentó el Etnarca.

—Bendigamos al Eterno Dador de todo bien —dijo el Maestro—, si estás de acuerdo, Etnarca, mandemos una carta a tu padre, escrita por ti y por mi parte mandaré cartas al sabio Melchor de Horeb y al Scheiff Ilderín para que hablen con él y lo convenzan con más facilidad, que nosotros desde aquí.

—Sea como tú dices, Profeta. Con los reos haz lo que te plazca.

—Gracias Etnarca, el Profeta de Dios te bendice en su nombre.

Jesús fue a la posada "Ánfora de Plata" con su tío Jaime, Zebeo y los dos árabes que lo esperaban ansiosamente. Les contó lo ocurrido en el presidio y solicitó su ayuda. Ellos se mostraron entusiastas y dispuestos para cooperar.

—¿Qué harás? —preguntó riendo el tío Jaime—, ¿no estarás alimentando cuervos?

Sería éste un presentimiento del tío Jaime, ya que dos de aquellos cautivos, estarían en el Calvario, la tarde de la crucifixión. Uno, Gestas, el mal ladrón, se burlará de Cristo desde su cruz, y otro hermano de Gestas gritará de entre el populacho: "A otros pudo salvar y no se salva a sí mismo. ¡Qué Profeta ni qué Mesías, ha de ser un embustero!

Al mediodía, como Jesús lo prometió, comenzó la transformación del Peñón de Ramán. El Maestro ayudado por sus compañeros, bañó a los presos en el río y los vistieron con ropas nuevas y comida.

—Tú fuiste la capitana para el mal —le dijo el Maestro a la mujer—, ahora lo serás para el bien. "Este lugar fue su castigo, será desde ahora, su hogar; su taller de trabajo, su escuela, su recinto de oración; hasta que den pruebas de verdadero arrepentimiento.

—¡Sí-Profeta!... Tú has despertado lo poco bueno que había en mí. Ha revivido el amor por mi hija a quien no veo desde hace trece años.

—¿Dónde está tu hija? —le preguntó el Maestro. —La tiene el rey Areth quien me la quitó al repudiarme. Yo la quiero Profeta, antes yo vivía para el odio y la venganza; no me importaba mi hija; pero tú has matado a la hiena y has despertado a la madre. Estoy sola en el mundo y mi hija es el único lazo que me une a la vida, sin ella no sé que voy a hacer —dijo llorando la madre.

—Espera y confía mujer, porque cuando nuestro Padre Celestial abre un camino nuevo a sus criaturas, lo abre en la luz con todas las facilidades para que suban por él si de verdad lo aman. De tu buen comportamiento depende que vuelvas a ver a tu hija.

Apenas llegó la carta de Jesús, Melchor bajó de Monte Hor y se dirigió a Petra, residencia del Rey Areth, en donde se encontró con el Scheiff Ilderín que también había recibido su carta y acababa de llegar.

El Rey Areth leyó la carta de su hijo en la cual le relataba la pronta curación de los suyos, la curación de los familiares del viejo guardián del Peñón y el arrepentimiento de Harima.

—Ha de ser un mago poderoso que utiliza su ciencia para hacer el bien. Su obra es grande y merece nuestro agradecimiento —dijo dirigiéndose a Melchor y al Scheiff—. Consiento pues en que mi hijo conceda lo que pide el Profeta.

—Sé que Harima pide le sea permitido ver a su hija —añadió el Scheiff.

Esto la puede llevar a una completa regeneración —apoyó Melchor—, y si te parece bien, ¡oh rey! me encargaré de reunir las bajo mi tutela.

—¿Cómo? —preguntó el rey Areth.

—En una casa—refugio que tengo instalada en Cades Bornea desde hace cuatro años, es para mujeres repudiadas y doncellas huérfanas. He copiado esta obra de la antigua Fraternidad Kobda y con excelentes resultados —contestó Melchor.

Al oír esto, el rey Areth hizo venir a su hija Arimé y le dijo: —Tu madre ha cambiado de modo de pensar, y desea verte. Te doy permiso para que obres conforme sea tu gusto.

—¿Está aún cautiva en Damasco? —preguntó Arimé en un sollozo.

—Sí aún está en Damasco —dijo el rey—, pero ya se le ha levantado la condena. Puedes visitarla si es tu deseo en el Serapeum que mi amigo Melchor tiene establecido.

—Puesto que me lo permites padre, iré a visitarla.

—Años después, Arimé junto con otras mujeres, formaría la Primera Congregación Cristiana en Jerusalén.

43

EL REINO DE DIOS

En una de las mejores Sinagogas de Damasco perteneciente a Nicolás de Damasco Y sus hermanos: Ananías, Ephal y Jehú, se celebraban reuniones todos los sábados. Era costumbre invitar a algún personaje importante para que dirigiera sus palabras a los concurrentes.

Uno de estos sábados Jesús fue invitado a dar una conferencia, entre las muchas que habría de dar en Damasco. Al llegar a la reunión percibió Jesús que los oyentes querían hacerle una pregunta que descubriera su personalidad.

Así comenzó su primera plática en aquella Sinagoga: —Amigos míos, hace ya algún tiempo que escucho la manifestación de sus deseos. Ese deseo íntimo es: "Maestro, danos parte en ese reino tuyo que nos anuncias". A tal deseo que a veces se ha traducido en palabras, voy ahora a responder: "El reino de Dios pide vencimientos y exige violencias y tan sólo los que se vencen, podrán conquistarlo". Voy a explicarles a qué conocimientos y a qué violencias me refiero: Violencia hace, el que calla en su corazón los afectos humanos, cuando esos afectos lesionan el honor y la vida de un semejante; Violencia hace, el que habiendo recibido injurias y ofensas en su honra y en todo lo que le es querido, es capaz de estrechar sereno la mano de su calumniador y ofensor y vencimiento y violencia se hace, el que renuncia generosamente a ciertos deseos y anhelos de todo corazón humano, porque entorpecerían su destino como espíritu afiliado a una alianza, para poder cumplir con una misión determinada.

El Reino de Dios sólo puede ser comprendido por aquéllos a quienes desciende la Luz de Divina Sabiduría; Pero esa Luz Divina ilumina sólo a los limpios y puros de corazón y a los humildes. Ahora, por otra parte —continuó el Maestro—, los mensajeros de esa Luz Divina, son los Mesías Conductores de humanidades que auxilian a la Eterna Energía Creadora en su constante y eterna fecundidad o gestación de otros muchos mundos; así vean ustedes hasta qué punto están equivocados al considerar que los Mesías por su misma elevación, no pueden acercarse a los mundos cuya evolución les fue encomendada. Recuerden, la Ley Eterna es la que designa a estos seres en los mundos que aceptaron como herencia para cultivarlos y evolucionarlos hasta su completo perfeccionamiento; pero la ignorancia y el fanatismo se unen siempre para negar lo que es evidente; y de esta manera se cumple aquel axioma: "La Suprema Inteligencia niega su luz a los soberbios y la da con abundancia a los humildes".

—Por esto les digo: Para conquistar el Reino de Dios, el alma ha de trabajar continuamente en su crecimiento espiritual; basándose en una aceptación amplia, generosa y sincera. Alejen el orgullo de ustedes, olvídense del "tuyo" o lo "mío", palabras éstas de guerra y odio. Repudien todas las formas del egoísmo y la soberbia; la ostentación y la vanagloria son un yugo sobre la mente y las conciencias. ¡Que mis palabras iluminen su inteligencia y contemplen la grandeza divina del Reino de Dios;

Todos en la Sinagoga, de pie, aplaudían y gritaban. ¡Salve Maestro!

No obstante, al poco rato, los comentarios egoístas se dejaron oír: —Este hombre no va por el camino del Reino de Israel, no es un David guerrero, decían unos. —Parece ser Salomón que nos enseña Sabiduría —decían otros.

Un hombre muy rico de Damasco, llamado Jeramel, le pregunto al Maestro: —Profeta, si fueras el dueño del mundo, ¿Qué harías para hacer felices a todos? ¿Mandarías matar a los ricos y repartirías sus bienes entro los pobres?

El Maestro sonrió y mirándolo muy tranquilo le contestó: No amigo mío, yo no haría eso, porque sólo Dios es el dueño de la vida. "No matarás" dice la Ley de Moisés; y yo soy fiel cumplidor de la ley. ¿No sabes que en la inmensidad de la creación, hay infinidad de mundos mayores y menores que la tierra?

—Es verdad, en Chipre he oído hablar de esto, en la Academia de Platón el visionario griego —contestó Jeramel.

—Pues ese visionario veía muchas verdades; entre ellas, que hay otros mundos habitados y que están tan evolucionados, que el más atrasado puede ser maestro en nuestro planeta. Todo ser al que el Creador manda a esta Tierra, tiene pleno derecho de vivir en ella. La compraventa de la tierra sólo manifiesta la enormidad del egoísmo humano. En el infinito espacio que nos rodea, hay globos en los cuales el elemento principal es el agua; y sus habitantes viven en paz en sus ciudades acuáticas. Por tanto, el que se vea más favorecido en el arbitrario reparto de la tierra, piense un momento en la dura situación de aquél al cual no lo ha tocado ni un pedazo para abrir su sepultura. Esta es amigo mío, la misión de los verdaderos profetas y apóstoles de la Verdad Divina. Si yo fuera dueño del mundo, obligaría a los grandes terratenientes que dejaran cultivar en libertad a los que nada tienen, para que sacaran de ahí su sustento y a su vez, dieran al dueño de la tierra, una utilidad tributo ecuánime y razonable. ¡Nada de amos y señores que látigo en mano estrujan la vida del labrador!

—Entonces, ¿para ser yo justo?, he de repartir mis tierras?

—Volvió a preguntar Jeramel.

El maestro lo miró profundamente: —Anda amigo mío, recorre los suburbios de esta ciudad —le dijo Jesús—, escucha las quejas, las necesidades de tus hermanos y verás si le haces más caso a tu egoísmo.

Viendo algo de tristeza en el rostro de Jesús, Jeramel le dijo:

—No te atormentes más profeta de Yahavé. Por la memoria de mis muertos juro que hoy mismo haré lo que dices; ven con tus amigos a mi casa para que sean testigos.

Jesús, el tío Jaime, Zebeo y los dos árabes siguieron a Jeramel hasta su ostentoso palacio. Mientras el Maestro subía la gran escalinata de mármol a la entrada de la casa de Jeramel, sus ojos, se llenaron de lágrimas al recordar los tugurios que había visto alrededor de la ciudad.

—No te preocupes Profeta —dijo Jeramel al ver las lágrimas de Jesús—, cumpliré mi palabra y además te aseguro que otros ricos harán lo mismo que yo.

—Te digo en verdad, amigo mío —dijo el Maestro tomando la mano de Jeramel—, que me asombra la bondad de tu corazón.

El hombre dejó a sus invitados en la sala del palacio, y pasó al interior.

Al tío Jaime le llamó mucho la atención un sitial que parecía trono para un niño. Era de marfil, oro y esmeraldas, tenía un dosel de púrpura bordado en oro.

Jeramel cuando regresó y a la pregunta del tío Jaime, les explicó: —Este fue el trono que usó cuando era niño el gran rey Darío.

—Ningún rey con su grandeza vale lo que valdrás tú Jeramel, cuando seas justo y bondadoso con tus servidores, porque las obras de bien las recoge Dios en su reino de luz; en cambio las riquezas mundanas, hoy deslumbran, pero mañana no serán más que un recuerdo —le dijo Jesús.

—Así es Profeta, ahora quiero revelarte un secreto —dijo Jeramel levantando una cortina tras de la cual apareció una preciosa niña, tendida en una cama. Es mi única hija —continuó Jeramel tullida desde la cabeza hasta los pies. Así nació y así vive. ¿Ves cómo los ricos no somos tan felices? Su madre murió al dar a luz.

—Eres muy hermosa, mi niña —le dijo Jesús acercándose a ella— pero aún no me has dicho cómo te llamas.

—Mi padre me llama siempre Ada, Adita o Aditina, cuando quiere que me ponga contenta.

—Pues bien Adita, así te llamaré yo. Ahora te digo que ya es hora de levantarse para correr por el jardín, que muy bien te hará el aire puro.

La niña miró al Maestro con los ojos muy abiertos, y le preguntó: —¿Levantarme y correr? Pero si nunca me he levantado. ¡Qué cosas dices, Señor!

El Maestro tomó las manos de la niña y mirándola a los ojos, le dijo: —Adita, el Profeta de Dios, te lo manda: Levántate ...que ya es hora.

La niña como hipnotizada, sacó sus pies; y apoyada en las manos de Jesús, comenzó a andar hacia la otra sala, donde estaba su padre.

A poco Jesús la dejó caminar sola y le dijo: —Anda con tu padre.

Ella le extendió los brazos y Jeramel la recibió llorando de emoción, diciéndole: —¡Mi Ada... mi Adita, has venido hasta tu padre por tus propios pies!

—¡Profeta! —exclamó el padre fuera de sí—. ¿Qué Dios es el tuyo, que apenas le hablas y él te escucha?

—Dios Creador de todos los seres, quien oye el llamado de todos sus hijos; pero ellos están muy ocupados en sus intereses materiales para acordarse de que tienen un Padre que es Bondad y Amor —respondió Jesús.

—¿Cómo podría pagarte este regalo tan grande? —le preguntó Jeramel.

—Haz con los desamparados lo que Dios ha hecho contigo —contestó Jesús.

Poco después el palacio de Jeramel, se vio lleno de servidores; a todos se les daría, desde ese día, jornal doble del que ganaban.

Desde la terraza, Jesús veía aquel cuadro de hermandad, y consolado al despedirse estrechó la mano de Jeramel, diciéndole:

—El amor ha florecido en tu casa, no olvides que la felicidad la tienes en tus manos.

Se abrazaron y Jeramel rogó a Jesús que volviera.

—Te prometo que regresaré —dijo Jesús y salió del palacio con sus compañeros.

Ya en el camino Jesús les dijo: —Dejemos a los poderosos y vayamos con los pequeños. Tomó la dirección a la puerta Norte que daba a un valle y luego al Cerro de Abbadón, así llamado porque en sus grutas vivían los leprosos y los enfermos mentales.

Sin embargo, la bienaventuranza del Maestro había despertado rencores en Damasco y los ricos se congregaron ante el Etnarca Artath: —¿Pero quién es ese hombre y con qué derecho se presenta a cambiar el orden de las cosas? —le preguntó uno de aquellos nombres a Artath.

—Solo sé que es un hombre extraordinario; trae el remedio a todas las enfermedades, trae la paz, el bien y la justicia para todos. Ustedes ya saben lo que ha realizado en mi casa, yo no puedo de ninguna manera condenarlo.

—Pero nuestros jornaleros abandonan el trabajo y hasta los esclavos piden mayor ración de comida y que no tenga el amo el derecho a vender a sus hijos. Todo eso les concede Jeramel y por eso a nosotros nos lo exigen —dijo otro de los ricos.

—Jeramel manda en lo suyo en sus servidores —les dijo Artath— creo que ustedes podrían hacer igual. Si él ha encontrado el camino del bien y la justicia, ustedes también lo podrían encontrar.

—¡Ahora sí! —dijo uno de los ricos—, el Etnarca está sobornado por el Mago Nazareno y nada sacaremos de él. Esperaremos que vuelvan nuestros buenos tiempos.

—Deja que el Legado Imperial de Antioquía se dé cuenta de las doctrinas sediciosas de estos magos de arrabal —añadió otro—, entonces veremos a dónde van con sus huesos estos filósofos locos, que llegan hasta decir que somos todos iguales.

De pronto, una piedra lanzada con una honda, dio en la cabeza del rico que había dicho: "Tendrán que morder el polvo que pisan sus amos". Aquella piedra era sólo una señal, porque desde los árboles de la plaza comenzaron a salir piedras contra los ricos.

Era un tumulto que gritaba contra los abusivos que trataban mal a sus jornaleros. Aclamaban al Etnarca, a Jeramel y al Profeta Nazareno.

En esta plaza estaba la posada "El Ánfora de Plata", en donde Jesús se hospedaba con sus compañeros. El Maestro estaba descansando cuando oyó el griterío; salió y ya en la plaza subió las gradas del monumento del rey Hiram. Una vez allí le pidió a la guardia que no les hiciera nada, que él les hablaría y los convencería que con la violencia no obtendrían nada bueno.

La turba, desesperada y hambrienta, se acercó a Jesús.

—Amigos míos —les dijo Jesús—, el Profeta Nazareno quiere librarlos a ustedes de sus pesadas cargas; pero no es con el odio que arroja piedras o que enciende teas como se va a conseguir, sino con el pensamiento sereno de mentes iluminadas por la Divina Sabiduría. ¿Creen en Dios Creador Omnipotente cuya única voluntad gobierna el universo y es dueño de todas las vidas?

—¡Sí creemos! ...pero ese Dios no hace caso de nosotros. Nos ha dado la vida para vivirla entre el hambre y la miseria.

—Pues si ustedes creen en Dios y en su Poder Infinito, yo les daré una prueba, mañana antes de que se ponga el sol, de que El los ama. El Dios Amor les habla por mi boca para decirles: "Conoces el sol de hoy, pero no el de mañana, espera un día más porque vendré".

La multitud comenzaba a retirarse cuando llegó un mensajero del Etnarca, quién acercándose a Jesús le dijo: —Mi Señor te manda esto para repartir entre los amotinados.

—¡Esperen! —gritó Jesús—, el Dios que ustedes creían indiferente, les manda esto por medio del Etnarca, antes del plazo fijado.

Se hizo el silencio y en orden fueron recibiendo cada uno, una moneda de oro de las dos mil que había mandado el Etnarca. Ahora todos le daban las gracias al Maestro y le pedían que siempre permaneciera con ellos.

Todavía sobraron doscientas monedas, pero el mensajero dijo, al preguntarle Jesús si las regresaría al Etnarca: —Mi señor dice que las repartas entre los leprosos del Cerro de Abadón en nombre de su esposa.

—Dale las gracias al Etnarca y dile además, que el Profeta de Dios lo bendice en su nombre.

Jesús y su tío se encaminaron hacia la posada, pero al dar la vuelta a la Plaza de Hiram, vieron un grupo de mujeres cerca de una litera y a un grupo de médicos atender a un hombre que estaba tendido en el suelo.

Era el rico al que le había tocado la pedrada en el tumulto; la sangre le salía a un lado de la oreja izquierda, junto a él estaban su mujer y sus dos hijos,

—Si me lo permiten —dijo Jesús acercándose a ellos—, también soy médico; puede ser que entre los tres podamos aliviarlo.

Puso sus manos sobre el enfermo y hubo un gran silencio. El pensamiento del Maestro se elevó para pedir la salud de aquel hombre, de lo cual en mucho dependería el mejoramiento de los desheredados de Damasco. Momentos después, Jesús exhaló hálitos sobre la frente y el pecho del herido y dijo: —Abre los ojos y mira la luz de Dios que te reanima con nueva vida.

El herido al abrir los ojos y ver a Jesús junto a él, gritó: ¡Tú ... tú! ... ¡Yo no quiero morir!

—Mi Dios quiere que vivas —le dijo el Maestro—, para que des felicidad a tus semejantes y a ti mismo. ¡Vivirás para ser el padre de los huérfanos y desamparados de Damasco! ... ¡Vivirás para romper las cadenas de tus esclavos y para ser amado por tus servidores. El Dios—Amor te ha curado, ¡levántate!

El herido se incorporó y le preguntó ansioso: —¿Quién eres tú? -¡Soy el Profeta Nazareno! ...el amigo de los que sufren.

—Quisiera que fueras a mi casa Profeta —dijo el herido—. Cualquiera te podrá decir dónde está el palacio Belesis. Mi nombre es Jabir.

—Te prometo que iré mañana, si me prometes no vengarte en tus servidores de nada de lo que hoy te ha pasado y esperarás a que yo hable contigo —le dijo el Maestro.

A la mañana siguiente, acudió Jesús a su cita con Jabir. Allí supo que el nombre del palacio Belesis estaba relacionado con las ruinas de Palmira, de las que los ancianos del Hermón le habían hablado.

Al verlo, Jabir exclamó: —¡Si no hubiera sido por ti, no hubiera vuelto a ver mi palacio! Ahora vamos a arreglar cuentas. Profeta, ¿cuánto debo pagarte por la vida que me has devuelto?

—¿La aprecias tú en mucho? —le preguntó Jesús sonriente.

—¿Y me lo preguntas a mí Profeta, que soy más rico que el rey Arath? Sólo me aventaja un comerciante de Antioquía llamado Simónides; pero ese es un avaro que vive miserablemente.

—Mira Jabir, si me hablas así es porque no me conoces; ninguna riqueza ni tesoro mueve mi deseo de hacer el bien; mi Dios me lo ha permitido y soy feliz sabiendo que eres dichoso —le contestó Jesús.

—¿Pero eres feliz sin desear nada a cambio? ¡No te comprendo, Profeta!

—Soy feliz haciendo la felicidad de mis semejantes. El único gran deseo que tengo es remediar la miseria y el hambre de los que padecen. Tú, Jabir, en medio de tu dicha, ¿has pensado alguna vez en el dolor de los que nada tienen? —le preguntó Jesús.

—Eres un sabio, Maestro; pero creerías que esa masa de siervos y jornaleros, ¿puede desear lo que no ha conocido? Además, los ricos no somos culpables de su miseria. Ellos y yo nacimos así; ¿qué les debo yo a ellos? Si me trabajan les pago y asunto concluido.

—Si yo te hubiera pedido cincuenta talentos en oro ¿me los darías? —preguntó Jesús.

—Te hubiera dado cien y más. Mi vida la aprecio mucho —dijo Jabir.

—Muy bien amigo mío, porque aprecias tu vida en mucho, debes resguardarla bien; y no hay mejores guardianes que tus servidores agradecidos por la generosidad que tengas con ellos. "El hambre es mala consejera"; dice un adagio; ¡Y cuídense los poderosos que gozan y ríen en medio de muchedumbres haraposas y hambrientas!

—¿Quieres decir que por conveniencia propia, debemos los ricos ser generosos con los miserables? —preguntó Jabir.

—Por lo menos hazlo por tu tranquilidad y tu paz, para que no te veas molestado por una turba de hambrientos; porque la miseria les llena el corazón de odio —respondió Jesús.

—Está bien, Profeta —dijo conmovido Jabir—, ¡quiero hacer tu felicidad siendo generoso con mis servidores! Pero créeme, dudo si eres un hombre o un arcángel.

—Gracias amigo mío, que Dios te Bendiga; mas necesito que me asegures dos cosas, primero, que no tomarás venganza del que te arrojó la piedra, y que convencerás a tus amigos para que te imiten en la generosidad con sus servidores.

A la hora convenida, la Plaza de Hiram se llenó de compacta muchedumbre de servidores y jornaleros; esperaban al Profeta.

Jabir y sus amigos potentados, miraban al Verbo Encarnado y a la gente desde las celosías de las ventanas de un palacio que daba hacia la plaza.

Jesús dirigiéndose a la multitud, les dijo: —Veo que ustedes han confiado en mi palabra. Ayer recibieron un regalo del Etnarca, ahora les traigo la promesa de sus amos de que los tratarán con generosidad. De hoy en adelante ellos los verán a ustedes como ven a sus hijos y ustedes piensen en ellos como si fueran sus padres, porque así como hay derechos, también hay deberes que cumplir. Óiganme —continuó Jesús—, y entiéndanme bien: Este planeta es un mundo inferior, donde domina el mal en todas las esferas sociales. El trabajo, el dolor y la muerte son aquí leyes inmutables. La mayor locura sería rebelarse en contra de ellos, así como no se puede detener la marcha del sol que nos alumbra. Las diferentes condiciones sociales, son en parte originadas por la diferente capacidad de los seres. Sé que muchos de ustedes me preguntarán ¿Por qué hemos de ser nosotros los miserables y ellos los ricos y poderosos? y yo les digo: Equivocadamente culpan a la justicia Divina de enormes diferencias sociales que no son obra de Dios sino del egoísmo de los hombres. El Etnarca y los amos de ustedes, han dado ya el primer paso, den ustedes el segundo; a la justicia de ellos, correspondan con justicia en cumplir su trabajo. ¿Me dan su palabra que cumplirán? El Profeta de Dios les desea con toda el alma la felicidad, terminó Jesús.

—Sea como tú lo quieras. Profeta de Dios! —respondió la muchedumbre.

Del palacio aquél, en que se ocultaban los ricos, salieron casi todos para ofrecerle regalos, los cuales de inmediato iba dando a los trabajadores.

Horas después, ya a solas con el tío Jaime y Zebeo, les dijo:

—Los hombres serán felices cuando aprendan a practicar la única ley necesaria que resume todas las otras: "Amarás a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo".

44

PRIMERA REUNION CON LOS APOSTOLES

Poco llevaba el Verbo Encarnado en Nazareth, cuando una madrugada llegó a buscarle un sirviente de la casa de Zebedeo con la noticia de que Salomé, la esposa de su patrón, se hallaba enferma y reclamaba su presencia.

De inmediato Jesús partió hacia la casa de Zebedeo, al Sur Oeste de Galilea, llegando poco después, en donde fue recibido por Juan, un fuerte joven rubio de ojos azules al cual desde hacía 18 años no veía. Una vez pasados los efusivos saludos del Joven Maestro para todos, Salomé, que ya había oído la voz de Jesús, reclamó su presencia: —¡Oh, Profeta, benditos sean mis ojos que me permiten verte de nuevo! —le dijo al Verbo Encarnado cuando lo tuvo frente a sí—, apenas supe que te encontrabas en la casa de tu madre, mandé a buscarte, ya que de haberlo sabido antes, no estaría enferma y amarrada a este lecho —agregó.

—¡Que dejarás inmediatamente, Salomé, por la bondad de Dios, porque mi precipitado viaje hasta aquí, me ha abierto el apetito desmesuradamente —la interrumpió el Maestro al tiempo que la ayudaba a levantarse de la cama.

Juan reía viendo los apuros de Salomé, para vestirse y su risa era compartida por Jesús, quien la ayudaba a colocarse el delantal. ¡Qué bien me siento Jesús, tan bien que ahora te prepararé unos pastelillos de miel —decía la mujer entusiasmada—, serán como unos bombones de oro!

Mientras Salomé preparaba el almuerzo, Juan guió al Maestro a donde estaba su padre, después de explicarle que Zebedeo se encontraba en la tienda de pescado que tenía a la orilla del lago, en donde luego de clasificarlo lo enviaba a los pueblos cercanos para su venta.

La alegría de Simón—Pedro fue grande al ver a Jesús, ya convertido en hombre: —¡Mientras nosotros pensábamos tanto en ti, Jesús, ¿cómo es que tú ni siquiera te acordabas de nosotros, tus fieles amigos? —le saludó Simón—Pedro abrazándolo.

—Todo a su tiempo, Simón —le contestó Jesús—, lo que hoy te diré no lo hubiera podido decir antes de la muerte de tu padre y tu mujer, porque ellos necesitaban mucho de ti, pero ahora todo es distinto.

—Es verdad, la soledad es triste, pero dime qué es lo que tienes que decirme.

—¡Ha llegado ya el tiempo de seguirme! —contestó Jesús con voz clara.

Simón lo miró interrogante.

—Cuando vivían tu mujer y tu padre —agregó el Verbo Encarnado— no podías alejarte de ellos, mas ahora que ya sus almas están en libertad ¿Quién te impedirá seguirme?

—Nadie Señor, nadie. —¿Y tus hijas y Andrés?

—Andrés, está con Zebedeo y Santiago en la tienda y mis hijas viven con mi suegra, quien a la muerte de mi mujer, las quiso a su lado.

—Bien Simón, porque para seguirme no quiero que dejes un rastro de dolor, entrega a tus hijas la parte de tus bienes que les corresponde y ven conmigo a cumplir la voluntad de Dios.

—Ahora mismo lo dejo todo y te sigo, no te apresures, porque antes debemos hablar.

Juan, ajeno a la Conversación por estar hablando con un grupo de pescadores, se acercó sonriente a donde estaba el Maestro.

—También a ti te diré lo que le dije a tu padre: "Ha llegado el tiempo de que me sigas".

—¿Seguirte a ti, asombro de las ciudades, yo un pobre pescador?

—Eso mismo pensaba yo —dijo Simón también extrañado.

—Veintinueve años me he rozado con Maestros de la Divina Sabiduría, con príncipes y magnates y a ellos les dije lo que debía decirles; pero es ya el tiempo de que baje al llano, donde los pies se enlodan y se lastiman con las piedras filosas, y para estar en el llano debo rodearme de aquellos que nada tienen para que nada extrañen y puedan seguirme. ¿Me han comprendido?

Minutos después Jesús, Simón y Juan llegaron a casa de Zebedeo en donde les esperaba el almuerzo preparado por Salomé. Durante la comida se hicieron diferentes comentarios hasta que llegaron al tema del apostolado, en lo que el Maestro opinó: "Toda alma que abraza con fervor el apostolado del amor fraterno está en condiciones de servir como transmisor de los dones de Dios."

Todos guardaron silencio: "Levántense amigos míos, que tienen toda la humanidad y veinte siglos por delante para difundir mi enseñanza de amor fraterno fundada en las últimas palabras de la Ley: ¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!"

...Y dejaron la mesa de Salomé para juntos, Juan, Simón y Jesús subir a una barca en el lago y remar hasta su centro.

—Remen —les decía, Jesús—, que quiero hablar sin más testigos que el lago y el cielo, porque entraré en sus corazones para tener la certeza de que ustedes son los que deben salir a mi encuentro en esta hora solemne de mi vida misionera.

¿Qué estás diciendo, Señor, que no te comprendo? —preguntó Simón.

—Días vendrán en que entenderán estas palabras mías, pero ahora les contaré una historia perdida entre los siglos: "Hubo en épocas remotas un maestro llamado Antulio, cuya madre, Walquiria, le repetía incesantemente que no era necesario que se esforzara tanto en vaciar sobre ella su divina sabiduría. "Que tenga yo tu amor y que no aprenda nada más que amarte" le decía su madre...

—Como esa mujer de tu historia siento yo por ti —dijo Juan pensativo.

—Aún no termino —dijo el Maestro y continuó la historia—: "Cuando Antulio fue condenado a morir por sus ideas, tenía un joven discípulo al cual había curado y éste le seguía como un perrillo. Durante su juicio sin que Antulio lo notara y cuando el Tribunal le dio al maestro una copa de veneno, el joven saltó como un ciervo y de un golpe aventó la copa, gritando furioso: 'No beberá, no beberá'.

—Sin embargo —finalizó el Maestro—, una crisis de nervios hizo que se desmayara y no pudo ver la segunda copa envenenada que le dieron a su Maestro".

—¡Oh —gritó Simón sin poder contenerse—, hubiera hecho lo mismo pero con la segunda copa también...!

—¡Y yo lo mismo si hubiera habido una tercera!

—Vamos a la orilla —dijo Jesús—, que he terminado la historia y he encontrado a los personajes.

—¿Qué quiere decir eso Maestro? —preguntó Simón remando. —Ya se los diré, a su tiempo. Por ahora vayan a su casa, que yo regresaré con ustedes en tres días.

Tal como lo había dicho, en el tiempo indicado el Maestro regresó al mismo lugar en donde, avisados por Juan y Simón, le esperaban, además, Santiago y Andrés.

Luego que se saludaron Santiago pidió a Jesús que al igual que su hermano Juan, le permitiera acompañarlo en su apostolado.

—Si lo quieres, ¿por qué no? —le contestó el Verbo Encarnado— pero supe que ibas a casarte Si lo hiciste, tu deber como Jefe del hogar te impide abrazarte a la vida errante del misionero.

—Iba a casarme con Fatmé, la hija de Hanani, pero cuando se agravó su enfermedad de pecho nos separamos de común acuerdo. Luego me enteré de que la habías curado y quise regresar con ella, pero Fatmé se negó diciendo que prefería cuidar la vejez de sus padres.

—Lo mismo quiere Andrés —interrumpió Simón—, mientras, el aludido se agachaba para recoger unos cordeles que sobre la arena estaban. Andrés, varios años menor que Simón, era extremadamente tímido y por esto, no se había atrevido a manifestar su deseo.

—¿Por qué no me lo pidió él mismo? ... Así hubiera demostrado su voluntad.

—Maestro, mi hermano hace la mitad del trabajo esperando que yo haga lo que me corresponde. Mi padre decía que Andrés, de niño, esperaba a que alguien tomara el pan y le diera la mitad... En este caso, Señor, tú eres el Pan de Dios y lo he tomado yo y Andrés quiere la mitad que nunca le negué.

Jesús rió ante el infantil razonamiento de Simón y llamando a Andrés le dijo: —Entonces Andrés, también es ya el tiempo para ti y espero que conmigo adquieras la decisión y energía que necesita toda alma que abraza el apostolado de la verdad.

Andrés se mostró lleno de confusión, por lo que el Maestro agregó: —¡Necesito hombres fuertes!

Andrés, con una fuerza de carácter desconocida por Simón, como sola respuesta mostró sus fuertes brazos y sus recios puños. —Bien dijo Jesús, pero igual fuerza que tienes en tus brazos, la necesito en tu espíritu porque nuestro apostolado será arduo y penoso y lo mismo les digo a todos: "nuestra obra pedirá hasta lo último de nosotros".

—Sí Maestro contestaron a coro todos los apóstoles de Cristo ahí reunidos.

En ese momento se acercó Zebeo que llegaba de Tolemaida, Junto con Tomás de Tolemaida, Felipe de Cafarnaúm y Mateo de Acre, llamado también "el levita". La sorpresa de estos últimos al ver al Ungido junto con Simón fue grande ya que esperaban encontrarlo en Nazareth en donde Zebeo (Nataniel) les había dicho que estaba.

—¡He aquí! —dijo Jesús a guisa de saludo a los recién llegados, que el Señor va tocando la hora como una campana de bronce a cuyo tañido llegan aquellos que deben venir. Todos contentos por la feliz coincidencia se saludaron cariñosamente.

—¿Cómo es que han venido los cuatro juntos? —preguntó Simón con la sencillez y franqueza que le eran costumbre.

Todos, en ese momento, como guiados por una fuerza hipnótica, miraron al Maestro, quién sobre la arena escribía unos nombres: eran los de los recién venidos.

—En sueños el Maestro nos llamó —contestó Felipe.

—¿Verdad Maestro, que en sueños nos llamaste? —dijo Tomás.

—Acabo de decir —contesto Jesús—, que la voz del Señor, como una campana de bronce, va llamando a los que deben acercarse a mi obra. —¿De qué se intrigan ustedes, si los caminos del Señor son infinitos?

—Estaba yo deprimido por la muerte de mi padre —dijo Tomás—, y por la partida de mi hermano a ultramar, cuando me quedé dormido y soñé que veía a Jesús tal como lo veo ahora. Al despertarme tenía la idea fija de que en el sueño el Maestro me había dicho "Cuando era un niño y tú un jovencito me amabas y me

acompañabas hasta el Monte Hermón y me decías: "No es de fieles amigos seguirme en la edad primera y abandonarme en las posteriores Al día siguiente cargué dos asnos y vine a buscarte Maestro; pero te veo demasiado grande para tenerme a tu lado.

Tomás, ahora necesito de los pequeños para que resplandezca más la obra de Dios que he venido a realizar.

—Yo —dijo Mateo—, tenía una situación parecida a la de Tomás, desde que mi hermana Myrina, cuyos hijos eran mi alegría, se fue por el trabajo de su marido a Naim. Mi vida en la plaza de Séphoris era bastante triste y por eso conseguí librarme del cargo de Cobrador de los Tributos del Estado. Una noche soñé que pasaba por la plaza un profeta de manto blanco y me decía: "Es ya el tiempo, Mateo, entrega al Estado lo que es del Estado y ven a conquistar el Reino de Dios" Al día siguiente, supe que los agentes del Fisco habían ya nombrado a mi sustituto a causa de mi bajo rendimiento por mi piedad a los pobres. Por Otra parte, la presencia de Zebedeo y de Tomas en Séphoris hablando de Ti, clarificaron mi sueño, y recordando mi amistad contigo en las faldas del Monte Carmelo decidí venir a reunirme contigo para no abandonarte más.

Jesús, emocionado, abrazó a Mateo al tiempo que le decía:

—Desde este momento tendrás doble vista y quiero que todo cuanto veas lo atesores en tu memoria para la futura enseñanza de la humanidad*.

De la misma manera que Tomás y Mateo narraron los sueños que motivaron sus viajes para encontrarse con Jesús; los demás apóstoles expusieron sus vivencias oníricas y todos, de una u otra forma, convergieron en la misma conclusión: antes, de abrazar el apostolado del Amor Fraternal todos tenían el mismo antecedente inmediato: soledad, tristeza y abandono.

A instancias de Simón, los ocho apóstoles junto con el Maestro salieron a pescar, ya que esa noche sus discípulos querían ofrecer a Jesús un regio banquete de pescado; y sin cejar en las faenas que cada uno tenía, en sus mentes y sus almas, seguía flotando la última frase del Verbo Encarnado antes de que se embarcaran "Todos ustedes estaban vinculados conmigo desde su nacimiento para esta hora solemne. No deben pensar, ni por un momento, que nuestra reunión es casual, porque obedece a una vieja alianza, a un llamado sin tiempo al que ustedes fielmente han respondido. ¡Felices aquellos que oyen la voz íntima del Amor Eterno!"

* La vida del profeta Nazareno, obra de Mateo la cual tardó diez años en escribirla.

La pesca fue asombrosamente abundante y cuando la pequeña barca regresó a la playa, hubieron de repartir a los pobres como lo habían planeado antes de hacerse a la mar, la parte excedente de lo que era menester para el festín de la noche. Ante la nutrida turba de indigentes, que descalzos y harapientos se le acercaban, Jesús dijo a sus compañeros: Ya que no podemos recurrir hoy mismo a

la ayuda de la Santa Alianza, ¿quién de ustedes tiene dinero para comprar en Tiberías, ropa y zapatos para estos pobres?

—Yo, Yo —dijeron ocho veces al mismo tiempo.

—Está bien dijo Jesús, vayan dos de ustedes y traigan lo necesario para socorrer la necesidad de esta gente, que mañana la Santa Alianza les repondrá lo que gasten.

Cuando en el cénit se asomaba la primera estrella de aquella tarde, el Maestro y sus discípulos, tras repartir las compras entre los menesterosos, se despidieron alegremente de ellos.

—Señor —dijo Simón-Pedro—, creo que hemos ganado a pulso el festín prometido.

—¡Ahora sí! —dijo el Maestro riendo.

La noche avanzaba, mientras los discípulos acondicionaban, bajo las órdenes de Salomé, la rústica mesa en que cenarían. Juan percatándose de que el Maestro se encontraba pensativo, se acercó a Él y le preguntó:

—¿Qué pasa Maestro que parece no estar con nosotros? ¿Estás preocupado, te falta algo?

—En efecto, Juan, faltan cuatro de ustedes que mi corazón espera. Hoy la Voz Secreta me ha dicho: "Antes de finalizar el día tendías en tu mesa los doce que te han de seguir..."

De pronto, en la tranquila noche, se oyó un marcado ruido de remos y un cantar melancólico y triste rompió el silencio. Jesús pensó para sí mismo: "Ya están aquí".

Efectivamente, en ese momento se acercaban a la tienda cuatro hombres Dídimos o Bartolomé, su pariente lejano Judas de Keriot, Jaime o Santiago el Menor como sería conocido y Judas Tadeo.

—Jesús saliendo a su encuentro les dijo: —Los, esperaba, porque ya es la hora!

Ya todos reunidos, Jesús recordó con Judas Tadeo y Bartolomé los gratos momentos que juntos vivieron en Ribla, lugar donde se habían conocido. Simón Pedro por su parte, como el más viejo del grupo, atendía a los recién llegados y Salomé conversaba con unos y otros de los milagros que el Verbo Encarnado había realizado.

Poco después, cuando los ánimos se calmaron, Jaime acompañado de Judas de Keriot se acercó a Jesús y presentándole a su acompañante le dijo:

—Este amigo mío quiere consultar contigo sus cosas íntimas.

El Verbo Encarnado, una vez que Jaime se hubo alejado, miró cariñosamente a Judas de Keriot y vio en sus ojos la negra angustia, y en su corazón el dolor y el terror de su interlocutor. Jesús le dijo amablemente:

—La Eterna Ley te ha reunido hoy, junto con mis otros once seguidores, para esta hora.

Judas de Keriot miró al Maestro con interrogación.

—La bondad divina —añadió Jesús—, hace a veces con las almas, lo que un pescador con sus redes: las tiende en el mar de su infinita inmensidad y las hace moverse con las suaves corrientes, —no te sientas extraño entre nosotros, escrito estaba que debías venir.

—¡Gracias, Profeta de Dios! —exclamó Judas de Keriot y fueron las primeras palabras que habló con Jesús.

Aquella noche, fue la primera vez que el Hijo de Dios repartió, entre sus discípulos, el pan y el vino; y fue también aquella noche junto al mar de Galilea y bajo una tienda de humildes pescadores, cuando Cristo emprendió el camino junto con sus apóstoles, para cumplir su misión de Maestro y Salvador de la Humanidad.

BIBLIOGRAFIA

EVANGELIOS APÓCRIFOS DE AURELIO de Santos Otero.

BIBLIA APÓCRIFA DE BONSIRVEN por Daniel Rops.

HISTORIA DE ISRAEL de Sigfried Hermann

DOCUMENTOS DE NICEA AÑO 325.

DOCUMENTOS DE LAODICEA AÑO 365 la BA C.

BIBLIA DE JERUSALÉN Editorial Desclée de Brauer.

HISTORIA DE CRISTO de Giovanni Papini.

EVANGELIO APÓCRIFO DE SANTIAGO.

EVANGELIO APÓCRIFO DE MATEO.

COMENTARIOS BÍBLICOS DE SAN JERÓNIMO.

COMENTARIOS PSICOLÓGICOS DE GURJIEFF y OUS-PENSKY del Dr. Maurice Nicoll

EVANGELIOS APÓCRIFOS de Edmundo González Blancot

ARPASITERNAS Hilarión de Monte Nebo.

ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN ADÁMICA de Sisedón de Trohade

CUMBRES Y LLANURAS de Josefa Rosalía Luque Álvarez.

UN NUEVO MODELO DEL UNIVERSO de P Ouspensky

ISIS SIN VELO de Madame H Blabasky

FLAVIO JOSEFO. Textos Históricos.

ANTIGÜEDADES. Filón de Alejandría. Biblioteca Nacional El Cairo.

LOS ASTRONAUTAS DE YAHAVE de J. J. Benítez.

ARQUEQLOGIA BÍBLICA de G. E Wright.

TEOL OGIA DE SAN JOSÉ de Bonifacio Llamera.

EL CEGIO INVISIBLE de Jaques Vallée.

CRIS EN EL TEMPLO DE HELIOPOLIS de P Ouspensky.

Los cuatro Evangelios narran la vida de Jesús hasta la edad de 12 años, retomando su vida a los 30 en que es bautizado por Juan, y principia así su ministerio y su vida pública.

Conforme a los libros apócrifos, en la vida de Jesús en su niñez y adolescencia, se manifestó su esencia divina haciendo muchos milagros, cuando efectuó una caravana desde Galilea hasta Jerusalén, aún siendo niño, curó a enfermos afectados por la lepra y alivió de sus males a personas que tenían la costumbre de lanzarse a las aguas de la Piscina de Siloé.

En Jericó Jesús adolescente sanó a un niño de diez años, hijo de Zaida, hija del Rey de Arabia Saudita. También mencionan las escrituras apócrifas que Jesús en su juventud, viajó a Alejandría, ciudad de Egipto, célebre por su Biblioteca, para estudiar los rollos de las antiguas culturas.

Veinte años de la vida de Jesús resplandecen gracias a los textos prohibidos

¿Qué son los evangelios apócrifos? Son aquellos que la Iglesia no considera lo suficientemente auténticos, a pesar de que fueron escritos por los discípulos de Jesús y a su vez por los discípulos de éstos.

Resultado de varios años de estudio e investigación en estos textos prohibidos, Victoria Lugo logró reconstruir la vida de Jesús de Nazareth y llenar un vacío de casi 20 años.

¿Qué hizo, dónde vivió, con quién estudió a partir de los 12 años (cuando le vemos en el Templo de Jerusalén discutiendo con los doctores) hasta su regreso a Judea, adulto ya, donde fue bautizado por San Juan Bautista?

La adolescencia y juventud de Jesucristo son descritas aquí minuciosamente para delinear mejor la figura del hombre más importante que ha producido la humanidad: el hombre luz, el hombre dios.

www.alfafuturo.com.mx

ISBN: 978-607-7886-15-0



9 786077 886150

091110001

EDICIONES  **Alfa Futuro**